

SUSANA ORO

*El valor de una  
promesa*



*EL VALOR DE UNA PROMESA*

**Susana Oro**

El valor de una promesa

Susana Oro

Córdoba – Argentina

1ª edición Septiembre 2015

Registro Obra: Safe Creative Código N° 1508214927520

©Susana Oro

Imágenes de portada: 123rf ©[Jan](#) ©[Novak](#) [topdeq](#) ©[fuzzbones](#) ©[Sarunyu Glanjit](#) ©[Piotr Pawinski](#)

©Todos los derechos reservados.

La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura coincidencia.

*Para mis hijos,  
Franco y Nicolás*

## Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SINOPSIS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

## CAPÍTULO 1

Ya estaba por nacer. Habían pasado cinco años desde el día que soñaron con engendrar un hijo sin que la semilla de Eduardo echara raíces en el vientre de Amanda, quien ya no tenía deseos de pensar en biberones y pañales. Pero la niña llegó sin pedir permiso. Así, sin más, se presentó un día llenando a su madre de náuseas y antojos de, frutillas con crema, helado de arándanos, melón con jamón, mayonesa de aves y pollo al curri.

El vientre materno era un bombo que retumbaba en el cuerpo delgado de Amanda. ¿Por qué no la dejaban salir? Pum, pum, pum... Ya estaba harta de estar flotando allí adentro cuando afuera había vida y un mundo hermoso por conocer. Empujó con la cabeza intentando abrir la puerta. La madre sintió que se partía en dos de dolor, gritó y se acuclilló en el suelo esperando que la contracción pasara. Treinta y siete años y encima primeriza. No estaba para estos trotes, menos con una niña que no había dejado de moverse en su vientre. Solo rogaba que no se le arruinara el cuerpo.

Eduardo Parker corrió como alma que lleva el diablo para ayudar a su mujer a levantarse. Era un hombre de cabello del color del trigo. Siete años menor que su esposa, que se hacían evidentes al verlos juntos. Él aún tenía el rostro juvenil y un cuerpo de músculos firmes ganado con el rudo trabajo del campo. Esos Ojos, de color gris claro, reflejaban su mirada cariñosa y su carácter jovial. Era como si sonriera con los ojos, sobre todo en ese momento, cuando el sueño de tener a su hija en brazos ya casi era una realidad.

–Maldito bastardo –dijo Amanda como si odiara a Eduardo. No lo odiaba, pero le molestaban los siete años menos y el enorme trabajo de seducción que tuvo que desplegar para lograr que se casara con ella. En ese momento de dolor los resentimientos daban vuelta por su mente y quería cargarlo de culpas, por ser más joven, por no necesitar tantos arreglos para estar siempre apuesto, por haber luchado tanto para que la aceptara... y encima, por no estar sufriendo lo que ella estaba padeciendo. Después de todo, por culpa de su semilla sentía que se moría. Tampoco recordaba la felicidad de Eduardo y los preparativos que habían compartido durante los nueve meses de gestación. En realidad habían sido ocho meses y medio, porque la niña inquieta que llevaba en el vientre decidió salir antes de la fecha prevista.

–Sí, querida, tienes razón –dijo Eduardo intentando apaciguarla mientras la tomaba en brazos–. Mejor vamos a la clínica, que ya hablé con Alfredo para decirle que empezaron las contracciones –aclaró, se cargó el bolso que había dejado sobre el sillón y salió con Amanda en brazos.

El capataz abrió con prontitud la puerta de la camioneta mientras le quitaba el bolso a Eduardo para dejarlo en la cabina. La niña eligió ese momento para dar otro empujón. ¿Qué pasaba que no le abrían la puerta? Ella quería salir, mirar el mundo y sonreírle a la vida. Empujó nuevamente con la cabeza, y Amanda se retorció.

–Ya viene, ya viene, maldición. Ya viene. Hijo de puta. Te odio por lo que me has hecho –grito Amanda a Eduardo, que corrió a sentarse frente al volante y sin responderle a su esposa salió levantando polvo con los neumáticos. Tomó el móvil y llamó a Alfredo, el médico y amigo

de la familia.

–Estamos en camino, Alfredo. Las contracciones son una tras otra –explicó Eduardo.

–Bien –dijo Alfredo, tapó el aparato y lanzó un grito que debió escucharse en toda la pequeña clínica–. ¡Ya vienen! ¡Avisen a todo el pueblo que la niña Parker ya llega!

Pueblo chico, pensó Eduardo, negó con la cabeza y no pudo evitar la sonrisa. En cinco minutos ellos estarían allí, y también todos los vecinos.

Nubes oscuras corrían carrera en el cielo. El sol había desaparecido cuando Eduardo estacionó en la puerta de la clínica. Se bajó y alzó a Amanda, que gritó y se retorció cuando otra contracción le hizo ver las estrellas. En ese momento un rayo rasgó el cielo y el trueno silenció el alarido de la mujer. La lluvia no esperó que ingresaran, sino que decidió caer sobre ellos.

Amanda quedó empapada y con el cabello peinado de peluquería pegado al rostro. Apretó los dientes, y Eduardo no supo si era por las contracciones o por haber perdido el peinado, ya que su esposa era una mujer que solo se preocupaba cuando perdía su impecable apariencia.

–Solo unos minutos más y tendremos a nuestra pequeña –dijo Eduardo para tranquilizarla.

–Debería ser solo mía, ya que tú no has pasado por esto. Malditos hombres que se atribuyen nuestro mismo derecho y no hacen nada –dijo Amanda furiosa mientras otro empuje le quitaba las ganas de seguir insultando a Eduardo.

Eduardo prefirió no decirle que llevaba ocho meses consintiendo cada uno de sus caprichos y aguantando cada una de sus estupideces cuando hablaba de lo bella que sería la niña. Pero en momentos como ese, en el que recibía todo su veneno, todo el pasado volvía a su mente.

Se había casado con Amanda sin estar enamorado. Él había dejado de creer en el amor, era un sentimiento dañino, y después de que ella insistiera hasta el hartazgo, decidió que lo mejor era tener una esposa que no amara para evitar las decepciones. Ella tampoco lo amaba, solo se había encaprichado porque era atractivo y lo consideraba una especie de trofeo. Era una cabeza hueca, siempre lo había sido, y desde que había quedado embarazada no hablaba de otra cosa que de la belleza que tendría su hija teniendo dos padres tan hermosos. Dejó de recordar las banalidades de Amanda. En unos minutos la niña de sus sueños los llenaría de alegrías y Amanda, cuando la tuviera en brazos, tal vez, se decidiera a dejar de lado las frivolidades.

–Que mal día para nacer –dijo una anciana asomada al ventanal de la sala de espera que daba a la calle.

–Cuántas lágrimas va a derramar esa niña –dijo otra señalando el diluvio que se había desatado cuando Eduardo sacó a Amanda de la camioneta.

–¿Se fijaron que a Eduardo se le cruzó un gato negro? –preguntó otra dejando ver su cara de asombro.

–Sí, sí, y para colmo Eduardo pasó bajo una escalera –aclaró otra, y las cuatro se santiguaron para que las desgracias no las alcanzara a ellas.

Eduardo avanzó por el pasillo cargando a su bella esposa, que se retorció de dolor en sus brazos.

–Ya pasa querida, ya verás que en un suspiro nuestra adorada niña habrá llegado –Trató de calmarla mientras empujaba la puerta batiente de la sala de guardia.

–¡Suspiro!, ya te quisiera ver a ti dando ese suspiro. Maldito hombre, todo esto es por tu lujuria. Te odio, te odio..., nunca más me vas a tocar. Me oyes. ¡Ay Dios...! ¡Ay mi madre

querida, porque no me dijiste que era tan difícil esto! Si lo hubiera sabido no me habría casado.

Eduardo arqueó las cejas, lo había perseguido hasta volverlo loco para que se casara con ella, y ahora lo culpaba, pensó pero no emitió palabra. Unos cuantos pasos más y pudo recostar a su mujer sobre una camilla para dejarla en las hábiles manos de una enfermera.

Por la frente de Amanda se derramaban gotas de sudor y de sus ojos brotaban gruesas lágrimas, tan gruesas como las gotas de lluvia que salpicaban el cristal de la ventana. Ese cabello color zanahoria con bucles siempre ordenados estaba pegado a su rostro, y sus impactantes ojos almendrados de un hermoso color tostado se veían desencajados de furia y dolor.

Eduardo nunca había visto a Amanda en ese estado desaliñado y enfurecido, ni siquiera cuando se levantaba con sus cabellos revueltos y los ojos hinchados después de una mala noche. Ella, la mujer más arreglada del pueblo parecía una arpía en ese momento.

–¡Te desprecio, te odio me oyes! ¡Te quiero fuera de mi cama! ¡Nunca te ame! ¿Has entendido? –gritó Amanda. Y él lo sabía de sobra, pero hacía lo imposible para que el matrimonio funcionara.

–Todas dicen lo mismo Eduardo, es mejor hacer oído sordo a sus palabras –comentó la enfermera mientras preparaba a Amanda para la llegada del médico, que había salido a tomar un refrigerio antes de atender el parto de la mujer de su amigo. Ella estaba en pleno trabajo previo y siendo primeriza Alfredo estaba seguro de que tendrían una buena cantidad de horas de espera hasta que naciera la niña.

Por recomendación de la enfermera, Eduardo se dirigió a la sala de espera. Amanda estaba atendida por la gente de la clínica y dos amigas, que le secaban el sudor de la frente y la ayudaban a respirar cuando la atacaba otra nueva contracción. Eduardo hubiera querido correr a todos para ser él quien la atendiera y calmara, pero su mujer había preferido echarlo, y no pensaba contradecirla.

La mitad de los pueblerinos estaban congregados en la sala de espera. Muchas mujeres y pocos hombres. Las mujeres tenían esa curiosidad innata que las hacía estar presente en cada acontecimiento importante como nacimientos, casamientos y velorios.

En un rincón, Eduardo divisó a ese hombre que quería como a un padre. Eran vecinos y había sido el mejor amigo de su padre. Sonrió, pero al instante se le borró el gesto y frunció el entrecejo al ver que Quino estaba acompañado de su terrible nieto Alan, el hijo de Marian, pensó con una mezcla de dolor y resentimiento.

El demonio había seguido a su abuelo, se dijo Eduardo y apretó los puños. Ese chico era lo más salvaje que había visto en su vida, y solo tenía siete años. Tenía sus motivos. Todos sabían que sus padres se habían peleado tres años por pasarle la tenencia al otro y el pobre había quedado lleno de resentimientos, que descargaba en sus abuelos y en los vecinos del pueblo. A Eduardo recordar a la madre del niño le producía nostalgia. Pero la apartó, Marian no merecía su nostalgia, además él era un hombre casado y en pocos minutos sería un padre entregado a su hija.

Amanda empezó a gritar como si la estuvieran matando. Eduardo caminó nervioso por la sala de espera, ida y vuelta, ida y vuelta, ida y vuelta... Debería ser él quien estuviera con su mujer, se repitió y apretó los puños al recordar que lo habían echado como si fuera un extraño. ¡Era el padre de la niña, maldición!, se dijo y respiró profundo varias veces para calmarse.

Pocos minutos después Alfredo ingresó corriendo a la sala de parto, y luego de unos cuantos gritos e insultos más de su esposa el silencio se apoderó del lugar, que fue roto por un alarido



desgarrador seguido del llanto lastimero de Amanda.

Eduardo tembló. Su hija, su querida hija no había llorado, pensó y sintió que le faltaba el aire. Miró a sus vecinos tratando de encontrar una respuesta, pero todos estaban mudos y observaban la puerta batiente por donde Alfredo debería salir a dar la mala noticia, pero nadie aparecía, ni Alfredo ni las enfermeras.

En un rincón, junto a una maceta de plantas de hojas verdes, Alan sonreía burlón al observar las caras de susto de la gente que había venido a conocer la niña. Él había seguido a su abuelo escabulléndose entre los matorrales y los troncos de los árboles, desoyendo los consejos de la abuela para que se quedara con ella. Alan sabía que una vez que su abuelo lo viera en la clínica no lo echaría. Si todos iban a estar en el nacimiento de la niña de Eduardo, ¿por qué él no?, después de todo tenía el mismo derecho que los otros de estar allí. Inclusive, podría darle un pequeño pellizco a la niña para que fuera aprendiendo de chiquita a no meterse con él, pensó sin dejar de lado esa sonrisa burlona.

Su abuelo lo zarandó para que guardara la compostura. Alan frunció el ceño, lo insultó y le dio una patada en la pierna para dejarle en claro que nadie podía retarlo. Quino perdió el equilibrio por unos instantes y contuvo las ganas de reprender a su nieto. Solo siete años de edad y nadie se atrevía a contradecirlo, retarlo y mucho menos enderezarlo, ni hablar de educarlo. Su nieto era un salvaje y así seguiría porque tanto Quino como su mujer Rosario habían desistido en sus intentos por civilizarlo. Que se las arreglara como pudiera, esa había sido la última decisión que habían tomado después de sus miles de intentos por encausarlo.

Un murmullo indescifrable se apoderó de la sala, y Eduardo escuchaba desesperado los comentarios. “Debe estar muerta”, “No, no, quizá tiene algún problema genético”, “Es primeriza y está más cerca de los cuarenta que de los treinta, a lo mejor la niña ha nacido con algún problema mental”, “Cállate, Lola, que algunas mujeres han tenido hijos sanos inclusive a los cincuenta”.

Quino Martín, que aún estaba dolorido por la patada que le acababa de dar su terrible nieto, se acercó rengueando a su amigo Eduardo y le palmeó el hombro. Tantos años de amistad le permitían saber la angustia que estaba sufriendo en ese momento de incertidumbre, ya que nadie salía a informarles lo que estaba pasando en la sala de partos. Pero no dijo nada. ¿Qué le podía decir? Solo se quedó a su lado haciéndole compañía mientras aguardaban que alguna enfermera o Alfredo salieran a dar la noticia, que no debía ser muy alentadora.

Las gotas de lluvia seguían golpeando contra el vidrio y los comentarios de la gente se desviaron por otros derroteros. Algunos decían que la lluvia presagiaba malos augurios para la niña Parker. Otros, que la naturaleza estaba dando cuenta de las lágrimas que derramaría en el futuro, o que cuanto más diluviara más lloraría la niña en su adultez; si es que estaba con vida.

Alan escuchaba asombrado la cantidad de cosas que le iban a pasar a la hija de Eduardo, y decidió aprovechar el alboroto para meterse en esa habitación donde estaba viva o muerta la niña de los Parker.

Paradito con sus piernas desnudas chorreadas de barro y la remera blanca estirada de tanto acampanarla con las manos, Alan se ajustó el lazo que le sujetaba el pantalón corto para que no se le cayera, y caminó como un adulto hasta el borde de la camilla. Vio a Amanda tumbada con la cara enterrada en la almohada llorando a mares, y al médico de bata celeste acunar a un bebé

tapado por una mantilla suave como el algodón.

–Déjame verla –exigió Alan al médico. Habló fuerte y con la cabeza bien levantada para que se enterara de que él estaba allí–. ¿Está muerta o es tonta?

–¿Y tú qué haces acá si nadie te invitó a entrar? –dijo ofuscado Alfredo al ver al travieso nieto de Quino metido en la sala de parto.

–Y a mí que me importa si me invitan o no. Yo entro –dijo con arrogancia mientras le daba una patada en las espinillas para que se torciera y le dejara ver a la niña muerta.

El médico, que hacía de obstetra si era necesario, se inclinó de dolor y Alan pudo echarle una buena mirada al bebé, que le sonreía con una enorme boca y lo miraba con unos ojos más grandes que toda la cara. Tenía unos pelos tan parados que se parecía al espantapájaros que él había fabricado para que los pájaros no se comieran el maíz que sembraba su abuelo.

–¡Puaj!, sí que eres fea y no estás nada muerta como dicen afuera. Nunca, nunca vi a alguien tan feo. ¿De qué te ríes, niña tonta?, acaso no te han puesto frente al espejo.

Al ver que la niña hacía un puchero por sus palabras, Alan Martín, por primera vez en su corta vida sintió que lo invadía una extraña sensación de tristeza, y un feo nudo de angustia le cerró la garganta. Nunca se emocionaba por nada y tampoco lloraba, pensó cuando descubrió que unas lágrimas amenazaban con escapar de sus ojos. Parpadeó varias veces para contenerlas, y se indignó por su debilidad. Él era el niño más atrevido y travieso del pueblo, el que hacía lo que quería, el que nadie contradecía. ¿Por qué tenía que sentir ardor en los ojos por una niña horrible que estaba a punto de llorar?, si él sólo estaba diciendo la verdad. Ella era tan fea que su madre lloraba desconsolada al ver la cara horrible de la hija que había tenido. Pero, a pesar de su indignación, intentó consolarla.

–No llores niña tonta, que supongo que vas a llorar muchísimo cuando seas grande y nadie quiera casarse contigo por ser tan fea.

La impertinencia del niño al meterse en la sala de partos sin que nadie lo invitara, rompió la incertidumbre y elucubraciones de los vecinos. Eduardo había ingresado después del niño, seguido de las mujeres y hombres que estaban aguardando el feliz acontecimiento. Tras el niño, Eduardo Parker dejaba salir el aire que se le había estancado en la garganta al no escuchar el llanto de su hija, y una sonrisa le curvó los labios. El nieto de Quino no estaba halagando a su niña, por el contrario, pero que importaba si lo primordial era que su hija estaba viva.

Quino Martín, por su parte, observaba desconcertado a su nieto, que por primera vez mostraba una pequeña debilidad frente a alguien. Su nieto era frío como un tempano de hielo desde que su madre lo había abandonado, y esa actitud del niño lo emocionó.

Para sorpresa de Alan, la niña risueña dejó escapar una lágrima por su mejilla arrugada y él ya no pudo aguantar más la angustia al verla llorar. Nunca le había pasado algo así y, a pesar de la furia que sentía por ese nudo que tenía en la garganta y no lo dejaban respirar, se sentó en el piso y pidió al médico que le dejara sostenerla.

Ante el gesto afirmativo de Eduardo, el médico le entregó a la pequeña. Allí la acunó contra su pecho sin darse cuenta que su abuelo, el padre de la niña y la mitad del pueblo que había ido a conocerla lo miraban desconcertados. Nadie se atrevió a hablar, sólo observaban sin comprender la relación entre el niño y la recién nacida.

–Ya basta de ser llorica. Eso te hace más fea todavía de lo que ya eres. Deja de llorar que nadie te va a querer... –Asombrosamente la niña no lloraba a gritos como cualquier bebé, sino

que dejaba escapar unas gruesas lágrimas de los ojos, como si no se pudiera contener. Alan vio que la pobre y fea niña intentó sonreír a pesar de su silencioso llanto, y eso lo golpeó como si sus siete años de travesuras, de hacer llorar a las maestras y de golpear a los más débiles de la escuela, hubieran desaparecido de su vida. Ese bebé que le sonreía para congraciarse con él lo había transformado en un niño débil. A pesar de su enojo, por lo que ella conseguía de él, no pudo evitar consolarla como le pareció mejor—. Mira, para que no llores más, te digo, que si cuando te hagas grande no hay nadie que se quiera casar contigo, que seguro no va a haber nadie ya que eres tan fea que no se te puede ni mirar, yo voy a casarme contigo. ¿Está claro?, ¿así vas a dejar de llorar? —La niña lo miró, le sonrió de oreja a oreja y con su manito pequeña se apoderó del dedo pulgar de Alan sellando la promesa que él le acababa de hacer.

Eduardo estaba tan emocionado al saber que su pequeña hija estaba viva y aparentemente sana, que no prestó demasiada atención a lo que había pasado entre Alan y la niña. Se agachó junto al niño y sonrió al ver a su pobre hija con los pelos parados como un puercoespín, sonriéndole como si lo reconociera. Tenía los ojos y la boca demasiado grandes para ser una recién nacida, y estaba tan arrugada que parecía una anciana en sus últimos momentos de vida, no un bebé recién venido al mundo. Pero a Eduardo esa sonrisa cautivadora lo hizo sentir el padre más orgulloso del mundo, y sin sacársela a Alan le preguntó.

—Puedo cargar a mi hija.

—Y bueno, pero no la vayas a tirar al piso y la vayas a dejar peor de lo que ya es. Si hasta parece un espantapájaros. Ella sí que mantendría el maíz de mi abuelo sano hasta la cosecha — dijo Alan levantándose del piso cuando Eduardo le sacó la niña de los brazos.

Todo sucedió demasiado rápido. Amanda se precipitó de la camilla para intentar arrebatarle la niña a Eduardo, mientras le explicaba que esa no era su hija. Insultó, pataleó y gritó delante de los pueblerinos que le habían cambiado la niña, que alguien tan poco agraciada no podía ser su hija, y que la alejaran de su vista porque no podía mirarla.

Las exclamaciones de los vecinos evitaron que los presentes vieran el gesto de dolor e indignación de Eduardo ante las palabras de su mujer. Tampoco escucharon sus palabras: “Como puedes ser tan despreciable. Te prefiero lejos de nuestras vidas antes de que mi hija sufra las consecuencias de la frivolidad de su madre. No mereces ser madre de esta niña”. Amanda cayó al suelo, la bata cubierta de sangre, pero lo que más asustó a todos era el odio con que miraba a la niña.

Eduardo no supo en qué momento su hija fue llevada por una enfermera, él estaba horrorizado con lo que veía. Alfredo y dos enfermeras intentaban levantar a Amanda que pataleaba y gritaba como loca. Cuando lo consiguieron, tras largos minutos de atención lograron estabilizarla, pero ella no ayudó en la recuperación. Esa niña había llegado para arruinarle la vida. Ella, a pesar del grave estado de salud rechazaba a su propia hija con un gesto de la mano cuando alguna enfermera se la traía para que la sostuviera sobre su pecho. *No puedo tener a alguien tan feo sobre mi pecho*, le decía a Eduardo, y soportaba el desprecio de su marido ante aquellas palabras hirientes hacia su hija. *No puedo aceptar que sea mi hija*, le repetía una y otra vez mientras estaba agonizando, sin lograr que Eduardo le dedicara una mirada de cariño.

Minutos antes de morir, perdió sus aires de reina y le suplicó a Eduardo que la perdonara por lo que había hecho en el pasado. Un arrepentimiento tardío y desesperado que Eduardo no entendió, igual le asintió con la cabeza, aunque no supo que le estaba perdonando. Creyó que le

pedía perdón por haberlo presionado para que se casara con ella. Él no tenía nada que perdonarle, después de todo había aceptado aquel casamiento estando dentro de sus sanas facultades mentales. Se había arrepentido de casarse con alguien tan frívolo, pero el único culpable de esa decisión había sido él.

Lo que Eduardo no le perdonó fue el desprecio que le demostró a la niña que habían tenido, y desde que ella murió se dedicó en alma y vida a hacer feliz a Elisa. Una batalla difícil de lograr teniendo en cuenta que su madre se había dejado morir por haber dado a luz a una niña fea.

Por suerte, ese tema se había zanjado rápido, pero no sucedió lo mismo con aquellas palabras de Alan Martín, que quedaron grabadas en los pueblerinos por más años de los que Eduardo habría deseado.

Alan nunca se imaginó que aquellas palabras que dijo el día que Elisa Parker nació, tan fea que daba pena mirarla, habían sido escuchadas por la mitad de los pueblerinos que habían conocido en carne propia sus miles de travesuras. Allí estaba la señora Olga que solía encontrar el tacho de la basura volcado delante de su puerta; y Margarita, la maestra de segundo grado que se había quebrado en tres partes la pierna izquierda cuando él le tiró una cáscara de banana mientras bajaba las escalinatas de la iglesia. También Don Pepe, que lo corría por las calles de tierra cuando le robaba los caramelos del quiosco; y doña Felicita, que no había podido salir sola por una semana de su casa porque él le había escondido el bastón en el río y las aguas de la crecida de la tarde se lo había llevado. Tampoco recordaba que hubiera estado escuchando un niño de cuarto grado a quien solía amaratarle el ojo en los recreos. Gracias a ese estúpido niño, a los pocos días, todos sus compañeros se enteraron de su debilidad y la promesa de matrimonio que le había hecho a Elisa Parker.

La muerte de Amanda los distrajo durante un largo mes. Pero cuando todo se fue acomodando y el tema no dio para más comentarios, le tocó el turno a la promesa de casamiento de Alan, que corrió como reguero de pólvora por el pueblo, y el travieso niño de antaño se vio acosado por sus vecinos a causa de sus propias palabras.

“Nunca olvides el valor de la palabra empeñada”, solían decirle los ancianos que se sentaban en los bancos de la plaza a ver pasar el día. “En mi época esa promesa valía más que cualquier documento firmado”, decían las señoras de rulos mientras iban al mercadito de Manolo a hacer sus compras diarias. Los hombres de la edad de su abuelo, cincuenta años, le palmeaban el hombro y lo felicitaban por su coraje, y los más jóvenes lo habían agarrado para la chorrada, burlándose de él cada vez que caminaba con su pantalón corto anudado con un lazo para no perderlo.

Alan Martín intentó negarlo, les explicó que habían escuchado mal, los acusó de mentirosos, y finalmente se enredó en batallas verbales y de patadas. Pero lo único que consiguió fue avivar la llama, porque cuanto más se enojaba los vecinos más insistían en recordarle sus palabras.

Poco a poco fue perdiendo el salvajismo, y el niño que antaño había intimidado a más de un vecino comenzó a caminar inseguro por las calles que antes habían sido de su exclusiva propiedad.

Se escondía entre los árboles cuando salía de su casa para que nadie le recordara esa promesa o se burlara de sus palabras. Temblaba cada vez que veía a los jóvenes apostados contra el tronco de un árbol esperándolo para ridiculizarlo por su estúpida promesa. Inclusive llegó hasta el extremo de orinarse encima de los pantalones cuando las muchachitas quinceañeras le pedían

que rompiera la promesa que le había hecho a Elisa para prometerse a ellas. A pesar de las complicaciones y vergüenzas que le acarrearón aquellas palabras, siguió defendiéndose con insultos y trompadas, sin comprender que su actitud era el motivo de que aquellas palabras no pasaran al olvido.

Unos meses después del nacimiento de la niña, Alan le había contado a su abuela Rosario que cuando dijo que se casaría con Elisa, en realidad había querido decir que sería su amigo. Pero lo dicho ya estaba dicho y por más que Rosario intentó enmendar el error conceptual de palabras de su pequeño nieto, nadie la escuchó y todos siguieron bromeando con la promesa del niño.

Su abuelo Quino también intentó desviar las aguas, pero esas aguas estaban marcando surcos tan profundos que no había nada ni nadie que las pudiera torcer. Por eso, un buen día de sol con el aire del sur golpeando los pastizales, Quino sentó a su nieto en una piedra y lo habló.

–Mira hijo, entiendo tu bronca, pero debo decirte cómo funciona la mente de la gente de por acá. Mientras más te enojas e intentas negar tus palabras, más te van a insistir para que las reconozcas y las cumplas. Indiferencia hijo, eso es lo único que sirve para desviar el rumbo que están tomando tus palabras.

Pero su nieto era demasiado pequeño para comprender que su salvación venía por el lado de la indiferencia. En realidad, usó la indiferencia, el problema fue que lo hizo con la única persona que no se lo merecía, Elisa Parker. Ella, desde su nacimiento se convirtió en una pesadilla que llegó para arruinarle la vida y debilitar su armadura de niño desfachatado y sin sentimientos. En nada ayudó que la madre hubiera muerto porque no toleraba tener una hija tan fea. Alan era despierto e inteligente, y el motivo de la muerte de Amanda, que era otro de los temas recurrentes en el pueblo, lo llenó de pena por la niña fea. Y supo que estaría encadenado de por vida a Elisa Parker, que llegó al mundo para llenarlo de problemas.

Y así fue pasando el tiempo, y mientras Alan venía soportando las burlas desde los siete años, Elisa comenzó a comprender las consecuencias de aquella promesa cuando tenía diez años y Alan diecisiete, ya que no podían transitar tranquilos por las calles del pueblo sin verse sometidos a los jocosos comentarios y chistes de los pueblerinos, que se la pasaban de maravilla sin percatarse del sufrimiento de los dos. Elisa y Alan andaban a hurtadillas por el pueblo, escondiéndose tras los paredones de la iglesia y el polideportivo, o camuflándose entre los pinos y las palmeras que verdeaban la plaza. Alguna columna de alumbrado público servía para ir rodeándola mientras los más fervorosos vecinos pasaban por las veredas. Los ligustros de Doña Dora también sirvieron para ocultarlos.

Algunas veces coincidían en el mismo escondite, y Alan la miraba con una intensidad que a Elisa la hacía estremecer, pero al cabo de un momento, él sacudía la cabeza y le decía: “No has mejorado en nada desde que naciste, Elisa, sigues siendo tan fea como el primer día que te vi”, o, “cómo mierda pude decir esas palabras si nunca pensaba cumplirlas”, o, “no te hagas ilusiones que de solterona yo no te voy a salvar”, o, “maldito el día que tuve la curiosidad de ir a conocerte”; y se iba, exponiéndose a las burlas para no tener que estar un minuto más en su presencia. Cómo dolían sus crueles palabras, eran como latigazos que le lastimaban el corazón y le hacían saltar esas malditas lágrimas silenciosas que no podía contener cuando Alan le recordaba su fealdad.

Alan, en su adolescencia lo único que deseaba era huir lo más lejos posible de todos los

vecinos del pueblo y de la niña Parker. Y la huida tan añorada le llegó a los veinte años, cuando aceptó la propuesta de su madre para unirse a la empresa que había creado a fuerza de sudor y lágrimas en Nueva York. De ninguna manera le había perdonado a Marian que lo hubiera abandonado como a un perro, pero él necesitaba alejarse y ella tenía la llave para salir del pueblo.

A pesar de la distancia nunca pudo huir de sus pensamientos, que estaban afincados en aquel pueblo, y sobre todo en aquella niña de trece años que, paradita al borde de la acera, derramaba lágrimas silenciosas al ver como él se alejaba en el colectivo. Alan ni siquiera le había dedicado una inclinación de cabeza a modo de saludo, y ese último desprecio lo persiguió durante años.

Alan la había vuelto a ver en cada visita que le hacía a los abuelos. Ella seguía persiguiéndolo a hurtadillas, y en varias ocasiones la había descubierto tras un árbol o un paredón espiándolo con esa mirada de adoración que lo ponía furioso. Él no era un ídolo sino el villano, se decía, y se lo hizo saber en una de sus visitas al pueblo, cuando Elisa ya tenía veintiún años.

A partir de ese día, ella aprendió la lección, y de solo saber que él estaba en el pueblo desaparecía de su vista.

¡Cómo podía culparla!, si él había querido que lo odiara.

## CAPÍTULO 2

–¿Dónde se ha visto que un hombre que siempre trajo el sustento a la casa tenga que vivir de lo que gana su hija en su tiendita! –despotricó Eduardo Parker, que caminaba como un tigre enjaulado por toda la sala.

Estas escenas eran algo común en la casa de los Parker.

Elisa, que se estaba maquillando en su habitación, sonrió. Su padre era un hombre orgulloso, y dos años perdiendo la cosecha por culpa de la naturaleza lo tenía con los nervios a maltraer. Todas las mañanas hacía el mismo escándalo porque tenía que vivir del dinero que Elisa ganaba en la tienda de regalos que tenía en el pueblo. Menos mal que ella no dependía de las sequías o del diluvio universal que se había descargado en los campos ese verano, pensó y se aplicó una sombra de un suave tono tostado sobre los párpados. No le gustaba mucho maquillarse porque su rostro atraía más miradas de las que ella deseaba.

Exótica, solían decirle a modo de cumplido. La llamaban así para no decirle rara, pensó Elisa mientras difuminaba un poco la sombra para que sus ojos almendrados de color pardo no llamaran tanto la atención. Ya había sido el centro de las miradas cuando era niña, y a sus veintitrés años se esforzaba por pasar desapercibida.

–Puedes venir a ayudarme si quieres. Hay varios recados que tengo que hacer. Inclusive, podrías hacer cola en el banco para hacer un depósito, ya sabes que no me gusta tener el dinero en casa –gritó Elisa, y esperó paciente el estallido mientras se ponía brillo en los labios. Al ver que resaltaba mucho su voluptuosidad, se lo quitó un poco con el dorso de la mano. Sabía que su rostro era llamativo porque algunos hombres se detenían demasiado tiempo a mirarla, inclusive algunas mujeres que la querían decían que era preciosa, pero ella era insegura y pensaba que los cumplidos solo eran para levantarle la autoestima. Su padre solía decirle que tenía una belleza deslumbrante, pero un padre miraba desde los ojos del amor y ella no le creía.

–Toda la vida te he mantenido, y el local donde está tu tiendita te lo he comprado yo, y ahora tú me mandas a hacer cola en los bancos como si fuera un pensionado –gritó Eduardo mientras se paseaba ida y vuelta por la sala.

Elisa sonrió. Se levantó de la silla y se miró en el espejo mientras se pasaba un peine de dientes gruesos para acomodar las ondas de su cabello castaño que caía por debajo de sus hombros. Nada quedaba del aspecto de espantapájaros del que había hablado Alan Martín, pensó y bajó las escaleras al trotecito con la falda del vestido revoloteando sobre sus piernas.

–Vamos, papá, ya vendrán tiempos mejores. No te deprimas que con mi tiendita, como tú la llamas, estamos manteniéndonos a flote –dijo Elisa abrazándolo desde atrás.

–Nunca pensé que llegaría el día en el que mi hija me tuviera que mantener –dijo Eduardo con voz plagada de dolor por el mal momento que estaban pasando desde hacía dos años.

–Al menos nosotros tenemos para paliar la situación. Mira a tus amigos, que no saben qué hacer con sus campos. Muchos han tenido que irse. En cambio, nosotros seguimos acá –dijo Elisa para consolarlo.

–Seguimos acá porque nunca te quisiste ir –aclaró Eduardo.

–Acá está nuestra vida, ¿por qué querría irme? Tú adoras este lugar tanto como yo –dijo Elisa.

Eduardo la miró con el ceño fruncido.

Insoportable, su padre estaba insoportable desde que se habían inundado los campos. Lo habían perdido todo, pero lo más doloroso era que Eduardo había perdido las ganas de luchar por sus tierras. Algunos campesinos estaban tratando de drenar los terrenos con canales que bajaban al río, pero él y Quino se habían dejado llevar por las desventuras y en lugar de ocupar el tiempo en algo productivo se pasaban el día despotricando porque eran unos mantenidos.

Quino no se cansaba de escupir con bronca que ahora él y Rosario vivían de las limosnas que les mandaba su hija y su nieto, y Eduardo acotaba que él estaba viviendo del poco dinero que Elisa siempre había usado para comprarse chucherías.

La verdad era que a Elisa le molestaba bastante el desprecio que su padre hacía de sus ingresos, pero se callaba porque sabía que Eduardo se había vuelto irracional desde que era un mantenido, como solía decir en el bar donde se reunía con sus amigos campesinos: “Acá estoy tomando una cerveza que me paga mi hija”. “Al menos tienes una hija que te pague la cerveza, nosotros en cambio estamos sacando a cuenta de futuras cosechas, que solo dios sabe si vendrán”.

El pueblo, como muchos pueblos llanos, era de naturaleza machista, sobre todo en hombres de cincuenta y tres años como su padre, y mucho más de la edad de Quino, que ya tenía setenta y tres años. Siempre habían sido el sostén de sus familias y ahora se veían impotentes al no poder pagar ni la boleta de la luz. Pero así era el campo, y lo que en ese momento era una catástrofe pronto dejaría de serlo y los campos volverían a producir el dinero suficiente para recuperar lo perdido.

–Mejor ve sola, yo pienso pasar por la casa de Quino. Ayer estuvimos pensando en una alternativa. Quino quiere comprar cabezas de ganado con el dinero que le enviará su hija, y me ha pedido que seamos socios, lógico que tendría que aportar los campos altos que no se nos han inundado. Pero ¡cómo puedo ser socio de esa bruja! –gruñó ni bien terminó de explicar el plan de Quino.

Elisa lo miró asombrada. Ella tampoco quería formar sociedad con la madre de Alan, y mucho menos tener que deberle algo a ese... ese... ese maldito arrogante que la había hecho tan infeliz. No sabía por qué su padre odiaba a Marian, lo único que le importaba en ese momento era que ese odio serviría para evitar esa desastrosa sociedad. Ella adoraba a Quino y a su esposa Rosario, pero no a su hija y a su nieto, y ese dinero venía de gente que prefería que siguieran lejos del pueblo. A pesar de su bronca, sintió el escozor de las lágrimas de solo recordar a Alan.

Nunca más, se dijo tragando el nudo de angustia, y le dedicó a su padre una mirada de hielo capaz de congelar las aguas de los campos.

–Ni se te ocurra armar una sociedad con ellos. No los necesitamos. Si nos ajustamos un poco podremos salir adelante con mi tienda –su voz fue imponente y el mensaje no admitía réplica.

Eduardo se quedó sorprendido ante la reacción de Elisa. Ella nunca se mostraba autoritaria. Tampoco había demostrado abiertamente su rechazo por Alan Martín, por el contrario, las pocas veces que lo nombraba Eduardo sabía que hacía un enorme esfuerzo por no demostrar su tristeza. Ella en el fondo lo adoraba a pesar de lo mal que Alan la había tratado.

Alan hacía diez años que no vivía en el pueblo, pero de vez en cuando se hacía una escapada



para ver a sus abuelos, y su hija, en los últimos tiempos lo evitaba como si él fuera el mismísimo demonio. Ya llevaban dos años sin verse, porque cuando Alan venía de visita Elisa desaparecía del pueblo con excusas que Eduardo no se creía. Pero no podía preguntarle, porque Alan se había convertido en un tema tabú entre ellos.

–Está bien. No habrá sociedad –dijo Eduardo, y Elisa se relajó.

No hablaron más porque a los oídos de padre e hija llegaron unos cánticos extraños, que se parecían más a alaridos de lobos que a una dulce melodía.

Eduardo frunció en entrecejo, y Elisa estalló en una cantarina carcajada.

–¿Ofelia? –preguntó Eduardo enojado.

–Así parece –dijo Elisa, y se acercó al ventanal–. Dios mío, está chapoteando en el agua y grita algo hacia el cielo –dijo Elisa negando con la cabeza–. Me parece que está rezando a algún dios para que se lleve el agua.

–Al menos tiene buenas intenciones –dijo Eduardo parado a su lado, y esbozó una tenue sonrisa, pero la borró antes de que su hija descubriera que algo de afecto le había tomado a la loca de su cuñada.

A pesar de sus buenas intenciones, a Eduardo le resultaba difícil compartir largo tiempo con ella porque era una mujer quejosa y mal humorada. Ofelia era tan distinta de su fallecida esposa que muchos dudaban de que fuera hermana de Amanda.

Los había empezado a frecuentar luego de la muerte de Amanda, y él no tuvo la valentía de echarla, después de todo, la mujer no tenía culpa de ser hermana de una víbora venenosa.

La pobre tenía tal estado de abandono que daba lástima mirarla. Tenía el cabello erizado y lleno de canas, el rostro acartonado, y se vestía con unos batones anchos y floreados que le daban la apariencia de una anciana, aunque él sabía que aún no había cumplido los cincuenta años.

A Eduardo le costaba comprender por qué una mujer de su edad, que en otra época había sido un encanto, se había tirado al abandono. Había sido la mejor amiga de la madre de Alan, y si algo tenía que decir a favor de Ofelia, era que nunca había tocado el tema de Marian. Tampoco nombraba a Amanda. No era estúpida y sabía que si nombraba a alguna de las dos mujeres no sería bienvenida en su casa.

Eduardo toleraba a Ofelia solo por su hija, ya que hubiera preferido romper todo lazo que le recordara a Amanda... y a Marian. Aunque, a veces, en días como el que acontecía en ese momento, en el que Ofelia hacía algún rito para que el agua se fuera de los campos, sentía bastante simpatía por ella.

–Siento vergüenza ajena con esa tía tuya –dijo Eduardo.

–Lo sé, a mí a veces me pasa lo mismo. Pero al menos siempre nos visita –dijo Elisa que prefería ver el lado bueno de las personas.

–Por demasiado tiempo, diría yo –dijo Eduardo con sinceridad.

–La quiero –acotó Elisa.

–Por eso aún no la he corrido de nuestra casa.

–Nunca pensaste que tal vez venga a visitarnos porque está enamorada de ti.

–Ni siquiera te atrevas a hacer ese tipo de conjeturas –cortó Eduardo a su hija–. Me voy, y tú deberías hacer lo mismo. Ya llegas tarde a la tienda –dijo Eduardo, y salió de la casa antes de que su hija siguiera hablando estupideces. Prefería estar muerto que con otra miembro de la familia Márquez en su vida.

Elisa suspiró aliviada. Quería a su tía, pero no para tenerla metida en sus vidas. Su padre aún estaba en edad de merecer y necesitaba con urgencia una novia que valiera la pena para dejar de lado los gruñidos, tendría que ocuparse de esa tarea, pensó y salió a la galería para subirse a su antigua camioneta Chevrolet, puro hierro macizo que no se acobardaba con nada; al igual que ella en los últimos dos años.

El pueblo Santoro había crecido bastante en los últimos diez años. La exención impositiva del gobierno para llevar el progreso a esa zona empobrecida había atraído algunas fábricas que se asentaron a escasos kilómetros. Muchos trabajadores eligieron Santoro como su lugar de residencia, y con ello llegó otro tipo de progreso, como el cine, los restaurantes, las galerías comerciales y los lugares de entretenimiento nocturno. Inclusive había un casino sobre la ruta de ingreso al pueblo.

Estaba enclavado en una zona llana con algunas pequeñas elevaciones de terreno, pero hacia el oeste corría un río de aguas cristalinas y a pocos kilómetros se elevaban majestuosas las montañas que eran las que atraían turistas en vacaciones. Ese era el motivo por el cual una tiendita de regalos, como llamaba su padre a su negocio, les permitía soportar el problema económico que habían sufrido con la pérdida de la cosecha en los campos.

Siendo dueña de la tienda más importante de regalos de la zona, qué necesidad tenían de formar una sociedad con Quino, se preguntó Elisa indignada mientras estacionaba en la puerta de ingreso a su negocio.

No le molestaba una sociedad con Quino, solo que estaba convencida de que esa sociedad había sido idea de Alan y Marian, la desalmada madre que dejó a Alan de niño y se lo llevó cuando estaba crecido y más educado. En realidad, Alan nunca había estado bien educado, su grosera forma de ser se mantenía intacta aún a sus treinta años.

A pesar de que hacía dos años que no lo veía, Rosario le había mostrado una foto de su nieto que lo reflejaba como el niño insolente de antaño. Tenía el pelo a los hombros, más rubio en las puntas, y siempre una sombra de barba de chico malo, que era la imagen que le encantaba mostrar al mundo. Solo Alan era capaz de combinar un saco de *Armani* con unos vaqueros gastados y rotos. “Lo hace para darle la contra a Marian”, le había dicho Rosario. En realidad Alan no se daba cuenta que vivía dando la contra a todo el mundo, y así no se podía ser feliz. Él seguía igual de arrogante e impertinente y... bueno, no podía negar que también había ganado musculatura con los años, y ese recuerdo la hizo temblar.

Idiota, se dijo, ese hombre no existía más para ella, y entró a la tienda antes de que sus pensamientos sobre Alan se siguieran filtrando en su vida diaria.

\*\*\*\*\*

Alan Martín se paseaba por su oficina frente al Central Park mientras aguardaba que su secretaria le pasara la llamada de su abuelo. Hacía diez años que vivía en una ciudad que no sentía como suya. Había aceptado años atrás la propuesta de Marian, no porque quisiera vivir con su madre, nada más lejos de la realidad, sino porque necesitaba alejarse del agobio que le provocaba el pueblo y su gente. Sobre todo se había querido alejar de Elisa Parker, su prometida, pensó y esbozó una sonrisa de lado, más irónica que afectuosa. El desprecio en su labio ladeado no era por ella, sino por él.

Vestía un saco *Hugo Boss* negro de corte impecable y una camisa blanca con tres botones desabrochados que dejaba a la vista el vello de su pecho. Los zapatos italianos estaban bajo su escritorio y en su lugar se había puesto unas cómodas zapatillas *Nike* blanca. Y para seguir contradiciendo a Marian, había descartado el pantalón de vestir y se había puesto un vaquero *wrangler* descolorido y deshilachado, que estaba mejor para ir a sacar el agua de los campos de su abuelo que para entrar a la asamblea de socios para votar al próximo directorio de Alea-Lan, la empresa que había fundado su madre.

Siempre había sido un rebelde, y lo seguía siendo a pesar de sus treinta años. Le encantaba contradecir a Marian, lástima que ella no entrara en su juego. Solo lo miraba, le sonreía y se marchaba como si él no intentara sacarla de las casillas. A pesar de llevar diez años viendo a Marian cada día en la empresa que había fundado a unos años de abandonarlo como a un perro, no la sentía cercana como a sus abuelos. Él la trataba con indiferencia, y ella soportaba todos sus desaires como si se los mereciera. Le había ganado respeto, eso seguro, porque era una emprendedora como pocas, pero como madre había sido un desastre. Si él hubiera puesto un poco de voluntad habrían podido formar una familia de dos, pero en ese lugar nunca formaría lazos afectivos con nadie.

Al pensar en la palabra familia su mente regresó al campo, a los abuelos y su enorme problema para mantener sus tierras desde que habían sido castigadas por todos los avatares de la naturaleza. También pensó en Eduardo, que trabajaba en los campos de su abuelo para que Quino no se esforzara. Un hijo, Eduardo era como un hijo para Quino. Y en Elisa, que usando la astucia para no ofender a Quino, había ayudado a sus abuelos con sus escasos ingresos hasta que Marian y él se enteraron de lo que había pasado. “Nos trae empanadas, tartas de queso y jamón, pastel de carne, tortas, tartas de fruta... en fin, cocina el doble para que no nos falte nada a nosotros. Ya le he dicho que tenemos de todo en la despensa, pero ella insiste en que no gastemos las provisiones que tenemos almacenadas porque en algún momento las podemos necesitar” ¡Es tan adorable!, había exagerado la abuela a propósito para que supiera lo que se había perdido.

Cerró los ojos y rememoró su mayor error con Elisa. Era cierto que la había incordiado durante toda la infancia. Se sentía mal por eso, pero no podía olvidar el error que había cometido dos años atrás cuando se tomó unas cortas vacaciones para estar con los abuelos. Ella... ella lo había tentado con su gracia y encanto. Él sabía que no podía culparla por eso. Ella no era una mujer provocadora, estaba al margen de cualquier ardid...

Abrió los ojos para apartar el recuerdo. No quería pensar en lo que había pasado. Su alma se iría al infierno, pero no le importaba, después de todo él había sido mal parido, nunca se olvidaba de ese detalle. ¿Quién podía esperar algo bueno de Alan Martín?

–Quino en línea –dijo su secretaria con esa voz sensual de película erótica.

–Gracias, Grace –dijo Alan, pulsó el manos libres para escuchar a su abuelo–. Hola abuelo.

–Hijo, que alegría escucharte. Tengo puesto el alta voz de ese teléfono que me regalaste y todos te estamos escuchando –dijo Quino, y Alan sonrió.

–¡Abuela! –dijo Alan con emoción–. No te imaginas como extraño esas galletas de chocolate que solías hacerme para que me quedara un rato quieto –dijo Alan, y en sus labios se dibujó una sonrisa.

Rosario largó una carcajada.

–Siempre las hago pensando en ti. De niño lograba alejarte de tus travesuras con mis galletas, ¿lo recuerdas?

–Siempre –dijo Alan, y sonrió–. ¿Qué dijo Eduardo sobre el asunto de formar una sociedad? –preguntó interesado Alan.

–No está muy convencido. En este momento está a mi lado frunciendo el entrecejo –dijo Quino.

Alan podía imaginárselo, el abuelo siempre era detallista en sus comentarios, y él veía con claridad lo que estaba a miles de kilómetros de distancia.

Marian entró en el mismo instante que Quino nombraba a Eduardo, y Alan la vio apretar los dientes.

–No quiero sociedades donde esté tu madre –dijo Eduardo con desprecio.

–No sé que hubo entre ustedes, pero la sociedad sería con mi abuelo, no con Marian –aclaró Alan, y observó a Marian cerrar los ojos y tragar con dificultad.

–Los animales serían comprados con el dinero de ella.

–Con el mío –aclaró Alan–. El dinero que recibirá mi abuelo es mío, no de Marian.

–Tampoco puedo aceptar. Mi hija no quiere ninguna sociedad con ustedes y prefiero no contradecirla –aclaró Eduardo, y Alan se tensó como lo había hecho su madre momentos antes.

–Tu intransigencia nos va a hundir a todos, Eduardo –dijo Quino ofuscado.

–Solo hay que esperar que se drene el agua y tratar de recuperar las tierras –dijo Eduardo.

Quino golpeó con el puño la mesa de la cocina donde estaba sentado, Rosario dio un brinco y Eduardo se sorprendió porque su amigo nunca perdía los estribos.

–Escucha, Eduardo –dijo Alan–. Creo que en este momento tenemos que dejar de lado ciertos resentimientos. Te aseguro que Marian no va a participar en esta sociedad, ya que lo único que sabe de campo es que nació en uno, pero yo sí participaré –Alan vio que su madre apretaba los dientes, pero siguió sin prestarle atención–. Quizá, lo del ganado es una exageración ya que ustedes siempre se han dedicado a la siembra. Pero podemos barajar otras opciones, como el ganado menor hasta que se recuperen los campos de siembra, o la cría de caballos de carrera. Necesitamos tus campos secos, Eduardo. Somos vecinos y eres muy amigo de mi abuelo. Por favor, piénsalo.

–¡Al margen! –dijo Marian entrando en una conversación a la que no estaba invitada–. De ninguna manera me voy a quedar al margen. Esas tierras son mi herencia, y tu dinero, Alan, te lo he dado yo, por lo que voy a inmiscuirme todas las veces que se me antoje –aclaró como si fuera una maestra mandona retando a unos alumnos atrevidos–. Y tú, Eduardo, que eres el hombre más machista que he conocido en mi vida, vas a aceptar solo porque no quieres depender de los ingresos de tu hija para subsistir. Te conozco, y me imagino lo que estará padeciendo tu pobre hija con tus gruñidos porque eres un mantenido.

–Qué sabes tú, maldición, si cuando te tocó ser madre te lavaste las manos –dijo Eduardo con desprecio. Se arrepintió al instante, y Quino y Rosario lo percibieron en su gesto dolido. Pero al otro lado del mundo no se podía ver ese gesto. Marian intentó disimular el dolor que le ocasionaron las palabras de Eduardo, que hablaba con desparpajo del abandono de su hijo, pero no replicó porque nunca lo hacía. Solo Alan observó el brillo en los ojos de Marian.

–Alan, en cinco minutos tenemos reunión de directorio. No te retrases que hoy comienza una nueva etapa para ti –dijo Marian antes de retirarse.

Alan bien sabía a qué etapa se refería su madre, y no le hacía ninguna gracia. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para desentenderse del asunto aunque Marian pusiera el grito en el cielo.

–Ya has escuchado, Eduardo, tengo una reunión. Necesito una respuesta antes de que comience esa maldita asamblea.

–Qué tiene que ver una reunión en la empresa de tu madre con una sociedad en la otra punta del mundo.

–Para mí todo. Estoy poniendo mi futuro en tus manos –dijo Alan–. De ti depende que pueda volver o siga instalado en este lugar del mundo que no es el mío.

Eduardo se quedó helado. ¿Por qué Alan le ponía el futuro en sus manos? Acaso no podía ese muchacho, que nunca le había hecho caso a nadie, decidir su propio destino.

–La verdad es que no te entiendo –dijo Eduardo.

–Tengo acciones en la empresa y un poder amplio sobre las acciones de Marian. Dame un motivo que me lleve de vuelta al pueblo y formemos una sociedad que nos beneficie a todos. Deja, por favor, los asuntos personales de lado y piensa en el sacrificio que está haciendo tu hija.

–¿Desde cuándo te interesa mi hija para algo diferente que arruinarle la vida?

Alan no necesitaba que Eduardo le recordara cuánto le había arruinado la vida a Elisa. Él tampoco la había pasado bien después de aquellas palabras sensibleras que dijo de niño. Los dos habían sufrido, él por culpa de los vecinos y ella por él.

–Eduardo, maldición, me tienes agarrado de las pelotas, si no hago esto ahora no lo voy a hacer más porque en esa asamblea me van a ceder la dirección de la empresa –dijo Alan con cierta desesperación en la voz.

–¿Quieres volver, hijo? ¿Para siempre? –preguntó Rosario llena de emoción.

–Sí –respondió Alan–. Quiero volver, pero para vender las acciones tengo que tener algo firme. Quiero la aprobación de Eduardo –dejó escapar Alan, se arrepintió, pero ya lo había dicho.

Cuantas cosas pasaron por la mente de Eduardo en escasos minutos. Las lágrimas de emoción de Rosario, la esperanza en sus ojos por recuperar a su nieto. Las manos apretadas en puño de Quino, sabiendo que de él dependía que Alan regresara. Dos ancianos que ya eran mayores para seguir a cargo de las tareas del campo. Los campos convertidos en lagunas, que no se recuperarían de un día para otro. Alan, que por primera vez dejaba ver su desesperación por regresar a su hogar. Lo más extraño era que hablaba como si le pidiera permiso. Pensó en Elisa, su adorada hija que no quería saber nada de Alan, pero a la vez lo quería saber todo. Y en Alan, que le había dado el poder de decidir sobre su destino. ¿Qué estaba haciendo Alan al poner en sus manos el regreso? ¿Lo hacía por los campos? ¿O estaba dándole el poder de decidir sobre el destino de dos personas que se repelían y traían por partes iguales? Eduardo se sintió acorralado. Alan lo acababa de poner entre la espada y la pared, y él no tenía dudas que se lo había hecho a propósito. Ese chico tenía la sagacidad del diablo, y siempre conseguía lo que se proponía. Su hija se pondría furiosa cuando se enterara que había faltado a su palabra, pero él no se sentía con derecho para decidir sobre el futuro de los dos, se dijo y rogó que Elisa lo perdonara.

–Está bien, acepto la sociedad. Solo yo sé lo que voy a tener que soportar cuando se entere Elisa –dijo las últimas palabras más para sí que para el resto.

–Gracias al cielo –dijo Alan con más entusiasmo del que acostumbraba mostrar–. Abuelo, ponte en contacto con Silvina Flores, dile que comience la construcción de esa casa que

proyectamos la última vez que nos vimos, yo te iré girando el dinero. Nos vemos en cuanto pueda terminar de resolver los asuntos que tenemos acá –aclaró con entusiasmo antes de terminar la conversación.

–¡Va a regresar, Quino! ¡Nuestro muchacho va a regresar! –dijo Rosario, y corrió a abrazar a su esposo.

Eduardo la miró con ternura y no se arrepintió de su decisión. Rosario era una de las pocas mujeres que él admiraba. Él nunca terminaría de agradecerle el cariño y la dulzura que le había dado a su hija desde que su madre la negó como hija el día del nacimiento. Pero su decisión no fue solo por hacer feliz a Rosario. Aceptó esa propuesta porque quedó sorprendido con la actitud de respeto que percibió en Alan al darle a él el poder de decidir sobre su vida, y sintió cierta admiración por ese demonio que le había arrancado tantas lágrimas a su Elisa. Eduardo siempre supuso que tras esa fachada arrogante, impertinente y despectiva de Alan hacia su hija había algo que ocultaba, y quién era él para torcer el curso de la vida de los dos. Si se mataban, que se mataran. Y si Elisa gritaba como loca, que gritara. Él sentía que estaba haciendo lo correcto.

–Bien. Parece que somos socios –dijo Eduardo con una sonrisa.

–Gracias, Eduardo, gracias por hacer posible que mi nieto regrese al hogar –dijo Rosario llena de gratitud.

–Me alegró que estén felices con su retorno –dijo Eduardo.

–Alan no soporta vivir allá y siempre ha buscado un motivo para regresar, y tú se lo acabas de dar. La que se va a poner como loca es mi elegante hija, que no está acostumbrada a vivir en el campo –dijo Quino, y se echó a reír–. Ya me la imagino en los corrales con un pañuelo en la cabeza para que no se le arruine el peinado, y un broche en la nariz para no desvanecerse con los malos olores de los establos.

–Podría dejarla allá –comentó Eduardo que la prefería lejos de su vida.

–Alan no la reconoce como madre, pero la quiere. Si él vuelve es porque sabe que ella va a seguirlo. Y si le vende las acciones, Marian no tendrá más remedio que regresar. En el fondo creo que Marian siempre quiso regresar, pero tiene miedo de los desprecios que tendrá que soportar –aclaró Quino.

–Se los ganó –dijo Eduardo.

Rosario le dedicó un ceño fruncido.

–Eduardo, todos cometemos errores, y Marian ha pagado muy caro por su error. Lleva años de arrepentimiento y nadie le ha dado una segunda oportunidad. Alan le ha hecho la vida imposible desde que se fue con ella, y Marian nunca le ha reprochado nada porque cree que se merece el desprecio de su hijo. Pero en algún momento hay que dejar correr las aguas –dijo Rosario.

–Puede ser que tengas razón, Rosario –dijo Eduardo, pero sus pensamientos le decían que tendría que tener los radares bien puestos para mantenerse lejos de esa arpía desalmada.

Eduardo se fue de la casa de Quino y mientras recorría el camino hacia sus campos pensó en las dos mujeres que había tenido en su vida, Amanda, su mujer muerta; y Marian. Una peor que otra. Solo servían para desecharlas, se dijo.

Eduardo había logrado perdonar a Amanda después de años de su muerte. Si no hubiera sido porque estaba agonizando, él la habría estrangulado con sus propias manos cuando le decía “no puedo tolerar el haber engendrado a una niña tan desagradable”, “ella no es mi hija, me la deben

haber cambiado”. Se le revolvía el estómago cada vez que recordaba su frivolidad. Se estaba muriendo y seguía preocupada por su apariencia. Estaba más en el otro mundo que en este, pero pedía que todos los días fuera Karina a peinarla y maquillarla. Había perdido mucha sangre el día del nacimiento de Elisa, y Alfredo había hecho todo lo posible por recuperarla, pero cada día estaba peor. Eduardo, en el fondo de su alma creía que su muerte se debía a un castigo divino al no aceptar a su adorada hija. Quizá, la había perdonado porque había muerto y no había tenido oportunidad de amargarle la vida a Elisa, abandonándola como lo había hecho Marian con Alan.

Marian era otra mujer que no servía para nada. No solo la odiaba porque había abandonado a Alan, sino que también la odiaba porque la víbora lo había encantado con sus danzas venenosas, hablando de amor incondicional hasta convertirlo en un perro faldero, y por una pelea sin sentido que los había distanciado por dos meses, ella había desaparecido del pueblo sin dejar rastros.

Con el tiempo supieron que había tenido un hijo con un motoquero que estaba algo desquiciado. Eduardo supuso que se había encandilado con un extranjero que nada tenía que ver con la humildad de los pueblerinos como él.

Tiempo después Rosario viajó sola a algún lugar y regresó con Alan, que ya tenía cinco años, y lo que se supo era que fue a recogerlo porque ninguno de sus padres quiso hacerse cargo del niño. Por suerte, a Marian la vida le había hecho pagar con creces sus errores.

Después de esas dos deprimentes experiencias, Eduardo nunca más tuvo una mujer que le importara en su vida. Tenía amantes, pero eso solo era para satisfacer su necesidad de acostarse con una mujer, nada más. Podían venir de visita a su casa como cualquier vecino, pero nunca las metería en su cama, para eso estaban los moteles de ruta.

Ya había entregado el corazón en su juventud a esa víbora de Marian, y ella lo había revolcado por el lodo y se lo había devuelto hecho un bollo, y lo abollado nunca volvía a estar como antes, se dijo mientras se dirigía por el camino de tierra a los campos altos para evaluar los trabajos que deberían hacer para convertirlos en tierras ganaderas.

De solo recordar el trato que había hecho con Alan, quiso desaparecer por unos días de su casa para no escuchar los insultos de Elisa cuando se enterara que había dado su palabra para formar una sociedad con el hombre que le había arrancado tantas lágrimas. Ahora, a los ojos de Elisa, él era el culpable de que Alan regresara, pensó y siguió andando a zancadas al recordar la forma en que Alan lo había manipulado.

## CAPÍTULO 3

Marian venía pagando por el abandono de Alan desde el mismo día en que había tomado la decisión de dejarlo con sus padres. No todo era lo que parecía o creía la gente del pueblo, pero nunca se preocupó por desmentir las habladurías, después de todo lo había abandonado, y punto.

Su hijo se había tomado la revancha con sus desprecios. Como ella se sentía merecedora de todo, lo dejaba desquitarse a su antojo. Pero esto ya había pasado los límites, y estaba indignada con lo que Alan había hecho en la reunión.

Se suponía que su hijo iba a ocupar la silla del directorio, pero en vez de eso se había quedado sin nada. Nada. No podía estar vengándose de ella con semejante atrocidad. Ya demasiada paciencia había tenido con él durante diez años. Diez años de soportar su prepotencia, sus malos modos, su indiferencia y que se pusiera unas Nike y unos vaqueros rotos junto con un saco de la mejor casa de diseño, solo para sacarla de quicio. Y esa mañana... esa mañana lo había logrado porque ella había entrado orgullosa a la reunión y había salido humillada y llorando como una idiota, porque Alan, su hijo Alan, acababa de poner a la venta todas las acciones que tenían, inclusive las de ella.

Alea-Lan ya no era suya.

Sintió que la confianza que había depositado en él se hacía añicos frente a sus ojos. Su hijo la acababa de destruir, y ella le había dado la llave para hacerlo. Su paciencia, donde estaba cuando la necesitaba, se preguntó Marian mientras caminaba taconeando por el pasillo hasta su oficina, la que había ocupado por más de quince años. Su mundo seguro, su mayor logro en la vida, el que le había costado sudor y lágrimas conseguir. Su fama, su gloria, todo perdido por una decisión arbitraria de su hijo, que se estaba vengando de ella quitándole todo lo que tenía.

Su secretaria de toda la vida entró sobrecogida, abrió la boca para decir algo, pero Marian la silenció con un gesto de la mano. Lo que menos quería en ese momento era la compasión de los que habían sido sus empleados. Para su alivio la chica la conocía lo suficiente y se limitó a dejar sobre su escritorio una caja de cartón. Su pequeño imperio se había reducido a una caja para guardar los pocos recuerdos que tenía en su oficina. No lo podía creer. Estaba desquiciada y comenzó a tirar todos los preciados objetos contra la pared que tenía frente a ella, haciendo añicos sus sueños y sus esperanzas. Odiaba lo que Alan le había hecho, pero no podía odiarlo a él a pesar de que había tomado la peor decisión para sus vidas. Eran felices allí. Al menos ella era feliz de tener a Alan en su vida. Por qué tenía que arruinarlo todo. Por qué tenía que denigrarla de esa forma.

Su empresa había crecido con los años, y su pequeña venta de carteras cosidas y pintadas a mano se había convertido en una de las marcas más prestigiosas del mercado, pero ya no era suya. Ahora tendría que ver como las actrices de Hollywood exhibían sus carteras en las entregas de premios o en las fiestas de la alta sociedad sabiendo que la marca ya no le pertenecía. Tomó el portarretratos de Alan y ella en el Central Park y lo hizo añicos contra la puerta de ingreso a su oficina. Le siguió el portarretratos de Alan sentado en su escritorio con esa sonrisa de burla que siempre le dedicaba para hacerla enojar, y por último lanzó el que tenía de cuando era un niño



rebelde, con sus cabellos tan largos como ahora y esos pantaloncitos anudados con un lazo. “No le gusta ponerse cintos”, le había contado su madre Rosario. Un rebelde sin causa, no porque lo hubiera abandonado, Alan nació rebelde y seguía la misma línea ahora que ya era todo un hombre de treinta años.

Alan entró y arqueó las cejas al ver los portarretratos rotos en el piso.

–Se acabó tu amor por mí –no era una pregunta, sino una afirmación.

–Nunca. Hagas lo que hagas no te librarás de mí. ¿Te ha quedado claro? –dijo Marian a gritos.

–Te has quedado sin nada, Marian. Tu trabajo y tu sacrificio se han convertido en una pila de dólares –Alan habló con tanto desparpajo que Marian tuvo ganas de echarse a llorar. Era su empresa la que había perdido, y su hijo le hablaba como si se le hubiera roto el tacón de sus sandalias. Tuvo ganas de abofetearlo, pero él interrumpió sus pensamientos con su pregunta–. ¿Qué sientes, Marian?

–¿Qué siento? ¿Acaso no sabes lo que siento? Siento que me falta el aire, que me voy a morir en este mismo momento. Siento que te has vengado de la peor manera porque me lo has quitado todo... todo por lo que luché durante tantos años –lo miró con los ojos llenos de lágrimas y los hombros caídos. Nada quedaba de esa postura de empresaria autosuficiente que había conseguido con años de práctica–. ¿Por qué? ¿Por qué te vengaste de una forma tan cruel? ¿Te lo di todo! –concluyó vencida.

Alan se acercó a los portarretratos y se agachó para recuperar las fotos.

–Las fotos no se han roto. ¿Quieres llevarlas de recuerdo? Quizá, ahora podamos empezar a ser madre e hijo –dijo Alan.

Marian lo miró con la boca abierta.

–¿Qué has dicho? ¡Alan, me has destruido! –dijo Marian en un susurro. Aún tenía las palabras de su hijo dando vueltas por su cabeza. Madre e hijo, pensó, pero Alan interrumpió sus pensamientos.

–No, solo te he salvado de una vida sin sentido –dijo Alan sin mostrarse arrepentido de su decisión–. Sabes, mi lugar está allá. Si quieres ser mi madre tendrás que adaptarte a la vida que quiero llevar porque esto no es lo mío. Sirvió en su momento, pero ya no sirve más.

–¡Pero qué prepotente eres! Mi vida estaba llena de sentido. Tenía una empresa que me la gané con mi trabajo, y vienes tú a decirme que esto no sirvió para pagar todo lo que tengo y lo que tienes.

–¿Pagar? Esa es la idea que tienes de la felicidad. ¿Todo se compra, Marian? ¿Hasta los amantes? –preguntó lleno de desprecio.

Marian agachó la cabeza.

–No necesito pagarle a mis amantes.

–No sé si tendrías amantes si fueras la mujer que limpia la empresa.

–Maldito. Quién te crees que eres para tratarme de esa forma –gritó Marian, y se abalanzó sobre su hijo.

–Tu hijo –dijo Alan, y logró romperle a pedazos la indignación por haberla dejado sin empresa, sin fama, sin estatus y sin ego, que era lo que más le quería arrancar–. Dime que soy más importante que toda esta mierda que te hace tan feliz. Dímelo. Y dime que regresarás al pueblo conmigo –exigió Alan.

Marian lo miró con desconcierto. Desde que Alan había aceptado diez años atrás ser parte de la empresa, Marian vivía pensando que algún día su hijo armaría las maletas y se marcharía para siempre de su vida, sin que ella pudiera retenerlo. Alan nunca la había reconocido como madre, pero en ese momento..., soy tu hijo dicho por él sonaba a una melodía celestial. Toda una vida rogando por ese milagro y lo conseguía mientras perdía su imperio por decisión unilateral de su hijo.

O el imperio o yo, le estaba diciendo. Qué era la empresa comparada con el amor a su hijo, pensó. Sabía que si regresaba al pueblo tendría que soportar los desprecios de la gente que antes la había querido. Pero ella estaba hecha de pasta de acero. Aguantar las miradas despectivas de los pueblerinos no sería nada comparado con todo lo que tuvo que ceder en su juventud por el bienestar de su hijo. Ella se había endurecido y era capaz de enfrentar al mundo si su hijo le daba su cariño. Dejó que las lágrimas le corrieran el maquillaje y le dijo.

–Eres más importante que todo esto. Eres lo único importante en mi vida.

Alan se acercó a ella y la estrechó en sus brazos. Marian dejó ir toda la tensión. Estaba viviendo el momento más esperado de su vida, porque era el primer abrazo de su hijo luego de aquel trágico día que tomó la decisión de dejarlo con Rosario. Lo abrazó con tanta desesperación que sintió cada músculo firme de su cuerpo. Su hijo era un hombre y la quería, fue lo que pensó con ese contacto añorado. Ese abrazo, que significaba una aceptación, era todo lo que ella necesitaba para sentirse feliz.

–Lo siento Alan. Siento mucho no haber sido capaz de tenerte conmigo cuando eras niño, pero te aseguro que te amaba más que a mi propia vida.

–No me fue mal con los abuelos, hacía lo que quería –la consoló Alan a pesar de que tenía los dientes apretados. No quería remover el pasado y así se lo hizo saber–. Basta de pasado. En cuanto tengamos todo listo regresamos al pueblo.

–¡Dios mío! No sé cómo voy a enfrentar tantos desprecios.

–Solo será hasta que se acostumbren y te vuelvan a conocer. Tienen la imagen que se han hecho de ti. Tendrás que mostrarles tu encanto y tu fuerza interior, esa que desplegabas tan bien en la empresa –dijo Alan, y Marian comprendió que a pesar de que Alan siempre se mostraba indiferente y soberbio, sentía admiración por sus logros.

–No será fácil –dijo Marian mirando con adoración a su hijo–. Pero tampoco será tan difícil –sonrió, y Alan asintió–. ¿Tu novia, amante o como quieras llamarla, vendrá con nosotros?

–No. No estaría a mi lado si barrieran los pisos de la empresa –dijo Alan, y sonrió con ironía. Conquistar a una mujer siendo el hijo de la empresaria Marian Martín, que se codeaba con gente de la alta sociedad, le había resultado fácil. Siendo un campesino las amantes a dos manos quedaban descartadas. Una gran ventaja, ya que estaba algo cansado de la frivolidad. A los veinte años se había sentido un privilegiado al poder tener tantas mujeres dispuestas a ir a su cama, a los treinta quería otra cosa. Quizá, una mujer tranquila que quisiera formar una familia con él y darle montones de hijos y... Y su mente atolondrada e inconsciente trajo el recuerdo de un nombre: Elisa. Sacudió la cabeza por la estupidez que estaba pensando. Él solo regresaba porque amaba el lugar, se dijo sin mucha convicción.

\*\*\*\*\*

Elisa sonreía con inocencia a sus clientas. Lógico que su sonrisa se debía a que aún no estaba enterada de que Alan regresaba al hogar de su infancia, y mucho menos sabía que sería socio de su padre en los campos. Ella era todo encanto y dulzura mientras mostraba una jarra de porcelana inglesa Tuscan que databa de mil novecientos treinta. Una pieza única que había conseguido en un anticuario de la ciudad, decorada con delicadas flores de varios colores y detalles de oro en los bordes. Había llegado esa mañana a la tienda y ya la tenía vendida, nada menos que por tres mil pesos. Y su padre tenía la audacia de llamar tiendita a su casa de regalos, pensó mientras admiraba la joya que tenía en sus manos.

–Dorita, te recomiendo ponerla en una vitrina, su valor es muy alto para que tus nietos la derriben de un pelotazo –aclaró Elisa, y Dorita se echó a reír.

–A mis tesoros les perdono todo, Elisa, ya lo sabes, pero si me rompen una sola de mis porcelanas de Tuscan te aseguro que los dejo sin sus partes masculinas –dijo con gracia la rica y alegre viuda que soñaba despierta con Eduardo, el viudo más encantador del pueblo, según los dichos de la propia Dorita.

Al escuchar las palabras de Dorita todas estallaron en carcajadas. Con Dorita siempre terminaban riendo de sus comentarios, a veces de sus nietos y otros sexuales subditos de tono. El único que no sonreía era su padre cuando la viuda le hacía proposiciones indecentes delante de cualquiera. Eduardo solía carraspear e incluso Elisa lo había visto ruborizarse. Elisa misma solía ruborizarse, después de todo Eduardo era su padre y ella lo consideraba una especie de monje.

–Ya te quisiera ver haciendo eso a los diablos –dijo Lourdes mientras admiraba una Matrioska con siete muñecas adentro. Las muñecas rusas eran una debilidad de Elisa, y nunca faltaban en la tienda. Varias de sus clientas, al igual que ella, las coleccionaban, y algunas veces se trezaban en discusiones por comprarlas.

–Es muy capaz. Cuando pierde los estribos, mejor que todos echen a correr –acotó Rita, su empleada de la tienda.

Los sábados Elisa y sus dos empleadas, Rita y Adriana, trabajaban sin descanso desde la mañana hasta las seis de la tarde. Rita era una mujer de cuarenta y dos años, soltera y elegante. Se había quedado para vestir santos porque ningún hombre había cumplido sus altas expectativas, ahora ya había bajado las pretensiones, pero como ella misma decía, se le había pasado el tren. Adriana era tres años mayor que Elisa, con veintiséis años no había hombre que se le hubiera resistido, con Alan incluido, para desconsuelo de Elisa que aún se reprochaba el haberle dado un trabajo en su tienda. Elisa era un alma noble, y cuando la mujer le suplicó llorando que le diera una oportunidad, no se pudo negar. Después de todo Alan ya no estaba en el pueblo, y el pasado debía ser pisado.

El negocio estaba a rebozar de clientas. Algunas mujeres se sumaban a los comentarios de Dorita, otras no participaban pero escuchaban atentas mientras elegían lo que iban a comprar. Dorita las tildaba de falsas moralistas. Elisa sabía que tenía razón, ya que cuando salían del negocio no paraban de criticar a sus espaldas.

Sus clientas venían de distintos pueblos a comprar chucherías, como decían ellas. Elisa no se ofendía que llamaran chucherías a la cantidad de objetos de valor que vendía en su tienda, después de todo tenía una gran variedad de chucherías. Tenía buen gusto para la decoración y no había otra tienda como la de ella por la zona. Se sentía orgullosa de sus logros. Si bien su padre

le había comprado el local y el departamento en un año de buenas cosechas, el resto lo había logrado ella.

Todo había comenzado con la venta de sus pinturas de paisajes serranos. Había tenido lo que se podría llamar un buen comienzo, ya que Marta había pagado una pequeña fortuna por varios de sus cuadros. Pero el arte llevaba mucho tiempo y no siempre tendría la suerte de conseguir clientas tan generosas. Por eso un día decidió dejar de pintar e invirtió esas ganancias en montar la tienda de regalos.

En ese momento vendía desde antigüedades genuinas hasta económicas lechuzas de cerámica, que muchas las consideraban amuleto de buena suerte. Ella no creía en que una lechuza le cambiara la vida, pero se vendían bien y las traía. Si eso fuera cierto, con la cantidad que tenía en la tienda ella debería ser la persona más suertuda del mundo, y eso era una utopía.

–Me acabo de enterar en la farmacia que Eduardo esta mañana aceptó formar una sociedad con Quino, o mejor dicho con Alan, el nieto de Quino. No sabía que regresaba al pueblo. Pensé que nunca volvería –comentó Dorita.

La jarra de porcelana Tuscan se deslizó como agua de las manos de Elisa. Tres mil pesos quedaron convertidos en basura a sus pies, al igual que la seguridad que Elisa había ganado desde que Alan estaba lejos del pueblo. No hicieron falta los pelotazos de los nietos de Dorita. Ella sola había logrado reducir a polvo uno de sus más preciados tesoros de la tienda. La jarra había llegado intacta en un barco desde Europa allá por mil novecientos treinta, soportando tormentas y bamboleos, y había ocupado una vitrina en la sala de una mansión de la ciudad durante casi cien años, y Elisa, demostrando su torpeza cuando se nombraba a Alan, la miraba destruida a sus pies.

–¡Elisa! Mi jarra de Tuscan –dijo Dorita sorprendida.

–No sabes cuánto lo siento, Dorita. Era una pieza única y... sé cuánto la querías...

–Querida, no era más que una pieza. Lo que me preocupa es tu estado cuando se nombra a Alan.

–No es por él –dijo Elisa sin convicción–. Es por la sociedad –aclaró, y al ver las miradas de compasión que le dedicaron supo que ninguna creyó sus palabras.

–Quizá, ha cambiado un poco –dijo Dorita para tratar de calmarle el ánimo.

¡Cambiar un poco! Ella sabía que no había cambiado en nada, pero no pensaba contradecir a Dorita, su mejor clienta, que al parecer todavía creía que Santa Claus descendía por la chimenea de su casa.

–Seguro que sí –dijo como si estuviera de acuerdo con Dorita–. Solo que no creo que nos convenga formar sociedad con ellos. Mi padre se había mostrado reacio esta mañana, pero veo que cambió de idea sin consultarme –dijo Elisa, que era transparente cuando hablaba de su vida–. Y bueno, él es dueño de decidir sobre sus campos.

–No seas tonta. Él no decide nada sin consultarte –dijo Dorita que ya se había olvidado de su jarra inglesa.

–Parece que esta vez lo hizo –dijo Elisa, y se acuclilló en el suelo a juntar los pedazos de esa reliquia para hacerla desaparecer lo antes posible, como si al desecharla en la basura pudiera borrar la vida llena de inseguridades que tendría cuando ese caradura desvergonzado hiciera acto de presencia en el pueblo.

–Seguro que no ha tenido opción –dijo Rita buscando una explicación a la decisión del padre

de Elisa.

–Nosotros la teníamos. Esta tienda nos habría permitido subsistir hasta la próxima cosecha.

–¿No estás pensando en Quino y Rosario? ¿En cuánto les debe tu padre a ellos? –comentó Lourdes.

Era cierto. Rosario y Quino eran los que habían estado con ellos cuando Eduardo tuvo que hacerse cargo de una niña recién nacida sin saber cómo prepararle un biberón o cambiarle un pañal. Pero eso no justificaba una sociedad con el mismísimo demonio y la madre de este. Podrían haber ayudado a Quino y Rosario hasta que la naturaleza volviera a encausarse, sin necesidad de traer de regreso gente que era mejor tener lejos.

¿Hasta cuándo Alan haría de su vida un infierno? Ya demasiado tenía con soportar los jocosos comentarios de que su prometido había huido despavorido, para tener que lidiar con ese maldito hombre que había decidido regresar solo para seguir destruyendo su autoestima, y encima, inmiscuirse en sus asuntos al ponerse al mando de los campos que les pertenecían. ¡Con qué derecho! Años de trabajo para sentirse segura, y a sus pies podía ver como su seguridad se había hecho pedazo, porque bastaba que alguien nombrara a Alan para que ella se convirtiera en un flan.

Tembló de indignación pensando en lo que había hecho su padre a sus espaldas. Por la mañana le había dicho que no sería socio de esa arpía de Marian, y a las pocas horas había cambiado de idea. Su padre había consentido esa sociedad que los ataría de por vida a ellos. No se lo podía perdonar sabiendo que eran Alan y su madre los que estaban tras ese plan descabellado que los llevaría a la ruina, ya que Alan y la estirada de Marian harían y desharían a su antojo sin tener en cuenta la opinión de su padre y mucho menos la de ella. Ellos eran empresarios acostumbrados a mandar, en cambio, Eduardo y ella solo eran unos inocentes campesinos. Bien, ella le demostraría de lo que era capaz una pueblerina furiosa, se dijo Elisa.

El motivo de su indignación entró por la puerta de la tienda. Eduardo miró a su hija con pesar. Elisa vio que su padre tenía el cabello despeinado por el viento y los vaqueros gastados que solía usar cuando recorría los campos. No tuvo dudas de que había estado recorriendo los campos que pensaba darle a los empresarios para que hiciera y deshicieran a su antojo.

Dorita, una viuda con dos hijos y dos nietos en su haber, se desprendió disimuladamente un botón de su camisa entallada para dejar a la vista su abundancia, y Rita, una soltera que suspiraba por Eduardo, se acomodó su corto cabello caoba peinado de peluquería. Elisa esta vez no prestó atención al coqueteo de las mujeres, tenía la vista clavada en su padre, que parecía un ternero que iba al matadero. Él la miraba con prudencia, y ella le devolvió una mirada acerada.

–Lo siento. Veo que ya te has enterado de la sociedad –dijo Eduardo con cierta ironía en la voz.

–Ya sabes, acá vuelan las noticias. No sé cómo pudiste hacerlo –dijo Elisa sin apartar su mirada llena de cólera.

–Rosario se emocionó al saber que Alan quería instalarse acá. Lo extraña tanto... –dijo Eduardo. Sabía que no era la mejor forma de encarar el asunto, pero fue lo único que se le ocurrió decir.

–No hacía falta hacer una sociedad para que regresara –dijo Elisa como motivo más que válido para descartar la pobre excusa de su padre.

–Elisa, no creo que Alan albergue malas intenciones. Ya tiene treinta años, y en sus últimos

viajes se ha mostrado encantador –dijo Dorita intentando apaciguar a la muchacha.

–Bueno, como no lo he visto no puedo opinar sobre sus grandes encantos –dijo Elisa a Dorita.

–Si lo hubieras visto te habrías convencido, Elisa –dijo Adriana emocionada.

Elisa se indignó al escuchar que Adriana abría la boca por primera vez para hablar de las grandes virtudes de Alan. Era su amante cuando él llegaba al pueblo. Él no corría a sus brazos pero todos sabían que sucumbía a las descaradas provocaciones de Adriana. “Es hombre y no es de piedra”, solían decir. Y aunque sonara irónico ella la había contratado como empleada de la tienda. Nunca debería haber sentido debilidad por los ruegos y súplicas de Adriana para que la contratara. En ese momento se arrepentía de aquella decisión.

–No sirve la opinión de la amante de Alan –dijo Elisa, y todos se quedaron mudos. Nunca, ni en sus peores días, Elisa era capaz de responder de forma tan agresiva, pero Adriana sabía a qué se refería y no se ofendió por el comentario.

Su padre la miró con indignación.

–Discúlpate –dijo Eduardo con voz firme.

¿En qué momento se habían invertido los papeles?, se preguntó Elisa al ver que el enojado parecía ser su padre. No le daría con el gusto, se dijo, enderezó los hombros y lo miró altiva.

–Nunca me disculpo por decir la verdad –dijo Elisa retándolo a contradecirla.

–Tú no eres así –dijo Eduardo serio.

–Ahora sí. Tú acabas de defraudarme. Mucha gente a la que creía amiga me ha defraudado. Por qué tengo que seguir comportándome como una mujer educada. Eso solo me ha servido para que todo el mundo me atropelle –gritó Elisa, y antes de que su padre dijera algo, aclaró–. Seré despiadada con tus socios, les haré la vida imposible –La tensión que se respiraba en la tienda amenazaba con romper cada uno de los adornos de cristal que se exhibían en los estantes. Elisa se giró para mirar a Adriana–. Tu vida privada la tendrás afuera de esta tienda, sino te voy a poner de patitas en la calle, y no habrá súplica que me haga cambiar de opinión –dijo Elisa, y todos se sorprendieron por su actitud.

–Está bien. Me veré con él en otro lado –respondió Adriana con esa despreocupación que Elisa detestaba.

–No me provoques, Adriana, que sabes que soy capaz de sacarte de una patada en el culo –dijo Elisa furiosa por las palabras de esa chica que se burlaba en la cara de quién le había dado el trabajo que necesitaba.

–Elisa, me estás asustando –dijo Eduardo–. ¿Qué es lo que ha pasado para que reacciones así?

–¿Qué ha pasado? ¿Tú me lo preguntas? ¿Acaso no sabes lo que fue mi vida con Alan Martín? Pensaste en Rosario, pero no pensaste en mí cuando formaste con él una sociedad a mis espaldas –dijo Elisa, y entró en la trastienda. Estaban dando un espectáculo, una excelente demostración de lo mal que podían llevarse padre e hija. Esa era su tienda, su negocio, su futuro, y se estaba comportando de forma irracional. Debería haber hecho oído sordo a las palabras de Adriana, pero al escuchar como lo adoraba había reaccionado como una fiera delante de todas sus clientas. Se había cegado y ahora sufriría las consecuencias de los cotilleos de los pueblos chicos.

Su padre la siguió, sentía sus pisadas sobre el piso de granito gris, y entró tras ella.

–Te equivocas –dijo Eduardo.

–No papá, no me equivoco. Sé lo que le debemos a Quino y Rosario. Pero la paga es demasiado grande para mí.

–Hablemos en casa. Tus clientas no salen del asombro. Nunca habías perdido la cabeza de esa forma. Te has puesto a pelear con una empleada delante de gente que saldrá a contarlo por todos lados –dijo Eduardo con voz serena.

–Lo sé. Cometí un error y ahora vendrán las consecuencias. Qué importancia tiene una mancha más para el tigre –dijo Elisa como si estar otra vez en boca de todos ya no le causara pesar.

–Tú no tienes ninguna mancha. Tú eres una persona íntegra. Las habladurías te hacen daño, y les acabas de dar hilo para rato –dijo Eduardo alterado–. Alan regresa en un mes. Mientras tanto iremos preparando la tierra porque no está apta. Ya sabes que nunca la desmonté.

–Te lo sugerí varias veces, pero no te interesó mi opinión. ¿Lo recuerdas? –dijo Elisa con ironía. Unos años atrás había intentado convencer a su padre para que explotaran aquellas tierras, pero él no era hombre de prestar atención a las mujeres, y para que dejara de inmiscuirse en los asuntos del campo le había comprado el local y el departamento. La había sacado del medio con su dinero. No se arrepentía de tener un negocio, pero aún sentía cierto resentimiento por la poca importancia que su padre le había dado a sus ideas, importancia que sí había dado a la sociedad que estaba por formar con Alan Martín.

–Espero contar con tu ayuda –dijo Eduardo eludiendo la pregunta de Elisa, y se marchó.

–¡Antes muerta que sacar un solo yuyo de los campos para formar una sociedad, nada menos, que con Alan Martín y su estirada madre! –gritó Elisa, pero su padre siguió alejándose como si no la hubiera escuchado.

Esto era una guerra, pensó Elisa. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños, los aflojó y barrió con una de las repisas que contenía los adornos que aún no habían llevado a la tienda. Ese día las pérdidas fueron grandes, y todo por culpa de Alan Martín y su arrogante forma de meterse en su vida sin ser invitado.

–No te imaginas con quién te vas a encontrar Alan Martín. La dulce niña se convertirá en tu peor pesadilla –dijo en voz alta, aunque no sabía cómo lo lograría.

## CAPÍTULO 4

Elisa no podía creer lo que veían sus ojos. Todo el pueblo adornado con globos y guirnaldas porque regresaba “el salvador”, como llamaban los campesinos a Alan Martín. La plaza estaba llena de mesas de tablonos y sillas plegables para disfrutar de varios corderos que se estaban cocinando a la llama en el restaurante que Manuel tenía en el centro.

Desde la tienda, Elisa echaba miradas furtivas mientras acomodaba en los estantes la mercadería que le había llegado esa mañana. Estaba indignada porque Adriana, su atrevida empleada, se había tomado el día libre. En ese momento, la muy descarada estaba en la plaza con un vestido rojo tentación, tan corto y escotado que toda su mercadería estaba a la vista para que Alan Martín la disfrutara ni bien llegara, y se le escapó un bufido de indignación.

No era más que una rubia de tinte, de ojos tan negros como el de los cuervos, se dijo para darse ánimo, y así de negra tenía el alma, conjeturó Elisa al final. Debería ser honesta y reconocer que si bien no era preciosa tenía facciones delicadas; lamentablemente las arruinaba con el exceso de maquillaje, el pintalabios demasiado rojo y manchones negros alrededor de los ojos para hacerlos resaltar, aunque tenía que reconocer que solo era exceso de delineador para asemejar ojos de gato. A ella solían decirle que tenía ojos de gato porque eran almendrados y de color pardo. Pero que importaban los ojos cuando toda su apariencia le había traído tantas inseguridades, pensó furiosa y dejó con demasiada fuerza el cofre de porcelana que estaba repasando con un paño. Decidió apartar de sus pensamientos a Adriana para no seguir rompiendo objetos caros en la tienda.

Lamentablemente, Elisa ese día estaba acosada por pensamientos nocivos porque dejó ir a Adriana y apareció Alan Martín. El susodicho había anunciado que invertiría en un sistema de drenaje y reserva de agua para que nunca más perdieran una cosecha. Lógico, que no les estaba regalando nada, ya que los campesinos estaban de acuerdo en pagar la obra con su primera cosecha. No había que ser demasiado inteligente para saber que ese era el motivo de semejante recibimiento, con cordero, guirnaldas y globos. Caradura, pensó Elisa mientras dejaba con fuerza otro de los cofres de porcelana pintado a mano sobre la vitrina que había tras el mostrador.

–¡Elisa! –gritó Rita trayéndola a la realidad–. Vas a pérdida este mes con la cantidad de objetos que has roto. Ten cuidado con esos cofres –exclamó.

Elisa se giró y le dedicó una sonrisa irónica. Rita tenía razón, pero los nervios y la bronca la tenían en un estado de exaltación constante, y se estaba desquitando con los costosos adornos para no retorcerle el cuello a su padre. No podía relajarse, menos ese día en el que todos festejaban la llegada de Alan como si fuera Dios que bajaba del cielo a hacer un milagro en los campos, no el mismísimo diablo que atraído por la necesidad de la gente estaba haciendo su propio negocio.

–Querida, dónde quieres que ponga estás muñequitas tan bonitas –preguntó tía Ofelia, que se había quedado, según ella, como aliada. Elisa había decidido entrar en guerra con su padre para demostrarle el rechazo a la sociedad que había formado con los Martín, y su primera maniobra había sido abandonar la casa paterna e instalarse a vivir en el pequeño departamento que tenía



sobre la tienda. Ya hacía un mes que vivía allí, y desde hacía una semana lo compartía con Tía Ofelia, que para alivio de su padre se había unido a su rebelión. A Ofelia no le gustaban los espacios pequeños, pero había hecho una excepción porque era demasiado cotilla y no se iba a perder la llegada de Alan y su madre al pueblo.

Elisa estaba un poco cansada de que su tía invadiera su privacidad. La tenía de día en la tienda y de noche en el departamento. Pero prefería esa incomodidad a estar en la casa de su padre, no solo por ganarle una batallita, sino porque la llegada de la madre de Alan había generado en su hogar un desfile de mujeres dispuestas a cuidar su territorio. Solo eran dos, pero para Elisa el número era demasiado para un hombre de moral intachable y encima de cincuenta y tres años.

Elisa estaba indignada, conocía a esas mujeres de toda la vida y nunca se imaginó que tuvieran algo íntimo con su padre. La culpa era de Eduardo. ¡Qué necesidad de tener dos mujeres! Acaso no le bastaba con una. De solo recordar que ella había pensado en buscarle una novia tenía ganas de tirar la jarra de cristal que estaba a punto de colocar en el estante. Encima tenía que soportar que una de las amantes, movida por los celos, se llegara a su tienda para despotricar contra la yanqui, como llamaban a la madre de Alan. En la época que corría no tendría que sentir vergüenza por esa situación, pero Eduardo era su padre y ella lo creía un santo. Nada más lejos de la realidad, se dijo.

Elisa giró para buscar unos adornos de cerámica que tenía en el mostrador de ventas, y vio a Ofelia guarecida tras la pequeña repisa de exhibición que tenía en la vidriera que daba a la calle, curioseando todo lo que pasaba afuera. Elisa la entendía, ya que todos los pueblerinos iban y venían por el centro aguardando la llegada de los dos, y suponía que semejante revuelo en el pueblo era más por la madre de Alan que por él, que solía venir dos veces al año a ver a sus abuelos.

Todas las mujeres llevaban un mes preguntándose como estaría Marian, ya que ella hacía su aparición luego de algo más de treinta años de ausencia. En realidad, Marian había regresado en algunas oportunidades, pero nadie más que Rosario y Quino la habían visto, porque llegaba de incógnita en helicóptero hasta los campos de sus padres y se iba a de la misma forma a las pocas horas sin aparecer nunca por el pueblo. Una excéntrica intrigante que los tenía a todos muertos de curiosidad.

—¿Qué te vas a poner para la fiesta, Elisa? —preguntó Ofelia mientras trataba de mantener el equilibrio tras esa vitrina que no ocultaba su curiosidad. Según ella estaba acomodando las muñecas rusas que habían llegado esa mañana, pero su mirada no se apartaba de la plaza. En cualquier momento haría un desastre en la vitrina, pensó Elisa, y a pesar de su indignación no pudo evitar la sonrisa al verla tan curiosa.

—No voy a ir, tía. Esta noche tengo otros planes —dijo Elisa como si el acontecimiento no tuviera importancia para ella.

—¡No lo puedo creer! ¡Todos van a estar allí! —gritó Ofelia asombrada mientras se giraba tirando en su arrebato unos adornos de madera, que por suerte no fueron a aumentar las pérdidas de ese mes de pesadillas.

Rita sonrió a Elisa con ternura. Ya sabía que no estaría allí. Elisa no tenía nada que festejar, y ya le había comentado que pensaba ir un par de horas al campo para “emparejar” con el arado la tierra desmontada. Había sonreído con tanto sarcasmo que Rita no tenía dudas de que más que

emparejar pretendía desemparejar el terreno. Eduardo había gastado una fortuna, a cuenta de futuras cosechas, en instalar luz en la zona alta; lo había hecho después de formar esa sociedad con Alan y solo para congraciarse con Elisa porque sabía que le gustaba recorrer de noche el campo. Rita no tenía dudas de que él se arrepentiría de esa decisión, ya que Elisa estaba decidida a complicar y en lo posible destruir esa sociedad antes de que comenzara.

–Menos yo –dijo Elisa en respuesta a Ofelia.

–Tu padre se va a poner furioso –dijo Ofelia acercándose a ella.

–Ya se lo debe imaginar. Esta fiesta no es para mí, sino para Alan y su madre –aclaró Elisa.

–Desde ahora ellos serán tus socios –le recordó Ofelia.

Cómo si ella no lo supiera, pensó Elisa. No pudo responder porque en ese momento la gente empezó a murmurar y a amontonarse en las calles, agitando unos ridículos banderines que habían comprado con unos ahorros juntados en una lata de leche en polvo para solventar los gastos de la payasada que habían armado en la plaza. Elisa no lo podía creer. Cada uno de ellos había despotricado contra Alan, y todos sin excepción habían despellejado a Marian por haber abandonado a su hijo; y ahora los recibían como si fueran divinidades venidas del más allá a solucionar los problemas. Tanta falsedad le produjo escalofríos, pero arqueó las cejas asombrada al ver que su tía corría por la vereda, moviendo su banderín rojo mientras intentaba hacerse espacio a codazos para no perder detalle del acontecimiento más ridículo que había tenido lugar en el pueblo. Ofelia ya se había olvidado de que ella no iría a la fiestecita, pensó Elisa, se fue a la trastienda, salió por la puerta trasera, se subió a su camioneta Chevrolet que estaba estacionada en la calle de atrás, y se alejó del pueblo.

\*\*\*\*\*

Alan no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¿Qué hacían todos los pueblerinos agitando banderines? ¿Acaso se habían vuelto locos? Tenía la mandíbula apretada de solo ver el decadente espectáculo que habían armado para recibirlos. Él había pasado por el pueblo para curiosarse, y se encontraba con esto.

–¿Me puedes explicar que es todo esto? –dijo Marian que tenía la mandíbula tan apretada como él.

–Parece que han montado un circo. Supongo que debe ser porque ofrecí hacer un sistema de drenaje que ellos me pagarían con su próxima cosecha –dijo Alan sacando conclusiones–. Creo que vas a pasar de ser mal recibida. Parece que todos están contentos de tenernos acá.

–¡Cómo si fuera a creerte! –dijo Marian con escepticismo–. Si hubiera sabido esto habría alquilado el helicóptero –aclaró, y se ganó una mirada ceñuda de su hijo–. Ya sé, ya sé que tengo que tratar de comportarme como pueblerina.

–Con ese pañuelo atado a la cabeza y esa ropa llamativa, pareces más yanqui acá que allá –acotó Alan, mientras forzaba una sonrisa a la gente que lo saludaba con los banderines.

–¡Alan, la reunión es en la plaza! –gritaban algunos desde la vereda para que se acercara con la camioneta.

Alan asintió con una sonrisa tan falsa, que Marian rió de forma cantarina.

–Dios mío, esto no cambia ni con un siglo de ausencia –dijo Marian, y negó con la cabeza.

–Espero que esta estupidez solo dure esta noche –dijo Alan, y saludó con un gesto a la gente

que gritaba y sacudía sus banderines—. ¿Estarán los abuelos acá?

—No deben haber tenido otra alternativa —dijo Marian. Ella no saludaba a nadie a pesar de que todos la llamaban a gritos y le decían que estaba hermosa—. Déjame las llaves de la camioneta —dijo Marian a Alan—. En cuanto pueda me escurro de la reunión.

—Ni en sueños, ese plan lo acabo de pensar yo —dijo Alan. Estacionó en la plaza y se guardó la llave a buen resguardo dentro del bolsillo de los vaqueros.

—Esto lo ocasionaste tú —le reprochó Marian, pero su hijo ya se había bajado y estaba saludando a toda la gente que rodeaba la camioneta.

En todos estos años en Nueva York nunca habían tenido semejante acoso, a pesar de que sus carteras eran conocidas como de las mejores en gusto y hechura, y de que las lucían las estrellas de Hollywood. Esto era algo realmente desconcertante, pensó Marian que bajó sin poder cerrar la boca por el asombro. Su hijo, que era alto como una puerta, había sido devorado por el gentío. Quizá, lo habían tumbado a abrazos y estaba desmayado en el piso, pensó y se asustó al suponer que le podía haber pasado algo. Muchos ídolos habían sufrido accidentes por culpa de sus *fans*. Pero su hijo no era ningún ídolo, se dijo Marian, aunque dudaba de su conclusión al ver la avalancha que se le había lanzado encima.

Al poco rato alcanzó a ver el cabello rubio de Alan entre el gentío. Las jovencitas se le tiraban encima como si fuera Brad Pitt que había venido de visita. Marian no lo podía creer. Cuando miró a su alrededor, vio que ella también estaba rodeada de mujeres que la analizaban y cuchicheaban; y se sintió una extraterrestre. ¿Por qué se había puesto ese pañuelo de seda en la cabeza?, ¿por qué no eligió unos vaqueros y una remera negra de algodón en lugar del vestido a media pierna de seda amarillo patito?, pensó. Parecía tan desubicada que se puso colorada.

Echó una mirada más allá de la multitud y todo el pandemonio desapareció cuando Eduardo le sonrió con burla e inclinó su ridículo sombrero de paja desflecada a modo de saludo. A Marian se le cortó la respiración al verlo después de treinta y un años. Había soñado despierta con esos ojos grises que la miraban con amor, pero en ese momento había ironía, quizás desprecio, u odio en su mirada tormentosa, y ella no podía culparlo por eso.

Eduardo llevaba un pañuelo de colores chillones atado al cuello sobre una camisa a cuadros en tonos celestes que no combinaba ni a palos, y Marian supuso que lo había hecho adrede ya que Eduardo siempre había tenido buen gusto para vestirse.

Desvió la vista aturdida por el impacto que le causó verlo. Tuvo que hacer varias respiraciones profundas para apartar el nudo que tenía en la garganta. Cuando se recompuso y quiso volver a mirarlo, él se alejaba de la muchedumbre con una mujer agarrada de forma posesiva a su brazo. Luego de tantos años de ausencia no pudo distinguir si conocía a la mujer. ¿Se habría vuelto a casar?, se preguntó Marian, y deseó que esta vez hubiera encontrado una mujer que mereciera ese premio.

La vida o, mejor dicho, su hijo la había devuelto al lugar que había jurado no regresar, no por tener que soportar el desprecio de la gente, sino porque no podría tolerar el desprecio de ese hombre que se alejaba de ella odiándola a más no poder. Pero, allí estaba, dispuesta a soportar cualquier cosa por estar cerca de Alan.

—¡Marian, Marian, soy Ofelia! —gritó Ofelia, que se abría paso a empujones.

Marian escuchó entre el alboroto de la plaza que alguien la llamaba a gritos y se asustó. Estaba dispuesta a soportar todos los desprecios, pero esperaba no ser humillada apenas ponía un

pie en el pueblo y frente a todos los pueblerinos. Necesitaba un tiempo para recomponerse, sobre todo después de quedar tan afectada al ver a Eduardo luego de tantos años.

Se giró por última vez hacia donde él se había alejado, y se sorprendió al ver que la estaba observando y le dedicaba una sonrisa cínica, como si se burlara de lo que tendría que soportar de la gente que la rodeaba. ¡Qué se creía ese estúpido! Ella se había quedado sin aire y él... él solo se burlaba como si no sintiera nada después de media vida sin verse. Marian se indignó ante su actitud de indiferencia o de cinismo o lo que fuera, y alzó hacia Eduardo el dedo medio en respuesta. No tuvo dudas que la carcajada que llegó a sus oídos era de él. Marian sabía que había cometido una verdadera grosería teniendo en cuenta que todos estaban atentos a ella y que la despreciaban; pero observar que Eduardo no estaba perturbado con su llegada la sacó de quicio.

Otro grito de “Marian, Marian” llegó a sus oídos y se giró para mirar a la mujer que la seguía llamando. Sonrió al ver que se hacía espacio a codazos para llegar a ella. No sabía quién podía ser, pero al observar el estado de abandono de la pobre supuso que la vida no le habría sido fácil.

–¡Soy la tía de Elisa! ¡Soy Ofelia, Ofelia! –volvió a gritar de forma insistente para que Marian supiera quién era.

¡Ofelia! ¡Dios mío!, pensó Marian. Se tensó al escuchar su nombre. ¿Cuántos años habían pasado de aquello?, treinta y uno. Si cerraba los ojos podía sentir que había sucedido ayer; el dolor, la bronca, la injusticia y todo lo que perdió por ser tan ingenua. Increíble cómo un nombre podía hacerla regresar a una época que prefería olvidar.

Marian miró a Ofelia, su gran amiga que se había convertido en una pobre mujer desgredada. Ofelia, que no tenía la culpa de lo que había pasado, recordó, y le dedicó una sonrisa suave y sin pisca de dolor.

–¡Ofelia, cuántos años sin vernos! –dijo Marian con una voz dulce que las cautivó a todas.

–Demasiados. Muchos. Tantos... Perdón, me estoy repitiendo por la emoción –dijo Ofelia, y Marian se acercó a abrazarla–. Me estoy quedando unos días en el departamento de mi sobrina Elisa –aclaró Ofelia sin hablar del pasado. Que estuviera abandonada no quería decir que fuera estúpida. No se había quedado en el departamento de su sobrina porque era cotilla como todos suponían, sino porque quería asegurarse de que Marian entraba con buen pie en el pueblo. Ella se sentía en deuda con Marian y haría cualquier cosa para que estuviera cómoda. No permitiría que nadie la despreciara, ni siquiera su cuñado, se dijo Ofelia que abrazaba a su amiga llena de emoción.

–Me habría encantado ver a Elisa. Solo la conozco por las fotos que me ha mostrado mi madre, que son de cuando era niña –aclaró.

–Esa muchachita tonta no ha venido porque tenía otro compromiso –dijo Ofelia sin percatarse que todas estaban atentas a sus palabras–. Algún día me gustaría que conversáramos, solo las dos –dijo Ofelia en un susurro que solo escuchó Marian, que la miró con recelo. Lo que menos quería era remover un pasado que ya había logrado superar, pero asintió a su requerimiento. Después de todo habían sido mejores amigas treinta años atrás, y viendo su estado de abandono estaba segura de que Ofelia no había tenido una buena vida después de aquello. Ella tampoco, pero a diferencia de Ofelia había logrado sortear la etapa de los lamentos.

Los murmullos ahora estaban dedicados a Elisa. “Seguro que ha huido aterrada al saber que su prometido regresaba”, “¿Alan la seguirá culpando por sus propias palabras?”. “Para mí que Alan viene a cumplir su promesa”, “¡Después de diez años, no creo!”. “Ese muchacho huyó

despavorido, ¿acaso no lo recuerdas?”... Marian no pudo evitar la sonrisa. Se compadeció de Elisa por lo que había tenido que pasar por aquella promesa infantil de su hijo. Alan había podido escapar cuando aceptó su propuesta de viajar a Estados Unidos. Había huido despavorido de lo que se había desatado con sus palabras, como decían las mujeres; pero la pobre Elisa no había tenido su suerte. Conociendo lo que eran los pueblerinos, Marian no tuvo dudas de que Elisa lo que menos quería era estar en ese ridículo festejo. Si ella pudiera, habría hecho lo mismo.

–Lo entiendo –dijo Marian con su voz melodiosa, refiriéndose a la ausencia de Elisa en la reunión –. Ya tendremos oportunidad de encontrarnos.

Ofelia tenía intenciones de sentarse junto a Marian para defenderla de cualquier ataque de esos pueblerinos cotillas, pero las mujeres se empezaron a acercarse a Marian, y al ver que nadie la atacaba se quedó en un rincón.

Qué distintas estaban las dos, pensó Ofelia. Marian parecía una actriz de cine llena de encanto y glamour, en cambio, ella estaba igual a las viejas que barrían la vereda mientras se enteraba de los últimos cotilleos. Pero no encontró la envidia, su amiga había juntado los pedazos y se había rearmado dejando atrás el triste y negro pasado, pensó Ofelia emocionada. Ella en esos treinta años no había hecho otra cosa que culparse, a pesar de no ser culpable de lo que había sucedido. No la había empujado a aquello, pero la culpa venía de su silencio.

–Soy Dorita, una clienta de la tienda de regalos de Elisa, también somos muy amigas. No te conozco porque hace quince años que estoy en el pueblo, pero he escuchado mucho de ti en estos años. ¡Bienvenida! –dijo la mejor clienta de antigüedades de Elisa.

Marian prefería no saber todo lo que había escuchado de ella. Impostó otra sonrisa para Dorita, y sintió que le molestaba la mandíbula de tanto sonreír. Cuando estaba por responder con cortesía, las mujeres que murmuraban a su alrededor se animaron a participar y la acribillaron a preguntas, sin que Marian se decidiera a cuál responder. “Si había subido al *Empire State*”. “¿Cómo era la Quinta Avenida?” “Si compraba la ropa en *outlet*”. “Si usaba ropa interior de *Victoria Secret*”. “Que tal era Angelina Jolie en persona”. “¿Y Brad Pitt era tan guapo como en la pantalla?” “Si había concurrido a reuniones de actores”. “¿A quién conocía?” “¿Qué tal era George Clooney?”...

Marian solo asentía a los comentarios sin dejar de sonreír. Oteó a su alrededor y vio a Quino levantar la mano para saludarla de lejos. Estaba junto a Eduardo, y Marian le suplicó a su padre con la mirada que la rescatara, pero él no hizo amago de acercarse. Eduardo, para asombro de Marian, caminó un paso hacia ella, pero fue tomado del brazo por Quino, que le dijo algo al oído, y hasta allí llegó su galantería.

Del otro lado de la camioneta, su hijo ya había sido torturado bastante. Tenía el cabello despeinado, la camisa fuera de los vaqueros y la marca de un labial en la mejilla.

Marian descubrió que estaba tan desorientado como ella, porque miraba acá y allá sin saber cómo salir del atolladero. Una mujer exuberante y provocativa, con un vestido rojo que no dejaba espacio a la imaginación, lo tenía agarrado de un brazo; y otra rellenita y con una sonrisa que le bailaba en los labios se había adueñado de su otro brazo, mientras frente a él las muchachas hablaban sin parar. “Esta era la paz que querías, Alan”, pensó Marian y le dedicó a su hijo un arqueado de cejas. Alan le devolvió un bufido que ella no escuchó pero interpretó.

Media hora después la ansiedad de los pueblerinos se fue calmando y pudieron acomodarse

en las mesas de tablones que estaban dispuestas en la plaza.

Alan estaba agotado y alterado. Nunca le había pasado algo así cuando venía a visitar a los abuelos. Marian estaba a escasos metros de él y parecía estar disfrutando de todo ese circo. Estaba rodeada de amigas de otra época que la ametrallaban a preguntas, y ella respondía sin dejar su dulce sonrisa. Pero Alan sabía que solo era una máscara, ya que le temblaba el tenedor cada vez que se llevaba un bocado de cordero a la boca.

–Las mujeres han estado investigando la empresa de tu madre, y han descubierto que sus carteras son las preferidas de las estrellas de Hollywood –dijo Eduardo con una sonrisa irónica en sus labios. Estaba sentado al lado de Alan y le hizo conocer lo que estaba pasando–. Nadie sabía que Marian era tan reconocida afuera, y eso las ha vuelto locas.

–Vaya, podrías haberme avisado para evitar este circo.

–¡Estás loco! llevan casi un mes preparándolo todo.

–¿Y qué tengo que ver yo con la fama de las carteras de Marian? –preguntó Alan mientras se metía un bocado de cordero en la boca.

–La investigación que han hecho ha sido bastante minuciosa. No han parado hasta encontrar todo lo que querían. Has sido fotografiado en algunas fiestas con actores y actrices, y bueno... ya sabes, este es un pueblo donde nunca pasa nada, y tener gente que se ha codeado con George Clooney y...

–¿Dónde está tu hija? –lo cortó Alan.

–Acá no –dijo Eduardo sin entrar en detalles–. No te metas con mi hija, Alan –amenazó Eduardo.

Alan le sonrió con burla.

–¿Todavía me odia?

Eduardo se concentró en su comida para no responderle.

–Me odia –fue la conclusión de Alan. Mejor, se dijo, cuanto más lejos mejor.

–¡Alan, Alan! –gritó Adriana, que se acercaba con esa ropa de prostituta barata que se había puesto para impresionarlo sin éxito–. Mañana hay un baile en el club, podríamos ir juntos –lo dijo a gritos para que todos la escucharan, como si estuviera segura de que Alan aceptaría encantado.

–Podrías ir conmigo así recordamos nuestra época de secundaria –dijo una chica que estaba sentada a tres sillas de la suya.

Alan no sabía qué era lo que quería recordar aquella chica, y estaba descubriendo, para su pesar, que todos se acordaban demasiado de él. Su vida sería un infierno, pensó y supo que tenía que encontrar una solución a su problema. Sintió que unas manos lo abrazaban por la espalda y se tensó de rabia al escuchar “yo podría ser tu acompañante, mi querido”.

Cosecharás tu siembra, decía el refrán, y Alan estaba comprobando cuán cierto era. De joven no había tenido escrúpulos y muchas de las muchachas habían sido sus novias, amigas íntimas, amantes de una noche. Habían sido varias, y ahora las miraba sin poder distinguir con cual se había acostado y con cual no. Solo recordaba a una, y después de haber recorrido la plaza palmo a palmo con la mirada, sabía que no estaba allí.

–Lo siento chicas, pero ya saben que estoy comprometido con Elisa Parker. Si ella llega a enterarse de todas sus invitaciones me va a sacar los ojos –dijo Alan serio, y siguió comiendo sin dar pie a otro comentario, pero por dentro se estaba maldiciendo por la estupidez.

Eduardo lo pateó por debajo de la mesa, y Alan vio la amenaza en su mirada. Recién llegaba y acababa de cometer el mayor error de su vida al corroborar lo que había negado por años, lo que lo había hecho huir del pueblo a los veinte años. Su maldito inconsciente lo vivía traicionando, no tuvo dudas, pero en lugar de disculparse con Eduardo se encogió de hombros y siguió comiendo como si no fuera el causante de los murmullos que había desatado al hablar por primera vez de su prometida.

Eduardo estaba indignado. Le acababa de pedir que dejara en paz a su hija, y el muy maldito la ponía de escudo para sacarse a todas las mujeres de encima.

–Una sola lágrima de mi hija y te corto las pelotas –dijo Eduardo a modo de advertencia, y desvió la vista hacia la mesa donde estaba Marian.

Eduardo llevaba toda la noche mirando la sonrisa cálida y escuchando la melodiosa voz de Marian. Si la despreciaba tanto, ¿por qué carajo no podía dejar de mirarla? Quizá, solo era curiosidad, sí, eso era, curiosidad porque hacía treinta y un años que no la veía. En ese momento Lina estaba inclinada hablándole a Marian en susurros. Las dos habían sido amigas en la juventud, pero Eduardo al ver el rostro lleno de malicia de Lina supo que de aquella amistad no quedaba nada. No sabía lo que le estaría diciendo, pero de solo ver que Marian había perdido la sonrisa supo que la había alterado con algún comentario del pasado.

Eduardo tenía a Lina por una buena persona, pero claro, eso era cuando no había competencia. ¿Acaso Lina se comportaba así porque pensaba que él albergaba algún sueño descabellado por Marian?, eso sería más una pesadilla que un sueño, pensó. Observó que Marian deslizó con brusquedad la silla y salió corriendo de la reunión, y allí supo sin lugar a dudas que Lina se había sobrepasado.

Eduardo se levantó para seguirla y averiguar qué había pasado, pero cuando alcanzó la calle, Marian arrancaba la camioneta de Quino y desaparecía a gran velocidad por las calles del pueblo. Maldición, se dijo mientras se acercaba a Lina.

–¿Qué le has dicho, Lina?

Ella lo miró con desconcierto.

–Nada, solo la saludé –dijo Lina con inocencia, y se le colgó del cuello–. Qué te parece si nos escapamos, querido –sugirió mientras con disimulo se pegaba a él para sentir su erección, pero no la halló como esperaba.

–Si solo la hubieras saludado no habría salido corriendo –dijo Eduardo con la voz crispada–. Me sorprendes, Lina, no pensé que podrías escupir maldades a una mujer que fue tu amiga –aclaró, y Lina se tensó.

–¡Eso fue hace años! –exclamó agitando las manos–. Ella tiene más cosas de las que arrepentirse que yo –aclaró Lina.

–Eso no te da derecho a juzgarla, insultarla o lo que hayas hecho –dijo Eduardo.

–Solo le aclaré que por más que venga hecha una reina yanqui no podrá quitarme a mi hombre –dijo Lina.

–¡Tu hombre! ¿Acaso crees que soy un objeto de tu propiedad? Siempre he sido claro contigo, Lina. Somos amigos, intimamos algunas veces, pero somos libres. Y te recuerdo que tú estabas de acuerdo con esos términos –aclaró Eduardo muy serio.

–Pues ya no me conformo con tan poco –dijo Lina envalentonada–. Quiero ser tu mujer.

–Mi mujer está muerta. Y no habrá otra –dijo Eduardo lleno de rabia.

–Estás idolatrando a Amanda y no se lo merecía –dijo Lina ofendida por su sinceridad–. Ella despreció a su propia hija porque no era la beldad que esperaba tener.

–Basta, Lina. Deja a los muertos descansar en paz –dijo Eduardo, y se alejó furioso de esa mujer que se estaba propasando con los derechos que creía tener sobre él. Sus palabras sobre su mujer eran ciertas, pero ella no tenía derecho a decírselas. Nunca le daría tanto poder a una mujer sobre lo que eran sus decisiones. Si Lina creía que podía inmiscuirse en sus asuntos, ya era momento de acabar esa relación y que ella se buscara un títere que se moviera a su antojo–. Hasta aquí llegamos –se volvió para asegurarse de que Lina había escuchado sus palabras.

–Recién llega y ya me has dejado por ella –gritó Lina furiosa mientras lo veía alejarse.

–No, Lina, te he dejado por tu actitud, no por ella.

Lina observó que se alejaba y supo que se había apresurado. Pero al ver a Marian tan encantadora, con esa sonrisa dulce y esa voz cálida que había encandilado a todas las mujeres, y al ver como Eduardo no podía dejar de echarle miradas de reojo; sintió el ramalazo de los celos al comprender que podía a perderlo. Él había adorado a Marian cuando era apenas una pálida sombra de lo que era en ese momento. Esa mujer había ganado demasiados encantos con el correr de los años, y ella solo había querido borrarle la impostada sonrisa de mujer adorable, y de paso recordarle que en otra época había despreciado el amor de los que la querían. Y lo había conseguido, pero el costo que acababa de pagar había sido muy alto, se dijo mientras se alejaba de la plaza. La fiesta para ella había llegado a su fin, pero no su relación con Eduardo. Lina estaba segura de que Eduardo en algún momento regresaría a buscarla. El sexo entre ellos siempre había sido extraordinario, y la cálida Marian no tenía pinta de ser una mujer que disfrutara de una noche de sudor.

La reunión en la plaza seguía en todo su apogeo a pesar de que Marian, Eduardo y Lina habían desaparecido. Alan estaba pagando las consecuencias de sus palabras. Había traído el recuerdo de aquella promesa que hizo de niño, y ahora desde distintas mesas le llegaban los jocosos comentarios del pasado: Las veces que había negado su promesa de casamiento con Elisa. Los insultos y patadas que solía dar al que se burlara de sus palabras. La forma en que huía de Elisa, y la cantidad de veces que la había hecho llorar.

–La pobre no caminó hasta el año y medio, luego de que Alan la tirara de boca al piso cuando comenzó a dar sus primeros pasos a los diez meses.

–Tampoco habló más desde que Alan se reía porque pronunciaba mal las palabras.

–Venía al pueblo con la cabeza agacha porque Alan le decía que seguía siendo tan fea como el día que nació.

–Y el día que la tiró de la bicicleta, ¿cuántos años tenía?

–Seis o siete, y no anduvo más en su bici rosa.

–Lo más grave fue cuando quedó fuera del *ballet* provincial por culpa de Alan. Después de un giro perfecto, cayó despatarrada cuando pisó la pelota que él le lanzó a los pies.

Alan no levantaba la vista del plato. Estaban enumerando todo lo que le había hecho a Elisa, y sintió deseos de salir corriendo porque lo más grave, lo que no podía olvidar, lo que ella nunca le perdonaría, solo lo sabían los dos.



## CAPÍTULO 5

De lejos se veían unas luces que iluminaban los campos. Marian recordaba el silencio y la negrura de las noches, pero aquel oasis iluminado era nuevo. Eran los campos altos de Eduardo, donde hacían el amor a escondidas con una manta que él robaba de la casa de sus padres.

Un camino de tierra la tentó a acercarse al lugar que tantos recuerdos le traían. Lindos, pero a la vez amargos, ya que todo aquel pasado lleno de ilusiones se vio truncado por algo que prefería olvidar.

Al ver el desmonte avanzó dolida pensando que había desaparecido el árbol que les había dado cobijo más de treinta años atrás, cuando ella le susurraba al oído “siempre te amaré”. Al poco tiempo desapareció del pueblo llevándose con ella esas palabras sinceras, que Eduardo no habría creído.

Estacionó la camioneta de su padre, y recién allí sintió el ruido de un motor. Levantó el rostro y a lo lejos vio que se trataba de una topadora, y supuso que estarían trayendo tierra para emparejar el terreno donde pastarían los animales.

Se acercó caminando y se preguntó quién sería el loco que trabajaba de noche, pero se olvidó de su curiosidad cuando vio emocionada el único árbol que había quedado en pie. Era el de ellos, donde tantas veces Eduardo le había hecho el amor. Él lo había dejado, pensó y sintió el calor de las lágrimas que se le escurrían de los ojos.

Fue hacia el árbol, se detuvo a mirarlo venerando el recuerdo y se le formó un nudo en la garganta al sentir que los años se borraban. El pasado cobró vida mientras rememoraba aquellos días que llegaban corriendo de la mano para amarse a las apuradas. Eduardo tiraba la manta de cualquier forma y caían entre risas sobre ella. Solo demoraban segundos en sacarse la ropa, y luego se dejaban arrastrar por la locura hasta que los besos y caricias los llevaban a la inconsciencia.

¡Qué tiempos aquellos, despreocupados y de total libertad! En realidad ella no se sentía libre porque Quino era un hombre estricto y ponía límites a sus salidas. ¡Qué muchacha ingenua había sido treinta y un años atrás! Recién el día que desapareció del pueblo supo lo que era no tener libertad. Y a pesar de que ahora era una mujer libre seguía encadenada a lo que fuera para no pensar.

No escuchó el ruido de pasos hasta que una voz de mujer la sacó del pasado.

–Usted debe ser la mala de la película. La madre perversa que dejó a su niño a la deriva con unos abuelitos, que como no sabían encausarlo lo dejaron librado a la buena de dios –dijo Elisa a espaldas de Marian.

Marian sintió el golpe de aquellas palabras muy parecidas a las que había dicho Lina haciéndola huir despavorida, pero esta vez no le dolieron, porque la voz que hablaba lo hacía con ironía, como si se burlara de su propia reflexión.

–Esa soy yo –dijo Marian, y se giró para observar a la mujer que le hablaba.

A la persona que menos esperaba encontrar allí era a la que encontró. Se quedó encandilada con el aspecto de la jovencita. Su hijo era un experto en elegir a las mujeres, y en este caso lo

había hecho veintitrés años atrás, cuando nadie sabía en lo que esta jovencita se iba a convertir.

–Espero que no venga a controlar mi trabajo, yo no recibo ordenes de nadie, ponga quien ponga el dinero –aclaró Elisa para bajarle los humos a la empresaria yanqui.

–Somos dos –dijo Marian con una sonrisa. No solo era una chica preciosa, sino que además tenía un carácter del demonio, y eso le gustó más que su belleza–. ¿Tú debes ser la niña más horrible del pueblo? –si Elisa estaba dispuesta a atacar, ella haría lo mismo.

Elisa frunció el ceño ante la sorpresa, pero le cayó bien el dardo que le lanzó. Se estaba defendiendo de su agresión y valoró su audacia.

–Así es. Soy Elisa Parker –informó Elisa.

–Pues no te ha quedado mucho de aquello –dijo Marian regalándole un cumplido.

–El estigma no se borra –aclaró Elisa–. La vida es dura para las que no nacemos agraciadas.

–La vida es más dura para las que nacen agraciadas. Eso te lo puedo asegurar por experiencia. Ahora, donde ves tu falta de encanto, porque lo que estoy viendo es muy encantador. Me parece que llevas mucho tiempo sin visitar un espejo –dijo Marian regalándole otro cumplido.

–No hace falta que trate de congraciarse conmigo. Usted no me gusta, y los halagos que me hace no me afectan –dijo Elisa.

Marian le sonrió con dulzura.

–Mi hijo una vez me habló de ti, y se acordaba de tu dulzura –no le comentó que había estado más borracho que una cuba. Ese detalle prefería guardarlo para que Elisa creyera que Alan siempre se acordaba de ella.

Elisa se sintió afectada por el comentario de la madre de Alan. ¡Él hablando de su dulzura! No lo podía creer después de todo lo que le había hecho pasar.

–Pues ya está comprobando que no quedó nada –dijo Elisa. Por la forma en que la estaba tratando creía que sus palabras sobraban, pero se sintió en la necesidad de advertirle que no era la misma niña dulce que recordaba su despreciable hijo.

–Me contó que lo seguías a todos lados, luego cerró los ojos y me dijo: “si supieras lo mal que la trataba” –había sido tan grande la inconsciencia de su hijo que ni siquiera él recordaba todo lo que le había confesado a los pocos días de llegar a Nueva York.

Un brillo extraño se instaló en los ojos de Elisa, y Marian lo percibió.

–Nadie te ha hecho llorar como él. Lo sé. Sabes, yo también he llorado por un solo hombre –dijo a modo de confesión–. Pero la vida no me dio elección y... Basta de hablar de mí. No fuiste al circo del pueblo –no fue una pregunta la de Marian, sino una afirmación.

Elisa estaba sorprendida. Intentaba demostrarle odio y desprecio a la madre de Alan, pero cada vez que hablaba se sentía cautivada por la mujer. La madre de Alan lucía unas prendas exóticas y llamativas que hablaba de dinero a manos llenas, pero era tan simple o más que ella, y eso le agradó.

–¿Qué hubo entre usted y mi padre? –preguntó Elisa de forma directa. Su mayor intriga era la reacción de su padre cuando se hablaba de Marian, y al verla tan directa en sus comentarios se animó a preguntar para saciar su curiosidad.

–Amor, un amor puro. Ahora solo queda el odio de Eduardo hacia mí –respondió sin titubear.

–¡Dios mío! Esperaba algún titubeo o una evasiva, pero usted no se va con vueltas –dijo Elisa, y le dedicó una extraña sonrisa, que Marian no interpretó. Elisa parecía complacida con su

respuesta, pero como la hija de Eduardo se había mostrado tan impertinente no estaba segura de que así fuera.

–¿Por qué habría de ocultarte la verdad? Te engañaría y me considerarías peor persona de lo que ya crees que soy cuando te enteraras que tu padre y yo nos amábamos. Lo del odio es una suposición, ya que nunca más nos vimos. Me puse contenta al saber que está con una mujer. Él merece ser feliz –aclaró Marian.

Elisa arqueó las cejas ante la última conclusión de Marian.

–¿Y con cuál de las dos que tiene lo vio? –dijo Elisa hablando con la misma sinceridad de Marian.

Marian abrió tanto los ojos ante su pregunta que Elisa contuvo el deseo de reír. Marian no se contuvo y estalló en una carcajada, la primera espontánea desde que había puesto un pie en el pueblo. La hija de Eduardo era un encanto, se dijo.

–Lina, una amiga de la juventud –dijo Marian–. Al principio no la reconocí, está muy cambiada, bueno todos estamos cambiados –aclaró, ella misma era una persona diferente a la jovencita que se había ido.

–La que lo cuida como si fuera un cuadro de Miguel Ángel –dijo Elisa, y Marian volvió a reír–. Mi padre es su posesión más valiosa, no por su encanto sino por sus campos –aclaró Elisa.

–¡Dios mío! Mi hijo no te conoce –dijo Marian–. Sabes, llevo años sin disfrutar como lo estoy haciendo en este momento –se sinceró–. Tenía terror de regresar. He pasado unos nervios terribles en esa reunión, y te encuentro a ti... y me has quitado los temores. Gracias.

Elisa sintió simpatía al escuchar sus palabras. La madre de Alan Martín también estaba obrando maravillas en ella y le sonrió con sinceridad.

–¿Por qué de noche? –preguntó Marian, y señaló el campo.

–Me gusta la soledad. También suelo venir para escaparme un rato de mi tía que se ha instalado en mi departamento. Pero esta noche estoy acá porque estoy furiosa con la sociedad que mi padre hizo con ustedes y le estoy haciendo la guerra. Lo primero que hice fue irme de casa, mi tía se unió a mi causa y está viviendo conmigo. Se ha quedado una semana para poder ir a verla, tenía una gran curiosidad –dijo Elisa, y se le escapó un bufido nada femenino.

Marian arqueó las cejas al escuchar la guerra entre padre e hija a causa de la sociedad con ellos. Sintió admiración por Elisa, una muchacha directa, franca e inteligente. Ella no sabía hasta donde llegaba esa guerra, pero supuso que esa noche había venido a complicar los trabajos del campo, y eso le gustó.

–¿Te escapas de tu tía Ofelia? –preguntó Marian, los ojos le chispeaban e intentaba evitar la risa para no enojar a Elisa.

Elisa le sonrió.

–¿La has visto? –la tuteó, y Marian sonrió al comprender que se había ganado su confianza.

–Sí. También con ella éramos muy amigas –comentó–. Ha cambiado mucho. La pobre está arruinada y amargada. Creo que si estuviera en tu lugar también huiría unas horas de Ofelia –dijo con dulzura–. ¿Puedo? –preguntó señalando la topadora.

–No creo, este trabajo es mi responsabilidad. Además, tu ropa... mmm, digamos es más apropiada para las fiestas yanquis a las que estás acostumbrada –dijo Elisa señalando sus prendas.

–Lo de la ropa no tiene importancia. Solo es ropa –dijo Marian.

–Igual, preferiría que no te entrometieras en mi trabajo –aclaró Elisa. No quería meterla en problemas, pero si ella insistía...

–Estoy dispuesta a hacer lo que me digas –aclaró Marian con una chispa traviesa en los ojos.

Elisa evaluó sus palabras y su gesto. Ella sabía que estaba en problemas y prefería no ser la causante de que Marian también los tuviera. Había trabajado tres horas sin descanso para destrozarse todo el trabajo que había hecho su padre con los peones. No había logrado mucho, pero al menos había socavado bastante tierra que había amontonado con la topadora en diferentes lugares del campo. Eso los detendría por unos días. Esa topadora no estaría por la mañana para ayudar en el trabajo de recuperación, ya que era un préstamo de su amigo Lisandro y tenía que regresarla antes del amanecer. Ahora, si Marian estaba dispuesta a hacer lo que ella le dijera, quería decir que estaba dispuesta a ponerse de su lado en la guerra que tenía con su padre y Alan.

–Tengo mis motivos para hacer lo que hago. Tú no –dijo Elisa tratando de convencerla para que se apartara.

–Mi querida jovencita, por si no lo sabes, mi hijo, al que le di poder general sobre mi empresa, me dejó sin nada. Vendió hasta la última de las acciones y no tuve más alternativa que seguirlo. No estoy enojada con él. Pero una pequeña guerra me vendría bien para que no crea que me tiene en un puño –aclaró Marian.

–¡Oh, madre mía! ¡Te vendió todo! ¡Todo lo que lograste! –no fue una pregunta sino una exclamación de asombro. Esa mujer inteligente había puesto su vida en manos del irresponsable de su hijo y lo había perdido todo. Quizá, el remordimiento al haberlo abandonado, peleando ella y su exesposo por no tenerlo, pesaba mucho sobre la conciencia de Marian para darle semejante poder de decisión, no solo sobre su empresa sino sobre su vida. Y no tuvo dudas de que Marian amaba a su hijo al haberle permitido decidir sobre su empresa, y encima seguirlo a ese pueblo que nada tenía que ver con la gran manzana.

–Alan quería regresar, y creo que se quería asegurar de que lo acompañaría. Me desprecia, pero no puede estar sin mí –dijo Marian con una sonrisa–, o eso es lo que quiero creer –concluyó dejando instalada la duda, tanto en Elisa como en ella misma, ya que no sabía si sus suposiciones eran reales. Alan se mostraba indiferente, pero algo de cariño debía tenerle para vender todo y arrastrarla con él al pueblo.

–Bueno, si quieres ayudar –dijo Elisa cambiando el tema. No quería hablar de Alan y menos con su madre–. Solo hay que sacar tierra de algunos lugares y ponerla en otros. Armar montañas y dejar los pozos –dijo Elisa, y Marian se sorprendió.

–Esto es una guerra sucia –dijo Marian.

–Lo tomas o lo dejas –aclaró Elisa.

Marian la miró con una sonrisa.

–Mejor lo tomo –y se encaminó a la topadora–. Te aclaro que nunca maneje uno de estos bichos.

–Iremos juntas hasta que aprendas a manejar y usar la pala, luego lo haremos por turnos así vamos descansando. Tenemos toda la noche –aclaró Elisa.

–¡Toda la noche! ¡Dios mío, en que lío me he metido! –dijo Marian, pero al segundo estalló en una risa cantarina que llenó de alegría los campos.

Pasada una hora Elisa comprobó que Marian era mejor para manejar empresas yanquis que una topadora. La madre de Alan hizo un desastre, que terminó por beneficiar el “trabajo”. Marian

no solo sacaba tierra, sino que había cargado con un montón de desechos, que su padre se había encargado de separar, y los había mezclado con la tierra buena. Y bueno, si Eduardo se hubiera molestado en preguntarle o al menos informarle de que serían socios de Alan Martín, nada de esto habría pasado. Pero ella tuvo que enterarse por Dorita, y eso era muy injusto, tanto como el desastre que le estaba dejando en los campos.

Elisa lo había planeado con minuciosidad, todo el trabajo sucio tenía que estar listo en una noche, la noche en la que Alan regresaba al pueblo. Si lo hubiera hecho antes no habría causado el efecto que ella quería lograr porque su padre habría puesto una cuadrilla de hombres para arreglar el desastre. Mañana vendría su padre con Alan y se encontrarían... con un verdadero destrozo, pensó Elisa y sonrió satisfecha.

Nunca había sido vengativa, pero estaba disfrutando de lo que habían logrado con Marian, que seguía manejando la topadora como le salía y levantaba con la pala lo que se ponía en su camino logrando una gran obra.

Eran las cinco de la mañana, y Elisa agitó las manos en el aire para que Marian apagara el motor. Ya era hora de devolver la topadora a Lisandro, que la usaba para llevar y traer tierra para la ruta que estaban haciendo a escasos kilómetros del pueblo. No quería enfadarlo después de que le había brindado semejante ayuda. Ella no podía darse el lujo de alquilar una, y a pulso no habría hecho más que pocitos que les habrían arrancado carcajadas a los hombres; pero esto no, esto era un verdadero quebradero de cabeza, pensó satisfecha.

Marian se acercó a ella caminando descalza y con las sandalias amarillas colgando del dedo. Estaba con el vestido lleno de tierra y un desgarrón que le llegaba al nacimiento del muslo, había perdido el maquillaje y tenía manchas oscuras bajo los ojos.

Elisa supuso que mientras manejaba había dejado que las emociones se apoderaran de ella, no tenía dudas de que había estado llorando por los recuerdos, a ella misma le había pasado al pensar en Alan, pero no le hizo ningún comentario.

–Parece que se te han escapado algunas lágrimas –dijo Marian, y Elisa la miró seria–. No te hagas problema que a mí también. Acá hay tantos recuerdos –dijo a modo de explicación, pero sin dar detalles.

–Hemos hecho un buen trabajo –dijo Elisa.

–Hemos hecho un desastre –aclaró Marian–. Pero se lo merecen por no tener en cuenta la opinión de las mujeres –dijo Marian mientras se acercaba a la camioneta de Quino–. Supongo que ya no volveremos más.

–Por unos días nos mantendremos alejadas –dijo Elisa, y Marian sonrió complacida–. Pásate por mi tienda de regalos cuando quieras –la invitó mientras se subía a la topadora–. Me voy, tengo que regresársela a mi amigo Lisandro antes de que amanezca –aclaró.

Marian se quedó de pie junto a la puerta de la camioneta de su padre, la sonrisa no le cabía en el rostro al ver a Elisa trepar a la topara y alejarse lo más campante, como si no hubieran hecho el destrozo de sus vidas. Dejó escapar la carcajada que estaba conteniendo, se subió a la camioneta y se marchó sabiendo que a la mañana siguiente Elisa estaría en serios problemas con su padre. ¿Quién iba a desconfiar de Marian?, la dulce y encantadora mujer que nunca se acercó a un tractor, como decía su padre. “En mi vida he visto a alguien más inútil que Marian para las tareas del campo”. Mañana pasaría por la tienda de Elisa para hacerse cargo de la parte de “ayuda” que le había dado, pensó Marian mientras estacionaba bajo un nogal frente a la casa de sus padres.

Ya se imaginaba a Eduardo y a su hijo lanzando maldiciones por el retraso que les había ocasionado Elisa.

\*\*\*\*\*

Eduardo no podía creer lo que veían sus ojos, y maldijo en todos los idiomas existentes. A su lado Alan arqueó las cejas.

–Esto debe ser obra de alguien que te odia a más no poder –dijo Alan intentando comprender lo que estaba pasando.

–A ti, no a mí –respondió Eduardo mientras caminaba por las tierras desparejas que el día anterior habían estado casi listas para la siembra. Al menos el establo estaba en pie, se dijo observando el alto galpón que habían levantado en un mes. Tampoco había sufrido el corral para los animales, pensó. Pero cuando vio un tronco sobresalir de la tierra comprendió que el desastre no era tan pequeño. Caminó a pasos rápidos hasta el lugar donde habían amontonado los desechos del desmonte, y se dio con la sorpresa de que ya no estaban. Elisa, nadie más que Elisa era la culpable de los estragos en el campo. Lo que Eduardo no entendía era como había logrado desbaratar todo el trabajo de dos semanas en apenas unas horas.

–Maldita mujercita rebelde. La voy a matar –gritó Eduardo.

–Parece que la dulce niña de antaño se ha convertido en una bruja –dijo Alan, se había girado para que Eduardo no viera la sonrisa que escapaba de sus labios. Él había regresado dispuesto a mantenerse lo más lejos posible de ella, pero en ese momento le hubiera gustado tenerla frente a él para retorcerle el cuello. Elisa, la jovencita carismática que no lo dejaba en paz, les había complicado bastante el trabajo, y Alan estaba admirado por su audacia... y su fortaleza, ya que para armar semejante desbarajuste se necesitaba mucha fuerza... o muchas manos. Y ese último pensamiento lo llevó a la conclusión de que había contado con la ayuda de unos cuantos hombres, ya que una mujer sola jamás podría llevar adelante una hazaña de tal envergadura. ¿Serían pretendientes?, y la sonrisa que evitaba mostrarle a Eduardo se le borró del rostro al suponer que tendría más admiradores de los que él imaginaba. Ella se había convertido en una joven encantadora, toda gracia y belleza, y Alan supuso que debía tener a más de uno revoloteando a su alrededor y a varios besándole los pies, u otra cosa.

¿Qué le importaban los pretendientes de Elisa? Después de todo, si los tenía, dejaría de estar todo el día obsesionada con él, se dijo Alan, pero no encontró la calma que esperaba. Lo que le había parecido una simpática venganza ahora le parecía el comienzo de una guerra, no por el problema que había ocasionado en los campos, que él podría solucionar trayendo una tropilla de peones, sino por los pretendientes que se habían unido a ella para complicarles los trabajos y dejarlos como idiotas. Él no quería saber nada de ella, pero después de haber gritado a viva voz que ella era su prometida no iba a permitir que lo dejara en ridículo.

–Me dijo que iba a desatar una guerra, ¡pero esto! –dijo Eduardo señalando el desastre–. Estuvimos un mes desmontando, separando la paja del trigo por decirlo de alguna manera, y enderezando el terreno para poder sembrar forraje para los animales. ¡Y mira lo que ha hecho! –gritó Eduardo mientras señalaba el desastre como si Alan no lo estuviera mirando.

–Si quiere guerra la tendrá –dijo Alan mientras caminaba con sus ojos clavados en la tierra.

–Alan, no te metas con mi hija. Esto lo arreglo yo –advirtió Eduardo.

–No me digas. Y cómo piensas pararla –comentó Alan.

Eduardo no le respondió, sencillamente porque al acercarse al único árbol que había quedado en pie vio la prueba de que Elisa no había actuado sola. Allí estaba el pañuelo de seda que le había cubierto el cabello a Marian, tirado junto al árbol donde tantas veces habían hecho el amor. Ella había huido de las palabras de Lina y se había refugiado en ese lugar que había sido de los dos.

Eduardo no supo que Alan miraba el pañuelo de su madre con el entrecejo fruncido, estaba en otro tiempo en ese momento. Tampoco lo vio subir a la camioneta, y no sintió el ruido del motor que se alejaba, él solo tenía ojos para ese pañuelo que tenía en las manos, y se preguntó ¿por qué Marian había estado allí? ¿Acaso quería recordar el pasado? ¿Qué iba a querer recordar el pasado esa bruja maldita!, se dijo Eduardo indignado. Lo de ellos ya no existía más, solo había sido un espejismo en el desierto, una pálida ilusión que ella había barrido como si fuera basura sin importarle el daño que le había hecho. Era cierto que tras una discusión sin sentido él había querido darle celos, pero ella... ella le había devuelto el golpe de forma definitiva cuando desapareció del pueblo sin dejar el menor rastro. Un año más tarde se enteró que había tenido un hijo, y Eduardo la borró definitivamente de su vida. La historia de ellos era pasado y él la tenía más enterrada que a su mujer fallecida.

“Te prometo que te amaré siempre”. Marian había sido la mujer más falsa que había conocido, y él tenía ganas de gritarle en la cara que si fuera la única mujer sobre la tierra preferiría mantenerse célibe antes de caer en sus garras.

Lo que Eduardo no quería reconocer era que ese pasado se estaba haciendo presente después de treinta y años de distanciamiento, y el regreso de Marian le hacía remover y escarbar en esos recuerdos que él juraba tener enterrados. Un gran amor no se iba para siempre. Ese árbol que Eduardo había dejado en pie era la prueba que lo delataba.

## CAPÍTULO 6

Elisa se había levantado a las ocho de la mañana. Estaba agotada después de pasar la noche destruyendo los trabajos que su padre había realizado en el campo. Se había dado una ducha para sacarse el cansancio, y había desayunado un café con dos tostadas que había preparado tía Ofelia, que en ese momento se afanaba en sacarle brillo al mármol de la mesada, y Elisa se sorprendió de que Ofelia no le estuviera contando cada detalle sobre la fiestecita de la noche anterior.

–Anoche vi a Marian –dijo Ofelia con voz rota, y se giró para mirar a su sobrina. Elisa frunció el entrecejo al descubrir que su tía estaba seria y bastante alterada. Esto no era el típico cotilleo que traía de la farmacia o la panadería–. Está hermosa, y sigue siendo tan cálida como en la juventud.

–No me contaste que la conocías. Anoche me sorprendí cuando ella me comentó que eran amigas –dijo Elisa.

–¿La conociste? –preguntó Ofelia sorprendida.

–Sí, estuvo en el mismo lugar que estuve yo. No se quedó mucho en la fiesta –comentó Elisa.

–No, la pobre salió huyendo de algo que le dijo Lina. Traté de estar toda la noche alerta para que no la molestaran, pero Lina apareció de la nada –dijo Ofelia, y le sonrió con tristeza.

Los comentarios de Ofelia tenían desorientada a Elisa. ¿Su tía había ido a proteger a Marian, no a cotillear como ella había supuesto? ¿De qué la quería proteger?, de los desprecios de los vecinos. Elisa la había conocido y le había parecido una mujer encantadora, pero eso no borraba su bronca por haber abandonado a Alan.

Lo que la tenía sorprendida era la reacción de Ofelia, que solía ser rencorosa y le gustaba juzgar a todo el mundo. Elisa no tuvo dudas que su tía sabía y escondía algo, y tuvo una enorme curiosidad por descubrir ese secreto, sobre todo después de enterarse por Marian del amor que habían sentido ella y su padre. ¿Por eso Eduardo despotricaba contra Marian?, ¿por eso no quería sociedades con ella?, se preguntó Elisa.

Cuando se dispuso a indagar a Ofelia sintió voces que provenían de la calle y se sorprendió que el alboroto comenzara tan temprano.

–Qué extraño ese griterío antes de las nueve de la mañana –comentó Elisa, se asomó a la ventana y se quedó pasmada con lo que vio.

Alan Martín estaba pegando un cartelito en la puerta de su tienda, y un grupo de mujeres furiosas lo rodeaba. Elisa comenzó a temblar y sintió que le faltaba el aire. Dos años sin verlo, y allí estaba él causando en ella el desmoronamiento de sus emociones.

Otra vez no, se dijo, pero no pudo apartar la mirada de ese hombre que había conseguido lo que nadie había logrado. Él era el único capaz de hacerla sufrir, y a pesar de que Elisa le había hecho la cruz allí estaba sin poder dejar de mirarlo.

Alan tenía el cabello que le caía sobre el rostro y se lo echaba hacia atrás para que no le tapara los ojos. Ese corte informal era el que mejor iba con su personalidad, pensó Elisa. Algunas veces lo había llevado corto y dejaba de parecer un desfachatado, pero la informalidad le sentaba



mejor a un descarado como él.

Y allí estaba ella, mirándolo como una tonta. Siempre le había costado apartar sus ojos de él, al igual que ahora que sentía que su coraza de protección se derretía como si fuera hilo puesto sobre brazas candentes. Dos años intentando ganar seguridad y autoestima se hacían pedacitos de solo verlo.

¿Por qué había vuelto?, acaso pensaba seguir rompiendo sus ilusiones como lo había hecho siempre, con sus burlas, sus palabras despectivas sobre su poco atractivo rostro, y esa indiferencia que le dedicaba, como si le dijera “no existes para mí”. No, eso no iba a pasar porque dos años atrás Alan le había dado el golpe de gracia, y ella lo había apartado de su vida.

No necesitaba a su lado un hombre que a cada minuto le recordara lo desagradable que era mirarla. Ella quería un hombre noble y atento. No es que buscara un príncipe azul, pero quería un hombre que la respetara y valorara, y ese no era Alan Martín, pensó mientras se agarraba al marco de la ventana para no caer a sus brazos desde el primer piso.

Cuando dejó de pensar en las emociones que él le despertaba, se preguntó qué estaría poniendo el muy caradura en la puerta de su tienda para que las mujeres estuvieran tan indignadas, aunque había dos que sacudían sus cabelleras y se paraban en poses sensuales para llamar su atención. Una era una novia que había tenido a los quince años, y la otra... la otra... le costaba decir el nombre de Carla porque el dolor le desgarraba el alma.

Quizá, Alan estaba decidido a demostrarle que nunca le faltaría una mujer, o tal vez pretendía hacerle ver que nunca se fijaría en ella teniendo otras a su alrededor. No hacía falta ninguna demostración, ella ya lo sabía.

Como todos hablaban al mismo tiempo, Elisa no pudo descifrar lo que sucedía, y se preguntó si las mujeres iban a aparecer cada vez que Alan viniera al pueblo, aunque sus clientas no parecían dispuestas a colgarse de su cuello para robarle besos, como hacía aquella novia de juventud... y la “otra”.

De joven Alan había tenido más novias de las que se podían contar con los dedos de las dos manos. Observando que había ganado atractivo en Estados Unidos, no tenía dudas de que varias estarían dispuestas a postrarse a sus pies. Por suerte había muchas que no caían rendidas, pero las más rápidas se dejarían poner una soga al cuello para que él las arrastrara.

En ese momento Alan habló, y Elisa entornó los ojos ante su tono desfachatado.

–Lo siento señoras, pero la tienda estará cerrada hasta nuevo aviso –vociferó Alan, y por fin Elisa comprendió de que iba el papel que estaba pegando en la puerta. Quiso gritar pero él siguió hablando–. Mi prometida está ansiosa por ayudar con las tareas del campo y no podrá hacerse cargo de la tienda, que permanecerá cerrada hasta que terminemos. Salvo que su tía Ofelia esté dispuesta a reemplazarla.

Elisa no lograba asimilar lo que estaba pasando. Acaso se había vuelto loco. ¡Su prometida!, no podía estar pasando esto, se dijo, para colmo decía que estaba ansiosa por ayudar en el campo. Hacía menos de un día que Alan había regresado y seguía tan desvergonzado, autoritario y prepotente como el día que se fue a los veinte años. Y encima ponía a Ofelia, que no hacía más que romper sus preciosos adornos, a cargo de su tienda de regalos. La iba a escuchar, pensó.

Pero mientras ella pensaba Ofelia actuaba, y Elisa escuchó el alarido de su tía que retumbó en sus oídos cuando dijo.

–Elisa está casi lista para ir a los campos, Alan. Ya hemos hablado y está muy contenta de

que me quede a cargo de la tienda –gritó Ofelia con esa voz chillona que se sentía hasta en los pueblos aledaños.

Elisa la miró estupefacta, pero su tía en vez de sentirse culpable, la apartó de la ventana y le dijo: “Vete ya, y aprende a perdonar que el rencor y la culpa son los peores enemigos de la felicidad”.

–¡No hemos hablado de nada! –gritó Elisa–. Y estás loca si crees que voy a ir a colaborar con esa sociedad que no quiero –gritó Elisa.

–No he dicho que colabores, solo he dicho que vayas –dijo Ofelia, en sus ojos había tal decisión que Elisa se quedó muda.

–¿Qué me estás ocultando, tía? –preguntó Elisa asustada.

–Nada, querida, nada. Solo que anoche todo el pueblo escuchó a Alan decir que no podía salir con ninguna chica porque tú eras su prometida –dijo Ofelia con sencillez.

–¡Por Dios! Ha negado esas estúpidas palabras desde que las pronunció, y ahora que la gente se empezaba a olvidar vuelve a remover el avispero. Ese hombre se ha vuelto loco si piensa que voy a bailar en una pata por las incoherencias que dice. No soy su prometida. Quiero estar lo más lejos posible de él.

–Eso lo dice tu cabeza, no tu corazón.

¿Tía Ofelia hablando de pensar con el corazón? Desde cuándo le preocupaban los temas del corazón si ella era una mujer llena de escepticismo respecto al amor. Ofelia era ridícula y resentida, y nunca habría podido razonar desde el corazón como lo estaba intentando hacer en ese momento. Ella no sabía nada del amor. ¿O sí? Acaso su tía ocultaba un amor frustrado bajo la galera. Tal vez la habían traicionado y ahora la empujaba a ella a los brazos del diablo con tal de ver su sueño de amor perdido realizado en su sobrina, nada menos que con ese hombre que nunca sería capaz de hacerla sentir una mujer querida y mucho menos deseada. Él solo sabía destruir, y eso estaba haciendo ahora al decir que estaba ansiosa por trabajar en el campo. No iba a negar que siempre le había gustado ayudar a su padre, pero esa época ya había pasado, y en ese momento lo que menos deseaba era estar en el mismo lugar que Alan Martín.

–Marian también tendrá que ir –dijo Ofelia, y Elisa frunció el entrecejo.

–¿Qué tiene que ver Marian con todo esto? –gritó Elisa.

–Querida, por lo que me has dicho ella también estuvo contigo anoche, por lo que supongo que colaboró bastante.

–¿Qué sabes tú?

–Cuando fui a la panadería me enteré que habías arruinado el trabajo de tu padre. Ya sabes cómo corren las noticias por acá. Qué vergüenza, Elisa, nunca me lo hubiera imaginado de ti. Me dijiste que tenías otro compromiso, y no puedo creer que “tu compromiso” haya sido hacerle semejante maldad a tu padre. Has escupido sobre tu propia cara. Has escupido sobre la cara del hombre que te lo da todo, solo porque esta vez no decidió como tú querías. Eso se llama capricho.

–Tía, no entiendes nada. No sabes lo que he sufrido por culpa de Alan Martín –dijo Elisa hundida por las acusaciones de Ofelia. Había actuado cegada por el rencor. Su padre había puesto luz en los campos para que ella disfrutara trabajando de noche y... No, no tenía que dejarse llenar de culpas por su tía. Eduardo unos años atrás, usando sus artimañas, la había apartado del campo cuando le compró el local y el departamento. Era un machista como todos

los hombres del pueblo, se dijo. ¿Cuántas veces había intentado hablar con su padre para poner a producir esas tierras?, y nunca la había escuchado. Pero Alan había dicho dos palabras y Eduardo se había puesto a desmontar. Por qué tenía que colaborar con él ahora que se había aliado con Alan Martín, otro machista que prefería tener lo más lejos posible. Ofelia interrumpió sus pensamientos.

–Solo sé que todos merecen otra oportunidad. Y ese hombre que está afuera haciendo el ridículo, está intentando, con toda la torpeza del mundo, enmendar el error que cometió en el pasado. Ayer se le había perdido algo en la plaza, porque desde que llegó no dejó de buscar con la mirada, y supe que te buscaba a ti. Te juro Elisa que me enterneció. Y si todo lo que te he dicho no te convence, por el amor que siente tu padre por ti vas a arreglar lo que destruiste –dijo Ofelia con autoridad, y evitó sonreír al ver el gesto de asombro de su sobrina.

–No eres mi madre –dijo Elisa a modo de advertencia.

–Gracias a Dios –respondió Ofelia–. Lo que menos quiero es parecerme a tu madre, pero alguien tiene que ponerte límites. Y como sé que tu padre no lo hará, lo hago yo.

–Me estás mandando a la boca del lobo para que me descuartice con sus colmillos –dijo Elisa, y recordó que el lobo estaba afuera afilando los dientes.

–Desconfía más de los halagos que de los desprecios. Las apariencias engañan querida sobrina, yo soy una prueba de ello –dijo Ofelia dejando a Elisa muda por largos minutos.

–¿Qué quieres decir? ¿Acaso tú no eres una solterona gruñona? –se arrepintió de sus palabras. Su tía esbozó una sonrisa triste y Elisa no tuvo dudas de que era una solterona genuina–. Lo siento... No quise decir...

–Querida, soy una solterona, y gruño porque me siento impotente para resolver algunas cosas que llevo años cargando a mis espaldas. En este momento estoy intentando que no te conviertas en una tía Ofelia –dijo Ofelia, y Elisa sintió admiración por su pobre tía.

–¿Qué cargas, tía? –preguntó Elisa llena de curiosidad mientras se acercaba a su Ofelia para mirarla a los ojos. Tristeza, había tristeza y dolor, se dijo cuando ella la miró con un brillo extraño en los ojos.

–Verdades ocultas de alguien que hizo mucho daño –dijo Ofelia, y apartó la mirada de su sobrina para no revelar lo que ella sabía que le haría daño.

–Está bien. Solo lo haré por ti –dijo Elisa.

–Gracias. Si Marian ha estado colaborando, será mejor que vaya contigo –dijo Ofelia–. Voy a arreglarme un poco para poder ser digna de atender tu negocio mientras no estés.

Elisa sonrió, no porque estuviera contenta de ir al campo, sino porque Ofelia le acababa de dar una gran lección. Su tía no era tan gruñona, y era sabia, se dijo mientras la miraba elegir entre sus toscos batones el más decente para ser merecedora de quedar a cargo de su tienda.

–Lo vas a hacer bien, tía. Solo trata de que las clientas no levanten los objetos caros, los que tenemos en la vitrina que está tras el mostrador. Rita y Adriana te pueden ayudar con los precios. Y envuelve todo con bastante papel para que no se les rompan en el trayecto, ya sabes lo frágil que son algunos de los adornos.

–Sí, querida, lo haré bien –dijo Ofelia con la cabeza metida dentro del ropero–. No hay un vestido decente, tendré que hacer un gasto y comprarme dos. Además, ya es hora de que pase por la peluquería –aclaró. Elisa sonrió.

–Ve a lo de Marga que tiene unos vestidos hermosos –dijo Elisa, se acercó por detrás y se

despidió con un beso en la mejilla—. Nos vemos por la tarde. Si puedo me acerco para almorzar contigo así me cuentas como te ha ido en la tienda.

—Trae a Marian —dijo Ofelia, aunque suponía que ninguna de las dos vendría después de lo que se comentaba en la panadería: “El desastre es tan grande que Eduardo por primera vez está hablando de desheredar a su hija. Todos sabemos que no lo hará, pero no para de gritar que en cuanto la vea le va a dar todas las palizas que no le dio de chica”.

Elisa bajó las escaleras y recorrió el negocio temblando al saber que se encontraría con Alan después de dos años de huirle. Solo la separaba de él la puerta vidriada. Intentó poner la llave en la cerradura pero el temblor no le dejaba acertar el hueco. Cuando al fin lo logró, dio dos vueltas a la llave y quedó sin barreras frente a él, que se giró a mirarla.

Alan estaba tan serio que Elisa se sorprendió. Esperaba ver la sonrisa de suficiencia en su rostro, pero en esos ojos celestes no había ni chispa de prepotencia. En realidad, él la miraba con reproche. ¿Qué derecho tenía el descarado de hacerle reproches con la mirada?, nada menos que él, que había causado más desastres en el pueblo que los que había ocasionado la segunda guerra mundial, pensó exagerando en su comparación.

Lo que Elisa no sabía era que Alan no le reprochaba el desastre con su mirada seria, sino que estaba serio porque luego de dos años sin verla había quedado hipnotizado. Ella estaba adorable con ese vaquero que delineaba su delgado cuerpo y esa remera de modal que permitía imaginar sus pechos pequeños.

¿Qué le estaba pasando?, se dijo Alan. Él quería a Elisa lo más lejos posible, pero desde que había llegado al pueblo no hacía más que meter la pata, pensó al recordar que la noche anterior había reconocido delante de todos que ella era su prometida.

Su prometida lo miraba con odio y a Alan le dolió. Nunca lo había mirado así, ella... ella lo adoraba, se dijo confundido. Luego de un rato de desconcierto, por fin pudo mostrarle su sonrisa cínica.

—Buenos días, Elisa, veo que ya estás lista para ir a “colaborar” con nosotros. Parece que alguien aprovechó el festejo en el pueblo para destruir todo el trabajo que venían haciendo Eduardo y Quino. Esa persona debe haber contado con la colaboración de diez hombres por lo menos —aclaró Alan.

—No lo creo —dijo Elisa, que había levantado el rostro para mirarlo—. Un par puede haber sido suficiente —dijo en un susurro, y Alan arqueó las cejas desconcertado. ¿Acaso le quería hacer creer que ella y Marian habían hecho semejante destrozo en una noche?

—¡Un par! No creo que un par haya destruido tanto en ese escaso tiempo. Ese trabajo requiere de una buena cantidad de hombres. Lo que no entiendo es por qué tantos hombres estarían dispuestos a colaborar en semejante acto de vandalismo, salvo que sean unos petimetres que se quieran congraciar con cierta jovencita para conseguir ciertos favores de ella —escupió Alan sus suposiciones, y se indignó de dejarle ver su bronca. Nunca dejaba escapar su lado sensible, ¿por qué le había dejado ver que le molestaba que los hombres corrieran como idiotas para consentirle sus caprichos?

Si las miradas quemaran, Alan estaría carbonizado con la que le dedicó Elisa, que no podía creer que ese desvergonzado se atreviera a decir que ella estaba dispuesta a revolcarse con cualquiera que le prestara ayuda. Maldito arrogante que se creía que todos actuaban con la misma falta de prejuicio que él.

–Se comenta que has sido tú, Elisa –dijo Dorita, que estaba entre las mujeres–. Pero qué podrías destruir tú –Dorita la señaló–, toda menudita y tan delicada.

–Eso sería como escupir para arriba y esperar que me caiga en la cara –dijo Elisa las mismas palabras que había dicho Ofelia. No le importaba decir que era ella, pero después de escuchar las acusaciones de Alan no pensaba reconocer que lo había hecho con la ayuda de una topadora y la enorme colaboración de Marian. Sin Marian el desastre habría sido minúsculo, pensó y no pudo esconder la sonrisa–. Mi tía Ofelia estará a cargo de la tienda. En unos minutos bajará a abrir –dijo Elisa, y entró a la tienda para salir por la puerta trasera donde tenía estacionada la camioneta.

Sabía que Alan la seguía, oía sus pasos cada vez más cerca y sentía revoloteando en el aire el aroma a madera y almizcle de su perfume, lo único que quedaba del jovencito que un día tomó un colectivo y se fue del pueblo. La ropa que llevaba era toda de marca, nada que ver con su ropa humilde de antaño, pensó Elisa mientras se alejaba casi corriendo para que no la alcanzara, pero él la dejó petrificada con sus palabras.

–Dos años sin vernos –dijo Alan, y vio como Elisa se afirmaba a una vitrina que tenía junto a la puerta trasera–. Dos años huyendo de mí –siguió hablando–. Y hoy te veo... y en lugar de hablar de lo que pasó tengo que ocuparme del destrozo que hiciste con tus pretendientes en el campo. Entiendo tu deseo de venganza, pero tu padre y mi abuelo no tienen la culpa de mi falta de escrúpulos –aclaró–. Perdón –dijo para finalizar.

Elisa se giró, y Alan se sorprendió de no ver lágrimas en sus ojos, lágrimas que él estaba seguro de que ella derramaría. Pero ella había cambiado, porque las lágrimas habían sido reemplazadas por el mismo odio que le había mostrado en la vereda, y sintió una opresión en el pecho. ¿Tanto había cambiado Elisa para dejar de derramar lágrimas por él?

Todas sus convicciones se estaban desmoronando. Él ya no era importante para ella. Debería sentirse feliz, en cambio, sentía que el mundo se le caía encima para aplastarlo mientras la voz de su conciencia le decía: La tenías que perder para darte cuenta lo importante que era para ti. No, ella no era importante, solo que estaba acostumbrado a saberse amado y... ahora solo veía odio donde antes había existido amor... y eso lo tenía desconcertado, por eso la opresión en el pecho, se dijo para convencerse.

–No necesito la ayuda de una tropilla de hombres, aunque un amigo me prestó una máquina muy útil. Si fueras un campesino habrías visto las marcas que dejaron las ruedas de la topadora, pero claro, un empresario yanqui no tiene ni idea de las maquinarias de las que nos podemos valer la gente de campo para destruir el trabajo de quince días –dijo Elisa, y salió por la puerta trasera.

Alan se quedó mudo. ¿Una topadora?, pensó, y a pesar del desconcierto que le provocaba la indiferencia de Elisa no pudo ocultar la sonrisa. ¡Una topadora!, volvió a repetir. Encima lo había tildado de empresario yanqui, se dijo mientras salía por la puerta de la tienda para seguirla con la camioneta.

Una mujer gritó su nombre, y antes de que él reaccionara ya la tenía colgada del cuello dándole un beso en la boca, que él no respondió, pero Elisa vio cuando pasó junto a ellos en su vieja camioneta. Solo un chirrido de neumáticos le indicó que se había puesto furiosa, y eso le agradó.

A Alan la ambivalencia de sus pensamientos lo tenía enojado. Él la quería lejos, pero se ponía contento al descubrir los celos de Elisa. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntó. Desde que

había puesto un pie en el pueblo no podía sacarse a Elisa de la cabeza. Dejó de pensar y aprovechó el error de la noche anterior para espantar a Adriana.

–Te has vuelto loca, Adriana –dijo Alan–. Estoy comprometido, y espero que lo entiendas. Demasiados problemas me ocasionaste dos años atrás.

–Seguramente tú no participaste en lo que pasó hace dos años. Fuimos tres los que lo pasamos bien ese día –aclaró Adriana.

Alan apretó la mandíbula ante el recuerdo. Él no lo había pasado bien como Adriana quería hacerle creer. Había estado borracho y recordaba todo como tapado por nubes, aunque sabía que se había comportado como un asno.

–No te quiero metida en mi vida. La verdad es que no entiendo que haces trabajando en la tienda de Elisa. Deberías sentir vergüenza, pero dudo que esa palabra esté en tu vocabulario –dijo Alan de forma despectiva, y se alejó rumbo a la camioneta.

–Estás muy seguro de Elisa. Te aclaro que a ella ya no le interesas. Ayer ni siquiera se arrimó a espiar como hacía antes –gritó Adriana con resentimiento.

Alan no le contestó, pero estaba comprobando que le molestaba bastante la indiferencia de Elisa, y cada vez le atraía más la idea de simular que era su prometida. No solo era una forma de mantener a raya a ciertas mujeres pegajosas, sino que serviría para que los pretendientes de Elisa se mantuvieran alejados.

## CAPÍTULO 7

Dos semanas habían pasado de aquel día en el que Elisa y Marian habían destrozado el trabajo de Eduardo y Quino. Y lo único que había en los campos eran unos caballos de carrera y dos jinetes que Alan había contratado para que los adiestraran.

Cuatrocientas hectáreas de monte se habían convertido en tierra arada, pero aún no se decidían por una semilla que se adaptara a la aridez del terreno, ya que Eduardo se negaba a la cría de animales.

Elisa y Marian habían trabajado hasta la extenuación y despotricado como marineras, pero ninguna de las dos había abandonado el trabajo a pesar de la insistencia de Alan con su madre y de Eduardo con su hija.

Para Eduardo la idea de tenerlas en el campo arreglando el desastre que habían armado solo había sido buena en la teoría, ya que cada vez que veía a Marian “trabajando” salía huyendo despavorido, como si ella lo fuera a encantar con algún hechizo.

Le molestaba que Alan y Quino se burlaran de su actitud, que para ellos era infantil, pero prefería ser tildado de infantil antes de tener que cruzar una palabra con esa mujer que solo le traía malos recuerdos. Aunque tenía que reconocer que su mayor bronca era con Alan. ¿Qué se tenía que reír de él cuando el muchacho nunca aparecía por el campo cuando estaba Elisa? El muy astuto se sabía los horarios de memoria y venía a enderezar los destrozos que habían hecho las mujeres cuando ellas no estaban. Al menos, gracias a esa ayuda de Alan, los campos se habían recuperado en dos semanas, porque si hubieran tenido que esperar que las mujeres arreglaran el desastre, aún estarían las dos peleando y despotricando con una mísera rama.

Elisa, a pesar de su tamaño menudo era más diestra para el trabajo y había sacado una o dos ramas, pero Marian era la mujer más inútil que él había conocido. No solo porque venía con esas ropas yanquis de seda, sino porque no tenía habilidad ni para desenterrar una astilla.

Eduardo lo sabía ya que solía mirarlas a escondida, y se le formaba un nudo en la garganta al ver la hermosa relación que habían entablado Marian y Elisa. Se reían y discutían por partes iguales, como si se conocieran de toda la vida. Las dos se sentían cómodas en compañía de la otra. Inclusive, cuando terminaban de simular que sacaban ramas se iban al bar de Lorenzo a compartir una cerveza y conversar con un grupo de mujeres que se les unían.

Qué distinto habría sido todo si ella hubiera sido la madre de su hija, pensaba Eduardo con cierta nostalgia. Pero enseguida apartaba esos pensamientos y se obligaba a recordar que Marian había elegido a otro. Ese recuerdo hacía que le regresara el resentimiento que a veces parecía diluirse como las nubes del cielo.

Marian no había sufrido demasiados desprecios desde su llegada. En realidad, ella tenía a la mayoría encandilado con sus encantos. Él mismo se sentía atrapado por esa mujer que le había hecho tanto daño. Era adorable, cálida y generosa. A veces admiraba la entereza con que Marian soportaba los comentarios de algún resentido que intentaba hacerle pasar un mal rato. Ella parecía inmune a los desprecios.

Lo más sorprendente era que Ofelia, que se había instalado en el pueblo desde la llegada de

Marian, oficiaba de protectora de su antigua amiga y la defendía con uñas y dientes si era necesario.

Su cuñada había hecho un cambio impresionante, no solo porque estaba empeñada en defender a Marian, sino porque había dejado de gruñir. Su aspecto también había sufrido una agradable transformación desde que ayudaba a Elisa con la tienda. Ya no usaba los batones de comadrona y había pasado por la peluquería. Eduardo sentía que cada día la apreciaba más, aunque tenía que reconocer que su cuñada lo tenía intrigado y en algún momento pensaba enfrentarla para preguntarle el porqué de esa transformación.

Estaba en el campo observando el desmonte de esa importante extensión de tierras y recordó las palabras de su padre: *las compré a bajo precio porque son tierras, pero no sirven para nada*. Nunca las había puesto a producir. Ahora estaban aradas y Quino y él no sabían cómo hacerlas rendir. Viendo el desmonte parecían menos improductivas, se dijo Eduardo mientras caminaba pensando en alguna semilla que se adaptara al terreno. Alan insistía en el ganado, pero era una empresa arriesgada en una época en la que los animales no dejaban ganancias.

Y mientras Eduardo pensaba, alguien tras él lo seguía sin atreverse a hablar.

Marian ya había abierto y cerrado tantas veces la boca que se sentía una colegiala. Era una adulta, se dijo, inclusive era una mujer decidida, una empresaria, recordó tratando de encontrar la seguridad que había perdido al tener a Eduardo delante de ella. Una, dos veces más abrió la boca... y en el tercer intento al fin las palabras salieron de sus labios.

–He comprado los campos que limitan con los tuyos. Quinientas hectáreas más de monte – dijo Marian con una voz que era apenas más elevada que un susurro.

Eduardo se tensó, ella estaba allí y no tenía forma de escapar, se dijo. No la había escuchado llegar en el ridículo Mini Cooper que se había comprado para andar por los campos, que ya se le había quedado dos veces en las zanjas que habían dejado las lluvias. Quino la había sacado con el tractor y le había aconsejado que lo usara solo en el pueblo, pero ella era testaruda, y ahora estaba tras él, recordó y apretó los puños.

–Esa tierra es tan inútil como la mía –dijo sin girarse a mirarla, y siguió andando por los campos como si le diera lo mismo que estuviera o no allí, como si ella no fuera más que el peón que lo ayudaba a diario.

Marian los siguió con cierta dificultad, ya que el terreno arado estaba demasiado desperejo para sus sandalias. Si bien había comenzado a usar vaqueros en algunas ocasiones, no se hacía a la idea de andar de zapatillas como lo hacía Elisa en los campos. Quince años de estar subida a tacos de diez centímetros no podían apartarse en dos malditas semanas a pesar de que se había torcido los tobillos casi a diario.

–Estaba segura de que me dirías eso. Quino dijo lo mismo, y Alan me ha gritado más de media hora por mi falta de criterio para invertir. Lo que ellos no saben es que tengo hablado a Santiago Coronel por otras trescientas hectáreas que estarían sobre el lado oeste –dijo Marian, y vio que Eduardo detenía su apacible caminata. Tenerlo tan cerca la tenía intimidada, pero necesitaba hablar con alguien que escuchara sus ideas.

–¿A cuánto? –preguntó Eduardo sin girarse.

–Ah, es un muy buen precio por lo que estuve investigando. Quinientos dólares la hectárea – dijo Marian orgullosa, ya que había logrado que le rebajara bastante el precio. Aunque suponía por la expresión de Santiago que estaba tratando de estafarla. Las tierras eran poco productivas,



estaban sin desmontar y encima no tenían título, solo un boleto de compraventa que venía pasando de generación en generación.

–Es una locura, yo no pagaría ni doscientos dólares –dijo Eduardo, que movido por la rabia se giró hacia Marian. Tenerla frente a él y tan cerca, sin nadie que sirviera de barrera protectora, lo dejó paralizado. La había visto de lejos, pero en ese momento estaba a un metro y... Ofelia tenía razón al decir que había ganado encanto. Su rostro cordial mostraba unas arruguitas que le daban encanto. Sus ojos tenían ese halo de bondad de la juventud, y su sonrisa serena daba la sensación de que estaba a gusto con la vida. Y él, que no tenía seguridad de nada, sintió que se estaba debilitando con su presencia. Ella era una mujer que le sonreía a la vida, al igual que Elisa de niña, pensó lleno de ternura por el recuerdo y de dolor al saber que su hija se había endurecido demasiado por culpa de las burlas de los pueblerinos, que por más años que habían pasado no dejaban de recordarle que Alan había huido despavorido de su prometida.

–Eso era lo que necesitaba saber, le ofreceré ciento cincuenta entonces. Gracias. Mi padre y mi hijo no quisieron prestarme ayuda –dijo ella, y en sus ojos había tanta calidez que Eduardo estuvo tentado de acercarse y rodearla con sus brazos como lo hacía en la juventud. Pero ella se giró y lo dejó solo con sus malditos pensamientos.

–¡No las compres! –gritó Eduardo al verla marcharse. No sabía por qué había dicho aquellas palabras, si para advertirle que perdería el dinero o para que se quedara un rato más a su lado, aunque estaba casi seguro de que era por lo segundo–. No sirven más que para pastura y el costo del desmonte es muy alto. Además, Santiago nunca hizo nada por lograr los títulos. Te verás en un juicio de escrituración si las quieres a tu nombre –aclaró.

–Lo sé. Pero a ciento cincuenta dólares la hectárea me parece que conviene el riesgo que implican. Después de todo son tierras –dijo Marian, trastabilló y estuvo a punto de caer sobre la tierra arada, pero entre danzas grotescas logró mantenerse en pie.

–Será mejor que te acostumbres a usar algo más acorde con el terreno –dijo Eduardo al verla trastabillar varias veces–. Ya no queda nada de la jovencita que corría por estos campos –comentó, y se maldijo por su estupidez. Qué tenía en la cabeza para traer ese pasado olvidado. Bastante incordio tenía con sus pensamientos para ahora expresarlos en voz alta frente a Marian.

–Tú lo has dicho –dijo Marian, y lo miró a los ojos con nostalgia–. Buenas tardes, Dadi –dijo ella revolviendo recuerdos que Eduardo prefería olvidar.

No podía culparla por llamarlo con aquel apodo que ella le había puesto en la juventud, después de todo él había traído el pasado con su comentario, pensó mientras la observaba marcharse en el llamativo autito que se había comprado y tenía enloquecido a los pueblerinos, ya que era de un brillante color gris plata con dos rayas rojas sobre el capó. Lo había usado medio pueblo porque Marian no tenía problemas de darle la llave al que quisiera ir a dar una vuelta. Inclusive Elisa solía aparecer en el coche de Marian como si fuera suyo. Él, que no le prestaba su camioneta porque su hija era muy descuidada para manejar, ahora veía como Marian, para ganarse el afecto de Elisa, le daba el auto como si fuera de ella.

Eduardo apretó los dientes. Debería haberla alertado de que Santiago era un sinvergüenza cuando se trataba de dinero, pero en lugar de hablar de negocios estuvo a punto de arrastrarla al árbol donde le había hecho el amor tantas veces en la juventud. Y se maldijo por ser tan poco práctico cuando se trataba de ella. Verla lo había excitado y en ese momento necesitaba a una de sus amantes. Lamentablemente no había hecho las paces con Lina. Desde que Marian había

llegado, una amante le parecía poco para aplacar su necesidad. En realidad podría haber tenido diez y ni así habría quedado satisfecho. Había visitado a Lorena más seguido de lo normal, pero para su sorpresa e indignación, no habían pasado de un toqueteo porque él había perdido la capacidad de lograr una erección. Ahora tenía una erección más de adolescente que de un hombre de cincuenta y tres años, y maldijo su mala suerte porque en ese páramo no había una mujer dispuesta a darle placer, aunque estaba comprobando que por más que tuviera un harén esperando para complacerlo, solo ella provocaba su deseo. Lo único que había querido en estos quince días era que Marian regresara a Nueva York, pero ahora se enteraba que era dueña de las tierras colindantes, y por lógica no pensaba regresar a su bulliciosa ciudad. Mientras ella no desapareciera de su vista, él no recuperaría su hombría.

Caminó a zancadas por los campos, intentando que el gasto de energía le bajara la erección, y mientras andaba furioso aquí y allá se preguntó si ella habría quedado afectada con el encuentro. Y deseó que estuviera tan perturbada como él.

\*\*\*\*\*

Marian manejaba con los nervios a flor de piel. Por fin había podido verlo sin que saliera corriendo. Eduardo la recibió con tanta indiferencia que ella creyó que había sido un error presentarse en sus campos. Pero lo que lo mantuvo distante fue la sorpresa, no tenía dudas. El pasado estaba tan presente en los recuerdos de Eduardo como en los de ella, y eso la emocionó. No es que se hiciera ilusiones, ella ya no vivía de sueños, pero al menos se sentía feliz al saber que él no había olvidado la historia de amor que habían compartido más de treinta años atrás. Un amor como aquel no desaparecía del recuerdo a pesar de que el gris de su mirada ya no la acariciaba con la ternura de antes, se dijo y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. ¡Cuánto la había amado!, ¡y cuanto lo había amado ella! Tanto que ni un día de los treinta y un años pasados dejó de pensar en esos brazos que la cobijaban bajo la luz de la luna del campo.

Llegó al ingreso del pueblo y detuvo el coche. A pesar del crecimiento del que hablaban todos, seguía siendo un pueblo chico y la mayoría estaba pendiente de la yanqui, como la llamaban, por eso sacó un espejo de la cartera y se retocó el maquillaje para camuflar las lágrimas. Ella se consideraba una persona serena, pero desde que había llegado al pueblo no hacía más que llorar e insultar.

Ya basta de debilidades, se dijo, dejó a un lado la cartera y siguió andando hasta el negocio de Elisa. Se bajó del Mini Cooper y saludó a algunos conocidos con su cálida sonrisa, y entró a la adorable tienda de Elisa.

–Regresaste demasiado pronto –dijo Elisa–. O no lo encontraste o te sacó corriendo de sus tierras.

–Lo encontré –dijo Marian mientras levantaba unos cofres de porcelana–. Voy a seleccionar unos cuantos adornos para el departamento que he alquilado –comentó para cambiar de tema.

–¿Acaso Alan no te ha invitado a vivir a la casa que se está construyendo? Por lo que he visto es enorme y está casi terminada –comentó Dorita con curiosidad.

–Alan está acostumbrado a vivir solo. Nunca vivió conmigo –aclaró Marian para acallar la pregunta que ya veía venir–. Ha puesto una tropilla a trabajar. Le está quedando muy linda.

–Una mañana llegaron con un camión y por la tarde el páramo estaba cubierto de un pasto

verde ingles –dijo Dorita con admiración–. Tiene buen gusto.

–Dorita, que cotilla que estás –dijo Rita enfadada.

–Paso todos los días, por eso veo los avances –dijo Dorita para justificarse–. ¡Si vieras el tamaño del pozo que están haciendo para la piscina!, creo que podríamos ir todos los pueblerinos a bañarnos y le sobraría espacio.

–Le encanta nadar –dijo Marian, que seguía más concentrada en los adornos que estaba separando para su departamento que en la conversación de Dorita, aunque de vez en cuando miraba a Elisa, que se mantenía seria y al margen cuando hablaban de su hijo. La pobre estaba siendo acosada por las palabras de Alan, y él estúpido de su hijo en lugar de apaciguar los ánimos, seguía poniendo el dedo en la llaga para sacarse a las molestas mujeres que lo invitaban a unirse a sus salidas. Desde que habían llegado, Alan solo se reunía con hombres, y eso tenía desconcertada a Marian, que lo conocía a pesar de que nunca habían vivido juntos. Él en Nueva York había tenido mujeres, pero acá había logrado ahuyentarlas a todas, y Marian estaba indignada con el método de su hijo. Ya le había dicho que su actitud era vergonzosa, pero él le había contestado que no se metiera en sus asuntos. Poco podía hacer una madre que no era aceptada como tal. Si bien la relación de los dos era más cordial, lejos estaba de ser la relación madre e hijo que Marian siempre había soñado. Pero como siempre recordaba, la vida estaba lejos de ser un sueño.

–Tu hijo ha cambiado mucho. Se comporta con mucha arrogancia. Lo invitamos a unirse a nuestras salidas y siempre pone de excusa que no puede porque “su prometida” le arrancarían los ojos –dijo Adriana, que se encargó de enfatizar en tono irónico la palabra prometida.

–Más que arrogante diría que no quiere salir contigo –dijo Marian con una dulce sonrisa a pesar de que el comentario había sido afilado.

–Él siempre que venía de visita intimaba conmigo. Y se burlaba de su compromiso y de su prometida. Nunca dio muestras de que Elisa le interesara, inclusive salía huyendo cada vez que ella lo seguía –dijo Adriana con altivez.

Marian se indignó al escuchar las palabras de Adriana. Si hubiera sido su empleada ya la habría echado. Vio que Elisa tenía apretado los puños, pero no respondió al ataque. ¿Por qué soportaba semejante descaro de una empleada?, se preguntó.

–¿Me permitirías tomar una decisión en tu negocio, Elisa? –preguntó Marian. Elisa la miró asombrada–. Ya sabes que he sido una empresaria implacable, te lo he contado. Y también te he contado lo furiosa que me ponía la altanería de empleados que siempre han sido tratados con afecto.

–Sí, lo sé. Pero Adriana tiene un hijo que mantener –dijo Elisa comprendiendo lo que quería hacer Marian.

–¿Y no crees que debería ser ella la que cuide su fuente de trabajo?

–Opino como Marian –dijo Dorita para insuflar fuerzas a la decisión de Elisa.

–Me parece que Adriana lleva mucho tiempo pasando los límites –dijo Ofelia asomando la cabeza por la puerta que daba a la trastienda–. A mí no me hace caso porque dice que soy una vieja amargada que no sabe nada de negocios.

–¿Es cierto eso? –preguntó Elisa a Rita.

Rita miró a Adriana con pesar. Eran compañeras, si bien no la quería, no podía ser la responsable de su despido. Ella sabía lo que era la necesidad.

–Vas a echar a todas las mujeres que se fijan en Alan –se atrevió a decir Adriana con esa voz cargada de odio.

–No, pero tus comentarios fuera de lugar me tienen harta. Esta es mi tienda, y tú deberías sentirte agradecida por el trabajo que te di, a pesar de que no te lo merecías. Sabes que lo hice por tu hijo.

–¿Agradecida por la miseria que me pagas? Si trabajara en una de las fábricas ganaría mucho más –gritó Adriana.

–Lo dudo, pero si es eso lo que quieres te lo podría conseguir. Lisandro es amigo de uno de los dueños de la fábrica de calzados que está sobre la ruta –dijo Elisa, y sonrió al ver el gesto de asombro de Adriana.

–No lo vas a conseguir. He puesto mi currículo allí y nunca me llamaron –dijo Adriana más calmada.

–Lisandro consigue cualquier cosa que le pida –dijo Elisa sin percatarse de las miradas de asombros de sus clientas, pero sobre todo de Marian, que en ese momento estaba recordando que Lisandro le había prestado la topadora para destruir los campos.

Nadie lo vio. Nadie supo que estuvo escuchando todo y se fue. Nadie se percató de sus zancadas mientras se alejaba. Tampoco supieron que maldecía mientras se subía a la camioneta, cerraba de un portazo y salía derrapando. Todas estaban con la vista en Elisa, que había dejado deslizar lo importante que era ella para Lisandro.

Media hora después la tienda estaba cerrada. Marian había gastado una importante cantidad de dinero en adornos para su nuevo hogar, que estaba a dos cuadras de la plaza. En ese momento se pintaba de rosa las uñas de las manos en la mesa de la cocina del pequeño departamento de Elisa. Ofelia amasaba unas pizzas sobre una tabla y Elisa removía una salsa de tomate.

–Al final, no contaste por qué regresaste tan pronto –dijo Elisa a Marian.

–No quise hablar delante de Dorita y Rita. Ya me he dado cuenta que cuando se nombra a tu padre se ponen algo nerviosas. Al parecer no han conseguido que él les prestara atención –dijo Marian dando más información de la que le había pedido Elisa, pero sin responder lo que había pasado.

–Dorita es muy boca sucia para el gusto de mi padre. A Rita la conoce de toda la vida y siempre la consideró una vecina del pueblo. Tampoco están tan interesadas en él, solo que una es viuda y la otra soltera y... ya sabes –dijo Elisa.

–Necesitan un hombre –concluyó Marian, y ante la sorpresa de sus propias palabras se manchó los dedos con el esmalte de uñas-. Maldición –dijo renegando de su torpeza.

Ofelia se giró a mirarla y sonrió.

–Eduardo no busca nada serio –dijo Ofelia-. Con lo serio siempre le fue mal –aclaró, y se giró para colocar la masa en el horno.

–Ya lo sé. No hace falta que me lo recuerdes –dijo Marian, y se limpió con quita esmalte la pintura del dedo.

–¿Qué dijo mi padre de lo que estuvimos hablando? –preguntó Elisa con curiosidad.

–No pude hablar mucho –comentó Marian-. Solo le dije que había comprado unas hectáreas y que quería comprar otras a Santiago Coronel. Dijo que no servían para nada, que era un mal negocio y que no me convenían –sacudió las manos para airear el esmalte mientras hablaba.

Ofelia prefirió ocuparse de las pizzas para no meter la pata con su intervención. Puso salsa de

tomate, queso y las regresó al horno.

–Pero eso no era lo importante. ¿Por qué no le comentaste sobre nuestro proyecto? –preguntó Elisa sin comprender. Había ido a eso porque nadie en su casa la escuchaba. Lo de los campos ya estaba resuelto, y el tema importante a tratar era lo que harían con esos campos.

–No me dio tiempo –dijo Marian, y se levantó para abrir la heladera y sacar un jugo de durazno.

–¿Te corrió? –preguntó Elisa indignada al suponer que su padre la había mandado a pasear.

–Me fui –dijo Marian, sacó un vaso y se sirvió el jugo–. Este jugo es muy bueno.

–No cambies el tema –dijo Elisa.

–Mi querida Elisa, el pasado me hace daño. Tu padre está en ese pasado odiándome a más no poder. Me puse nerviosa y me fui –dijo Marian en respuesta.

Elisa la miró con tristeza. Lo único que sabía de ese pasado era que se habían amado. Marian se lo había confesado. También que ella había desaparecido del pueblo con un motoquero, y que había tenido un hijo, pero los detalles solo los conocía Marian... y quizá su padre.

–Si te permitieras hablar –dijo Ofelia, y se ganó una mirada reprobatoria de Marian.

–No –dijo Marian de forma contundente.

–Tú y yo nos debemos una conversación –dijo Ofelia.

–Que no tengo deseos de tener –dijo Marian, que por primera vez dejaba de lado su cordialidad, su voz cándida y su sonrisa.

–Me importa muy poco –dijo Ofelia enfrentando a su amiga–. No tuviste la culpa de nada –aclaró.

–Basta Ofelia –dijo Marian alterada.

–No quieres que me entere, ¿es eso? –preguntó Elisa.

Marian la miró y le sonrió.

–No quiero que sufras –dijo como respuesta.

Elisa miraba a una y a otra intentando sacar conclusiones, y optó por enfrentar a su tía.

–Ustedes eran muy amigas –dijo mirando a Ofelia, que no era buena para disimular como Marian. Ofelia tuvo que agachar la cabeza para que su sobrina no viera la rabia que le producía aquel pasado –. Mi padre amaba a Marian, pero ella se fue y... se casó con tu hermana, es decir, mi madre. ¿Es así tía? –dijo Elisa, y Ofelia se giró para sacar las pizzas–. ¿Acaso mi madre es una pieza clave en este misterio? ¿Quizá la culpable de que no te casaras con mi padre? –esa pregunta fue para Marian, ya que su tía había decidido ignorarla.

–Deja de intentar parecerte a *Sherlock Holmes*. Te sale muy mal –dijo Marian, y sonrió para disimular su nerviosismo. Lo que menos quería era hacerle daño a la hija de Eduardo hablándole de Amanda, después de todo era su madre. Además, su historia ya estaba enterrada, y remover las cenizas solo serviría para agregar más dolor al pasado. Demasiado había demorado en superarlo para traerlo de regreso por más que Ofelia estuviera empeñada en sacar la verdad a la luz. Su amiga no lo sabía todo, y ella no estaba dispuesta a revivirlo después de los años que le había costado superarlo.

–¿Sabes cuales fueron las últimas palabras de mi madre antes de morir? –preguntó Elisa.

–Cuida a mi niña, Eduardo –aventuró Marian, y Elisa sonrió con burla ante su ingenuidad.

–“No puedo tolerar el haber engendrado a una niña tan desagradable”. “Ella no es mi hija, me la deben haber cambiado” –dijo Elisa sin rastro de dolor.

Marian frunció el entrecejo y apretó los puños. Qué derecho tenía ella a expresar su bronca después de haber dejado a Alan con sus padres. No había tenido otra opción, pero ese detalle solo lo conocía ella. Igual, sentía como el odio por esa mujer corría por sus venas. Tanto esfuerzo que hizo Amanda por conseguir a Eduardo, ¿para qué?, se preguntó llena de indignación. Si ella hubiera sido la madre de esa muchacha adorable se habría sentido orgullosa, pero Amanda lo único que había querido en la vida era... la belleza exterior de Eduardo. Había arruinado la vida de muchas personas solo por la apariencia externa de un hombre, pensó llena de furia.

Ofelia intervino al ver a su amiga desencajada de ira.

–Amanda no merecía ser tu madre, por eso se murió –dijo Ofelia como si fuera lo más natural del mundo, y dejó las pizzas sobre la mesa–. Vamos a cenar –aclaró para cambiar el rumbo de la conversación. No pensaba permitir que Marian perdiera los estribos con su sobrina. Si con alguien tenía que hablar era con Eduardo, pero estaba lejos de lograrlo si cada vez que se veían no alcanzaban a cruzar más que un par de palabras antes de que alguno de los dos huyera despavorido del otro.

Ofelia necesitaba pasar un tiempo a solas con Marian para indagar por qué había demorado más de treinta años en regresar, y por qué las pocas veces que había regresado solo venía de incógnita. Algo grave tuvo que haberle pasado para dejar a su hijo. Marian no era como Amanda, ella siempre había sido cálida, y lo que más había deseado en la juventud era tener hijos.

Pero si su amiga no estaba dispuesta a sincerarse, ella contaría lo poco que sabía. Demasiados años llevaba cargando culpas que no le correspondían, y no pensaba llevárselas a la tumba como había hecho Amanda, que ni siquiera cuando se estaba muriendo tuvo la nobleza de espíritu para confesar el daño que había hecho.

Terminaron la cena hablando del departamento de Marian. De la propuesta que le haría al día siguiente a Santiago, y para sorpresa de todos, Ofelia se ofreció a acompañarla argumentando que Santiago era un hueso duro de roer.

Marian se retiró a su departamento pasada la media noche, Ofelia se encerró en su pequeño cuarto; y Elisa, a pesar de que su tía se había retirado a dormir, se sentía como acosada a saber que estaba tras una puerta que en cualquier momento se podría abrir. Ella necesitaba su espacio, su soledad, sus silencios, esos que le permitían encontrar el centro que había perdido desde que llegó Alan y con toda su prepotencia trajo el recuerdo de aquella promesa maldita. Quería sentirse libre, olvidar los comentarios de los pueblerinos, las burlas que tendría que soportar nuevamente por las palabras de Alan, y esa maldita promesa que él había dejado caer en la fiesta del pueblo.

Bajó a la tienda, salió por la puerta trasera y se subió a la camioneta con la intención de alejarse del ahogo que le producía el pueblo. ¿Cómo podía regresar y ponerla otra vez en el ojo del huracán? ¿Acaso no recordaba lo que tuvieron que pasar los dos? No, no lo recordaba porque él había huido de aquella promesa mientras que ella se tuvo que quedar a enfrentar comentarios que dolían como lanzas que se clavaban en el corazón.

Si bien los pueblerinos consideraban gracioso comentar que su prometido había salido huyendo despavorido, para ella era una humillación, y no pensaba pasar por el mismo trance. Ya no. Ella había madurado, se dijo. Lamentablemente, sus pensamientos eran muy diferentes de sus sentimientos, pensó mientras observaba que en lugar de escapar estaba estacionada frente a la casa de la que había estado hablando Dorita, la casa de Alan; y Elisa se quedó sin aire.

## CAPÍTULO 8

La casa de Alan estaba construida en los campos de Quino, sobre una elevación del terreno y sin árboles que la protegieran de los vientos, pero algunas plantas le daban encanto. Era una estructura de líneas rectas con grandes ventanales, aunque un torreón circular de piedra se elevaba imponiéndose sobre el lado derecho, como si dijera, acá estoy yo rompiendo reglas. Las ventanas recibían el paisaje. Estaba iluminada y la falta de cortinado permitía ver que aún no tenía muebles. Solo paredes, puertas, ventanas y techos.

Una casa vacía y muy grande para que viviera un solo hombre, pensó Elisa y recordó el pequeño departamento que había alquilado Marian. “Con esto me basta. Para qué quiero más si vivo sola”, había comentado cuando ella le sugirió que buscara una casita con jardín.

Al parecer su hijo tenía otras ideas, pensó Elisa y recordó las palabras de Marian: “No le faltaban mujeres. Inclusive allá dejó una joven”, Elisa al ver el tamaño de la casa no tuvo dudas de que pensaba traer a esa joven que había dejado en Estados Unidos, y que debía ser su novia. Ese pensamiento la golpeó con fuerza. Alan se había enamorado, por eso rechazaba a todas las mujeres del pueblo con la excusa de su prometida.

Qué estúpida, si bien le molestaba estar en el centro del huracán se había sentido halagada, cuando en realidad él solo la estaba usando de escudo para alejar a las mujeres que lo perseguían mientras montaba la casa para traer a su novia yanqui. El muy maldito no quería que cuando su novia llegara descubriera las amantes que había tenido en el pueblo. Tal era su furia que, sin pensar que él podía estar adentro, abrió la puerta de doble hoja y se filtró en la casa.

De solo imaginarse a Alan y su novia yanqui recostados en unos imaginarios sillones junto al fuego, quiso romper a patadas el impactante hogar de piedra con mármol blanco en la base. Entró a la cocina y al ver los muebles de madera clara donde harían juntos el almuerzo, tuvo ganas de arrancar con sus manos las puertas de las alacenas y destrozarse a puños los cristales de las ventanas. Trotó furiosa hasta la escalera de madera de roble que llevaba al segundo piso. La subió y comenzó a abrir puertas. Al ver el jacuzzi en el baño se los imaginó desnudos y abrazados, y se lamentó de no haber venido con una maza en la mano para dejarlo hecho pedacitos. Estaba tan furiosa que no se percató que alguien la miraba apoyado en el marco y con las cejas arqueadas. Ella siguió avanzando e ingresó por una puerta que daba a un cuarto con ventanal al parque, abrió y cerró los placares con estruendo para descargar la bronca que sentía. Nunca más iba a usarla, se dijo y buscó y buscó hasta que dio con un destornillador que había quedado olvidado junto al ventanal, y allí fue a descargarlo contra el bonito espejo biselado del cuarto, que quedó hecho añicos a sus pies.

Recién allí salió de su furiosa ceguera y se sentó en el piso sin importarles que se le clavaran los vidrios que yacían a sus pies, solo se tapó las manos y lloró con tanta angustia que a Alan le partió el alma. Ella no lloraba, ella nunca lloraba, solo dejaba escapar lágrimas, pero allí estaba destruida y vencida porque creía que estaba sola, porque no sabía que había un testigo observando su dolor.

Alan estaba con solo un pantalón pijamas que se deslizaba por sus caderas, y descalzo, pero

no le importó y avanzó hacia ella, que parecía pequeña e indefensa. Nunca había tolerado sus lágrimas, había sido débil, pero esto... esto lo estaba desgarrando.

Se inclinó y la alzó con delicadeza para apoyarla sobre su pecho. Ella no dejó de llorar, tampoco protestó cuando él la tendió en la amplia cama que había en la habitación casi vacía. Se acostó a su lado, con la espalda apoyada en el respaldar y la atrajo a sus brazos para acariciarle el cabello. Ella seguía llorando ya no por sus pensamientos, sino por los años que se había contenido, por las injusticias, el dolor, la ausencia de él, por la casa que había montado para otra y... por lo que había pasado dos años atrás. Algo tan triste que creía que se había endurecido.

–No te gustó el espejo –dijo Alan para romper el silencio.

–No es a mí a quien tiene que gustarle todo esto –dijo recobrando en parte la compostura y tratando de salir de sus brazos, pero Alan la apretó con más fuerza y no pudo soltarse.

–No crees que nos debemos una conversación –dijo Alan, que no hacía preguntas sino sugerencias.

–No hay nada que conversar –dijo Elisa–. Déjame ir –lo empujó pero al tocar su pecho desnudo sintió más deseos de quedarse que de marcharse. No podía permitirse debilidades frente a él, ella tenía que dejarlo ir.

–Hace dos años...

–No paso nada. Solo fuiste uno más –dijo Elisa luchando por salir de esa cama. Dos años atrás le había dado lo más preciado que tenía. Tres noches encontrándose en los establos de Quino. La primera había sido pura casualidad, ella estaba acariciando un semental y él llegaba del bar. No hablaron, él solo deslizó el tirante de su vestido y ella lo dejó hacer. Perdió la virginidad en sus brazos, algo que en aquel momento la llenó de dicha porque para ella solo existía él. La noche siguiente se había presentado sin ser invitada, y él estaba allí, esperándola con una sonrisa que le había parecido de complacencia. Él tampoco habló, y como ella no sabía que decir se entregó al placer. Parecía mediar entre ellos un pacto silencioso, ya que se encontraron sin citarse durante tres noches. La tercera noche fue igual, ni una palabra, no hacían falta cuando él le daba tanto y ella le entregaba todo. Esa noche, en el desenfreno de la pasión le dijo que lo amaba, y él se había marchado.

Luego supo que había salido de su cuerpo para entrar en otros, y que había contado el favor que le había hecho a la virgencita de Elisa Parker. El dolor la había dejado destruida y se juró olvidarlo.

–Fui el primero –dijo Alan en respuesta.

–Pero no el último –replicó Elisa.

Al escuchar esas palabras Alan la soltó. No tendría que sentirse afectado porque hubiera tenido otros, después de todo él había tenido mujeres, pero Elisa... Elisa.

–Nunca nos citábamos, pero los dos sabíamos que el otro estaría en el establo. Estaba confundido y me fui al bar a emborracharme –dijo Alan para justificar lo sucedido dos años atrás, aunque él sabía que no había nada que justificara su accionar.

–Y las mujeres se aprovecharon de tu estado y te llevaron entre dos a sus camas, y mientras hacían un trío, tú les contabas como habías desvirgado a la tonta jovencita que no te dejaba en paz. ¿Así fue? Actuaste como el asno que siempre fuiste para que te dejara de perseguir –ya se había levantado de la cama y lo miraba con odio.

–No... No hice ningún trío. No sé lo que te contaron pero te aseguro que solo hablaba



pavadas y... Maldición, estaba borracho. Dijiste que me amabas y no supe manejar la situación. Solo sé que dije que te había hecho mía y... que había sido el primero. Un amigo me llevó a su casa, y al día siguiente tomé el primer vuelo y me fui. Hasta el día de hoy me arrepiento –dijo Alan en respuesta, y vio la tristeza en los ojos de Elisa ante sus palabras.

–Somos dos los arrepentidos. No te hagas problema que desde ese día no existes para mí –dijo Elisa, y salió corriendo.

Alan corrió tras ella. No pensaba dejar que se marchara sin aclarar las cosas.

–No me arrepiento de lo que pasó. Me arrepiento de haberme ido, de no haber hablado contigo para explicarte por qué salí huyendo. No hablábamos, ni siquiera nos citamos, pero allí estábamos en el mismo lugar y a la misma hora, esperándonos. Fue lo más espontáneo que he hecho en mi vida, y me asusté. Acaso crees que para mí ha sido fácil lidiar con mis propias palabras –gritó Alan–. Solo era un niño terrible que dejó a la luz su debilidad por ti desde el día que naciste.

–Horrible, tan horrible que nadie se querría casar conmigo –gritó Elisa.

Alan sonrió.

–Bueno, la verdad es que no eras de esos bebés mofletudos, pero creo que exageré un poco. Tenías una enorme sonrisa y unos ojos muy llamativos –dijo Alan con una sonrisa de lado.

–Más grandes que mi cara –dijo Elisa seria.

–Oh, sí, eran tan grandes que me dejaste encandilado –dijo Alan, y Elisa no recibió el halago–. Eras graciosa, y muy inteligente. Sabías lo que te decía. Desde que te tuve en mis brazos me he preguntado cómo mierda me entendías. Eras una recién nacida –dijo a modo de explicación–. Me conquistaste.

–Qué emoción –dijo Elisa con ironía–. Mira que venir a conquistar nada menos que al diablo. Pero no te hagas problema por aquellas tontas palabras. Ya no hace falta que te sientas en el compromiso de cumplirlas, puesto que me paso rechazando propuestas de matrimonio –mintió Elisa, ni siquiera había tenido la posibilidad de rechazar un novio, pero él no tenía por qué saberlo.

–¿Lisandro? –preguntó Alan con desprecio.

–¿Qué sabes tú de él?

–Que está dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidas –dijo Alan acercándose peligrosamente a ella.

¡Vaya! Se asombró Elisa, al parecer Alan había escuchado a hurtadillas cuando le aseguró a Adriana que Lisandro podía conseguirle un trabajo en la fábrica de zapatos. Sonrió, se habían invertido los roles y era él quién la espiaba a ella.

Cuando miró a Alan se percató de las huellas de sangre que iba dejando a medida que caminaba. Se había cortado con el espejo que había roto, y caminaba tras ella como si no sintiera el dolor.

–Te has enterrado algún vidrioó –dijo Elisa, y señaló los pies de Alan.

–Así parece –dijo sin darle importancia–. Cuéntame de ese tal Lisandro.

–Debes tener un botiquín –dijo Elisa sin prestarle atención.

–¿De dónde lo conoces? ¿Qué tan dispuesto está a hacer lo que le pidas?

–Estás sangrando. Lisandro no es un asunto de tu incumbencia, así como a mí no me interesa la novia que estás por traer de Estados Unidos a esta casa. Lo único que no voy a permitir es que

me uses de escudo para que cuando ella llegue encuentre el terreno limpio de amantes –dijo Elisa, se giró y caminó a la cocina para buscar algo para pararle la sangre. Encontró en la alacena unos rollos de papel y se estiró para alcanzarlos.

Tras ella Alan le rodeó la cintura y la pegó a su pecho.

–No hay ninguna novia que esté al caer. Lo que hay es una prometida escurridiza –dijo sobre su oído. Elisa sintió que le flaqueaban las fuerzas. Él era todo lo que ella amaba, pero no pensaba ceder después del dolor que había soportado cuando se fue y la dejó sola con semejante dolor.

–No puedo ser tu prometida –dijo con sinceridad–. Hay cosas que son imperdonables. No quiero estar en tu vida –recalcó mirándolo a los ojos. Alan vio el brillo en su mirada, y el recuerdo le anudó la garganta.

–No quise hacerlo. No quise hablar de nosotros. Me emborraché porque estaba desconcertado, y hablé sin mala intención. Ni siquiera recuerdo mucho lo que dije. Nuestro acto de amor es el mejor recuerdo de toda mi vida –dijo con sinceridad.

Lástima que tras ese recuerdo ella tuviera otro que era el más triste de su vida, pensó Elisa y supo que no podría evitar las lágrimas. No se lo diría, no en ese momento, se dijo.

Para ahuyentar la tristeza se concentró en el pie de Alan buscando la astilla que se le había clavado. Estuvo más de diez minutos haciendo presión con los dedos hasta que por fin logró sacarla. Él fruncía el entrecejo y por momentos cerraba los ojos, se había sentado en el piso para facilitarle la tarea, y cuando ella acabó de limpiarle la herida, y antes de que se alejara, Alan la jaló con sus brazos y la sentó a horcajadas para luego apoderarse de sus labios.

El beso fue una sorpresa inesperada para Elisa. Dulce, cálido, invasivo, abrazador y capaz de derretir defensas que ni siquiera había intentado atrincherar. Pero estaba a tiempo, se dijo y jugó tan sucio como lo había hecho él con ella toda la vida. Elisa le rodeó el cuello y Alan la atrajo hacia él, más cerca, más juntos, más unidos si eso era posible.

Así habían sido sus encuentros dos años atrás, todo pasión y nada de sensatez. ¿Acaso el amor era sensato?, se preguntó Alan.

Elisa sentía su erección rozando la hendidura de su sexo protegido apenas por una minúscula tanga de encaje y el pantalón pijama de Alan. No podía dejar de pensar en lo que había pasado dos años atrás, en la promesa de alejarlo para poder recoger los pedazos de su vida y empezar de nuevo.

Él intentaba romper todas sus convicciones con ese beso de adoración y esos brazos que la envolvían protegiéndola de sus propios pensamientos, pero ella se había rehecho de pasta de acero y no había dulzura que la pudiera derretir. Elisa se entregó al placer, jadeó y se movió sobre él provocando mayor deseo en el sexo de Alan, que dejó escapar un gemido de protesta.

Alan no pensaba pasar de un beso, pero saber que estaban casi sin barreras lo tenía desesperado. Dejó deslizar sus manos hasta las nalgas de Elisa, y levantó el vestido para sentir la suavidad de su piel, y ella... ella, como si fuera una experta en las artes amatorias desató el lazo de su pijama y dejó a la vista su admirable erección. Alan no tenía ropa interior y su pene estaba allí, intentando romper la barrera de la tanga. La mano de Alan se interpuso entre ellos y se deslizó dentro de la tanga. No la sacó, solo la hizo a un lado, elevó a Elisa por la cintura y cuando la bajó ella sintió la invasión. Toda la fuerza de esa erección entró en ella para demostrarle quién tenía el control. Nada más lejos de la realidad. Alan la tentaba, con sus labios, con las manos que recorrían su cuerpo y su pene cobijado en su interior. Estaba bajo ella,

inmovilizado y ella se hizo con el control, subiendo y bajando sin pensar que unos momentos antes le había dicho que no podía ser su prometida. La mano de Alan se unió al juego y el placer aniquiló cualquier pensamiento que Elisa hubiera intentado interponer.

Alan la estaba desarmando como lo hacía siempre. Pero esta vez era diferente, porque el hombre que tenía bajo ella la estaba adorando de todas las formas posibles.

Dos años atrás él la había hecho suya, pero no fue un acto de amor sino un acto de rebeldía, un acto justiciero en el que el resentimiento marcaba las embestidas, y cada vez que se hundía en ella le decía con su cuerpo, eres mía, solo mía. La había marcado a fuego como a los animales, y ella había aceptado ser su posesión. Pero dos días después de la última noche que se amaron, silenciosa pero llena de entrega, ella se enteró que había estado con dos mujeres más, y dos meses después sintió como su vida se hacía pedazos y su calidez quedaba oculta para siempre tras una capa de indiferencia, y otra de bronca, y otra de resentimiento. Ese fue el día que ella comprendió que nunca sería la posesión de nadie. Por más que en ese momento Alan la hiciera sentir la mujer más deseada del mundo, ella mantendría el control. Y mientras se repetía esas palabras él la llevó con sus caricias al límite, y Elisa se dejó embaucar por las sensaciones. Alan aceleró el ritmo y la siguió con un gruñido que quedó guardado en la boca de Elisa, y la simiente en su cuerpo.

Pocos minutos después los dos comenzaron a respirar con normalidad y Elisa sintió un vacío extraño cuando salió del cuerpo de Alan. Pero no se permitió la debilidad de quedarse cobijada en sus brazos como hubiera deseado dos años atrás cuando llevada por la pasión le dijo que lo amaba, y él se marchó como si hubiera acabado el turno con una prostituta.

–Esto era una deuda que me cobré –dijo Elisa mientras ponía en su lugar la tanga y se acomodaba el vestido–. Nunca se volverá a repetir. Para error, con dos, tres, o cuatro encuentros han sido más que suficiente –aclaró.

Alan se levantó y se anudó el pantalón antes de enfrentarla.

–¿De qué error estás hablando? Esto nunca fue un error. Dame un mes. Solo un mes como mi prometida y luego decidimos si ha sido un error.

–Esa promesa no fue más que palabras sinsentidos dichas por un niño terrible que solo quería llamar la atención. No tienen valor, nunca lo tuvieron –dijo Elisa retrocediendo ante el avance de Alan.

–¡Qué no tiene valor! No te das una idea el enorme valor que tiene esa promesa para mí –dijo Alan exaltado, y se acercó a ella, que siguió retrocediendo.

–Sabes, dos años atrás me habría sentido feliz de escuchar lo que me estás diciendo en este momento. Toda la vida había soñado con esa promesa. No por la promesa en sí, sino por el amor del hombre al que adoraba. Pero hace dos años comprendí que esa promesa no era nada. No me conformo con tan poco –dijo Elisa, y se marchó dejando a Alan desconcertado.

¡Qué no se conformaba con tan poco!, esa mujer no era su dulce Elisa. Pues él tampoco se conformaba con un no como respuesta. Le gustara o no a Elisa, ella era su prometida. Ya vería lo que era capaz de hacer para recuperarla, ella ni se imaginaba que Alan Martín podía jugar sucio si el premio era ella.

–¿Quién es Lisandro? –gritó cuando ella estaba junto a su destartada camioneta.

Elisa se giró y le sonrió antes de contestar.

–Un amigo que tenemos en común –dijo Elisa, subió a la camioneta y se marchó.

Él no tenía ningún amigo llamado Lisandro. Esa incógnita lo estaba volviendo loco, pero no por mucho tiempo, se dijo. Tendría que ir a ver a Miguel para averiguar quién era ese tal Lisandro que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le pidiera. Y cuando lo tuviera frente a él, le rompería los dientes, le amarataría los ojos y le quebraría la nariz para que entendiera que Elisa era su prometida.

Cerró de un portazo y se fue a dormir, pero el sueño lo abandonó y se encontró soñando despierto con lo que había pasado esa noche. Una sonrisa le curvó los labios, ella, la dulce niña de antaño se había transformado en una bruja encantadora. Y a él le gustó el cambio. Suya, Elisa era suya desde el día que nació, y ningún Lisandro se la iba a quitar.

## CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente de la reunión de pizzas que habían compartido en casa de Elisa, Marian se había levantado temprano para ir a negociar la compra de los campos de Santiago Coronel. Ese día pasó sin que consiguiera que el hombre entrara en razón. La había tildado de sinvergüenza, descarada, caradura y todos los sinónimos que al fin de cuenta eran la misma mierda, se dijo Marian. Se fue y lo dejó rumiando su indignación. Ella era una empresaria y sabía sentarse a esperar.

Había visto el deterioro de la casona que tenía en el campo, con las tejas rotas y las paredes descascaradas, las puertas descuajeringadas y la galería a punto de caerse; y sabía que terminaría cediendo a su precio.

Luego de tres días, él la había llamado para hacer una contraoferta. Trescientos dólares la hectárea, y Marian le había devuelto todos sus sinónimos y le había cortado el teléfono sin darle tiempo a insultarla.

El cuarto día, Marian estaba en el bar de Lorenzo desayunando un café doble con unas masas caseras que hacía su esposa. Nunca desayunaba en su casa, era una costumbre que le había quedado de Estados Unidos.

A dos mesas de ella estaban Eduardo, Alan y Quino discutiendo sobre lo que sembrarían en los campos. Estaba indignada de que la ignoraran, después de todo, el dinero que pensaban invertir lo había ganado ella, pensó. Alan y Eduardo seguían batallando sobre los pros y contras de poner animales. A ese paso lento que iban, los campos se secarían y la sociedad quedaría en palabras, se dijo Marian y tuvo ganas de largar una carcajada por lo poco prácticos que eran. Pero su risa quedó silenciada cuando ese horrible hombre que la insultaba y se negaba a venderle los campos le tapó con su enorme cuerpo la visión de la mesa donde estaban los hombres.

–Usted sabe que me está estafando –dijo Santiago con esa voz gruesa y llena de desprecio que había usado en su casa el día que le hizo la oferta.

–Señor Coronel, solo le hice una oferta. Usted es dueño de rechazarla y seguir con sus campos como hasta ahora, es decir, tenerlos al vicio.

–Se abusa porque necesito el dinero –gritó Santiago–. Pensar que siempre la creí una jovencita adorable hasta que se convirtió en una ligerita.

Marian entrecerró los ojos, no entraría en su juego, se dijo.

–No estamos hablando de mí. Estamos hablando de tierras, solo tierras –aclaró Marian con dignidad y lo miró seria.

Con los gritos de Coronel, Marian sabía que era el centro de las miradas de los que estaban a su alrededor, inclusive de su padre, su hijo y... Eduardo, que habían dejado de hablar de los animales para escuchar la forma despectiva con que la trataba Santiago Coronel. Ella vio que su padre y Eduardo amagaron con levantarse, y que Alan los retuvo. Su hijo la conocía a pesar de que no le prestara mucha atención, sabía que ella podía con casos difíciles, y eso la emocionó.

–Tierras que usted pretende que le regale –gritó Santiago.

En ese momento llegó Ofelia, que se había atribuido el cargo de protectora de los

necesitados, y se sentó junto a Marian.

–Señor Coronel, usted es quien pretende estafarme al venderme unos montes secos y raquíuticos, que bien sabe que no sirven más que para pasturas, a un precio por el que podría comprar tierras limpias y en las zonas bajas, cerca del río y con riego asegurado. No lo estoy estafando, solo le hice una oferta que usted ha rechazado, y no tenemos nada más de que hablar – dijo Marian como si le diera lo mismo comprar o no sus tierras.

–Bien sabe que necesito el dinero –gritó Coronel.

–Pues véndaselas a otro. Ya no estoy interesada en sus tierras –miró a Ofelia y le preguntó–. ¿Vas a desayunar, querida?

La sonrisa cordial que Marian le dedicó a Ofelia desarmó a Eduardo, que no había podido apartar los ojos de ella. Él estaba furioso por el maltrato que le daba Coronel, pero ella parecía inmune a los desprecios. Otra mujer se habría puesto a llorar y habría salido corriendo. Ella siguió desayunando como si no la hubieran insultado.

–Usted es una mujer despreciable. No tiene prejuicios. No tiene vergüenza de presentarse en el pueblo como una reina luego de haber dejado tirado como a un perro a su hijo, de seguro para prostituirse en Estados Unidos con ricos a los que debe haberles vaciado los bolsillos –luego de descargar su ira, Santiago se marchó a pasos furiosos.

Marian sentía el rubor en sus mejillas, pero con toda la calma del mundo levantó el rostro para analizar el de su hijo, que la miraba imperturbable. Quien no estaba imperturbable era Quino, que había salido tras Santiago. Marian se giró y vio que su padre arrinconaba a Santiago Coronel contra un paredón y lo tenía levantado del cuello de la camisa como si fuera un títere. Se levantó para intervenir, pero vio que Eduardo lo había seguido y se estaba ocupando de calmar a Quino.

Desde el día que aceptó regresar al pueblo supo que tendría que soportar los desprecios con altura si quería estar al lado de su hijo. Para Marian las palabras de Coronel solo eran caricias en comparación a lo que había soportado. Apartó sus pensamientos y tomó un sorbo de café.

–¡Qué hombre despreciable! Te dije que me dejaras acompañarte, pero eres tan cabeza dura. Hasta cuando vas a callar y soportar –dijo Ofelia en su tono de voz chillón, y esto a Marian le molestó más que los insultos de Coronel.

–Basta Ofelia. Siempre voy a callar y soportar porque la verdad duele demasiado, y sacarla a la luz no tiene sentido –dijo Marian en un susurro.

Tras ella estaba Alan, que por primera vez escuchaba algo de lo que su madre estaba empecinada en callar. Él sabía que tras ese cuentito de que sus dos padres se habían peleado por no tenerlo había una realidad diferente, pero nunca quiso saber cual era. Ellos lo habían abandonado y punto. Pero en ese momento Marian le despertó la curiosidad. La había visto a diario durante diez años y sabía que era una mujer cariñosa, generosa y solidaria a pesar de que a él lo había tirado como a un perro. Y desde que fue a vivir con ella dudaba que lo hubiera dejado tirado, dudas que cada vez eran más grandes desde que habían llegado al pueblo.

–Presiento que el papel de mártir te agrada –dijo Alan tras ella.

Marian se tensó, pero cuando se giró le sonrió.

–No está nada mal –dijo con calidez–. Ven, cuéntame de tu casa –dijo para cambiar el tema.

–Marcha bien. Solo le faltan muebles y pequeños detalles –dijo arrastrando una silla para unirse a la mesa de su madre.

–¿Quieres que te ayude a elegir?

–No, ya lo haré más adelante. Dime, ¿por qué estás empeñada en comprarle las tierras a ese hombre? ¿Por qué no buscas otras? –preguntó Alan.

–Están pegadas a los campos de Eduardo y pensé que serían las mejores.

–Son malas, Marian. Esas tierras que no sirven para mucho –aclaró Alan.

–Lo sé, pero como no me escuchan me estoy arreglando sola –dijo Marian.

–Siempre lo has hecho –dijo Alan.

–Ese hombre despreciable. Si no hubiera estado Eduardo lo muelo a palos –dijo Quino uniéndose a la mesa de su hija.

Marian vio que Eduardo se mantenía parado a varios metros de la mesa, y se llevó el café a la boca para disimular su sonrisa. Él no podía estar donde estaba ella, y ella sentía simpatía por su actitud infantil.

–Eduardo, qué esperas para unirme a nosotros –dijo Ofelia con su voz chillona–. Ven, hombre, siéntate acá –y le dejó la silla que ocupaba para que se sentara junto a Marian–. No te lo comenté, pero esta tarde iré a tu casa –dijo Ofelia, y sonrió ante el gesto poco agradable de su cuñado–. Elisa te tiene desatendido y he decidido instalarme hasta la noche para dejarte comida en la heladera.

–Pero qué amable estás, Ofelia. Seguro que tramas algo. Te aclaro que no estoy disponible –dijo Eduardo con ironía.

–Si serás creído. Nunca me fijaría en ti como hombre –aclaró Ofelia, y llamó a Lorenzo para que le trajera el desayuno.

La reunión se fue agrandando y la mesa comenzó a quedar chica para las tres mujeres y los dos hombres que se sumaron. Eduardo y Marian estaban tan pegados que sus piernas estaban en constante contacto, a pesar de que Eduardo hacía un esfuerzo enorme por apartarse. Cuando Lina se unió, Eduardo sintió que Marian perdía la calidez.

–Parece que se han reunido todos –dijo Lina, que arrastró una silla hasta donde estaban Eduardo y Marian para romper la intimidad–. Te he extrañado Eduardo. Quizá esta noche podamos cenar juntos en tu casa.

–Lo siento, estoy ocupado –dijo Eduardo–. Allá tienes un espacio más grande, Lina. Acá es imposible que pongas una silla, salvo que la pongas arriba de la mesa –dijo señalando la otra punta de la mesa.

Marian se sorprendió. Había estado todo el tiempo tratando de no tocarla, y ahora que Lina le daba la oportunidad de poner distancia entre ellos, la echaba a la otra punta. Al parecer Lina le molestaba más que ella, pensó y agachó la cabeza para que nadie la viera sonreír.

–Entre dos males, parece que soy el menor –dijo Marian en un susurro.

–Así es –contestó Eduardo de forma concisa.

Lina intentaba acaparar toda la atención. Hablaba entre risas, hacía poses sensuales, sonreía demasiado, se movía, se paraba, se sentaba. La mayoría ya estaba hasta las orejas de su exhibicionismo. Por suerte Dorita dio un golpe certero y la lanzó tras las cuerdas.

–Alea–Lan –dijo Dorita atrayendo la atención de todos. Marian la miró con una sonrisa–. ¿Qué significan las siglas?

–La A unida Lan forman el nombre de mi hijo –dijo Marian, y miró a Alan que se mantenía serio–. Las otras son un mensaje dado en letras. Libertad, Esperanza, Amor Alan –dijo Marian, y

toda la serenidad se fue de su rostro cuando miró a su hijo con los ojos llenos de lágrimas—. No podía tenerlo y le di alas, pero él era muy chico para saber volar. Igual tuvo la libertad —concluyó Marian sabiendo que había hablado de más—. Si me disculpan, tengo que poner un poco de orden en el departamento que me alquile, está todo patas para arriba.

—Yo te ayudo —dijo Ofelia, que se levantó para seguirla—. Esta tarde nos vemos Eduardo.

Eduardo no respondió. Estaba mirando a Alan, que tenía la vista perdida en la espalda de su madre. Los dos habían visto el sufrimiento de Marian al contar el significado del nombre de su empresa. Alan se levantó, y Eduardo lo siguió.

—Ella te adora —dijo Eduardo—. ¿Por qué no la perdonas?

—Y tú, ¿por qué no la perdonas tú?

—Lo nuestro es pasado. Tú eres su hijo —aclaró Eduardo.

—Y tú el único hombre que ha amado. Ningún amante logró desestabilizarla como lo haces tú, a pesar de que sales corriendo cada vez que se encuentran —dijo Alan a modo de respuesta, y se marchó, pero se arrepintió y regresó sobre sus pasos—. No sé por qué me dejó, pero no te das una idea el respeto y la admiración que le tengo. Marian es una luchadora. Ella no usa armas para lograr cosas, solo se vale de la amabilidad —dijo Alan, y esta vez se fue.

Eduardo sintió un escalofrío en todo el cuerpo. “Eres el único hombre que ha amado. Ningún amante logró desestabilizarla como lo haces tú”. Se marchó a su casa para salir de la confusión que lo embargaba.

Con un vaso de vino barato en la mano se sentó en las escaleras del ingreso a la galería y no pudo dejar de pensar en lo que había pasado media hora atrás.

Cuando Ofelia le cedió la silla a propósito tuvo ganas de estrangular a su cuñada, pero el aroma del perfume caro de Marian lo tenía embriagado y su sonrisa bondadosa lo había ablandando. Pensó en huir como lo había hecho desde que Marian había llegado al pueblo, pero cuando Lina se quiso interponer entre ellos, la sacó corriendo. Quería lejos a Marian pero cómo disfrutaba al tenerla cerca. Sentía que le vibraba el cuerpo como si estuviera haciéndole el amor, y solo era un roce de sus piernas. Se había intentado alejar del contacto desde que la mesa empezó a quedar chica, pero cada vez que alejaba la pierna la volvía a acercar como si necesitara sentirla. Ese roce inocente le había provocado una erección, que cayó al subsuelo cuando llegó Lina a incordiar con sus aires de mujer fatal. Eduardo ese día pudo comparar a las dos mujeres y descubrió dos cosas: que Lina era otra Amanda, y Marian... un ángel caído del cielo.

Marian no provocaba, ella no necesitaba atraer miradas. Pero su sonrisa y su voz cándida los tenía a todos encantados. Eduardo, en un primer momento se había arrepentido de unirse a la mesa, pero cuando logró relajarse sintió que no había otro sitio donde quisiera estar.

A pesar de sentirse tan cómodo, tenía claro que Marian en la juventud se había desviado del buen rumbo y le había hecho daño a él, a sus padres, y sobre todo a su propio hijo.

El problema era que sus convicciones se quebraron cuando Marian explicó el significado del nombre de la empresa. No había revelado mucho, pero esas pocas siglas y el brillo de sus ojos lo habían dicho todo. Libertad, Esperanza, Amor Alan. Lo había abandonado, eso nadie lo dudaba; pero Eduardo sintió que había un motivo diferente de los rumores que habían corrido en el pueblo.

Ella no había peleado con el padre de Alan por no tener a su hijo. Ella no había tenido otra opción. El nombre de la empresa era un mensaje en letras que significaba el sacrificio que había



hecho en beneficio de su hijo.

Se bebió el vino y se sirvió otro, y otro, y otro. Para cuando llegó Ofelia y Elisa, Eduardo estaba tan borracho que le costaba entender que hacían las dos allí.

–¿Papá, qué te ha pasado? –dijo Elisa dejando las bolsas con las compras en el piso para correr hacia él–. Es porque me he ido –conjeturó su hija.

Eduardo le sonrió con ironía.

–Me abandonaste. Todos me abandonaron. Ahora están todos enloquecidos con Marian y a mí nadie me mira –dijo Eduardo quejándose como un chico.

Elisa le sonrió.

–Me presta su Mini Cooper, no como tú que siempre estabas escondiendo las llaves de la camioneta.

–Ahí las tienes. Si es eso lo que quieres para regresar, es tuya –dijo Eduardo, y Ofelia no pudo evitar la carcajada.

–Pobre hombre. Las mujeres siempre han podido con él. Mira en el estado que está porque se sentó cerca de Marian.

–Cállate bruja –dijo Eduardo con voz arrastrada–. No tuve alternativa cuando tu tía se levantó sin disimular y prácticamente me empujó a la silla –se justificó frente a su hija. Elisa le sonrió con ternura.

–Te hacía falta el empujón. Llevas escurriéndote de ella desde que llegó. Hombre grande –aclaró Ofelia mientras entraba con las bolsas a la casa.

–Es una chismosa. No la dejes acá, Elisa –dijo Eduardo.

–Ella dice que tiene que hablar contigo –dijo Elisa–. No me ha querido contar nada porque dice que es un tema que no me incumbe –aclaró.

–No tiene nada que hablar conmigo. Ya sabes que solo la soporto por ti. Quiero que vuelvas, hija. Estoy solo en medio del monte –aclaró Eduardo señalando los campos.

–No te pongas en víctima que te sale mal –dijo Elisa con una sonrisa, y lo abrazó–. Me gusta vivir en mi departamento. Me levanto más tarde y solo tengo que bajar para abrir la tienda. Desayuno en el bar, converso con amigas, y por la noche solo tengo que caminar unas cuerdas para divertirme un rato en el bar o en la discoteca.

–Ya veo que has crecido y he perdido a mi niñita –dijo Eduardo con cierta nostalgia.

–En algún momento tenías que dejarme volar –dijo Elisa.

Eduardo pensó en Marian. *Libertad, Esperanza, Amor Alan. No podía tenerlo y le di alas, pero era un niño y no supo volar.* Cuanta valentía se necesitaba para darle la libertad a un niño que no sabía volar. Algo grave tuvo que pasarle para que se deshiciera de su hijo. Miró a Elisa, y comprendió que la había sobreprotegido demasiado. Ella era adorable, pero también era exigente y caprichosa. Él nunca se había juzgado, nunca se había cuestionado su forma de educarla, pero se había cansado de juzgar a Marian. Todos habían juzgado a Marian, y nadie sabía con certeza por qué había abandonado a Alan. Los dos habían criado a sus hijos de forma distinta, y llegó a la conclusión de que él quizá no lo había hecho mejor que Marian. Desde que ella había regresado nada encajaba con la imagen que se había hecho en su cabeza, y se sintió un miserable al haberla condenado sin permitirle que se defendiera.

–Debería haberte corrido antes –dijo Eduardo, y la abrazó–. Cuéntame de la tienda.

A las nueve de la noche Eduardo estaba cenando en un incómodo silencio con su cuñada. En realidad el único incomodo era él, ya que Ofelia comía tranquila mientras él se removía incómodo en la silla. Esperaba que en cualquier momento su cuñada le declarara su amor, ya que desde que Marian había regresado algunas viudas y solteras lo presionaban para algo más. ¿Qué algo más podía darles?, si ni siquiera se le despertaba su amigo cuando iba a visitar a la única amante que le quedaba. Lógico, que Ofelia nunca fue su amante, gracias a dios, pero tal vez albergaba alguna esperanza de ocupar el lugar que había dejado vacío su hermana, después de todo había hecho su aparición luego de la muerte de Amanda. Él no tenía ganas de pasar por el apuro de ponerla en su lugar.

–Tal vez te imaginas por qué estoy aquí, Eduardo –dijo Ofelia, y lo miró a los ojos.

–No tengo la más remota idea, Ofelia. Soy malo para sacar deducciones –dijo Eduardo sin devolverle la mirada. Pinchó con el tenedor un trozo de pollo para disimular su incomodidad.

–Ya lo sé, siempre has sacado conclusiones erradas.

Eduardo frunció el entrecejo, pero no dijo nada y siguió comiendo sin ganas.

–Estoy acá para hablar de las dos mujeres que te arruinaron la vida, Marian y Amanda –dijo Ofelia, y al fin captó la atención de su cuñado, aunque la mirada que le dedicó fue de desprecio–. Sé que nunca quisiste hablar del tema, pero yo necesito sacarme lo que tengo adentro.

–¿Te mandó Marian?

–Marian no quiere hablar del pasado. Lo ha enterrado y a pesar de mi insistencia se mantiene en su terquedad, aunque te aseguro que es lo único que le borra ese rostro sereno y esa sonrisa cálida que lleva a todos lados.

–Me pasa lo mismo, pero veo que estás dispuesta a arruinarme la noche.

–No tengo alternativa, Eduardo. Soy la única que te puede contar lo que pasó hace más de treinta años –Eduardo la miró sorprendido. Nunca se imaginó que su cuñada viniera a su casa para hablar de lo que había pasado treinta años atrás, cuando Marian tras una pelea con él desapareció del pueblo–. Fui la mejor amiga de Marian y la hermana de tu esposa. Solo yo sé lo que pasó cuando Marian se dejó convencer por Amanda para darte celos saliendo con otro.

–¿Qué has dicho?

–Iba a ser una salida de una noche al mismo lugar que irías tú para que la vieras con otro. Pero luego de esa salida, Marian desapareció de la faz de la tierra –dijo Ofelia, y Eduardo la miró asombrado. Ofelia siguió sin darle oportunidad de interrumpirla–. Siempre fuiste el capricho de Amanda, pero estaba Marian, y Amanda esperó paciente hasta que una discusión los distanció. Marian estaba furiosa porque se habían peleado por una tontera, según decía ella. Tú salías con cualquier mujer para darle celos, y ya lo creo que lo lograste. Estaba que se trepaba a las paredes cuando te vio bailando muy apretado con una chica; y lo único que quería era vengarse, pagarte con la misma moneda. Amanda, que esperaba paciente su oportunidad, se ofreció a presentarle a un grupo de amigos. Yo le rogué que no fuera, traté de convencerla de que los amigos de Amanda eran gente de mala vida, gente sin escrúpulos, que a veces se emborrachaban, pero me dijo: “Qué me puede pasar si vamos a estar en la discoteca”.

–¿Y qué pasó? –dijo Eduardo, que ahora la escuchaba con atención.

–Desapareció –dijo Ofelia para concluir–. Le rogué a mi hermana que me dijera dónde estaba Marian, que había sido de ella. Le decía que ella no era una chica de desaparecer así como así. Pero no logré sacarle nada. Al tiempo me dijo que se había encandilado con la vida que llevaban

los motoqueros. Uno se había encaprichado con ella y se habían casado en algún registro civil que habían encontrado por ahí. ¿Marian casada con alguien que no fueras tú, y así a las apuradas?, me preguntaba, y supe que no lo había hecho por decisión propia. La busqué a tontas y locas, pero nunca pude averiguar nada de ella. Hablé con Rosario, y ella me dijo que su hija le hablaba por teléfono y que estaba feliz, que era cierto que se había casado con un motoquero. Lo dijo de forma muy convincente pero no le creí. Marian no era así. Hasta el día de hoy no sé si Rosario sabe la verdad de lo que pasó. Luego de unos meses, Amanda comenzó a buscar su objetivo, que era casarse contigo. Cuando quise contarte lo sucedido me dijo que correría la misma suerte de Marian. Unos días antes del casamiento de ustedes me fui con mis culpas a cuesta –terminó Ofelia con la voz rota–. No te imaginas mi felicidad el día que murió Amanda.

Eduardo se levantó y caminó hasta la ventana. No dijo nada, no sabía que decir. Solo pensaba y pensaba si lo que le había dicho Ofelia podía ser cierto. Parecía una escena sacada de una película de terror, y lo más doloroso era que esa película había sido la vida de Marian porque una loca desquiciada lo había querido como marido. Amanda había sacado a Marian del medio sin importarle la pesadilla que habría tenido que soportar. No tenía dudas de ello, ya que Marian no hablaba de su pasado. Prefería que su hijo la despreciara antes que tener que revivir lo que habría soportado.

Lo único que no entendía era por qué Rosario y Quino no le habían contado lo que pasaba. ¿Acaso no la habían buscado como Ofelia y él? Eso lo iba a averiguar, no tenía dudas que Quino le terminaría contando la verdad, y no ese versito de que su hija se había encandilado con un extranjero, y esas palabras llenas de dolor que siempre decía “la crías en el bien y ella se va por el mal camino”.

–¿Cómo puede sonreír y mostrarse tan serena? –preguntó Eduardo con un hilo de voz.

–Quizás, ha regresado de una pesadilla y la vida le parece maravillosa. No lo sé porque no deja que nadie entre en su pasado. Creo que es inmune al dolor –dijo Ofelia.

Eduardo se giró, y Ofelia vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué voy a hacer? –dijo Eduardo, y su cuñada corrió a abrazarlo.

–Lo mismo que estás haciendo ahora. Ella no quiere tu lástima. Dale batalla, lucha contra ella.

–Eso no es fácil –dijo Eduardo–. Cada vez que la mire...

–No hagas que me arrepienta de haber venido, Eduardo. Ella no quiere la lástima de nadie, sino el amor de los que ama.

Durante dos días Eduardo no salió de su casa. Cómo iba a salir si era incapaz de mirar a Marian a los ojos sin demostrarle tristeza. Se sentía culpable a pesar de que no era culpable de lo que había pasado. Sí, era culpable, porque la estúpida discusión que habían tenido la había llevado a eso. Lo más irónico era que no se acordaba por qué habían peleado, aunque suponía que eran por los celos de Marian, como le había dicho Ofelia.

No durmió en toda la noche pensando en la vida de mierda que habría soportado Marian, la pesadilla que habría vivido. Al día siguiente le dio a la botella hasta perderse en la inconsciencia, porque pensar lo estaba volviendo loco. Esa noche el alcohol lo dejó sedado.

Al segundo día se acordó de Amanda y lo atacó una furia incontrolable. Insultó, rompió adornos, gritó, la maldijo hasta que perdió la voz, y luego destrozó cada mueble, cortina o adorno que había elegido Amanda para decorar la casa. Nada, no quería nada de Amanda en su casa, se

dijo y comenzó a sacar todo al jardín.

Hizo una hoguera tan grande que el humo llegó al pueblo, y media hora después aparecieron los bomberos seguido de algunos vecinos que venían con baldes para ayudar con el supuesto incendio.

Eduardo estaba parado frente a la hoguera, descalzo, con los vaqueros arremangados, el torso desnudo y hollín hasta en el pelo cuando Marian se bajó desesperada del Mini Cooper y corrió hacia él.

Tras ella corría Lina y Lorena, la otra amante de Eduardo. Todas estaban con la respiración agitada y los rostros angustiados. Pero Eduardo no miraba a ninguna, solo observaba los restos de los recuerdos de Amanda convertidos en humo que se iba al cielo, o al infierno para ser más exactos.

Escuchaba murmullos de mujeres que hablaban a la vez. “Estás bien”, “qué pasó”, “te has chamuscado en pelo”, “cómo has salido sin zapatillas”, “acaso te has vuelto loco”, “has quemado muebles carísimos”, pero no respondió. La voz de Lina se hacía oír entre los murmullos, pero Eduardo ni la miró. Solo veía como los recuerdos de Amanda desaparecían para siempre de su vida convirtiéndose en cenizas.

–Has decidido renovar el mobiliario. Es una buena forma de hacer un cambio de vida – susurró Marian, que estaba a escasos metros.

Sus palabras a modo de sugerencia traspasaron la barrera de su odio por Amanda y se giró a mirarla.

–Estaba harto de estos muebles que no había elegido yo –dijo sin mirarla–. Esa mesa que ves ahí –la señaló–, me costó buena parte de una cosecha. Y aquel adorno era de un artista plástico que te arrancaba un ojo de la cara por esa porquería que para él era arte –señaló una estructura de hierro–. Si no se funde la voy a cortar en pedacitos con una sierra. Y ese espejo que está allá lo usaba para ver su belleza... –caminó hasta el borde de las llamas, y Marian vio con horror como metía la mano entre las lenguas de fuego para sacarlo y lanzarlo contra la escultura de hierro para que se hiciera pedazos.

Corrió hacia él, pero Lina llegó antes y le dio un tirón que lo sentó en el piso. Se inclinó junto él, le tomó el rostro en sus manos e intentó darle un beso en la boca. Para asombro de todos Eduardo la apartó de un empujón.

–No quiero otra Amanda en mi vida. Déjame en paz, Lina. Desaparece de mi vida –gritó mientras se incorporaba y se refugiaba en la casa. Antes de desaparecer se giró y dijo–. No apaguen el fuego. Lo quiero convertido en cenizas, porque voy a volver a encenderlo si llego a ver una sola astilla sin quemar.

–Dios mío, se ha vuelto loco –dijo Dorita a Marian.

–No, creo que solo ha tenido un mal día –dijo Marian, y sonrió ante el desconcierto de Dorita.

–¿Qué le ha pasado a mi padre? –preguntó Elisa desconcertada.

–Nada, querida. Solo se ha cansado de los recuerdos –dijo Ofelia, y la abrazó por el hombro–. Por qué no vas a verlo –sugirió.

Elisa miró a Marian. Ella era su hija, pero tenía la sensación de que su padre no era a ella a quien necesitaba.

–No sé qué hacer, Marian, qué decirle –dijo Elisa, y Marian comprendió que veintitrés años

no era edad suficiente para lidiar con un león fuera de la jaula.

–Algo entiendo de estos ataques –dijo Marian–. Una vez tuve uno parecido –sonrió ante el asombro de todos–. A veces hace falta una limpieza en la casa –aclaró–. Si quieres yo podría...

–Me encantaría que te hicieras cargo –dijo Elisa sin dejar que terminara su ofrecimiento, y Marian rió de forma cantarina–. Además, esta noche tenía que encontrarme con Lisandro –ese comentario solo fue para cabrear a Alan, que estaba a escasos metros de ellas.

–Has dejado la tienda sola. Rita estaba en el médico y me comentó que Adriana te había vuelto a fallar –dijo Marian para agregar una excusa más a las ganas que tenía Elisa de delegarle a su padre.

–Ni siquiera puse llave –dijo Elisa a modo de conclusión.

–Podría quedarme a darte una mano –se ofreció Ofelia. No pensaba hacerlo pero quería saber la respuesta de su amiga.

–No hace falta. Sé lidiar con hombres cabreados –dijo Marian, y miró a su hijo que hablaba con los bomberos. Parecía muy concentrado en ayudar a los bomberos.

Nada más lejos de la realidad, a Alan no se le había escapado que Elisa se encontraría con el tal Lisandro. Ella esa noche se llevaría una sorpresa.

–Lo vamos a rodear de arena húmeda para que no se escape –dijo uno de los hombres.

–Me quedo a ayudarlos –dijo Alan, y se arremangó para acarrear arena.

Una hora después una tenue llama ardía en el centro del jardín de la casa de Eduardo. Marian seguía allí, vigilando el fuego. Ya no quedaba nadie, el camión de bomberos se alejaba por el camino que se perdía en la curva.

La escultura de hierro era lo único que había resistido, y Marian se echó a reír. Cuando se giró, Eduardo estaba en la galería con un mate en la mano.

–Esto ha sido toda una sorpresa –dijo Marian, y se acercó a él.

–Para mí también –dijo Eduardo, y chupó el mate–. Todavía no entiendo por qué demoré veintitrés años en deshacerme de toda esta basura.

–No estarías preparado para dejarla ir –concluyó Marian.

–La dejé ir el día que nació mi hija y la vi llorar porque no era la belleza que esperaba tener.

–No estoy de acuerdo –dijo Marian caminando hacia él–. Recién la dejas ir –y señaló la hoguera.

–Qué sabes tú –dijo Eduardo enojado, aunque sabía que nadie más que ella podía hablarle de dejar ir. Eso había hecho para poder sonreírle a la vida, se dijo y se arrepintió de sus palabras. La voz de Ofelia lo trajo a la realidad: “Ella no quiere tu lástima. Solo quiere el amor de los que ama”, y supo que esas palabras furiosas eran lo que Marian quería de él.

–Algo –dijo Marian que detuvo el avance al pie de la escalera. Él estaba en lo alto y ella varios escalones por debajo–. Muchos años atrás abandoné lo poco que tenía y sentí que me sacaba un peso de encima. Solo me quedé con dos mudas de ropa y unas zapatillas viejas, que quemé cuando conseguí ganar un poco de dinero y pude renovar mi escaso guardarropa.

–¿Por qué? –preguntó Eduardo, puso agua en el termo que tenía bajo el brazo y le ofreció un mate, que Marian aceptó. Ella subió dos escalones y él bajó tres para ponerse a su altura. Para su sorpresa Marian descendió uno, como si quisiera mantenerse debajo de su nobleza. Al diablo con la nobleza, pensó Eduardo y bajó otro para quedar a la par–. No sigas bajando – le alertó, ella sonrió y sorbió del mate.

–Por lo mismo que tú. Sentí la necesidad de sacarme el pasado –dijo Marian.

–¿Con hijo y todo? –dijo Eduardo serio. No la quería lastimar, solo necesitaba saber.

–No, un hijo nunca es un peso, Eduardo. Un hijo es una bendición. Tú lo sabes mejor que yo. Has sido un padre admirable. Elisa es una mujer encantadora –dijo Marian, y Eduardo pudo ver la sinceridad en sus ojos.

–Parece que tú no lo has hecho tan mal. Alan ha cambiado mucho desde que se fue contigo. De acá partió un joven rebelde y regreso hecho un hombre responsable –dijo Eduardo. Se miraban con tal intensidad que la hoguera de Eduardo era pequeña comparada con lo que podían llegar a quemar esos ojos que ardían de pasión como llamas del infierno.

–No es mérito mío. Él se hizo hombre solo –dijo Marian, y sonrió con tristeza–. Nunca quiso vivir conmigo. Cuando llegó le alquilé una habitación de hotel porque no me lo imaginaba viviendo en un departamento. Él tenía apenas veinte años y siempre había vivido con mis padres en un pueblo chico.

–Siempre te juzgué por haberlo abandonado. Pero hace dos días me di contra un paredón cuando contaste el significado del nombre de tu empresa.

–Solo son palabras que no tienen mayor importancia –dijo Marian, y le devolvió el mate–. Qué piensas hacer con la casa vacía.

–Tendré que pedirle una limosna a mi hija para que me ayude a llenarla. Soy un pobre campesino mantenido. Las cuentas del bar me las paga ella –dijo Eduardo a modo de explicación.

–Deberías haberlo pensado antes de quemar todo –Marian señaló las cenizas–. Tal vez podamos rescatar la escultura de hierro –concluyó, y Eduardo sonrió.

–Qué incógnita eres. Treinta y un años de incógnita –dijo Eduardo cambiando el tema–. Muero por saber que paso, y no me atrevo a preguntar.

–¡Estás preguntando! –exclamó ella.

–Y no vas a responder. ¿No me lo merezco?

–Has quemado tu pasado, ¿por qué no sacaste el árbol y lo metiste en esa hoguera? –dijo Marian, y bajó las escaleras para recuperar la distancia que quería mantener con él.

Eduardo la siguió, y sin que Marian alcanzara a apartarse la tomó del brazo y la giró acercándola a él. Se miraron a los ojos y los dos sabían que había brasas encendidas bajo las cenizas de su pasado, Eduardo quería avivar.

–Porque algún día volveré a amarte en ese árbol –dijo Eduardo con la respiración entrecortada. Marian jadeó y cerró los ojos esperando el beso, pero Eduardo solo le besó la frente y le dijo–. Pero no lo haré hasta que no me digas por qué me dejaste.

–Comienza a hacharlo, entonces –dijo Marian, se distanció de él, y Eduardo vio por primera vez como perdía la calidez.

–Cariño, voy a hacerte el amor en donde tú quieras, pero el árbol quedará reservado para cuando te dignes a darme una explicación.

–Si serás creído. Vete con tus amantes si necesitas una mujer. Yo no pienso acostarme contigo.

–Entonces estoy de candidato a cura porque desde que llegaste he perdido mi hombría –dijo Eduardo con sinceridad–. Necesito una mujer que me recupere de esta enfermedad, pero solo siento el deseo cuando te veo a ti.

Marian estalló en carcajadas.

–Pobre. Estás jodido, Eduardo –dijo Marian, y se alejó–. Si quieres puedo ayudarte con el tema de los muebles, se me da bien. Inclusive, podrías pasarte por mi departamento. He comprado muebles de más y podrías traerte algunos.

–Quizás vaya a ver qué tal está tu cama –dijo Eduardo. Se había extralimitado, pensó. Ella se volvería y le daría una cachetada por su impertinencia.

Pero Marian subió al Mini Cooper, bajó la ventanilla y le dijo:

–Quizá te deje probarla –arrancó el vehículo y se fue.

No había sido tan difícil comportarse con normalidad, pensó Eduardo y entró a su casa vacía con una sonrisa en los labios. Ella, a pesar de esquivar el pasado, lo acababa de aceptar como amante. Se había enterado por Alan que había tenido amantes, pero nunca se había enamorado. Podía entregar su cuerpo, pero no estaba dispuesta a entregar su corazón. Quizá lograba hacerla cambiar de opinión.

## CAPÍTULO 10

Elisa nunca había visto tantas mujeres juntas dentro de su tienda, lástima que no estuvieran comprando. Todas hablaban a la vez sobre la locura que le había dado a su padre. Las preguntas de “por qué” y “qué había quemado” salían al mismo tiempo de la boca de todas. Elisa miró a Ofelia y rió. Su tía estaba enloquecida contando el desastre que había hecho Eduardo, movía los brazos y su voz chillona lograba acallar al resto. Al final, la familia Parker siempre estaba en el ojo del huracán, pensó avergonzada.

–Eduardo decidió arrancar el pasado que lo ataba a Amanda, por eso sacó al jardín todo lo que había sido de mi hermana y lo quemó. Una nueva vida –concluyó Ofelia.

Elisa cerró los ojos y se frotó la sien para apaciguar el dolor de cabeza.

–Tía, tengo que salir. ¿Podrías cerrar? –preguntó Elisa a Ofelia.

–Claro, querida, yo me encargo –dijo Ofelia, y siguió con sus explicaciones, conclusiones y cotilleos.

Elisa entró al departamento, se duchó, se maquilló en el espejo del baño y se puso un vestido blanco con delicadas flores rosa que le llegaba a media pierna. Esa tarde, a causa de la hoguera de su padre, había vuelto a ver a Alan después de estar cinco días huyendo de él. Un mes como su prometida le había pedido. No se merecía ni un día de su tiempo. A pesar de ello, se sentía importante. Por primera vez él estaba tras ella.

Alan le había tratado de explicar de una manera práctica que ella era importante para él. “Nuestro acto de amor es el mejor recuerdo de toda mi vida”. Cada vez que pensaba en sus palabras tenía ganas de ponerse a bailar por el departamento. Pero luego recapacitaba y llegaba a la conclusión de que él nunca había sido sincero, y ese no era más que otro de sus engaños para sacarse a Adriana y Carla de encima. De solo pensar en Carla se le erizaba la piel. No le agradaba la actitud de mujer fatal de Adriana, pero al menos ella era así, ligera con los hombres. Pero Carla... Carla había sido su mejor amiga y... No podía tolerar que Alan y Carla...

Se puso unas sandalias blancas de taco medio, se colgó el bolso al hombro y bajó las escaleras. Al pasar por la tienda sonrió. Ofelia aún seguía contando lo que ya había contado. Marian estaba apoyada en la puerta vidriada escuchando, y sonreía al escuchar las exageraciones de su tía. Al verla levantó la mano para saludarla. Elisa le respondió con una sonrisa y salió por la puerta trasera donde estacionaba la camioneta.

Lisandro vivía a cinco cuadras del centro, en una zona residencial con casas de amplios jardines y piletas en los fondos. Era hijo de un ingeniero y una farmacéutica. Su madre conocía vida y obra de todos los pueblerinos, y su padre no sabía quién era quién. Elisa siempre se preguntaba cómo dos personas tan diferentes podían llevarse tan bien. Los dos solían pasar horas conversando y riendo sin prestar atención a los amigos de su hijo que solían invadir la casa. Esa era la familia soñada para Elisa. Ella y su padre eran muy unidos, pero siempre sintió esa ausencia de una madre atenta y cariñosa, que preparara pastelitos e invitara a cenar a sus amigos, como lo hacía siempre la madre de Lisandro. Él era hijo único, y como le había dicho a Alan, era un amigo en común, solo que Alan aún no había descubierto quien era, por eso estaba tan



desconcertado.

Estacionó en la calle y miró por el espejo retrovisor. Sonrió al ver que Alan dejaba la camioneta a una cuadra. La había seguido cada noche desde que habían estado juntos en su casa nueva, y ella había disfrutado al ver la intriga que sentía por Lisandro.

Se lo imaginó golpeando el volante y pateando los asientos al ver donde se había detenido. Esa tarde en la casa de su padre le había dicho a Marian que por la noche se encontraría con Lisandro, y Alan se había girado a mirarla, por lo que tenerlo tras ella no la asombró.

Elisa siempre venía a la casa de Lisandro con vaquero y alpargatas, pero esa noche se había puesto un vestido, maquillado y se había esmerado en acomodar las ondas de su cabello para enfurecer a Alan.

Se bajó de la camioneta y sonrió al ver a Lisandro parado en la galería. Todo estaba saliendo mejor de lo que esperaba, se dijo, miró con disimulo hacia atrás y vio que Alan caminaba por la vereda oscura. Ella avanzó con elegancia hacia la casa y Lisandro se acercó con una amplia sonrisa. Era un hombre guapo, de ojos castaños, nariz recta y cabello oscuro y corto. Delgado y muy alto. Trabajaba con su padre en la reparación de caminos, por eso le había facilitado la topadora con la que destruyó el trabajo de su padre en los campos.

Cuando Elisa llegó a donde estaba Lisandro se saludaron con un abrazo, y Lisandro le dio un beso de hermano mayor en la frente.

–Vivimos a unas pocas cuadras y hace una semana que me andas escapando. ¡Cuatro días cancelando esta reunión! Esa no eres tú, nena –dijo Lisandro con una sonrisa, ya que ella nunca tenía protocolos para venir a su casa. La miró de arriba abajo–. Te tiraste el ropero encima. ¿Será por Alan? –comentó.

–No, que va a ser por él. Solo quise cambiar el estilo.

–Mentirosa –dijo Lisandro, y sonrió con burla. Elisa frunció el entrecejo, pero no respondió. Después de todo él tenía razón, su arreglo había sido para hacer rabiar a Alan–. Por qué no me cuentas los problemas que tienes con Adriana. La verdad es que es un riesgo recomendarla, puedo llegar a perder a un amigo –dijo Lisandro concentrándose en el tema que venía a tratar Elisa, aunque él sabía que el motivo de su visita era para poner furioso a Alan.

–Ella es trabajadora, solo que tiene esa idea de que es irresistible y cree que todos los hombres la persiguen. Por lo que me has dicho, tu amigo sabe poner a sus empleados en su lugar. Creo que le vendría bien que le bajen esos humos de mujer fatal.

–La tengo atragantada. Por poco me peleo con Lali por su culpa. Ha intentado seducirme desde que le dijiste que podía conseguirle un puesto en la fábrica. Pero lo que más me molesta es la forma en que se le lanza encima a Alan –negó con la cabeza. Adriana ya se estaba pasando de listilla cuando se colgaba del cuello de Alan y le frotaba el pecho delante de todos los pueblerinos. Sorprendentemente, Alan había regresado al pueblo convertido en un monje, porque hasta el momento no la había arrastrado hasta algún hotel de ruta como solía hacer en otra época. Su amigo había regresado convertido en otro hombre–. Y hablando de mi amigo, ¿cómo te va con Alan? Por lo que me dijo está dispuesto a cumplir su promesa.

–Eso no me sirve –dijo Elisa.

–Tonterías, eso es lo que has soñado toda la vida.

–Ya no, ahora no –respondió Elisa seria.

–Ven, sentémonos en los sillones –señaló las sillas que tenían en la galería. Elisa lo siguió y

se sentó con las piernas cruzadas. Lisandro se acomodó a su lado.

–Él me ha seguido –dijo Elisa en un susurro mientras se miraba la falda.

–¡No me digas!–se burló Lisandro.

A Elisa no le gustó la sonrisa pícaro de su amigo. Algo estaba saliendo mal. Ella esperaba el estallido de furia de Lisandro al descubrir que Alan la había seguido. También esperaba que Alan quedara indignado al descubrir la amistad que compartía con su mejor amigo. Pero Lisandro se comportaba como si no le importara el encontronazo. Y mientras ella conjeturaba, Lali entró corriendo, se sentó en la falda de Lisandro y le dio un beso largo y apasionado, que a Elisa la indignó.

–Podrían dejar de demostrar tanto amor delante de gente que no sabe lo que es que la amen –dijo furiosa. Lali le sonrió con cariño, se acercó a ella y la abrazó.

–Tu prometido está escondido tras un árbol –dijo Lali, y largó una carcajada. Elisa lanzó un bufido.

–¡Tú lo sabías! ¡Tú le dijiste a Alan que eras mi amigo! –dijo Elisa a Lisandro.

–No me fío de ti. Me has cambiado el día de la visita cuatro veces. Todas las noches me llamabas para cancelar. Además, Alan estuvo por aquí averiguando quién era Lisandro, y no me quedó más remedio que decirle que era yo. Me molestó que me usaras –dijo Lisandro, que no parecía molesto sino divertido por la pequeña jugarreta que Elisa quería hacerle a Alan. Él no pensaba dejarse moler a palos por su amigo cuando entre Elisa y él no había más que una gran amistad.

–¡Qué caradura! Qué le importan mis amistades –dijo Elisa furiosa.

–Mejor voy por unos jugos –dijo Lali, y desapareció dentro de la casa.

–Le importan. Todo de ti le importa. Por algo regresó cuando estaba por alcanzar la gloria.

–¿Cómo? –preguntó Elisa.

–Lo iban a nombrar director de Alea–Lan, y en plena asamblea puso en venta todas las acciones, inclusive las de Marian. Me dijo que si aceptaba le sería muy difícil renunciar. Te das cuenta lo que ha hecho. Y tú me usas para darle celos –la acusó con las palabras y con el dedo índice, pero cometió el error de sonreír.

Lali llegó con una bandeja con cuatro vasos. Cuatro jugos, no tres. Elisa comprendió que la que había caído en una trampa era ella, ya que Alan, al parecer, también estaba invitado y hacía su ingreso con toda su maldita arrogancia. Tenía las manos muy cómodas dentro de los vaqueros gastados mientras que a ella le temblaban como un flan y no tenía donde esconderlas. La primera imagen que le vino a la mente fue la que compartieron en la cocina de Alan, ella sentada a horcajadas y Alan dentro de su cuerpo, ella subiendo y bajando como si fuera una experta y él devorando su boca mientras su mano hacía maravillas en su cuerpo. Desde cuando lo desnudaba con los ojos, se preguntó. Desde siempre.

Al ver la sonrisa de suficiencia de Alan, tuvo ganas de borrarla de una cachetada. Nada estaba saliendo como ella esperaba. Él debería haber entrado a zancadas, agarrar a Lisandro de la chomba y darle una trompada en el ojo. Pero Alan estaba enterado de todo, y Lisandro, en lugar de estar atajando el golpe, tenía una amplia sonrisa en el rostro. Elisa miró a su amigo con el ceño fruncido. Luego miró a Lali como si la acusara de traición.

–Has traído un vaso de más –dijo Elisa indignada al ver que habían contado con Alan en esa reunión–. No pienso quedarme a la reunioncita –se levantó y se marchó.

–Voy a resolver tu problema con Adriana –gritó Lisandro–. En dos días estará trabajando en la fábrica de mi amigo. No quieres a Lali de empleada, se aburre sin hacer nada –siguió gritando Lisandro, mientras ella pasaba como una ráfaga huracanada al lado de Alan, que no se molestó en retenerla, pero no pudo contener la lengua cuando le dijo.

–Buenas noches, Elisa. Veo que te has hecho amiga de Miguel, mi mejor amigo. Algo más que nos une –dijo Alan con esa autosuficiencia que Elisa odiaba.

–Diría algo más que nos separa, ya que desde esta noche ha dejado de ser mi amigo –gritó Elisa antes de entrar a su camioneta. Un minuto después salía a toda velocidad por las tranquilas calles del pueblo.

–Podrías haberte quedado en tu casa –se quejó Miguel Lisandro, el amigo de los dos. Elisa había decidido usar su segundo nombre para despistar, y a él en un primer momento le había parecido gracioso, luego se acostumbraron y terminó siendo Lisandro para ella–. Pero no, tú siempre tienes que ganarle en todo, hasta en esta pequeña revancha.

–No me gusta perder, ya lo sabes –dijo Alan justificándose–. Lali, ¿cómo estás?

–Enojada –dijo Lali, pero le dio un beso y lo abrazó–. Si la quieres, tendrás que buscar tu veta romántica.

–¿Y adónde la busco? –dijo Alan a modo de respuesta–. Esto soy, y no hay más.

–Bueno, entonces tendrás mucho trabajo para conseguirla.

–Puede ser –dijo Alan, y miró a su amigo Miguel–. ¿Podrás con Adriana? –preguntó.

–Ya está todo hablado, pero si no se comporta con educación la van a echar. Adrián no tiene paciencia con las atrevidas –dijo Miguel, y Alan pensó que podría hablar con ella para prevenirla. Adriana lo le importaba un comino, pero no la quería al mes suplicándole a Elisa para que volviera a contratarla. Conociendo su veta sensible estaba seguro de que ella volvería a darle trabajo en la tienda.

–Mi madre quiere los campos de Santiago Coronel. En estos días pienso hacerle una visita, pero dudo que logre algo. ¿Qué sabes tú de ese hombre? Lo vi en el bar y me pareció un anciano gruñón.

–Me enteré, y me sorprendí porque no se mete con nadie. No sé mucho. No es tan viejo. Es un ermitaño que vive de unas cabras que cría en los montes. Viene al pueblo solo para aprovisionarse. Ya sabes que mi madre se entera de todo. Su reacción debe ser porque no le debe haber gustado que tu madre pise sus tierras, y encima se las quiera comprar –conjeturó Miguel–. Si quieres te acompaño por la tarde.

–No creo que haga falta. Marian se ha empecinado en esas tierras. No sé para qué las quiere si no sirven para nada. Me molestó que la tratara mal –dijo Alan.

–La quieres –dijo Miguel.

–La respeto –respondió Alan.

Una hora después, Elisa caminaba por los campos arados de su padre. Necesitaba estar sola y en el departamento tendría que ponerse a conversar con Ofelia, que no hablaba de otra cosa que de la hoguera de Eduardo. Quería a su tía, pero no al extremo de tenerla viviendo con ella. Tenía ganas de sugerirle que se alquilara una casita, pero no se animaba porque era como si le dijera que le molestaba tenerla allí. En realidad, le molestaba un poco. Ella disfrutaba de sus silencios y Ofelia no paraba de hablar. Por eso, en ese momento vagaba por los campos para encontrar el

silencio que le permitiera escuchar sus pensamientos.

Su amigo la había traicionado al contarle a Alan que Lisandro y Miguel eran la misma persona, y eso colocaba a Alan un paso por delante de ella, como siempre.

Qué haría con Alan. Nada, no haría nada. Seguiría con su vida como si él no hubiera regresado.

El problema era que su presencia llenaba todos los vacíos, destruía todas sus convicciones, y la pasta de acero de la que se había envuelto se estaba fundiendo con el calor que se despertaba en su cuerpo cada vez que lo veía. Él era un prepotente que hacía lo que quería, y ella no encontraba la forma de sacarlo de sus pensamientos desde que habían estado juntos en su casa nueva. Ese cuerpo que la había amado, le hacía olvidar los años que la había despreciado. Sus palabras habían sonado sinceras y ya no estaba segura de que Alan la odiara, inclusive dudaba de que los desprecios del pasado hubieran sido reales.

Él era un hombre complejo, y ella, tan simple en sus sentimientos como decir amo o no amo, pero él... él era de sentimientos contradictorios. Porque amo me burlo, porque amo desprecio, porque amo me voy corriendo. Eso le había querido decir. Si no quería salir lastimada tendría que mantenerse lejos de él.

Tuvo deseos de reírse de ella misma al recordar que en el primer encuentro, en lugar de alejarse le había desatado el lazo del pantalón pijamas para liberar su erección. ¿Dónde estaba su fortaleza?, ¿y sus convicciones?, y ¿adónde había ido a parar su pasta de acero?

A lo lejos vio el establo de los caballos. Qué ganas tenía de estar allí acurrucada en la paja seca. Pero no podía quedarse a dormir en el establo porque si no regresaba Ofelia la haría buscar con la policía. Los Parker, con la hoguera de su padre ya habían hecho su aporte diario de cotilleos, se dijo y giró para regresar a la camioneta. Pero allí se quedó paralizada al ver que la camioneta de Alan estaba tras la suya, y él parado al borde del camino con las manos tras la espalda, como si escondiera algo. Sus pecados, se dijo Elisa.

Elisa estaba temblando como cuando era una adolescente y Alan venía por unos días a visitar a sus abuelos. Al menos ya no hacía el ridículo de tratar de estar en los lugares que frecuentaba él. Se habían invertido los papeles y el que perseguía era él.

Se acercó hasta estar a un par de metros para no caer en la tentación de lanzarse a sus brazos, y lo miró arqueando las cejas, como si le preguntara qué carajo hacía allí, pero él no respondió a su muda pregunta.

–Vine a ver como estaban quedando los trabajos –dijo Elisa para romper el incómodo silencio, aunque él no parecía incómodo sino dueño de la situación. Se frotó las manos con nerviosismo, esperando que dijera algo. Alan solo asintió, y Elisa tuvo ganas de zamarrearlo para que hablara–. Veo que duró poco la reunión –comentó Elisa.

–Lali y “Lisandro” –hizo énfasis en la palabra Lisandro–, fueron a comer unas pizzas. Me invitaron, pero no acepté porque “mi prometida” salió “huyendo” –aclaró, y esta vez puso énfasis en la palabra prometida y huyendo, y Elisa se indignó.

–Nada de prometida... y esa parte de huir la aprendí de ti –dijo Elisa, cuadró los hombros y se enderezó para parecer más alta y segura.

–Se han invertido los papeles –dijo Alan, y sonrió con burla.

–Eso mismo pensé yo –dijo Elisa envalentonada.

–¿Pensaste?, eso quiere decir que no puedes dejar de pensar en mí.

Por qué tenía que estar tan pendiente de sus errores conceptuales, se preguntó Elisa.

–No seas ridículo, solo pensé en la situación. Imagínate, tantos años persiguiéndote y solo recibía tus desprecios. Ahora que no quiero saber nada de ti te apareces por todos los lugares que frecuento. Inclusive, en este páramo y a altas horas de la noche –se estaba humillando al dejarle ver lo que él ya sabía, pero era difícil retrucarle a un hombre con una mente tan despierta. Ella siempre había sido la ingenua.

Una certera reflexión, pensó Alan. Ella había sido la perseguidora. Pero, desde que había regresado, el que andaba tras ella era él a pesar de que había prometido mantenerse lejos de Elisa Parker. Pero ahí estaba, dispuesto a humillarse con el estúpido regalo que tenía escondido tras la espalda, en un vano intento por ser romántico. Lo dejó caer al suelo negándose a seguir las sugerencias de Lali. Él no era romántico, que mierda. Sabía que en un campo de tierra arada ella podía ver el insignificante y nada valioso presente, pero como era de noche espero que no lo viera, y se acercó con ese aire de prepotencia que tenía desde niño.

–Te hiciste amiga de mi mejor amigo. ¿Dime quién persigue a quién? –dijo Alan parado a escasos centímetros de Elisa.

Elisa le sonrió con suficiencia.

–No busqué su amistad, él buscó la mía –dijo Elisa con altivez.

–¡No me digas! Y cuál fue el motivo de tan generoso gesto de mi amigo –dijo Alan, sabía que estaba siendo despectivo, pero no le gustaba sentirse débil frente a ella, y mucho menos que le ganara una pulseada.

–Me ayudó en un momento difícil –dijo Elisa con sinceridad–. Me ofreció una mano cuando más la necesitaba. Fue mi sostén después de tu última burla... o humillación. No solo me dejaste como si hubieras compartido un revolcón con una prostituta, sino que tuve que soportar comentarios de tus amiguitas que no tenía deseos de escuchar.

–¿Y qué soportaste? Parece que a Miguel se le olvidó contarme esa parte –dijo Alan.

–Miguel no puede contar lo que no sabe. Hay amigos que solo están y no preguntan, por suerte. Pregúntale a Carla –dijo Elisa agachando la cabeza–, la que era mi mejor amiga y confidente. Tu amante –aclaró.

–¡Carla! –dijo Alan desconcertado. Carla había sido testigo de sus palabras de borracho luego de aquella última noche que tuvo a Elisa entre sus brazos y salió huyendo cuando ella le confesó que lo amaba, un golpe duro para un hombre que huía de los sentimientos. Él la había dejado sola con los ojos brillantes y la ropa hecha girones porque no supo enfrentarse a su confesión; pero nunca fue amante de Carla. ¿Qué le habría dicho Carla? No tuvo dudas que había adornado sus comentarios con mentiras. Y Elisa había aceptado la amistad de Miguel para devolverle el golpe que supuestamente él le había dado con Carla. O tal vez, porque necesitaba apoyarse en alguien, como ella misma le había dicho. Alan no entendía nada–. Hay algo que no me cierra.

–No te hagas problema. A mí hay muchas cosas que no me cierran.

–Y por qué no las aclaramos –dijo Alan con sinceridad.

Y por qué no, pensó Elisa, después de todo, lo que había pasado dos años atrás la había convertido en una persona diferente, más dura, más fría y sin esperanzas; y la culpa era de Alan Martín.

–Me dejaste tirada en el establo, pero igual me sentí feliz por lo poco que me habías dado esas tres noches –dijo Elisa mirándolo a los ojos con frialdad–. Pensé que al día siguiente

vendrías, me dirías que te habías sentido aturdido con mis tontas palabras de amor y me pedirías perdón por haber salido corriendo. Pero no viniste, te fuiste a Estados Unidos.

Alan cerró los ojos. Había sido tan torpe que tenía ganas de darse latigazos en la espalda.

–Me asusté –dijo como única explicación.

–También estaba asustada, pero no salí corriendo como tú –dijo Elisa, y continuó–. A los dos días llegó Adriana pavoneándose de que le habías confesado que me desvirgaste para ver si se me quitaba la ilusión que tenía contigo. ¿Y sabes qué?, se me quitó.

–No fue así, ya te dije que hablé porque estaba borracho, pero no dije esas palabras. Dije que te había tenido en mis brazos y que había sido el primero. Te aclaro que estaba Carla en esa lamentable reunión en la casa de Adriana. No recuerdo cómo llegué allí.

Elisa no le prestó atención a sus excusas.

–Dos meses después perdí a mi hijo... –dijo Elisa con la voz entrecortada.

–¿Cómo? –dijo en un susurro mientras intentaba asimilar lo que le había dicho, pero Elisa siguió hablando.

–Eso mismo me preguntaba yo. Alfredo me atendió y le hice jurar que no se enteraría nadie – el rostro de Alan quedó petrificado, sus facciones duras, sus ojos casi cerrados. Elisa sintió cierta pena por él. Le estaba cargando su error porque no había sido capaz de tomar medidas para evitar un embarazo. Era tan joven, y el de la experiencia en sexo era él–. Por suerte la enfermera titular estaba de licencia y Rita estaba haciendo el reemplazo. Fue una bendición que fuera ella la que estuviera con Alfredo. Solo ellos saben lo que me pasó. Rita me llevó a su casa para que mi padre no sospechara. Ahora es mi más fiel empleada.

–Yo... no lo sabía... Te juro que no lo sabía –dijo Alan e intentó acercarse a ella, pero cuando la vio retroceder abandonó la idea de consolarla y buscar consuelo. Tres noches en sus brazos demostrándose un amor sin barreras les había dado un hijo, y él sin saberlo había huido como un cobarde. Nunca tenía sexo sin cuidarse, pero lo de ellos había sido algo fuera de lo común. Lo único que había tenido en mente era hacerla suya. Ella siempre había sido suya y quiso marcarla como propia..., sin pensar en las consecuencias.

–Y mientras yo lloraba mi pérdida en brazos de Rita, Carla se hacía un aborto porque no quería a tu hijo –dijo Elisa.

Si lo había dejado estupefacto con la primera confesión, lo dejó con una palidez mortal frente a la segunda.

–Parece que eres un semental –dijo Elisa con ironía.

–No... No estuve con Carla. Maldición... Nunca, nunca estuve con Carla –dijo Alan con la voz ronca de emoción. Estaba nervioso, alterado por lo que le había hecho y por las mentiras. Se mesó el cabello una y otra vez. No sabía que decir. Solo sabía que él no se merecía a Elisa. La miró a los ojos y dijo–. Ahora entiendo por qué no quieres ser mi prometida, y sabes una cosa... tienes razón –al decir esas palabras sintió como su fanfarronería se hacían añico frente a Elisa. Por primera vez dejó a la vista su gran debilidad. Las lágrimas esta vez no fueron de Elisa, sino de Alan, que las dejó correr sin conseguir que el dolor que sentía en el pecho se aliviara con la descarga. Le había dado un hijo y lo había perdido. Nunca se había sentido tan miserable e indigno–. Lo siento, llegué demasiado lejos y ni siquiera quise hacerlo. No hay forma de que pueda regresar el tiempo atrás para cambiar lo que pasó –dijo Alan, y se marchó. Elisa dio unos pasos y vio lo que Alan había ocultado cuando tenía las manos tras la espalda. Se acercó y miró

una rama de potus tirada cerca de las camionetas.

–¿Y esto? –gritó Elisa antes de que él se marchara del campo.

Alan se giró, y tras esas lágrimas que seguía derramando sonrió con ironía.

–Lali me dijo que tenía que ser romántico contigo –dijo Alan con voz temblorosa–. Pasé por la casa de Marian y como no tenía ninguna planta con flores te traje esta rama que según ella saca raíz si la pones en agua. Pero ya no tiene importancia –se subió a la camioneta y se marchó.

Elisa lo vio alejarse. Alan salió despacio como si no quisiera irse del lugar, y supo que por primera vez la ganadora era ella. Le había traspasado el dolor y no sentía la satisfacción que había esperado. Por el contrario, se sentía una miserable al haberle largado de golpe todo lo que ella había asimilado de a poco. ¿Qué culpa tenía él de haberla dejado embarazada?, la misma que había tenido ella. Fueron tres noches en la que la pasión les bloqueó el razonamiento, se esperaban, se arrancaban las ropas con desesperación para conocerse, tocarse y amarse sin pensar en las consecuencias. ¿Él era culpable de aquello?, no. La única culpa que le podía achacar era haberse acostado con Carla y dejarla embarazada en la misma época que a ella. Pero, después de escuchar su pobre pero convincente respuesta, ver su rostro ceniciento y las lágrimas que dejaron correr por sus mejillas, Elisa supo que Alan no había estado nunca con Carla.

Elisa, al contar por primera vez lo que había pasado dos años atrás comprendió que el dolor ya no le oprimía el pecho. El pecho lo tenía oprimido por haberle traspasado las culpas a Alan. Se agachó a recoger la rama de potus que estaba tirada sobre la tierra arada, y una extraña sensación de felicidad se instaló en su pecho. Ese gesto de Alan era algo increíble para un hombre arrogante como él. Un ramo de flores no habría sido tan especial como esa pobre rama de potus que pedía agua a gritos, pensó Elisa y se acercó a la camioneta para marcharse.

Si algo había aprendido ese día era que Alan Martín usaba esa fachada de prepotente para esconder sus debilidades, y ella era su debilidad. Era tanto o más sensible que ella, no tenía dudas de ello. Cuando fue a dejar sobre el asiento del acompañante la rama de potus se dio con la sorpresa de que allí la esperaba un paquete envuelto torpemente con una tarjetita pegada con cinta. “Una novia que tuve en Estados Unidos se dejó esto en mi casa y pensé que te emocionaría tenerla. Alan”. Elisa frunció el ceño, tuvo ganas de tirarlo por la ventanilla, pero la curiosidad la mató y lo abrió.

Al ver la muñeca rusa, que debía tener una antigüedad de cien años, no pudo evitar el gesto de sorpresa. Lo había dejado antes de que ella le lanzara a la cara el balde de agua fría, y no había tenido tiempo de quitarlo.

¡Una novia!, se dijo y rió. Jamás se imaginó que Alan podría intentar ser romántico. Él no daba la talla para abrir puertas, correr sillas a las damas o recitar versos de amor, sino para cerrar la puerta en la cara, correr la silla para que se cayera de culo y lanzar algunos comentarios despectivos como: “No has mejorado en nada desde que naciste, Elisa, sigues siendo tan fea como el primer día que te vi”, o, “cómo mierda pude decir esas palabras si nunca pensaba cumplirlas”, o, “no te hagas ilusiones que de solterona yo no te voy a salvar”. Esas palabras no eran suposiciones, habían sido reales, solo que las había dicho en su época de adolescente cuando sus hormonas solían estar enojadas con el mundo. Igual le habían dolido y nunca las había podido olvidar.

Ahora, él tenía treinta años, era un hombre, y le había traído una rama de potus y unas muñecas rusas que se había olvidado una novia. ¡Qué ingenuo!, como si ella fuera a creerle. Lo

que tenía claro era que la madurez le estaba arrancando la fachada de desfachatado, y el Alan Martín de ahora tenía una adorable mezcla de calidez y fanfarronería.

Esa noche Alan había venido decidido a ser romántico para remediar sus errores, y ella lo había aniquilado con sus confesiones. Elisa no sabía si reír o ponerse a llorar. Ya había llorado demasiados años, pensó y dejó escapar una sonrisa. “Si crees que te librarás de mí, Alan Martín, estás muy equivocado”, se dijo mientras arrancaba la camioneta.

¡Se la había olvidado una novia!, solo Alan podía tratar de ser romántico y romper en el mismo momento el encanto con esa tarjeta falsa. Puso en marcha la camioneta y manejó tarareando una canción de amor. No tuvo dudas que la matrioska la había comprado en Estados Unidos para ella. Ella era importante para Alan Martín a pesar de que siempre se había esmerado en demostrarle lo contrario.

Cuando llegó al departamento todavía sonreía como una tonta, por suerte Ofelia estaba roncando en la piecita de los trastos, que era donde se había instalado desde el regreso de Alan y Marian al pueblo.

Elisa flotó por la cocina mientras ponía en agua el potus que le había regalado, danzó hasta la habitación y dejó la muñeca rusa sobre la mesita de luz, y realizó un giro con salto en el aire mientras entraba al baño. Estuvo un rato limpiándose el maquillaje con una crema, se sacó toda la ropa y se paró frente al espejo.

Alan esa noche había quedado expuesto frente a ella, con las lágrimas que había derramado por lo sucedido en el pasado, y con su grotesco pero encantador gesto romántico. No estoy fuera de tu vida, soy importante para ti, se dijo frente al espejo, y se vio linda.



## CAPÍTULO 11

Eduardo se paseaba por la tienda de Elisa como un animal atacado de rabia. Había tenido una discusión con Alan porque el muchacho había increpado al viejo ermitaño para que le vendiera los campos a su madre, y mientras él lo trataba de hacer entrar en razón, Alan lo había mandado a la mierda. Ese pobre hombre ermitaño, que no se metía con nadie, había terminado en el hospital, y Eduardo no lo podía creer. Alan era arrogante, pero había traspasado los límites al liarse a puñetazos con un viejo. Algún problema debía tener el muchacho, porque hacía tres días que estaba insoportable, pateaba las paredes del establo de los caballos, la tierra arada, el árbol que él había dejado en pie, e insultaba a todo el que se acercaba.

Eduardo no entendía nada, pero no estaba dispuesto a soportar los exabruptos de Alan, ya demasiado había aguantado su prepotencia de niño para que siguiera con sus arranques también de adulto. ¡Tenía treinta años!, ya era hora de que madurara y dejara de actuar como un crío impulsivo.

Alan lo había engatusado para formar una sociedad, y en ese momento Eduardo se arrepentía.

Había intentado razonar con Quino respecto al mal humor de su nieto, pero tanto él como Rosario le habían aconsejado mantenerse lejos de Alan por unos días. Como iba a mantenerse lejos si eran sus campos no los de Alan, pensó Eduardo indignado. Ya que había ido hasta la casa de Quino se interesó por el pasado de Marian, pero los dos le habían dicho que el pasado de Marian era de Marian y que ellos no estaban dispuestos a contar nada. Al final había ido al vicio.

Lo que lo tenía más enojado era el juegucito que estaba haciendo Marian con él. Cuatro noches yendo a su casa con la excusa de buscar los muebles que le sobraban, y nunca le había abierto la puerta. Era una histérica, no tenía dudas de ello.

Elisa lo miraba ir y venir sin decir una palabra. No tenía dudas de que su hija lo creía loco. Él mismo dudaba de su cordura, después de todo había quemado todo lo que tenía en la casa, que podían pensar de él que no fuera que había perdido el juicio.

–Eduardo, que alegría me da verte pasear como un león enjaulado –dijo Dorita al entrar en la tienda.

–Estoy pensando –dijo Eduardo en respuesta.

–Por qué no vamos al cine, a cenar y luego a algún lugar más íntimo –dijo Dorita delante de su hija y de todas las clientas que estaban en la tienda.

Eduardo abrió la boca y la cerró. Se ruborizó por su descaro. Qué podía decirle si Dorita era una atrevida. ¿Por qué no la eligió de amante? Esa mujer era una especie de volcán en erupción y no tenía deseos de atarlo, solo quería divertirse. Recordó que las otras tampoco habían querido atarlo hasta que llegó Marian. Se conformaban con sexo, pero desde la llegada de la yanqui todas lo querían encadenar a sus vidas.

–No soy un buen partido, Dorita. En este momento estoy esperando que mi hija me dé unos billetes para comprar una mesa y dos sillas, dos por si me llega alguna visita –aclaró, y Elisa no pudo contener la carcajada.

–Querido, sabes que el dinero no es problema para una viuda rica –dijo Dorita.

–Me estás tentando –respondió Eduardo, y le sonrió con descaro.

–Ya te he dicho que compres lo que quieras con la tarjeta de crédito –dijo Elisa. No le gustó la actitud de Dorita y su padre en su tienda. Además, los dos hacían una pésima pareja.

En ese momento entraron a la tienda Alan y Marian. Dorita lanzó un bufido y Elisa suspiró aliviada. Marian traía una sonrisa más amplia de lo habitual, y Alan, al parecer, había recuperado el buen humor. Según su padre, hacía cuatro días que pateaba todo lo que tenía adelante e insultaba como un barriobajero. Elisa era la única que sabía el porqué.

–Los conseguí –dijo Marian plena de felicidad–. Los campos son míos –concluyó.

Todos la miraron asombrados. El viejo ermitaño estaba en el hospital y a nadie le pareció ético hacerle firmar la venta en ese estado de debilidad.

–Tras tu sonrisa cálida hay una mujer despiadada, Marian –dijo Eduardo con cierto desprecio. Todo lo que le había contado Ofelia estaba en el olvido al ver el triunfo en la mirada de Marian al quitarle unas tierras a un pobre viejo solo que no se metía con nadie.

Alan dio dos pasos hacia Eduardo para romperle la cara de una trompada, pero Marian lo tomó del brazo y fue ella la que se acercó a Eduardo.

–Soy una empresaria, nunca lo olvides. Todo lo que logré en mi vida fue porque, a pesar de mi sonrisa, cuando quiero algo lo consigo. Y esos campos los quería –dijo Marian con tal seguridad que Eduardo comprendió que no quedaba nada de la joven alegre que un día desapareció del pueblo.

–Así conseguiste tu dinero. Mandabas a viejos al hospital y cuando estaban débiles llegabas con tus abogados y te firmaban lo que les ponías delante de sus narices –no era una pregunta, sino una conjetura.

Marian le dio una cachetada que resonó en toda la tienda. Fue un plaf con todas sus ganas, y Eduardo la tomó de los brazos y la atrajo hacia él.

–Nunca vuelvas a hacerlo –dijo Eduardo sobre sus labios.

–Nunca saques conclusiones apresuradas –dijo Marian también sobre sus labios.

–No tendría que sacar conjeturas si fueras más precisa. Esto es una sociedad, Marian, y tú estás actuando sola –dijo Eduardo. Sus bocas estaban tan cerca que Eduardo se estaba conteniendo de castigarla también a besos. No quería dar un espectáculo, aunque sabía que esa cercanía tenía a todas las mujeres de la tienda pendiente de ellos.

–¡Sola! –gritó Marian–. ¡No estaría actuando sola si me hubieran escuchado!

–Marian, tú de campo no sabes nada, ya lo has demostrado. Deja que nos ocupemos nosotros, los hombres, y tú recoges las ganancias –dijo Eduardo sin ánimo de ofenderla.

Elisa se tensó al escuchar las palabras machistas de su padre, lo mismo le había dicho a ella cuando intentó convencerlo de aprovechar las hectáreas de monte. Abrió grande los ojos al ver que la mano de Marian fue por otra cachetada para su padre, que se la merecía. Pero esta vez Eduardo alcanzó a parar el golpe.

–Maldito. Cómo te atreves a subestimarme. No sabes nada de mí, nada –gritó Marian–. Llevo años haciéndome cargo de mi vida, y te aseguro que lo he hecho mejor que tú.

Estaban dando una obra de teatro a todas las mujeres agolpadas en la tienda, pero ellos parecían no darse cuenta.

Eduardo estaba irreconocible desde que ella había hecho acto de presencia en el pueblo. Quemaba muebles en el jardín. Atraía a los bomberos. Insultaba y hacía el ridículo al pararse en

la puerta de su departamento. No funcionaba más como hombre. Tenía amantes al vicio. Pero, a pesar de su bronca, de solo ver a Marian sentía que estaba a punto de estallar dentro de los pantalones. Era tal la furia que se la cargó al hombro y salió con ella de la tienda, sin percatarse de las miradas divertidas, acusadoras y desconcertadas de la gente.

Ofelia salió a la vereda y sonrió complacida al ver como Eduardo se metía en la camioneta con Marian en brazos, encendía el motor y desaparecía por las calles del pueblo. Dorita se sentía algo herida, pero su naturaleza despreocupada le permitió mantenerse erguida y hacer comentarios sexuales sobre lo que pasaría entre ellos cuando estuvieran a solas. Rita estaba amargada porque Eduardo nunca se la había cargado a los hombros, pero lo disimuló acomodando unos adornos en los estantes. Las mujeres que habían quedado horrorizadas con el espectáculo, no paraban de murmurar sobre la conducta reprochable de los dos. Según ellas, lo único que había faltado era que se desnudaran en la tienda.

Elisa estaba ruborizada al ver el cambio de su padre, que se la pasaba haciendo escándalos desde que había llegado Marian al pueblo, y para su desconcierto la acababa de sacar de su tienda como si fuera un costal de semillas. Miró a Alan y se quedó preocupada. Habían pasado unos pocos días de su encuentro y a Alan se lo veía agotado y con ojeras. Se sintió culpable de haberle contado lo sucedido en el pasado, pero quién era ella para guardar un secreto que los involucraba a los dos. En algún momento se lo tendría que haber contado, y mejor temprano que tarde.

Alan quería salir huyendo de la tienda. Había venido por la insistencia de Marian, pero donde menos quería estar era en el mismo lugar que Elisa. Dos años atrás él había huido como un cobarde y ella se había enfrentado sola con todos los demonios. Toda una vida haciéndola sentir miserable, y dos años atrás había terminado clavándole una flecha en el centro del corazón.

Echó un vistazo a la tienda intentando ver la expresión en los ojos de Elisa y se asombró ante su mirada cálida, sin rastros del odio que le había demostrado desde que llegó al pueblo, como si no le guardara rencor. ¡Qué tonta!, siempre había sido demasiado tonta. No sabía defenderse de los golpes, insultos o desprecios, ella los recibía con resignación.

Tuvo ganas de recorrer la corta distancia que los separaba, decirle que lo sentía, que estaba dispuesto a remediar cada uno de sus errores. Pero qué derecho tenía de acercarse a ella después de lo que le había hecho, se dijo, y giró sobre sus pasos para alejarse. No quería seguir haciéndole daño y la única forma era mantenerse lejos de ella.

Elisa lo vio alejarse, los hombros caídos, vencido por algo por lo que no podía culparlo. Alan no había matado al niño que ella había llevado en el vientre. No podía permitir que se culpara por lo sucedido y salió corriendo tras él.

Intentó sortear los grupos de mujeres que se habían reunido en la tienda, pero fue imposible. Alguna de las mujeres la tomaron del brazo y otras se pusieron a hablar al mismo tiempo sobre la actitud de Eduardo y Marian, las reacciones que tenía su padre desde la llegada de la yanqui, también decían que Marian que no se lo merecía, que Eduardo era un hombre decente y Marian era una zorra. Al final, tantos obstáculos seguidos de comentarios mal intencionados le hicieron desistir de seguir a Alan.

Quizás, era mejor esperar, se dijo. Ella había luchado sola dos años atrás y él debía hacer lo mismo. Se giró y vio a Ofelia con una amplia sonrisa en el rostro, miraba la calle que se perdía en los campos de Eduardo, y supo que su padre se había llevado a Marian a la casa familiar.

¿Qué estarían haciendo?, se preguntó Elisa, y sonrió porque no se le ocurrió nada honesto. Por primera vez vio a su padre como un hombre, y deseó que él y Marian se reconciliaran de lo que fuera que los había alejado en el pasado.

\*\*\*\*\*

Marian nunca perdía los estribos. Cuando Eduardo se la cargó al hombro más que indignación sintió un placentero estremecimiento, un regreso al pasado juvenil. Él siempre había sido celoso de ella, y esta escena ya la habían vivido, solo que en aquella oportunidad la había subido a una chata desvencijada que le habían regalado sus padres. La actual era aerodinámica, redondeada, con butacas acolchadas, tablero de avión y aire acondicionado. Para el calor que le subió al cuerpo al sentir las manos de Eduardo sobre su cuerpo le vendría bien el aire, pero él no lo había prendido, al parecer prefería la brisa caliente que entraba por la ventanilla. El cielo estaba encapotado y se sentía el sonido de unos truenos lejanos. Sonrió al ver el gesto alterado de Eduardo y se giró para mirar por la ventanilla.

–No vamos a tu casa –dijo Marian.

–No tengo silla para que te sientes –dijo Eduardo serio–. Estoy alterado y prefiero andar en la camioneta, porque si me detengo...

–Si te detienes... –quiso saber Marian. No lo miró porque ya se imaginaba la respuesta.

–Voy a cometer un delito –dijo Eduardo.

–No sabía que eras adicto a golpear mujeres.

–No estaba pensando en golpearte.

–Menos mal, ya estaba por saltar de la camioneta –dijo Marian.

–Cuatro días esquivándome. Cuatro días parado como un estúpido en la puerta de tu departamento. Te digo que ese papel no me gusta –aclaró Eduardo.

Marian se giró a mirarlo. Eduardo estaba serio, enojado y ella se acercó y le acarició el rostro, luego cerró los ojos y le dio un beso en la mejilla. Era una actitud tierna, como quien quiere calmar a una fiera. También inocente, pero Marian sintió el corazón acelerado y deseo apoyar la cabeza en su hombro para sentir lo que habría sido si el destino no se hubiera torcido, pero se alejó.

–Maldición –dijo Eduardo con la voz ronca. Estiró la mano y la atrajo hacia él. No era solo deseo sexual lo que vibraba en el aire, era ternura y protección, pensó Marian cuando Eduardo la rodeo con un brazo para pegarla a su cuerpo. Mermó la velocidad y siguió manejando con el cuerpo de Marian pegado a su torso–. Por qué tuviste que irte – no fue una pregunta recriminatoria, sino un comentario lleno de dolor.

–Ahora estoy acá –dijo Marian evitando hablar del pasado.

Eduardo sintió que el pasado de Marian siempre estaría guardado dentro de ella. Nadie entraba a escarbar su dolor, ni siquiera su hijo. ¿Por qué lo iba a dejar entrar a él? Quizá, algún día estuviera preparada para sacar lo que tenía adentro, se dijo, y cuando habló se refirió al presente.

–Había necesidad de moler a palos a un viejo para quitarle unos campos inservibles –dijo Eduardo.

–No lo molió a palos para que me vendiera sus campos –dijo Marian apartándose de su

abrazo, y lo miró con recelo—. Deja siempre de sacar las peores conclusiones de mí.

Ella tenía razón, pensó Eduardo. Sintió un vacío extraño cuando ella se alejó. Se había jurado mantenerse alejado de Marian, y acá estaba deseando tenerla en sus brazos.

—Si me aclararás el asunto no tendría que estar sacando conclusiones.

—Si preguntaras en lugar de culpar —dijo Marian.

Eduardo la miró por un segundo. Luego siguió manejando hasta un parador que había a unos metros y detuvo la camioneta. Estaban casi en la cima de un camino de montaña, con los pajonales movidos por el viento como única compañía. Se giró y la miró.

—¿Cómo fue el tema? —preguntó Eduardo.

¿Las miradas podían matar, hacer suspirar, enloquecer y quitar la razón?, se preguntó Marian observando los bellos ojos grises de Eduardo que en ese momento transmitían paciencia, ternura, comprensión. No supo en qué momento el impulso se apoderó de ella, solo supo que se lanzó sobre su cuerpo, él la recibió en sus brazos y ella lo besó. Un beso tímido, apenas roces de sus labios cerrados, pero a pesar de la timidez del beso Eduardo sentía que ardía en llamas. Marian terminó el beso pero Eduardo no la soltó. Ella le sonrió y le acarició el rostro áspero por la barba de dos días.

—Me insultó, y Alan no pudo contener su mal genio. Él mismo lo cargó en la camioneta y lo llevó al hospital. Fui a verlo para disculparme, y terminé pagando quinientos dólares la hectárea —dijo Marian, y agachó la cabeza avergonzada—. El peor negocio de mi vida —comentó sin mirarlo.

—Qué tonta. Yo le habría ofrecido cincuenta dólares —dijo Eduardo, y Marian levantó la vista para encontrarse con su sonrisa ladeada—. No sé cómo has subsistido en Nueva York con esos arrebatos de sensibilidad, sobre todo pagando fortunas por porquerías —aclaró.

—Los valen —dijo Marian con convicción.

—¡Ay, Marian!, deja el tema de los campos a los campesinos —dijo sin ánimo de ofenderla.

Eduardo no conocía a la mujer que había pasado tantas luchas y se había abierto camino sin ayuda de nadie en un mundo de hombres. Y su comentario, que para él era algo lógico, para Marian era ofensivo.

Marian se desprendió de sus brazos y se bajó indignada de la camioneta. Hasta cuando ese hombre la iba a menospreciar. No podía creer que fuera tan machista. Pensaba que ella estaba encaprichada. Él no tenía idea que los negocios eran el único éxito en su vida. Bien, ya aprendería, pensó mientras aspiraba el aire tormentoso que corría en la cima de la montaña. Echó un vistazo al precipicio que tenía a su lado y vio un arroyo que se deslizaba en el valle de las montañas, era un paraíso perdido y tuvo ganas de descender, pero al mirar sus sandalias de tacos desistió.

Eduardo se bajó de la camioneta y se paró a su lado.

—Primero aceptas que pruebe tu cama, pero no me abres la puerta de tu departamento. Ahora me acaricias, me besas, te lanzas a mis brazos y al segundo te bajas enojada de la camioneta. ¿A qué jugamos, Marian? —preguntó Eduardo que no entendía nada—. Tienes paciencia con todos los comentarios maliciosos del pueblo, pero yo no puedo decir ni “a” que me saltas a la yugular.

Marian lo miró y le sonrió. Él tenía razón, lo que Eduardo no sabía era que los únicos comentarios que le dolían eran los que le lanzaba él. Quería que la respetara, que la admirara y que sintiera que era una persona buena y capaz; pero cada vez que Eduardo abría la boca era para

acusarla de algo o menospreciarla, y de él no lo podía tolerar.

–Tienes razón. Quizá espero mucho de ti y nunca te he dado motivos para que me respetaras –dijo Marian con cierta nostalgia.

Uno, dos, tres pasos de depredador y estuvo rozando el cuerpo de Marian. Ella no retrocedió. Podía sentir la excitación tras sus pantalones y se estremeció. Eduardo, a pesar de estar casi pegados, no la tocó para no seguir haciendo el ridículo después de estar parado como un idiota cuatro noches en la puerta de su departamento.

–Lo que deseo hacer en este momento no tiene nada que ver con el respeto. Solo pienso en tumbarte ahí –señaló unos pajonales ralos que había junto a la camioneta–, arrancarte toda tu delicada ropa yanqui y poseerte como un animal en celos –aclaró para que ella entendiera su estado–. Llevo hambriento desde que llegaste, maldición. Estoy alterado, desesperado y no puedo descargar mi apetito con nadie que no seas tú. Me siento ridículo, y tú te ofendes por cualquier cosa que digo –dijo Eduardo enojado–. Bien, haz lo que quieras con los campos, después de todo es tu dinero.

Marian estaba sorprendida. Le había lanzado todo junto. No había dudas que el pobre estaba con los nervios a flor de piel y necesitaba una descarga. Ella también, y al igual que Eduardo no quería a otro hombre.

Echó una mirada al suelo que tenía a sus pies, no eran pajonales, sino una gramilla rala y le pareció el mejor lugar del mundo. Estaban al borde del camino y si pasaba algún vehículo verían a un hombre y una mujer de cincuenta años haciendo cosas de adolescentes.

Sonrió y se llevó la mano a los delicados botones de perlas que cerraban su camisa entallada. Los abrió sin apartar los ojos de Eduardo, que ya no la miraba a ella, sino que seguía el movimiento de sus manos, mudo y estacado en el suelo. Se sacó la camisa por los hombros y la dejó caer al piso. Le siguió el corpiño. Desprendió los botones del pantalón turquesa y sin ayuda se deslizó por sus caderas y piernas. Solo una prenda de encaje transparente cubría su sexo.

Marian no apartaba los ojos de Eduardo, que miraba palmo a palmo su cuerpo. Cada detalle lo estaba grabando a fuego en su memoria, el abdomen, las caderas, las piernas, los pechos que siempre habían sido generosos. Su cuerpo era armónico, blando, y parecía suave crema en la que él deseaba hundir sus manos. Cincuenta años estaban allí, expuestos frente a él, con algunos rastros de la edad, de la vida de lucha.

Ella era perfecta con sus imperfecciones, era una belleza que iba más allá del cuerpo, y lo sabía. No le importaba que viera que sus pechos ya no estaban erguidos sobre su figura, o que su abdomen no fuera duro y plano como una tabla, y sus nalgas no tuvieran la firmeza de los veinte años. Pero que perfecta era en su entereza, su autoestima, su admirable gallardía. Ella se sentía satisfecha con su cuerpo, y él nunca había conocido una mujer tan excitante. No se quejaba de nada, estaba al margen de las apariencias, estaba por sobre los cotilleos, por debajo de la arrogancia y por encima de la idea de perfección, pensó Eduardo que se animó a tomar en sus manos el tesoro que le ofrecía.

–Madre mía –dijo mientras se inclinaba para venerar con sus labios esos pechos que no querían estar erguidos como cuando era joven. Una fruta madura, una dulce tentación, una belleza, pensó Eduardo al saborearlos. Treinta años perdidos. No, para que pensar en el pasado teniendo semejante presente.

Marian echó la cabeza hacia atrás. Eduardo la tomó en sus brazos y la depositó sobre la

recortada gramilla como si fuera un delicado cristal. Se inclinó sobre ella y sus labios y su lengua trazaron senderos húmedos sobre los montículos, las planicies y las curvas, saboreando esa mezcla de perfume caro y aroma a cuerpo de mujer. Marian jadeó y Eduardo se hizo cargo de su necesidad, de su anhelo, de todo lo que ella necesitaba. Deslizó el fino encaje que cubría su sexo y le separó los muslos para llevarla con sus caricias a rozar las nubes tormentosas que los envolvían. Marian se arqueó, elevó las caderas, separó las piernas y dejó escapar los gemidos que le arrancaba el placer, y que se mezclaban con el susurro del viento moviendo las ramas secas de los espinillos.

Ella era una mujer con mayúsculas, entregada al gozo como una diosa que había perdido muchas batallas pero había ganado la guerra con sus heridas curadas a fuerza de empuje, y así se había mostrado frente a él cuando se despojó de las ropas para darle lo que necesitaba y tomar lo que ella anhelaba. Llegó al clímax con un gemido entrecortado por los espasmos que la sacudieron, y apenas recuperó el aliento lo atrajo sobre su cuerpo mientras con manos hábiles le desprendía la bragueta para liberar su erección.

Eduardo estaba tan excitado que no tenía paciencia para lentitudes ni preliminares sensuales, se incorporó con agilidad y se sacó a los apurones el pantalón y el calzoncillo, la camisa caía sobre su cuerpo, tapando su pecho, pero qué le importaba el pecho, él solo quería entrar en la cálida cavidad de Marian.

Marian estalló en una carcajada al verlo luchar porque el pantalón le había quedado trabado en las zapatillas. Eduardo gruñó y se acostó sobre ella, con los pantalones enredados a sus pies y todo el anhelo por conseguir lo que quería, lo que llevaba semanas... años sin tener.

Ella le enmarcó el rostro y lo miró con ternura. Él gruñó, y mientras entraba en ella sintió la calidez de la boca de Marian devorando la suya. Era un ritmo tormentoso, rápido y ansioso como las nubes que surcaban el cielo. Un empuje, otro, y otro, y otro. Jadeos, gruñidos, manos tocando por todos lados los cuerpos, besos hambrientos, necesitados.

Marian dejó escapar unas lágrimas. Había tenido amantes tiernos, amantes salvajes, amantes que sabían qué lugar tocar para dar placer, pero ninguno había sido Eduardo, ninguno la había tomado con tanta desesperación, como si intentara borrar en un solo encuentro los errores de los dos. Él era el único que la tomara como la tomara podía llevarla a límites inimaginables, porque él era aquella promesa que aún estaba presente en sus pensamientos.

“Te amaré siempre”.

Apartó aquellas palabras y se dejó llevar por el momento.

El éxtasis la dominó, se apoderó de sus sentidos. Marian le arañó la espalda cuando sintió que la alcanzaba el clímax más poderoso que podía recordar, y gritó Dadi cuando se dejó ir. Eduardo no tardó más que dos empujes profundos en tensarse, gruñir y acompañarla al más dulce de los olvidos. Jadeando apoyó su frente en la de Marian. Cuando recuperó el aliento, se giró llevándola con él para tenerla cuan larga era sobre su cuerpo. Ella lo besó y él le presionó las nalgas para tenerla más cerca de su sexo.

–Así me quedaría toda la vida –dijo Eduardo, dejando a la vista su deseo–. Sintiendo la exuberancia de tus pechos sobre el mío y con mis manos rodeando tu culito.

Marian río con ganas, y Eduardo creyó que su risa era una melodía celestial que lo hacía resucitar de años de enojo.

–Parece que tu hombría no estaba tan acabada –dijo Marian, se recostó en su pechó y los

latidos del corazón de Eduardo se mezclaron con los suyos. La vida de los dos unida por latidos furiosos de sus corazones luego de una apasionante aventura a la vera del camino.

–Una ninfa desnuda tentando a un pobre campesino en la cima del mundo. Cómo no iba a sucumbir. Habrá que probar si funciona en otros lados menos escandalosos –dijo Eduardo.

–¿Me estás proponiendo continuidad? –preguntó Marian con picardía.

–Esa teoría hay que demostrarla con bastante práctica –dijo Eduardo, la sentó sobre él y se dedicó a jugar con sus pechos y su clítoris mientras disfrutaba al ver su rostro perlado de sudor por la pasión.

–Solo si apartas a esa cantidad de mujeres ansiosas que corren tras un viudo con campos –dijo Marian–. Soy posesiva con mis amantes.

–No quiero saber de tus amantes. Y teniéndote a ti no me hace falta otra –dijo Eduardo. Marian se incorporó apenas y tomó el pene de Eduardo para dejarlo deslizarse dentro de su cavidad. Él no dejaba de rozar su clítoris y ella se movía a un ritmo cadencioso. Los dos estaban al borde del abismo, y un ruido de motor subiendo por el camino de montaña los dejó petrificados.

–Quién puede ser el estúpido al que se le ocurre subir acá un día de tormenta.

–Quizá alguien tan ansioso como tú, que quiere arrancarle la ropa a una pobre damisela ansiosa –dijo Marian, que siguió moviéndose a pesar de que Eduardo había dejado de tocarla–. Cuánto tiempo tenemos hasta que lleguen –dijo jadeando.

–Cinco minutos, a lo sumo.

–Pues demuestra tus habilidades, macho –dijo Marian, intensificó el ritmo y sintió una explosión cuando Eduardo con masajes expertos la llevó a la perdición. Ella jadeó, él gruñó y los dos desaparecieron por un instante de la faz de la tierra.

Cuatro minutos después Marian estaba sentada en el asiento del acompañante, tapando su desnudez con la camisa de Eduardo, que solo llevaba puesto el vaquero como única prenda. Al segundo apareció un vehículo deportivo y Eduardo lanzó una maldición.

Alfredo se paró junto a ellos.

–Tomando el fresco –preguntó el médico del hospital. A su lado iba Dorita con la cara roja de vergüenza; y Marian sin poder ocultar el rosado de su rostro, le sonrió.

–Así es –dijo Eduardo como si fuera normal que él estuviera sin camisa y Marian con la suya–. Estamos discutiendo temas de la sociedad –aclaró.

–Con Dorita también hemos venido a discutir algunos temas. Como veo que este mirador está ocupado, paso de largo al que sigue. Te aviso por si tienes intenciones de usar también aquel.

–No, que va, con este tenemos más que suficiente –dijo Eduardo.

–Nos vemos esta noche en el bar.

–Con una cerveza de por medio –dijo Eduardo.

–No puedo creer la conversación que han tenido. ¿Acaso es normal que traigan sus amoríos acá? –preguntó Marian alterada cuando ya se habían marchado al otro mirador.

–En mi caso no, pero si nos hemos encontrado acá con la tormenta que se está viniendo, es sabido que no hemos subido a mirar el paisaje –aclaró Eduardo, su mirada lasciva la hizo ruborizar–. ¿Te has ruborizado después de todo lo que hicimos?

–Sí –dijo como única explicación.



Eduardo se acercó a ella y le giró el rostro para que lo mirara.

–No te lo dije, pero eres la mujer más hermosa que he visto desnuda.

–Querido, no te esfuerces en ser galante. El gimnasio no es mi fuerte y soy consciente de mis defectos.

–De lo que no tienes conciencia, es de lo que eres capaz de despertar en un hombre con esa despreocupación y esa seguridad con la que dejas a la vista lo que tú llamas defectos y yo llamo tu mayor encanto –le robó un beso mientras sus manos le acariciaban el muslo hasta el borde del sexo, sin tocar su deliciosa intimidad que estaba nuevamente mojada para él.

–No tienes mis demonios si no piensas dejarlos contentos –dijo Marian, y Eduardo soltó una carcajada. Le besó el cuello y cubrió con su palma el sexo palpitante para subir y bajar con despreocupación mientras sentía que ese roce inexperto y poco atento la llevaba al límite. El beso voraz se tragó el orgasmo de Marian y Eduardo se apartó con una sonrisa para disfrutar de su rostro descompuesto por la pasión.

–Tres orgasmos en un rato. Los que más me han gustado dar a una mujer –dijo satisfecho–. Te llevo a mi casa así te cambias, porque en el centro vamos a desatar un escándalo –aclaró.

–Igual se va a desatar. No te olvides que Dorita y Alfredo nos vieron.

–Ellos no van a abrir la boca. Están haciendo lo mismo que nosotros –dijo Eduardo y arrancó, en ningún momento apartó la mano de sus piernas desnudas, y se sorprendió cuando ella se acurrucó junto a él y con manos expertas dejó liberado su sexo, que ya no estaba duro pero sentía los ramalazos de placer que le arrancaban los diestros movimientos de Marian–. Madre mía, vamos a terminar estrellados contra la montaña.

–Tú concéntrate en el camino –dijo Marian, y se agachó para seguir con la boca lo que había empezado con las manos. Cuando lo doblegó dijo satisfecha–. Tres en un rato, estamos empatados.

–A ti no te gana nadie –dijo Eduardo atrayéndola hacia él, y manejó con ella sobre su pecho.

Eduardo no fue al bar. Marian no regresó a su departamento. La casa de Eduardo estaba casi vacía, pero no necesitaron más que un baño caliente y el colchón que tenía en la habitación. No fue sexo lo que compartieron. Marian se durmió en sus brazos y él no pudo dejar de acariciarla, mirarla y sentirla gemir en sueños cuando le tocaba algún lugar sensible.

Por la mañana se despertó con una erección, se giró para atraerla a sus brazos pero Marian se había ido. Eduardo no se ofendió, ella necesitaba distanciarse y dejarle en claro que solo habían compartido una buena sesión de sexo. Ya entendería que entre ellos había más que puro sexo, pensó Eduardo.

¿Cuánto hacía que no le pasaba esto?, años. En realidad nunca había sentido tanto deseo por una mujer. Marian era tan hermosa, tan adorable, tan segura e independiente, que Eduardo tenía temor de estar viviendo una fantasía. Su ausencia a su lado le dejó en claro sus suposiciones, porque Marian estaba cerrada a cal y canto. Disfrutaba, gozaba, pero no dejaba que nadie entrara en su mundo encadenado, y Eduardo supo que estaba lejos de su alcance. Ella le había dado sexo como a cualquiera de sus amantes. Pero él lo quería todo de Marian, y estaba dispuesto a conseguirlo.

## CAPÍTULO 12

Alan Martín había pasado toda la mañana trabajando en los campos. Estaba agotado, más por los pensamientos que lo acosaban que por el duro trabajo en las tierras inundadas de Quino y Eduardo. Al llegar a su casa dejó la camioneta bajo la sombra de un árbol y caminó por el parque intentando serenarse. Nada lo apartaba de lo que había pasado con Elisa. No podía creer que hubiera sido tan cruel como todos le decían. Él había sido un niño terrible, había cometido muchos errores, pero ¿tanto era el daño que le había causado a Elisa?

Y se puso a recordar sus errores.

El día que Elisa nació había prometido casarse con ella. ¿Error? A pesar de haber tenido siete años no creía que hubiera sido un error. Una sola lágrima de ella le había provocado un nudo en la garganta y lo único que había querido era que dejara de llorar. Si bien aquella promesa le había dificultado la vida en el pueblo, siempre supo que la iba a cumplir. Era un niño terrible pero una promesa era una promesa, y él apenas la vio sintió que Elisa era suya.

Cuando Elisa estaba empezando a caminar la había tirado al piso. La pobre dejó de caminar por muchos meses como habían comentado las mujeres en el pueblo. Ese sí había sido un error, pero él tenía ocho años. ¿Acaso no podía excusarse a un niño por una travesura?

No se sentía culpable de haberla tirado de la bicicleta. Eso no fue un error sino una desgraciada coincidencia. Qué culpa tenía que la pelota pasara por el mismo lugar en el que Elisa estaba practicando. Eduardo le había dado un empujón para que saliera andando en el mismo momento que su pelotazo volaba hacia ella. A pesar de no haber tenido mala intención los pueblerinos lo acusaron también de aquello.

Hubo una pelota que fue intencional, y debería sentirse culpable por ello. Ella había perdido su posibilidad de ingresar al *ballet* provincial por culpa de esa pelota. Pero solo él había escuchado su llanto entre bambalinas mientras ella repetía que no quería ser parte del *ballet*, que no quería irse del pueblo, que no quería separarse de Eduardo, que era feliz junto a su padre. Elisa nunca habría renunciado a aquella oportunidad, era introvertida y se dejaba manejar por las exigencias que le imponía la profesora de baile, que sabía manipularla a su antojo. Todos lo culpaban por lo que sucedió aquel día, para Alan había sido un acto de nobleza.

No eran tantos los errores, se dijo mientras caminaba a la casa. Aunque si pensaba con detenimiento tenía que reconocer que de su boca no habían salido flores para ella, sino flechas envenenadas que le habían bajado la autoestima.

A medida que pasaban los años el rostro de Elisa había encontrado la armonía que le había faltado en el nacimiento, y él no podía aceptar que ella lo dejara encandilado con su gracia y encanto. Saberse perseguido por Elisa y acosado por los vecinos lo ponía furioso, y para mantenerla alejada solía decirle que los años no habían obrado maravilla en su rostro. Nada más lejos de la realidad. A los cinco años Elisa era graciosa, a los diez era adorable y a los trece... A veces tenía deseos de acariciar ese cabello del tono de las castañas con algunas ondas que caían

sobre su espalda. Sus ojos almendrados de color pardo lo dejaban hipnotizado, y esa boca generosa estaba hecha para ser besada. Elisa a los trece años era una tentación, y él tuvo que aceptar la invitación de Marian para alejarse de ella.

Lejos, había querido estar lo más lejos posible de ella. Y a pesar de que logró irse del pueblo, nunca pudo sacar a Elisa de sus pensamientos.

Lamentablemente, la sensatez que le dio la madurez llegaba demasiado tarde. Había vendido todo en Estados Unidos para recuperarla, sí, para recuperarla a pesar de que siempre se mentía diciéndose que la quería lejos. Bueno, había venido para recuperarla y ya la había perdido dos años atrás. ¡Qué ironía! El día que la había hecho suya la perdió para siempre.

Abrió la puerta de ingreso perdido en sus pensamientos. Solo la mullida alfombra que dio suavidad a sus pasos lo alertó de que esa no era su casa. Bueno, sí era su casa, pero no estaba como la había dejado a las seis de la mañana, es decir, vacía. Casi se cae de culo al ver los muebles delicaditos que había en la sala. No tuvo dudas que todo ese estilo romántico era obra de una mujer.

De los ventanales colgaban cortinas llenas de voladitos lilas, y frente al hogar había unos sillones con almohadones floreados. Unos cuantos adornos ridículos estaban exhibidos en el mármol de la chimenea. Lo que estaba pisando era una alfombra peluda en tono crema, y sonrió con ironía porque la había embarrado con sus botas. Todo era tan femenino que se sentía incómodo.

Se acercó a la cocina y para su horror vio seis sillas con los asientos tapizados con delicadas flores lilas junto a una mesa laqueada de blanco. Encendió la cafetera eléctrica y puso dos panes en la tostadora. Esto debía ser obra de Marian, se dijo. Lo que no entendía era por qué Marian se había ensañado con su casa. Si él hubiera estado cuando llegaron los muebles no habría permitido que los entraran, pero la zorra de Marian los había hecho traer cuando sabía que estaba en los campos. Ya se los mandaría de vuelta. Él quería muebles masculinos, de maderas oscuras y cortinas en tono tierra para que no se notara la mugre, sillones de cuero negro y una mesa de algarrobo con toscas sillas para la cocina, pensó. Pero allí estaba sentado en esas delicadezas femeninas con sus vaqueros sucios de tierra, la remera sudada y olor al establo de los caballos, pensó, se bebió el café de un trago y dejó con un ruido a porcelana la tasa sobre la delicada mesa de niña.

Un baño, necesitaba un baño para que el hidromasaje le sacara la tensión. Toda una mañana ayudando a drenar los campos y llegaba a la tranquilidad de su casa y se encontraba con semejante debacle.

Abrió la puerta de su habitación y arqueó las cejas. Había plantas por doquier y dos jarrones de cristal con flores silvestres recién cortadas, todo sobre el piso de madera. Sintió cierto alivio de que no hubiera arruinado su cuarto con muebles femeninos.

Comenzó a dudar de que esto lo hubiera hecho Marian. Ella se ofrecía a darle una mano pero nunca se metía en sus asuntos. ¿Quién podía inmiscuirse de esa forma tan descarada en la decoración de su casa?, se le vino el alma a los pies al pensar que podrían ser Adriana y Carla. No podía creer que esas dos arpías hubieran tenido el coraje de meterse sin permiso y le hubieran llenado la casa de muebles de mujercita.

Salió de la habitación dando un portazo. Esto no se iba a quedar así, se dijo mientras bajaba los escalones de dos en dos y caminaba a zancadas hasta la camioneta. Las gomas chirriaron

cuando los neumáticos derraparon sobre el polvo del camino de ingreso.

Malditas mujeres, murmuró. No tenía dudas que esto era obra de alguna de las dos arpías. ¿Pero cuál sería? ¿Adriana o Carla? Ya había tenido una conversación subida de tono con las dos y él supuso que habían entendido que no quería saber nada de ellas, pero al parecer ellas no lo querían entender. Estaba furioso y aceleró a cien kilómetros, los pensamientos lo estaban volviendo loco. ¿Qué iba a hacer? ¿Por qué mierda no se quedó en Nueva York?, que a pesar de la multitud de gente había más paz que en el pueblo.

Derrapó en la curva y tuvo que mermar la velocidad para no atropellar a los transeúntes. El ritmo del pueblo era lento, nadie andaba a más de treinta kilómetros por el centro, y a él le costaba ese ritmo cuando sus pensamientos corrían a mil. Gracias a la lentitud descubrió que algo pasaba en el bar del centro, ya que un grupo de pueblerinos estaba amontonado alrededor de una mesa.

Estacionó en la plaza y caminó pausado tratando de pasar desapercibido. Por suerte todos estaban atentos a lo que pasaba en aquella mesa rodeada de pueblerinos.

Alguien comenzó a balbucear alguna pregunta, y Alan se acercó para tratar de descubrir qué estaba pasando.

—¿Qué te parece esta tela rosa para las cortinas de la habitación de la planta alta?, la más grande, esa que tiene baño en suite, Elisa —dijo Viviana, la costurera del pueblo, y señaló una tela del muestrario.

¡Elisa!, ¿había dicho Elisa? ¿La habitación de la planta alta que tenía baño en suite? Elisa no tenía baño en suite en ese departamento. Apenas si tenía un baño de juguete en el que no se podía enjabonar sin golpearse los codos contra las paredes, pensó Alan. ¿No sería la suya?, se preguntó, y recién cayó en la cuenta de que era ella la de la decoración femenina. Estaba desconcertado. No entendía nada. Se asomó por un hueco que había entre las personas que rodeaban la mesa y vio a Marian. ¡Las dos!, eran las dos confabuladas en su contra, pensó y frunció el ceño.

—Me parece que es demasiado femenina —dijo Marian a Elisa.

—Yo la veo preciosa. Pero si a ti te parece, podría ser blanca con voladitos rosas —aclaró Elisa, y sonrió.

Blanca con voladitos rosas, lo único que le faltaba era que le llenaran de tutú el vestidor, pensó Alan y negó con la cabeza.

—Eso está mejor, los voladitos me encantan. Para mí la misma —dijo Marian, y Alan cada vez entendía menos. Elisa sonrió.

—¿Para cuál de las habitaciones, Marian? —preguntó Elisa interesada.

Alan acercó más el oído para que la respuesta de Marian no se perdiera entre el murmullo del gentío. Esto cada vez se ponía más interesante.

—La que usa tu padre, por supuesto —dijo Marian, y Elisa asintió con una sonrisa.

Alan tuvo que reprimir la risa. No es que la decoración de Elisa lo tuviera entusiasmado, por el contrario. Su risa no era por lo que estaban haciendo en su casa, sino porque Eduardo estaba en su misma situación.

—Me parece que las dos casas van a quedar iguales —dijo Elisa.

—¿Te parece? —dijo Marian con cierta picardía.

Alan oteó los alrededores y vio que algunos hombres compartían comentarios irónicos. Otros

estaban muy interesados en las dos mujeres que estaban arruinando su casa y la de Eduardo. Claro, eran comerciantes y habían encontrado una veta donde podían ganar dinero fácil, ya que ellas compraban todos los voladitos y delicadezas femeninas que le ponían frente a las narices.

–Me han llegado las camas de dos plazas con dosel –dijo Raúl, el dueño de la mueblería.

¡Ah, no, esto no le podía estar pasando!, pensó Alan. Las dos estaban pasando los límites de lo aceptable. Él tenía que saldar deudas con Elisa, ¿pero era necesario convertir su vivienda de líneas rectas en una casita de muñecas?

–¿Están pintadas de colores cálidos? –preguntó Marian interesada.

–Una es de madera oscura y la otra blanca. Las cortinas pueden darle el toque hogareño que están buscando –aclaró Raúl. Marian y Elisa se miraron como si no supieran que hacer al tener dos camas desiguales.

Alan vio la oportunidad de salvar su dignidad. Esa cama de madera oscura sería suya. Eduardo no estaba allí para pelear por sus derechos y él se quedaría con la maldita cama.

Empujó a los vecinos y fue ganando espacio hasta que logró pararse tras Elisa y frente a Marian, que lo miró con una radiante sonrisa. No podía decir que su madre se estuviera burlando de él ya que Marian siempre sonreía, pero esta vez Alan creía que tras esa fachada encantadora se escondía una zorra que estaba disfrutando como nunca de lo que estaban haciendo en su casa y la de Eduardo.

–Nunca pensé que dormiría en una cama de dosel –aclaró Alan tras Elisa. Ella se tensó, pero fue solo un momento, ya que cuando se giró, en sus labios tenía la misma sonrisa de Marian, aunque la de Elisa era ladeada, como de burla. Al ver la mirada pícaro de sus ojos hipnotizadores, Alan no tuvo dudas de que ella estaba disfrutando con lo que estaba haciendo en su casa–. La mía es la oscura –dijo Alan antes de que Marian se la quedara para Eduardo.

–¡Ah, no! ¡De ninguna manera! –dijo Marian, y Elisa asintió.

–Sorteo –dijo Elisa, y Marian asintió como si todas las diferencias las resolvieran de esa manera.

–¿Quién paga esto? –preguntó Alan al que le quisiera responder. Marian tenía el dinero suficiente para decorar todas las casas del pueblo, pero Elisa no.

–Elisa se presentó como tu prometida, y nos ha dicho que le has dado vía libre para gastar en todo lo que quisiera para decorar tu casa. El caso de Eduardo, que todos sabemos que está sin blanda, va a cuenta de futuras cosechas –aclaró el responsable de las camas con dosel.

–Eduardo se va a poner a bailar en una pata de la emoción –comentó Alan, y Marian agachó la cabeza. No podía creerlo de Marian que siempre miraba a la cara y soportaba los contratiempos con estoicismo. Pero allí estaba avergonzada por lo que estaba haciendo, y quizá, aunque Alan lo dudaba, algo temerosa por la reacción de Eduardo.

–Tiremos la moneda para la cama –dijo Elisa, y rebuscó en su cartera–. ¿Cara o cruz? –preguntó a Marian.

–Cara, ya sabes que siempre elijo cara –aclaró Marian, y Alan pensó que en esa moneda se habrían jugado varios de los detalles que había en su casa y la de Eduardo. ¿Cuál de los dos habría salido beneficiado en el sorteo de la mesa laqueada de blanco y las sillas con flores lilas? Con la suerte de Marian no tenía dudas de que era Eduardo, que tendría en su cocina una tosca mesa de algarrobo que iría mejor con su personalidad de rudo campesino. Lo maldijo al recordar que la que le había tocado a él no pegaba ni a palo con su estilo desfachatado.

¡Y salió la maldita cara de Marian! Alan ya no tuvo dudas de que su madre, que tenía la suerte del empresario exitoso, siempre había salido beneficiada en los sorteos.

–Me quedo con la de madera oscura –dijo Marian, y se ganó la mirada furiosa de su hijo.

–Lo has hecho a propósito, Marian –dijo Alan indignado.

–Querido, ya perdí el juego de cocina y Eduardo debe estar sobre unas sillas con almohadones de volantes rosas; y su plato de comida, si aún no lo estampó contra la pared, debe estar sobre una mesa tan rosa como los volados de los almohadones –aclaró Marian, y se levantó–. Tengo que trabajar. Si Ofelia te puede reemplazar en la tienda, te espero en el campo así me das tus buenos consejos.

–En tres horas estaré allí –aclaró Elisa, y se levantó.

–Elisa, definamos las cortinas de la habitación, así voy cortando las telas. ¿Quieres que combinemos las colgaduras del dosel con las cortinas?

–Sí, claro, definamos las cortinas y combinemos las colgaduras –ironizó Alan, y para sorpresa de Elisa, él se sentó en la silla que había dejado vacía Marian. Elisa arqueó las cejas, y no tuvo otra alternativa que volver a sentarse.

–¿Estás seguro? Pensé que habías dejado todo a mi cargo –aclaró Elisa con esa inocencia en el rostro que nada tenía que ver con la mentira de sus palabras. Todo a su cargo, qué zorra, pensó Alan.

–Querida, si vamos a compartir la casa, lo menos que puedo hacer es participar en el decorado. Te aclaro que la alfombra blanca que pusiste en nuestra sala no ha sido una buena elección. Ya tiene dos manchas de barro y la tendrás que llevar a lavar –dijo Alan.

Elisa abrió y cerró la boca. ¡Compartir la casa! ¡Nuestra sala! ¡Llevar a lavar la alfombra! Eso no había estado en sus planes cuando decidieron con Marian vengarse porque los hombres no les permitían opinar en la sociedad que habían formado, siendo que Marian ponía buena parte del dinero y ella estaba a cargo de los gastos de su padre. Estaban tan indignadas de que las trataran como si no supieran nada de campos que habían ideado esta pequeña venganza.

En ese momento, Elisa estaba descubriendo que no habían tenido en cuenta las consecuencias de la venganza.

Ella era la responsable de lo que estaba pasando, se dijo mientras recorría con la mirada al grupo de personas que los rodeaban. Allí estaban los comerciantes que les traían los encargos para las dos casas, y los hombres que solían reunirse a almorzar, y las mujeres que se divertían escuchando lo que Marian y ella estaban haciendo en las casas de los hombres. Todos estaban atentos a las palabras de Alan, y a ella, que no salía de su estupor. Solita se había metido en semejante baile, y no sabía bailar tan bien como Alan en el arte del engaño. Él la arrastraría por el salón cual bailarina inexperta que se dejaba llevar como una aprendiz. La haría girar hasta dejarla mareada, y si quería le daría varios pisotones, que ella no sabría esquivar. Saldría agotada, maltrecha, con el vestido arrugado y los zapatos inservibles para seguir andando por caminos que no eran para ingenuas como ella.

Todo eso pasaba por su mente mientras escuchaba los murmullos de los hombres, que compadecían a Eduardo y Alan; y los cotilleos de las mujeres, que sacaban conclusiones a la velocidad de la luz. “Para Elisa vestido blanco, ancho y con una larga cola. Para Alan un frac”. “La novia tiene que llevar un ramito de violetas en la mano”. “Peinado suelto, con ondas grandes en la parte baja”. Los zapatos se los habían elegido blancos, con puntera y un taco de diez

centímetros; y las mujeres coincidieron que podrían ser los que Clara tenía en la zapatería del pueblo, esos que todas le habían echado el ojo pero ninguna se los podía permitir porque eran demasiado costosos para andar por el centro, pero no para subir las escaleras de la iglesia y caminar por la alfombra roja que ponía el padre Luis para los casamientos. Elisa estaba aturdida, desesperada y enojada con ella misma. Qué estúpida había sido al creer que podía vengarse de Alan Martín, el hombre que le había ganado todas las batallas.

Alan sonreía. La dulce niña había caído en su propia trampa, pensó. Si hubiera sido un príncipe de cuento habría salido en su rescate, pero él era un demonio y no sabía cómo rescatar princesas avergonzadas y con las mejillas teñidas de rubor.

No hubo necesidad de rescate por parte de príncipes poco atentos a la galantería porque Elisa se levantó y salió corriendo. Alan se vio rodeado de gente que lo miraba como si esperaran que confirmara el ramito de violetas que llevaría en la mano o los zapatos con taco de diez centímetros de la zapatería de Clara.

–Pon a mi cuenta los zapatos, y resérvalos para Elisa –dijo Alan para asombro de todos, y se marchó.

Si bien ella estaba convirtiendo la casa en una de muñecas, todo el desastre que estaba haciendo le dio esperanzas. La mesa laqueada de blanco no quedaba tan mal, se dijo y sonrió. Pero poner cortinas rosas, eso sí que no le iba bien, y se imaginó a Eduardo con el cabello entrecano, los ojos grises tormentosos y la barba de un día, almorzando sobre una mesita rosa y sentado sobre una silla con volados rosas. Marian seguramente no la pasaría muy bien cuando él descubriera que ella era la causante del desastre en su casa.

Llegó a la camioneta y vio a Carla parada junto a la puerta del conductor con las manos escondidas tras la espalda. Tuvo ganas de sacarla de un empujón, pero a pesar de que se decían las peores cosas de él, no maltrataba a las mujeres.

–Te vas a casar con ella –dijo Carla refiriéndose a Elisa como ella. A Alan le dolió. Habían sido amigas inseparables, y Carla la había traicionado de la peor forma.

–Sí –dijo Alan como toda respuesta–. Hazte a un lado que me tengo que ir.

–Lo siento –dijo Carla.

Alan no sabía qué era lo que sentía, si su casamiento con Elisa que estaba más verde que las hojas de los árboles, o su maldad de dos años atrás.

–Me convencí de que la odiabas, y estaba segura que me querías a mí. Siempre te escondías para mirarnos, y creía que lo hacías por mí. Siempre fui más linda que ella. Pero me equivoqué –dijo Carla a modo de explicación.

–Tengo que trabajar –dijo Alan para que se apartara.

–Ella te adoraba, y yo me indignaba porque se la pasaba diciendo que te quería –siguió Carla sin importarle que Alan no quisiera escucharla–. A veces pensaba, pobre tonta, si supiera que él está enamorado de mí.

Alan la miró con desprecio. No dijo nada, y Carla siguió con su lamentable discurso.

–Cuando nos dijiste que habías estado con ella, que habías sido el primero... la odié. Antes le tenía lástima, pero ese día la odié.

–Eres una mujer despreciable –dijo Alan como respuesta–. Con amigas como tú quién necesita enemigos.

–Cuando llegó tu amigo Miguel y te sacó de la casa de Adriana, lloré toda la noche al saber

que te habías acostado con ella. Me dije, no tiene nada que agrada a los hombres, y mucho menos a ti. ¿Por qué ella y no yo?, me preguntaba.

–Tengo mucho trabajo pendiente –dijo Alan tratando de sacársela de encima sin mucho éxito, ya que ella estaba dispuesta a seguir.

–Tengo dos abortos. Uno en la fecha que lo tuvo ella.

Alan la miró horrorizado. Elisa le había dicho que nadie lo sabía, pero allí estaba esa falsa amiga diciéndole que sabía que Elisa había perdido su hijo.

–Si hubiera sido un hijo tuyo no lo habría abortado como lo hizo ella –aclaró Carla.

Alan creyó que se iba a desmayar. Elisa no lo había tirado, lo había perdido. Eso le había dicho llena de dolor. Pero Carla le decía que se había deshecho de su hijo. Estaba sola, no quería que la juzgara el pueblo, no quería que se enterara su padre y quizá... De un empujón apartó a Carla y se subió a la camioneta. Mientras se alejaba vio por el espejo retrovisor a Carla alejarse con su andar despreocupado. Tanto veneno le revolvía el estómago. Lo que Alan no supo fue que Carla entró en la tienda de Elisa, estuvo más de diez minutos y luego salió sonriendo.

Elisa no era una mujer que supiera de odios, pero a veces la gente se esmeraba en hacerse odiar. “El odio no es bueno”, solía decirle Eduardo que había sufrido bastantes contratiempos en su vida, y a pesar de ello y de su carácter voluble en los últimos tiempos, no odiaba a nadie. Pero ella, ella no podía apartar esas ganas que tenía de destruir a todo el que se atreviera a mentir sobre la pérdida de su hijo. Le había dicho a Alan que lo había perdido, pero ahora él estaría pensando que se había deshecho del estorbo, como le había aclarado Carla cuando entró y aprovechando que estaba sola se despachó con todas las mentiras que le había contado.

La mujer que había creído su amiga, la que conocía todos sus secretos, estaba empeñada en quedarse con Alan. “Es tuyo”, le había gritado Elisa para que se fuera. Y con esas palabras Carla atravesó el umbral de la puerta con ese gesto altivo y esa sonrisa de triunfo que Elisa nunca había detectado hasta que abrió los ojos, dos años atrás, y por fin se permitió ver que Carla no era lo que ella quería ver, sino una mujer que la envidiaba. ¿Por qué?, si ella solo era un deslucido reflejo de la deslumbrante belleza de Carla.

Ofelia entró en ese instante y vio a su sobrina con los ojos llenos de lágrimas. Elisa, antes de que su tía se pusiera a indagar, le dijo.

–Marian me espera en los campos que compró. ¿Podrías hacerte cargo de la tienda durante la tarde, tía?

–Claro, querida, sabes que me encanta quedarme a cargo de la tienda –dijo Ofelia–. Nadie merece tus lágrimas, Elisa –aclaró, y se alejó al saber que su sobrina no querría hablar del tema. Ella no sabía por qué lloraba, pero había visto desde la peluquería salir a Carla con una sonrisa de triunfo. No entendía como Elisa nunca había querido ver lo despreciable que era esa amiga que ella siempre había adorado, por suerte en los últimos años se habían distanciado. Aunque Ofelia sabía que Carla se las ingeniaba, las pocas veces que se veían, para hacerla llorar.

Elisa la miró y le sonrió. Desde que Marian había regresado y su tía se ocupaba muchas tardes de la tienda había comprobado que Ofelia había hecho un agradable cambio. La gruñona iba quedando atrás y en su lugar había una mujer zagas, inteligente y comprensiva. Además, estaba bonita con sus batones nuevos y el cabello teñido de color chocolate y peinado de peluquería. Se acercó, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Si Alan creía lo que decía Carla, ya no era asunto suyo. Ella aún lloraba la pérdida de su hijo



y no pensaba justificarse por algo que nunca había pensado siquiera hacer.

## CAPÍTULO 13

Toda la vida manejado de las narices por las mujeres, se dijo Eduardo. Algo debía tener de malo, algún karma de otra época. Quizá, había sido un torturador de mujeres, un asesino, o un libertino que las usaba para su propio placer, porque se había sacado de encima los muebles de Amanda y ahora estaba comiendo en una mesita más rosa que la que había tenido Elisa en su cuarto cuando era niña. Eso no le podía estar pasando.

Estaba que se lo llevaban los demonios. El teléfono no había dejado de sonar y así se había enterado que las que estaban tras ese desastre eran Marian y su dulce hija Elisa, que de dulce ya no tenía nada. Cada uno que llamaba le daba una versión diferente de los hechos, pero en todas las versiones estaban metidas Marian y Elisa. Marian, nada menos que Marian, que se había mostrado comprensiva con él cuando tiró todos los muebles y adornos de Amanda, se había atrevido a llenarle la casa de rositas.

Llamó a Viviana para preguntarle cuando llegaban las otras cortinas que había encargado Marian, y se mostró interesado por conocer el color que había elegido. La costurera se había mostrado reacia a responder, pero al final le comentó que Elisa y Marian habían decidido poner cortinas blancas con volados rosas en las habitaciones, tanto en la de él como en la de Alan. Eduardo supo sin necesidad de hablar con ninguna de las dos brujas, es decir Marian y su hija, que esta era la venganza que habían ideado porque no les dejaban meter las naricitas delicadas en los campos.

¡Qué tenían que meterse dos mujeres en las tareas de los hombres! Quino opinaba igual que él, pero Alan no. El muchacho les había anticipado que Marian se iba a vengar y no le creyeron. Allí, entre mesa rosa, alfombra peluda de color crema, adornos de bailarinas en la repisa, y ventanas que cubrían el sol con volados lila, estaba la prueba de que Alan había tenido razón.

Si había sido un asesino de mujeres o un libertino, ya lo había pagado, se dijo Eduardo mientras salía de la casa a buscar algunos implementos en el galpón. Entró y salió varias veces para traer escalera, pintura, brocha, y algunos muebles descuaajeringados que Amanda con todas sus ínfulas de grandeza había arrumbado porque eran viejos, obsoletos, pasados de moda, o tenían algún rayón que afeaban la casa. Se iba a deshacer de esos muebles que no había elegido él. Nunca más una mujer tomaría decisiones en su casa, se dijo.

Unas horas después, las cortinas estaban en el piso y los almohadones de volados rosas tirados en el jardín. Las sillas y la mesa rosa tenían ya una mano de negro, y la alfombra crema estaba acompañando a los almohadones. No los quemaría. No podía hacer desaparecer a Marian con una fogata, tampoco quería, pero se los dejaría en el ingreso de su casa como una señal de advertencia, se dijo.

Alan lo encontró en plena faena.

–Te lo dije –dijo Alan con una sonrisa–. Pero no me creíste.

–Si será víbora. Aún no entiendo cómo se ha animado a meter todas estas porquerías en mi casa. Creí que me había entendido cuando quemé todo lo que me recordaba a Amanda –aclaró Eduardo, que seguía en la tarea de ennegrecer la mesa rosa.

–La mía es blanca... y los almohadones tienen flores lilas –dijo Alan a modo de respuesta–. Se están jugando las cosas a cara o cruz –aclaró.

–¿Cómo?

–Te quedaste con la cama de dosel de madera oscura. A mí me tocó la blanca.

–¿Qué cama de dosel? ¡Acá no va a entrar ninguna cama de dosel! –aclaró Eduardo.

–Entrar va a entrar, porque ellas trabajan cuando no estamos en las casas –Alan sonrió.

–Si te explicaras –dijo Eduardo que cada vez entendía menos.

–Las están decorando iguales. Elisa se ocupa de la mía y Marian de la tuya. Si no consiguen las mismas telas o los mismos muebles, se los juegan a cara o cruz. Marian siempre elige cara, por lo que me enteré. Recién estuve en el bar y vi cómo se divertían a nuestra costa. Están rodeadas de todos los comerciantes del pueblo, y en el bar deciden el decorado de nuestras casas. Escuché y vi como Marian se quedaba con tu cama de madera oscura, con dosel –aclaró Alan como si quisiera recordarle ese detalle de la cama–. Me indigné, ya que la tuya será algo más masculina que la mía, que será blanca con volados rosas –dijo Alan con los dientes apretados.

–Qué raro que la zorra de tu madre no me encajara la blanca –dijo Eduardo, y se frotó el mentón.

–Se divierten a costa nuestra. Pelean como locas por las cosas diferentes. Y no te imaginas lo bien que la están pasando tus amigos y los míos. Esto es una payasada, y una venganza porque no las dejamos participar en los campos –comentó Alan.

–¿También se jugaron la mesa? –preguntó Eduardo, y señaló la mesa antaño rosa y ahora negra.

Alan asintió, y sonrió.

–Están locas. Elisa nunca fue así, tu madre la está pervirtiendo –aclaró Eduardo.

–¿Por qué no las dejamos participar? –sugirió Alan.

–No. De ninguna manera –aclaró Eduardo–. Siempre he hecho todo solo en los campos. Nunca le he permitido a Elisa que se entrometiera en mis asuntos, y después de lo que han hecho, no voy a ceder.

–¿Alguna vez tu hija te hizo alguna sugerencia? –preguntó Alan interesado.

–Se ha puesto a investigar sobre la siembra de tierras áridas, y en una época me insistía para que desmontáramos y sembráramos pastura. Una idea totalmente descabellada porque requiere mucha inversión para un beneficio mínimo –dijo Eduardo, y Alan se asombró del padre ejemplar.

–¿Eso fue antes o después de que instalara la tienda de regalos? –preguntó Alan.

–Fue antes. Le compré el local y el departamento para que dejara de entrometerse en los temas de campo. Quería que hiciera algo más femenino, algo que fuera más de su gusto –dijo Eduardo.

–La manipulaste –rectificó Alan.

–Por supuesto que no.

–Te tenía por un padre ejemplar, y resulta que eres un asqueroso machista que apartó a un lado a su hija solo porque es mujer. Y ahora, Marian y Elisa están en un proyecto del que no sabemos nada, pero sospecho que tiene que ver con las pasturas. Si Marian ha aceptado las sugerencias de Elisa, te aclaro que allí hay dinero del bueno –dijo Alan, y Eduardo lo miró con el ceño fruncido.

–Qué sabe Marian de campos –siguió insistiendo Eduardo en su tozudez.

–Sabe de negocios, y mucho. No deberías menospreciarla porque puede llegar a hundirte – dijo Alan, y Eduardo lo miró asombrado. Ella parecía tan frágil, pero tras esa apariencia no debía olvidar que se escondía una mujer que había caído a un pozo ciego y había salido fortalecida.

Pocos días después, Eduardo comprendió el error de haberle tirado todos los muebles en la puerta de su casa. Marian no lo hundió como había pronosticado Alan, pero no lo miró más, tampoco siguió con la idea de decorar su casa con volados rositas, en realidad a su casa no llegó ni un solo mueble más, y Eduardo tenía ganas de ir a buscar los almohadones con volados y pintar de nuevo la mesa de rosa para que ella regresara. Pero no lo hizo.

Lo que hizo fue acercarse a la casa de Alan, que lo recibió con una radiante sonrisa, como si supiera que iba a husmear. Y sí, quería comprobar si Elisa había seguido con el decorado. Alan lo llevó a dar un paseo por todos los ambientes. Aun faltaban muchos muebles, pero Eduardo tuvo que reconocer que las cortinas de la sala, a pesar de los volados lilas, quedaban bien con las macetas de plantas que había por todos lados, y que el sillón de cuero negro hacía un lindo contraste con los almohadones floreados.

Entró a la cocina y le pareció que no quedaban tan mal los almohadones de flores lilas con esas piezas rústicas de madera oscura que adornaban las paredes y las ollas de cobre que colgaban sobre la mesada. Ellas habían puesto el toque femenino en primer lugar para hacerlos rabiar, y luego lo había suavizado con algunos adornos toscos que le daban encanto y rompían muy bien el lado femenino.

–No está mal –dijo Eduardo.

–Si hubieras esperado un poco...

–Soy impulsivo –dijo Eduardo a modo de respuesta.

–Deberías pedirle disculpas –dijo Alan refiriéndose a Marian.

–No –dijo Eduardo, y Alan sonrió.

–La habitación es realmente alarmante –aclaró Alan, y se dirigió a las escaleras. Eduardo lo siguió.

–Al menos me salvé de la cama con dosel. No alcanzó a llegar –dijo Eduardo.

–Se la quedó Marian, la tiene en su habitación –aclaró Alan.

De solo pensar en la habitación de Marian y en ella tirada desnuda sobre la cama cubierta por cortinas transparentes se puso duro.

Alan abrió la puerta, y Eduardo se quedó paralizado.

–¡Dios mío, qué horror! –exclamó Eduardo, y Alan entrecerró los ojos–. No te imagino durmiendo acá –aclaró mientras miraba las cortinas rosas con volados blancos, la alfombra tan rosa como las cortinas y esas plantas con pequeñas margaritas de distintos colores, demasiado femeninas para su gusto.

–Bueno, me he trasladado al lado –dijo Alan con algo de culpa–. Ya intentaré conciliar para poder cambiar esas cortinas y la alfombra por algo bordó.

Salieron de la habitación y cuando Alan abrió la siguiente puerta, Eduardo se echó a reír. Solo un colchón con las sábanas revueltas y montones de ropa tirada sobre unos sillones de cuero marrón y una mesa de madera de algarrobo, bien rústica, bien de campo. No había cortinas y los vidrios de los ventanales dejaban entrar la luz del sol durante el día.

–Te estás acostando con mi hija –dijo Eduardo sin mirar a Alan.

Alan se tensó, por suerte Eduardo estaba de espaldas.

–Te estás acostando con Marian –devolvió la afirmación.

–Somos grandes, no tengo por qué darte explicaciones. Pero tú sí tienes que responder –dijo Eduardo, y se giró para mirar a Alan–. Mi hija es joven y no quiero que salga lastimada por tu culpa.

Si supieras cuánto la he lastimado, pensó Alan.

–No voy a lastimarla –aclaró como única respuesta.

Eduardo lo miró serio.

–¡Ya te dije que no voy a lastimarla! –gritó Alan, y fue a pararse junto al ventanal–. Ya la he lastimado antes. Pero he cambiado. Maldición, acaso no lo ves –dijo dolido.

–Sí, lo veo –dijo Eduardo, y se alejó–. Te espero en los campos.

A veces los silencios valen más que mil palabras. Ninguno de los dos había confirmado la suposición del otro, pero los dos sabían la respuesta del otro, y el “te espero en los campos” era la aceptación de Eduardo a la relación de Alan con su hija. Solo faltaba que él lograra acercarse a ella sin hacerle daño.

\*\*\*\*\*

Pasaron los días y las semanas se convirtieron en dos meses. Dos meses en los que habían sucedido muchas cosas, salvo tener a Marian en sus brazos, pensó Eduardo con cierta nostalgia sabiendo que el único culpable de que Marian se hubiera distanciado era él.

Alan había prometido drenar los campos inundados de los vecinos del pueblo y lo había logrado. El sencillo sistema de drenaje consistía en una gran canaleta sobre la parte más alta de las tierras que recibía el agua que bajaba de la montaña, y unos canales subterráneos que descendían y llenaban los tanques de agua que estaban construyendo. El excedente iría al río.

Esos tanques recibirían el agua de las inundaciones y servirían para soportar las épocas de sequías. Si bien los campos aún seguían embarrados, ya no había lagunas por todos lados y los campesinos estaban pensando en las siembras. Todos habían trabajado en equipo, y Eduardo no podía más que admirar el ingenio y la capacidad de Alan para organizar las tareas. En solo dos meses todo estaba regresando a la normalidad.

En los inútiles campos de Eduardo pastaban los caballos de carrera, y se veían cinco enormes silos que en pocos días estarían terminados. Por fin habían dejado de discutir sobre animales o siembras, y la empresa que habían formado se mantendría con el alquiler de los silos que albergarían las semillas de los campesinos hasta el momento de la exportación. Tanto trabajo de desmonte, y la mayoría de las tierras desmontadas estaban al vicio.

A Eduardo no le importaba, la idea de los silos lo tenía entusiasmado porque no vivirían pendientes del clima. Nada de esperar la cosecha para obtener ingresos. El muchacho tenía ingenio y había encontrado una beta no explotada en la zona.

En poco tiempo empezarían a recibir las ganancias, pensó Eduardo y miró las dificultades en las que se habían embaucado Marian y Elisa, que estaban en plena faena en los campos que había comprado Marian pegados a los suyos.

Mientras ellos en dos meses habían logrado un enorme progreso, las mujeres seguían empecinadas en tierras que no servían para nada. Aunque Marian había aprovechado el sistema

de tuberías de Alan para hacerse con un tanque de agua para sus campos.

Marian había seguido con esa loca idea de comprar campos inservibles, y ya tenía mil hectáreas desmontadas. Los campesinos se reían en el bar cuando se encontraban por las noches a beber una cerveza. Todos hablaban de que Marian era una compradora impulsiva, que como no sabía nada de campos compraba lo que le ofrecían. Muchos de ellos se habían hecho su agosto con ella y se burlaban frente a los pueblerinos de su escasa capacidad empresarial.

Marian estaba quedando en ridículo y Eduardo se enfurecía por las burlas de los vecinos. Pero qué podía hacer si él había hecho lo mismo, no en público, pero si le había recalado que no se metiera en temas de los que no sabía nada. La había tratado de convencer de que dejara de comprar porquerías mientras le hacía el amor, pero ella le había pedido que no hablaran de negocios en los momentos de intimidad, y él dejó de aconsejarla.

Pero eso era pasado, se recordó. Hacía dos meses que no se hablaban. Cada uno andaba por su lado. Y mientras ellos calculaban las ganancias que tendrían, las mujeres seguían perdiendo dinero en esos campos inservibles, porque su hija se había pegado como lapa a Marian.

Eduardo se contentaba con ver a Marian de lejos. En ese momento las dos estaban montadas sobre una topadora, paseando por los campos arados, no trabajando, ya que ninguna era hábil para las tareas. Ya no tenía dudas de que estaban por sembrar pastura como Elisa siempre le había sugerido.

La carcajada de las dos llenaba el silencio de los campos, era como si jugaran a ser campesinas mientras andaban en la topadora. Al menos su hija venía con vaqueros, remera de algodón y zapatillas. Pero Marian... Marian aún no se bajaba de los tacos ni se sacaba esa ropa yanqui de seda que tanto le gustaba y que era ridícula para andar por los campos. Parecía una modelo que habían traído para hacerle fotos en un lugar que contrastaba con su atuendo de diosa.

A Eduardo le había gustado más verla desnuda, abrazada a él hasta el alba, que era cuando se iba para dejarle en claro que entre ellos no había más que sexo. Pero todas esas escenas solo eran un recuerdo, se dijo como hacía siempre que recordaba sus pocos encuentros. La ridícula decoración de la casa los había distanciado, y la culpa era suya que le había tirado a Marian todos los muebles, cortinas rosa y adornos de bailarinas en la puerta de su departamento.

El sol se escondía tras las lejanas montañas. El verano estaba cediendo lugar al otoño y los días se acortaban. Elisa solía regresar a la tienda a las cinco y media de la tarde para ayudar a Ofelia, que gustosa se hacía cargo del negocio.

Eduardo no entendía por qué su hija estaba empecinada en ese absurdo. Su hija prácticamente había abandonado la tienda, que era un negocio próspero y con buenas perspectivas de seguir progresando en el futuro, pero ella lo había dejado en manos de su tía, como si le dijera sin palabras, esto era lo que siempre había querido.

Eduardo llevaba dos meses recordando las palabras de Alan. “La manipulaste”. Y sí, la había manipulado y se sentía mal por no haberla escuchado. Marian la había escuchado y estaba dándole a su hija toda la confianza que él le había negado.

Era tan fácil juzgar las acciones de otros padres, y tan difícil ver los propios errores, se dijo Eduardo mientras veía la pobre y destartada camioneta de su hija perderse en el horizonte.

Caminó hasta los campos que Marian le había comprado al ermitaño y se paró junto a los alambrados que los dividían. Marian lo miró sería, la sonrisa que la acompañaba desde que había llegado al pueblo había desaparecido para él.

–No me animo a cruzar los alambrados por miedo a que me vuelen el sombrero de un escopetazo –aclaró Eduardo, y se relajó cuando ella arqueó las cejas.

–Pues hoy estás de suerte, vaquero, porque me olvidé las pistolas –dijo Marian, y le hizo señas con la mano para que entrara a sus campos–. Mi capataz tiene órdenes de correr a los entrometidos, pero como puedes ver ya se han ido todos.

Eduardo puso un pie en el alambre, lo bajó y se filtró en los campos de Marian. Unos pocos montes, los que exigían los reglamentos, estaban dispersos en la extensión de tierra, el resto estaba todo arado y listo para la siembra. Marian lo miró con cierto recelo. Claro, después de haberle tirado todos los muebles y adornos no estaba feliz de tenerlo en sus tierras.

–Puedo –dijo Eduardo señalando los galpones que estaban construyendo cerca del camino de tierra.

–Haz de cuenta que estás en tu casa. Si quieres puedes decorarlo a tu gusto, bien macho – aclaró Marian, y Eduardo recibió el palo con una sonrisa de lado.

–No me meto en terreno ajeno –dijo Eduardo, y siguió caminando con ella a su lado. Eduardo no tenía idea cómo se las ingeniaba para caminar por esas tierras aradas sin dar traspies–. Parece que has aprendido a moverte con tacos.

–Son más bajos, por eso ando a mis anchas –aclaró Marian.

–No sabes cuánto extraño esas sillas con volados rosas –dijo Eduardo mientras entraba a un galpón enorme, pero totalmente vacío. No había caballerizas, no había nada, ni siquiera un tractor, pensó lleno de intriga.

–Mentira –respondió Marian sin mostrarle su cálida sonrisa.

–Aún estoy esperando la cama de dosel –siguió hablando de los muebles–. Y las cortinas rosas con volados blancos –la miró y le sonrió–. Soy impulsivo, me enojé y te lancé todo a la puerta de tu departamento. Después me arrepentí, pero no soy de disculparme por mis errores.

–Ya me he dado cuenta –dijo Marian, que estaba apoyada contra una de las paredes del enorme galpón–. Sería bueno que aprendieras.

Eduardo se acercó a ella, apoyó las manos en los ladrillos a ambos lados de su cuerpo, y Marian quedó acorralada contra la pared.

–Acepto todos tus muebles de princesa si vienes a vivir conmigo –dijo Eduardo, y vio como ella se tensaba. A los pocos segundos recuperó la compostura, esa seguridad que Eduardo creía que era más una máscara que una realidad. Ella en el fondo era una mujer llena de miedos.

–Ni en tus mejores sueños, cariño –respondió Marian.

–En mis sueños me despierto a tu lado –dijo Eduardo, y acortó la distancia que los separaba hasta convertirla en dos cuerpos pegados que ardían con el calor de la necesidad, ese deseo febril que solo las caricias de las manos del otro era capaz de calmar–. Te amo –dijo Eduardo.

Marian se quedó perpleja y sin saber qué decir.

–No lo digas. No compliques nuestras vidas –dijo Marian en un susurro.

–Nuestras vidas se complican cuando estamos separados, Marian.

–Nunca podría estar con un hombre que no me considera su igual –dijo Marian.

Eduardo la comprendió. Ella se había hecho sola en la vida, era una mujer inteligente y le estaba reprochando que la hubiera menospreciado. Una mujer de mundo y un machista no podían congeniar, se dijo, y supo que era él quien tendría que cambiar, aunque no sabía cómo lo lograría.

–Tú vienes de la gran ciudad, donde las mujeres se mueven a la par de los hombres; en cambio yo nunca he salido de un pueblo de costumbres antiguas donde es el hombre el encargado de llevar el pan a la mesa.

Marian negó con la cabeza.

–¡Cuánto daño debe haber sufrido tu orgullo al tener que recibir la ayuda de tu hija! Pobre Elisa, la compadezco –dijo Marian, y Eduardo se apartó.

–También yo –dijo Eduardo, y caminó por el galpón sintiendo el dolor de la certera conclusión de Marian–. ¿Sabes la cantidad de veces que quiso darme sugerencias para esas tierras inútiles?, y en lugar de escucharla le compré un local y un departamento para que no se entrometiera en mis campos. Me debe odiar por ser tan machista –dijo Eduardo–. ¿Te contó que nunca le presté mi camioneta porque tenía miedo que la chocara? –preguntó pero no esperó respuesta–, Le compré una toda herrumbrosa pensando que si la chocaba no se sentiría mal. Y lo más gracioso es que ella nunca le hizo un raspón y yo ya le he dado varios golpes a la mía.

–Bueno, los padres siempre hacemos algo mal –dijo Marian para tratar de sacarle las culpas que se estaba echando encima.

–Las mujeres siempre me han manipulado y me defiendo como puedo, con machismo, con orgullo o con lo que tenga a mano –dijo Eduardo, y se giró para mirar a Marian–. Tú llenaste mi casa de muebles cuando sabías que había quemado todo lo de Amanda –se justificó–. Marian, no debería haberte tirado todo, pero me sentí otra vez manejado –aclaró.

–Te entiendo. Pero yo prefiero mantenerme lejos de los hombres que actúan movidos por impulsos –aclaró Marian.

Eduardo frunció el entrecejo, ella acababa de dejar al descubierto algo del pasado. Huía de los hombres impulsivos. Una pequeña información que le serviría para descubrir lo que Marian escondía con tanto esmero, pensó Eduardo.

Marian descubrió su error en el entrecejo fruncido de Eduardo, que se valía de cualquier comentario suyo para descubrir su pasado. No le daría pie a seguir indagando, se dijo, e impostó una sonrisa para distraerlo.

–El rosita no es mi color preferido –comentó Marian cambiando el tema de conversación.

–Al menos coincidimos en que no nos gusta el rosita, y me queda claro que lo tuyo fue una simple venganza porque no te prestamos atención –dijo Eduardo, y la observó esperando su reacción.

–Crees que las mujeres solo servimos para el hogar, pero ni allí dejas que nos metamos –dijo Marian, se quería ir porque él le hacía cometer errores, y porque ese te amo la podía vencer. Él llevaba impresa en la frente la palabra peligro, y ella no pensaba poner en riesgo la libertad que tanto le había costado conseguir, y decidió marcharse.

–Empecemos de nuevo. Conciliemos. Hablemos de los muebles que te gustan –dijo Eduardo de forma atropellada, para evitar que ella se fuera.

Marian se detuvo y cuando se giró a mirarlo le sonrió, pero era un gesto tan cínico que Eduardo apretó los puños.

–No son los muebles. Nunca lo fueron. Tú eres más machista que mi hijo. Un punto en contra para ti, Eduardo.

–¿Acaso me estás evaluando si sirvo o no como hombre? No puedo creerlo, Marian. Yo no te haría daño –gritó Eduardo al ver que ella se alejaba.



–Eso lo decido yo –dijo Marian, y siguió avanzando para huir de él.

Pero Eduardo no se daba por vencido.

–Devuélveme la cama de dosel, las sillas con volados rosas y... quédate a dormir conmigo una noche hasta que la mañana nos encuentre abrazados. No pongas distancia entre nosotros. Treinta y un años ya han sido más que suficiente. Nos merecemos algo más que sexo a la orilla de un camino –dijo Eduardo.

Marian detuvo su avance, y cuando se volvió a mirarlo, Eduardo vio que los separaba un mar embravecido con olas tan inmensas que eran imposibles de campear.

–Qué sabes tú de distancia y tiempo. No hay distancia ni tiempo en mi vida, para nadie. Solo existe el hoy, el ahora. Eso es lo que hay, y nunca habrá otra cosa –dijo Marian a la defensiva. Toda la dulzura de su rostro se había borrado y ahora solo se veía un gran vacío, un pozo ciego al que nadie podía entrar y mucho menos escarbar para descubrir lo que se ocultaba en el fondo, donde ella guardaba todas las respuestas que no pensaba dar.

–¿Qué pasó, Marian? ¿Qué te hicieron para que no permitas que nadie entre en tus recuerdos, ni en tu vida?

–No vivo de recuerdos, Eduardo. Solo vivo del presente, y no apuesto por el futuro –aclaró Marian, y Eduardo se asustó.

–Pues a mí me gusta recordar el pasado. Hay momentos inolvidables que me hacen sonreír, y otros me dejan tan mal que termino dando puñetazos a la pared. Pero todos han hecho de mí lo que soy. Y por lo que veo, tú te has convertido en una mujer encantadora y llena de valores –dijo Eduardo y se acercó dos pasos, que ella retrocedió asustada. Quería convencerla, pero no sabía con que armas luchar si ella cerraba con candados las puertas de su vida.

–¡Qué sabes tú! No tienes ni idea en quien me he convertido –dijo Marian furiosa. Eduardo podría haberse asustando al ver el odio en la mirada de Marian, pero supo que no iba dirigido a él, sino a aquel pasado al que no quería regresar, el que mantenía encadenado con la equivocada creencia de que así lo podía mantener alejado.

–Te amaré siempre –repitió Eduardo las palabras de Marian–. Te lo prometo –dijo, y vio el brillo de las lágrimas en sus ojos. Se acercó a ella creyendo que se alejaría, pero Marian se había quedado sin ganas de luchar. Eduardo la abrazó con tanta ternura, que ella por primera vez se dejó llevar y lloró por todos los años que había tenido que ser fuerte. Por la valentía que había impostado para sobrevivir, por la lucha sin armas en un mundo lleno de malicia, por la sonrisa que le permitía mantener a raya la amargura, por la amabilidad que ocultaba su rencor, su dolor, y por esa serenidad que le permitía olvidarse del miedo a sufrir un daño que no la dejaría volver a levantarse. Ya se había recuperado del pasado, pero no confiaba en la gente. La gente podía derrumbar en un instante la vida que se había construido. A pesar de ello, allí estaba dejando a Eduardo que la consolara, aunque él no sabía el motivo por el que necesitaba consuelo–. Me odio porque nunca te las dije, Marian. Pero a pesar de no haberte prometido amor, siempre te amé.

–No quiero que me ames. No quiero que creas en una vida que no tendremos.

–Estamos teniendo una vida, Marian, solo que tú la quieres a media –dijo Eduardo en un susurro.

–He vivido sola muchos años. Ya no podría compartir una cocina –dijo Marian a modo de ejemplo.

–Pues, ahí la tienes, para ti solita, si eso te hace feliz.

–No seas tonto, solo era un ejemplo.

–Entonces, lléname de ejemplos y yo te los iré solucionando –dijo Eduardo.

Marian se separó de él, le sonrió y le enmarcó el rostro.

–Estás empeñado en conseguir lo que quieres –lo besó–. Toma lo que hay, que ya es mucho.

–Solo quiero una noche completa y un desayuno juntos por la mañana. ¿Es tan difícil para ti complacerme?

Marian nunca había compartido una noche de sueño con sus amantes, mucho menos un desayuno por la mañana. Pero Eduardo estaba allí, casi suplicando una relación más estable. Él era un hombre transparente. Si se enojaba gritaba y si amaba lo decía. Era un campesino machista y testarudo, pero era íntegro. Ella de joven había soñado con lo que él le pedía. Había soñado... y se había estrellado contra un paredón de granito una y mil veces hasta quedar tan rota que nunca logro juntar todos sus pedazos. Se había rearmado, pero faltaban piezas que nunca podría recomponer.

Cómo explicarle que ella no estaba entera, que tenía dudas, miedos y muchas inseguridades a pesar de que todos la veían como la mujer más segura del mundo. Ya no era una soñadora de noches abrazados y desayunos compartidos. La libertad le daba la seguridad de que ningún hombre podía tomar decisiones sobre su vida.

–Lo siento. No puedo –dijo Marian, y salió huyendo de Eduardo.

Eduardo la vio correr, trastabillar, enderezarse, seguir corriendo hasta esconderse dentro de la poca seguridad que le daba el Mini Cooper. No salió tras ella. Tenía claro que no quería a ningún hombre cerca. Solo relaciones sin ataduras, sin contratiempos, sin explicaciones, sin... eso lo despertó de su ensoñación.

Ella no podía atarse a nadie porque no estaba dispuesta a ceder su libertad. No tuvo dudas de que aquel pasado, que tanto intentaba mantener a resguardo, había sido una cárcel, y de ninguna manera saldría de una cárcel para meterse en otra. En lugar de estar furioso por su rechazo se sintió relajado. Ahora comenzaba a comprender los miedos de Marian. No conocía su pasado pero sabía de lo que huía.

Maldita mujer. Maldito el hombre que la había hecho tan desconfiada. Y maldito él por no tener ni un gramo de inteligencia para saber la forma de romper sus barreras, su falsa independencia y su simulada libertad. Marian era la mujer menos libre que él conocía. No se ataba a un hombre, pero vivía encadenada a un pasado que la tenía prisionera desde hacía más de treinta años.

## CAPÍTULO 14

–Pobre hombre. Me da pena. Es tan desarreglado. Y encima tú le has quitado los campos que eran su vida –dijo Ofelia mirando a Marian, que, ante el impacto que le causaron las palabras, detuvo la taza de café que se estaba llevando a los labios.

–¡Quinientos dólares la hectárea! ¡Me ha desplumado y tú dices que se los he quitado! –gritó Marian.

–Fui a verlo. Se ha comprado una casita en las afueras, allá perdida en medio de la nada, el pobre. Tiene las cabras tiradas por las montañas, pastando de los yuyos que encuentran –dijo Ofelia compungida. Marian abrió la boca para retrucar, pero Elisa le hizo un gesto negativo con la cabeza.

–¿Está linda la casita? –preguntó Elisa con una sonrisa.

–Preciosa, pero tan sola –dijo Ofelia–. Sabes, él no es tan grande. Apenas si tiene cincuenta y ocho años, y el pobre parece de setenta –dijo Ofelia, y Marian comenzó a comprender lo que Elisa le transmitía con gesto–. No tiene hijos. No tiene a nadie –siguió Ofelia–. Es amable, me invitó a comer huevos fritos. Yo comí dos pero él se comió cuatro.

–Un estómago a toda prueba –dijo Elisa, y Marian se concentró en su tasa para que Ofelia no viera su sonrisa–. Deberías ir a cocinarle, tía. Seguro que con tus comidas estaría encantado, y hasta creo que le mejorarías ese humor algo agrio.

–¿Te parece? –preguntó Ofelia mirando a su sobrina–. No quiero ser entrometida, aunque él me recibió muy bien. Me invitó a pasar, y al ver que vivía en la mugre me puse a limpiar y ordenar. Ya sabes que me gustan las tareas domésticas –dijo Ofelia, y se ruborizó.

–El humor mejora con sexo. Tanto a él como a ti les vendría muy bien –dijo Rosario que hasta el momento no había participado. Estaba en la mesada de la cocina amasando fideos caseros para festejar el éxito de Alan en el drenaje de los campos. Las mujeres estaban todas arracimadas en la cocina mientras los hombres se habían quedado hablando de los campos en la sala.

–Mamá –gritó Marian.

–Abuela –gritó Elisa al mismo tiempo. No era su abuela pero la llamaba así desde que había aprendido a hablar.

Rosario se giró y sonrió.

–No se hagan las remilgadas conmigo, que no nací ayer –dijo Rosario, y las tres la miraron con la boca abierta–. Acá la única que nunca probó el dulce es Ofelia –dijo Rosario, y Ofelia se puso colorada.

–¿Sabes los años que tengo? –dijo Ofelia horrorizada–. Estoy hecha un desastre –aclaró–. ¡Quién se atrevería a mirarme desnuda!

–Tonterías, con un poco de arreglo quedarías como nueva. Además, por lo que dices ese hombre también necesita chapa y pintura –dijo Rosario.

Elisa y Marian se miraron con la boca abierta.

–Mamá, tú ya debes estar jubilada en este tema, deja de aconsejar a Ofelia.

–¡Jubilada! De eso una no se jubila, querida. Puede ser que ya no sea como antes, pero a mi edad podemos probar otras cosas.

–Por qué no hablamos de otro tema –sugirió Marian.

–¿Te avergüenza que tu madre aún sea activa? –preguntó Rosario.

Quino estaba apoyado en el marco de la puerta escuchando a su mujer, y sonrió.

–Rosario, deja ya de contar pavadas –dijo Quino con dulzura a su mujer–. Siempre hace lo mismo, y deja a todo el mundo horrorizado.

–Me avergüenza tu descaro, mamá –dijo Marian, y se levantó a remover la salsa para las pastas–. Me alegra saber que aún disfrutas, solo que no me gusta que andes por ahí contando lo que haces con papá. Es un tema íntimo.

–Es un tema normal –dijo Rosario–. Mira Ofelia, tú vas a su casa y encaras. Si el hombre se echa atrás o se asusta, se lo pierde y punto –dijo Rosario, y Elisa y Marian miraron a Ofelia, que en lugar de estar sonrosada como ellas, estaba muy concentrada escuchando los consejos de Rosario.

–A los hombres las mujeres tan directas nos asustan. Mejor ve con tiento, Ofelia –dijo Quino, y Marian lo miró con la boca abierta.

–Dios mío, nunca pensé que escucharía esta conversación de mis padres.

Quino no le prestó atención.

–Aunque Rosario me conquistó así. Estaba tan desesperada por engancharme que se me tiro encima. La verdad es que me dio un susto de muerte –comentó Quino, y le guiñó el ojo a su mujer–. Con su método no nos fue tan mal –aclaró.

–¿Es cierto, abuela? –preguntó Elisa asombrada.

–Sí, era tan tímido que si no me le hubiera lanzado encima todavía estaría pensando si se me declaraba o no –dijo Rosario, y sonrió a su marido.

–Mi madre siempre ha sido una descarada –dijo Marian.

–Las mujeres tenemos que tomar el toro por los cuernos. Eso de esperar cociendo, bordando y cantando ya no se usa más –dijo Rosario, y Elisa tomó esas palabras como ejemplo. Si ella no hacía algo se pasaría la vida cociendo y bordando porque Alan no se le acercaría más después de sus confesiones.

Pero, para su sorpresa, mientras ella pensaba vio que su tía se levantaba de la silla, se acomodaba con las manos la falda del batón y seguidamente salía como un autómatas de la cocina.

–Tía Ofelia, ¿Adónde crees que vas?

–A tomar al toro, querida, antes de que otra me gane de mano. Ese hombre tiene algo de fortuna y ya he visto que varias mosquitas muertas se lo están tratando de agarrar de los cuernos –dijo Ofelia. Marian y Elisa se miraron asustadas, en cambio, Quino y Rosario sonrieron con complicidad.

–Ya hemos casado una, Quino. Nos faltan dos –dijo Rosario, y se giró para seguir amasando.

–¿Todo esto ha sido una farsa? –preguntó Elisa.

–No –dijo Marian–. Todo es real, solo que mi madre lo ha exagerado para infundirle valor a Ofelia. Prepárate mi querida Elisa, que ahora viene por nosotras –dijo Marian, y se levantó para salir a tomar aire. Su madre estaba loca de atar si creía que con unas palabritas la iba a sacar de su tan preciada independencia. Había luchado con toda su fuerza para ser libre y no estaba en sus

planes de dejarla escapar por un hombre.

–Tu hija está exagerando, abuela –dijo Elisa, que trataba de convencerse ella misma de esas palabras. Al ver la sonrisa pícaro de Rosario comprendió que Marian, a pesar de haber estado más de treinta años ausente, la conocía mejor que ella.

–Tú sabes lo que tienes que hacer –Dijo Rosario a Elisa–. Mi nieto lo ha dejado todo para regresar. Y te aclaro que no ha venido por sus abuelos, aunque me alegro de que esté de vuelta.

Elisa la miró con la boca abierta, y salió tras Marian para escapar de las palabras de Rosario.

–Otra más que salió huyendo de la cocina –dijo Quino, largó una carcajada y se acercó a su esposa–. No cambias nunca, ¡eh! Por eso te adoro –dijo, y le dio un dulce beso en la mejilla.

En la sala, Eduardo se ocultaba tras el periódico y sonreía por la conversación que le había llegado desde la cocina. Rosario era una mujer con una habilidad increíble para lograr que Ofelia saliera a cazar a Santiago Coronel como si se tratara de un ciervo. De solo imaginar a su cuñada, que no sabía nada de hombres, lanzándose encima del ermitaño, tenía ganas de largar una carcajada.

–Tu abuela no va a parar hasta ver casada a tu madre y a mi hija –dijo Eduardo sin levantar la vista del periódico.

Alan se giró y arqueó las cejas.

–Los candidatos somos nosotros, te lo comento por si no te has dado cuenta –dijo Alan, y esperó el estallido de Eduardo.

–Eso me temía –dijo Eduardo, y dejó el periódico sobre el sillón para mirar a Alan–. No quiero que mi hija sufra por tu culpa –aclaró el padre protector.

–No va a sufrir si me mantengo lejos –dijo Alan sin entrar en detalles.

–¡Vaya! Me sorprendes. Pensé que la amabas, aunque te has esmerado por años en ocultarlo –dijo Eduardo, que se levantó para acercarse a Alan y analizar sus gestos.

Alan se tensó.

–Eduardo, no se me da bien eso de amar. No soy un hombre romántico y estoy lejos de ser el príncipe con el que sueña tu hija –aclaró Alan para terminar esa conversación que no quería mantener.

–Eso salta a la vista.

–Elisa necesita un hombre como Ramiro o Ricardo –aclaró refiriéndose a los dos petimetres que siempre miraban a Elisa con adoración.

–Los intelectuales del pueblo. Los que siempre tienen un corte de pelo impecable y las madres les ponen almidón en las camisas. Los que nunca hacen nada reprochable y todo le consultan a mamá –comentó Eduardo–. La verdad es que esos hombres no son para Elisa, a ella le gustan los retos.

–¿Me estás ofreciendo a tu hija? –dijo Alan con una sonrisa ladeada.

–¿Acaso no me pediste mi permiso para regresar?

–¿Yo hice eso?

–Podrías haber regresado sin necesidad de formar una sociedad conmigo. Vamos, Alan, que no soy estúpido. Querías mi aprobación –dijo Eduardo, y Alan se apoyó contra el ventanal y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras con su sonrisa de desfachatado le daba la razón a Eduardo.

–Me traicionó el subconsciente. Venía decidido a mantenerme lejos de tu hija, pero a veces hablan mis sentimientos –aclaró Alan.

–Me dijiste que no tenías sentimientos. Parece que te empeñas en no dejarlos salir a la luz – dijo Eduardo, miró por la ventana y vio a Marian sentada en un banco bajo el árbol, y a Elisa entrar en el establo. Siempre que visitaba a Rosario terminaba refugiándose en el establo–. Le gustan los caballos –dijo Eduardo. Alan miró por el ventanal y se quedó mudo al ver que Elisa entraba en el establo. Justo allí tenía que ir a refugiarse de las palabras de la abuela. Acaso no sabía que el establo había sido su perdición dos años atrás. Dos años habían pasado, y ella estaba allí, tentándolo a cometer la misma locura. No pudo seguir recordando porque Eduardo siguió dando información que él quería escuchar–. Siempre quiso que le comprara un semental, y me negué por miedo a que se cayera y se desnucara. Le daba todo lo que estaba a mi alcance para verla feliz, pero nunca le di lo que ella me pedía. La llevé a danza de chiquita para alejarla del campo, y cuando no entró al *ballet* provincial por culpa de tu pelota me sentí feliz. Sabes que fue lo más insólito, que ella estaba fascinada de haber quedado afuera. Tú sabías que no quería entrar, por eso le lanzaste la pelota –afirmó Eduardo, Alan lo miró asombrado.

–No seas ingenuo, yo era terrible –dijo Alan. A pesar de sentirse contento de que Eduardo le reconociera algún mínimo mérito, no pensaba reconocer un pequeño acto de nobleza después de haber cometido tantas injusticias.

–El caso es que gracias a tu pelota Elisa se vio liberada de aquella presión.

Alan ya había escuchado suficiente para saber que Eduardo lo estaba impulsando a los brazos de su hija. Mantenerse lejos, se dijo recordando las palabras que le acababa de decir a Eduardo, y sonrió mientras salía de la casa para seguir a Elisa. Alguna excusa iba a encontrar para entablar una conversación, sin perder la distancia para no cometer el error de dos años atrás. Mantenerse lejos, volvió a repetirse. Eso era lo correcto, pero Alan Martín no sabía de reglas y entró al establo.

Dos años atrás él la había visto acariciando su semental. En ese momento ella hacía lo mismo. Si Alan pudiera retroceder el tiempo y borrar el desastre que ocasionó dos años atrás con su huida, si pudieran volver a empezar, la haría suya, se quedaría abrazado a ella y dos meses después los dos sonreirían felices por el hijo que venía en camino. Pero el tiempo aquel ya se había ido y él estaba en la etapa de pagar errores y saldar deudas.

Saldar deudas, se dijo Alan y sonrió. No lo estaba haciendo bien. Las deudas no se saldaban con culpas y remordimientos, sino con acciones. Caminó hacia ella y se paró detrás con las manos apoyadas en la valla de madera que la separaba de Diablo, envolviéndola con sus brazos sin que sus cuerpos se rozaran. Era una postura íntima, tentadora y sensual.

Elisa no necesitaba girarse para saber que en ese momento estaba ocurriendo lo que había sucedido dos años atrás. El perfume de Alan se mezclaba con el olor del establo. No estaban solos, en la cocina Rosario amasaba fideos para el almuerzo. Quino estaría removiendo la salsa para que no se pegara. Marian estaba sentada en un banco del jardín a escasos metros del establo, y Eduardo dando vueltas por algún lugar cercano. Pero ninguno de los dos pensaba en el festejo por el drenaje de los campos, en el almuerzo o en los familiares que rondaban por los alrededores. Elisa apoyó un brazo en la valla para no perder el escaso equilibrio que le causaba tenerlo tan cerca, y Alan deslizó su mano en la cintura. Ella cerró los ojos y rememoró el encuentro de dos años atrás, tan parecido a ese. Los abrió para olvidarse del pasado y regresar al

presente.

–Este era mi mejor recuerdo. Pero ya no lo es, este lugar trajo consecuencias que no puedo cambiar –susurró Alan en el oído de Elisa.

–A veces la vida da lecciones –dijo Elisa sin dejar de acariciar a Diablo.

–¿Y cuál sería el aprendizaje? ¿Cabronazo, ahora te toca pagar? –dijo Alan dando la respuesta en la última pregunta.

–Puede ser –dijo Elisa, y esbozó una sonrisa que él no vio.

–Debería alejarme, pero lo único que hago es acercarme a la tentación y abrazarla por la cintura –dijo Alan.

Elisa se tensó. Era una confesión muy bonita viniendo del duro de Alan. Tenía ganas de girarse, perderse en un beso mientras las manos de los dos arrancaban las prendas que les impedían cometer otra vez el más bello de los errores. Pero afuera estaban todos, y Alan no era un hombre que le inspirara confianza, después de todo nunca había sido de conformarse con una sola mujer. Se cansaba rápido, necesitaba la diversidad, y la que terminaría lastimada sería ella, otra vez ella. Lo amaba, y tenía que reconocer que por primera vez en años él estaba dejando a la vista que entre ellos había algo, que lo que había pasado dos años atrás no le había sido indiferente. Pero ¿cuánto tiempo le duraría el idilio? ¿Y si aparecía otra?, ¿y si se encandilaba con alguna bella turista?, ¿y si venía de improviso alguna de sus yanquis?, ¿y si se cansaba de la vida rutinaria del pueblo y regresaba a la gran manzana? No lo soportaría, otra vez no.

Tampoco se podía vivir según las suposiciones de su mente. La vida y el amor son como un juego de azar, a veces se gana y otras se pierde. Nadie puede predecir el futuro, solo se puede vivir el presente, y ella... ella nunca había tenido un presente feliz porque siempre había estado sufriendo por el pasado, por aquella promesa de Alan que trajo tanto desastre para los dos.

Ese era el momento justo para que su presente se proyectara lleno de felicidad para el futuro, pensó. Era una locura, pero ya estaba cansada de vivir según las normas. Las normas y la nobleza de sus actos le habían dado una vida de tristeza.

Por qué no probar a romper con todas las estructuras. Estaba en su momento cumbre para barrer con todos los esquemas, para tirar por la borda lo que debía y concentrarse en lo que quería hacer, y de sus labios salió una propuesta que solo hablaba del presente. El futuro lo guardó bajo llave para ella.

–Esta noche voy a traerle una manzana a Diablito–dijo Elisa, Alan la soltó sorprendido, y ella se escapó del establo antes de que él hablara.

Era la más sutil y a la vez directa invitación que Alan había recibido de una mujer. La historia se repetía no por las casualidades de la vida sino porque ella le estaba dando una segunda oportunidad que él no debería desperdiciar.

Al almuerzo organizado en la casa de Quino se sumaron Julián Pastrana y Ezequiel López junto a sus mujeres, que vivían en los campos linderos y se habían beneficiado con las compras de campos de Marian. También estaba Alfredo, el médico y amigo de la familia, y Dorita que lograba que la invitaran a las reuniones donde estaba Eduardo.

Todo iba mal para Marian, que estaba soportando con estoicismo las ironías sobre su pobre capacidad empresarial. Julián Pastrana llevaba la voz cantante. Marian ya se estaba cansando de escuchar que era muy redituable hacer negocios con mujeres que no sabían nada de campos.

También había aclarado con sorna que mujeres como ella entregaban el dinero sin tener en cuenta la poca productividad del terreno, y gracias a su inexperiencia él había incrementado sus cabezas de ganado. Inclusive aclaró que por fin habían logrado sacarse esos montes de encima.

Elisa miraba a Marian, que comía un bocado tras otro para no estallar de furia y arruinar la reunión, y se indignó. Su padre, Alan y Quino no decían mucho pero participaban de las bromas con alguna sonrisa que ella tenía ganas de borrar, aunque Elisa notaba que su padre estaba tenso y no apartaba los ojos de Marian.

–Adoro a las mujeres emprendedoras, pero no las quiero de esposas porque son capaces de dejarte en la ruina si se ponen a negociar sin tener idea de cómo hacerlo –comentó Julián entre risas.

La mujer de Julián agachó la cabeza, ya lo conocía y no entraba en discusiones bizantinas. Tenía ganas de lanzarle algún comentario para avergonzarlo como solía hacer en la casa, pero se contuvo para no arruinar el almuerzo que había preparado Rosario.

Eduardo apretó los puños, pero qué podía decir cuando él le había repetido varias veces a Marian que no se metiera en lo que no sabía.

Alan esperó el estallido de su madre, la conocía y sabía que no quería que nadie la defendiera, pero Marian seguía empecinada en su silencio, y Alan supuso que no quería arruinar el almuerzo cantándole a esos fanfarrones unas cuantas verdades.

–Querido Julián, aún no entiendo como tu mujer sigue aguantando tu poca caballerosidad –dijo Rosario, y Marian levantó el rostro para mirar a su madre, que estaba colorada de indignación–. Y tú, Isolda, no sé cómo lo toleras.

–Lo tolero porque en mi casa mando yo –dijo Isolda para sorpresa de Julián, que la miró con el entrecejo fruncido.

–Eso cree ella –comentó sarcástico.

Elisa estaba furiosa. Ese hombre despreciable había hecho negocios con Marian y se la pasaba menospreciando su capacidad. Ya era humillante escucharlo en el bar para que viniera a burlarse en el almuerzo de Rosario. El machismo del pueblo ya pasaba los límites de lo aceptable. Su padre no era más que una triste sombra de esos hombres con los que conversaba a diario.

Elisa no entendía como Marian podía mantenerse callada después de escuchar tantos comentarios despectivos sobre su poca capacidad para los negocios. Tampoco entendía por qué Quino o Alan no la defendían. Todos los hombres habían estado disfrutando de los comentarios burlones sobre las tierras que había adquirido Marian. Si Marian no se defendía, lo haría ella, se dijo Elisa.

–¿Quién te dijo que no sabemos negociar, Julián? –dijo Elisa casi a gritos para que la escucharan por sobre los murmullos–. ¿No te has puesto a pensar que el que ha hecho un mal negocio al venderle tus tierras a Marian has sido tú?

–Esas tierras solo sirven para pasturas, y los animales no son negocio –aclaró Ezequiel López–. Lo hemos analizado mucho, Elisa, y no conviene hacerlas producir.

–Mejor sigue con tu tiendita, querida niña –aclaró Julián Pastrana, y se ganó la mirada despectiva de las mujeres.

Eduardo se indignó, una cosa era que él llamara tiendita al negocio de su hija, y otra era que lo hiciera ese hombre. Desde que había comenzado el almuerzo los hombres no hacían más que



menospreciar a Marian. No se había metido porque sabía que a ella no le gustaba que salieran en su defensa, pero en ese momento le importó un comino lo que a ella le gustaba o no, esto ya se estaba pasando de los límites. Qué él no las quisiera en los campos era solo porque lo consideraba un trabajo duro, pero si ellas se habían empeñado las iba a apoyar y defender del que se atreviera a burlarse de las dos.

–Tengo una hija que tiene la mejor tiendita de regalos de la zona, y mientras ustedes viven a cuenta de próximas cosechas, Elisa lleva dos años haciéndose cargo de todos los gastos, su capacidad está fuera de discusión. Y te digo más, daría cualquier cosa por tener a mi lado una mujer guerrera y negociadora como Marian. La mujer que se queda en la casa ya pasó a la historia por más que vivamos en un pueblo con ideas antiguas –comentó Eduardo, y Marian lo miró con la boca abierta–. Hace rato que te burlas de la capacidad de Marian sin tener en cuenta todo lo que ha logrado afuera. Me parece que te estás excediendo, y estoy casi seguro de que las mujeres de las que te burlas nos van a dejar con la boca abierta.

Marian levantó la cabeza del plato de comida y sonrió. Eduardo había salido en defensa de las mujeres. Esto era para filmarlo y reproducirlo una y mil veces. Él no las escuchaba, no las dejaba participar en los campos, pero allí estaba defendiendo la capacidad de las dos. En ese momento le pareció adorable y tuvo ganas de levantarse y robarle un beso.

–Bueno, bueno, parece que Eduardo está entrando en razón –dijo Rosario, y sonrió–. ¿Estás diciendo que te quieres casar con mi Marian, querido?

–¡Mamá, qué estás diciendo! ¡Acaso te has vuelto loca! –gritó Marian horrorizada.

–¡Por Dios, Rosario! Eduardo nunca volvería a casarse, y mucho menos con Marian. Todos saben que ella lo abandonó hace más de treinta años. Esas cosas no se perdonan –dijo Dorita con los dientes apretados.

¿Qué hacía Dorita metida en la reunión?, ¿y qué derecho creía tener sobre él para decidir si perdonaba o no?, se preguntó Eduardo indignado.

–Siempre me quise casar con tu Marian, pero ella no me acepta –dijo Eduardo.

Todos lo miraron asombrado, inclusive Alan y su hija. La única que estaba más interesada en el plato que en sus palabras era Marian. Había perdido la sonrisa, la seguridad; y ese rostro cándido que tenía desde que había llegado al pueblo se veía abrumado y más blanco que la verja del jardín de Quino. Eduardo no apartó sus ojos de ella. Le hubiera gustado estar sentado a su lado para sentir el temblor de su cuerpo, pero en casa de Quino los hombres siempre se sentaban en una punta y las mujeres en la otra, vieja costumbre pueblerina.

Nadie decía nada. Los había dejado mudos a todos. Ni un murmullo, ni un comentario, hasta Dorita que tenía la lengua floja se había quedado absorta con su confesión. Eduardo sabía que en un rato serían la comidilla del pueblo. Marian lo odiaría y con razón. Quizá podía culpar a Dorita que lo había impulsado a hacer ese comentario, pero en el fondo sabía que había aprovechado la única oportunidad que el destino le había lanzado a las manos, o mejor dicho Rosario.

Quino, como siempre, cambió el rumbo de la conversación cuando dijo.

–Alan, esta noche te esperan en el salón del club. La gente quiere agradecer tu ayuda. No faltes, hijo –dijo Quino.

Alan soltó el tenedor sobre el plato de loza causando un desagradable ruido.

–No hacía falta, abuelo –sus palabras no reflejaron su enojo. “Esta noche vendré a traerle una manzana a Diablito”, la invitación sutil de Elisa se iría al traste por culpa de un agasajo que no le

interesaba. Le estaban jodiendo la cita con Elisa, maldición. Lo que menos quería era una cena como la de su regreso al pueblo, pero Quino se lo había informado delante de algunos vecinos y no pudo mandar la reunión a la mierda-. Intentaré llegarme un rato –comentó.

–¡Un rato! –comentó Julián y se carcajeó-. No te vamos a dejar ir hasta el alba. Te tenemos una sorpresa impresionante –comentó.

La única sorpresa que lo había impresionado era la sutil invitación de Elisa para la noche. Miró a Elisa y descubrió que tenía entrecerrado los ojos, como si estuviera asumiendo que él tenía algo más importante que hacer por la noche. Eso no era justo para ninguno de los dos, pensó Alan.

–Tengo otro compromiso para esta noche. Deberían haberme avisado con tiempo –dijo Alan, y miró a Elisa. Ella le sonrió y se apresuró a añadir.

–Pues yo no me perdería una sorpresa tan especial –con ese comentario Alan comprendió que estaba cancelando la cita en el establo. Siempre cediendo, poniéndose en segundo plano, aceptando que cualquier evento era más importante que ella, pensó Alan con cierta tristeza; pero Elisa le interrumpió los pensamientos-. Podríamos ir juntas, Marian. No nos vamos a perder el agasajo de los hombres a los hombres –comentó Elisa con ironía.

–De ninguna manera me lo perdería. Alan ha hecho una enorme contribución para el pueblo gracias a las ganancias que obtuvo cuando me vendió la empresa –ironizó Marian.

Alan arqueó las cejas, el palo de su madre lo tomó por sorpresa. Ese almuerzo era un desastre. Acababa de perder la cita con Elisa por un agasajo al que no quería ir, con una sorpresa que no le interesaba. Y encima la dulce Marian, que daba todo, estaba tan furiosa que se esmeró en aclarar que el dinero que había solucionado el problema de los campesinos lo había obtenido con la venta de las acciones de Alea-Lan. Y comprendió que las palabras de Marian habían sido calculadas con precisión, estaba devolviendo cada golpe soportado en el almuerzo para dejar a todos avergonzados. No pudo más que admirarla a pesar de que lo había dejado mal parado. Y le sonrió.

–La verdad es que deberían agasajar a mi madre –dijo Alan sin darse cuenta que la había llamado madre.

Marian le sonrió con calidez. Madre era una palabra mágica para ella, y su hijo la acababa de decir con espontaneidad, como si fuera algo natural entre ellos. Y tuvo la certeza de que en ese pueblo podrían ser una familia como él le había dicho cuando puso a la venta las acciones de su empresa. Su adorado hijo llamándola madre delante de todos, como si quisiera reivindicarla, pensó llena de emoción.

–No, por favor, tampoco es para tanto. Cada centavo te lo has ganado, solo has tenido la ventaja de tener una madre capaz de sacarle provecho hasta a las piedras. Por cierto, cuanta piedra he encontrado en esas pocas hectáreas que me vendiste, Julián. Ahora comprendo tus constantes burlas hacia mi decisión de comprar. Vendrías a ser una especie de estafador –aclaró, y Julián frunció el entrecejo.

Eduardo no pudo evitar la carcajada ante la perspicacia de Marian. No había abierto la boca y había soportado los comentarios con entereza, y él estaba entendiendo que su silencio solo había sido la paciencia de los grandes para dar el golpe en el momento exacto.

–Mi marido siempre juega sucio, Marian, y luego goza de lo que cree que son sus vivezas. Lo que no sabe es que la vida en como un bumerán, todo vuelve –aclaró Isolda, y se ganó una

mirada de reproche de su esposo.

–Isolda, no me arrepiento de los campos que compramos con Elisa. Luego de sacar las piedras hemos conseguido una tierra excelente. Pero te aseguro que los que se burlan de nuestra capacidad empresarial van a venir a pedir consejos a estas dos mujeres –dijo Marian refiriéndose a Elisa y a ella–. Esos hombres que gozan creyendo que somos idiotas tienen la mente tan cerrada que no ven más allá de sus propias narices. El machismo va a quedar enterrado para siempre en este pueblo –dijo Marian.

–¡Eso lo quiero ver! –comentó Rosario, y Marian le sonrió.

Eduardo miró a Alan, y el muchacho le asintió como si creyera ciegamente en las palabras de Marian.

–Estoy ansioso de que llegue ese día, Marian –dijo Eduardo.

–Falta poco para que lo veas, Eduardo –dijo Marian, y por fin Eduardo pudo ver su radiante sonrisa.

Sobre las cinco de la tarde el dichoso almuerzo que había organizado Rosario para su nieto llegó a su fin. Rosario pensaba que ni siquiera habían brindado por el logro de Alan. Los hombres no pararon de despreciar a su hija. Pero ese día, a pesar de los contratiempos, sintió que uno de esos machistas estaba cediendo, el único que a ella le importaba para que Marian encontrara la felicidad que tanto se merecía.

## CAPÍTULO 15

Otro agasajo más, pensó Alan mientras salía de la ducha con una toalla alrededor de la cintura. La tiró sobre el colchón y se puso el bóxer, un vaquero gastado y una de esas remeras de marca, de las tantas que le había comprado Marian en Estados Unidos. Luego se calzó unas zapatillas blancas y como broche de oro, el famoso saco Armani. Se vestía así cuando afloraba su parte rebelde, era su modo de demostrar el poco interés que tenía por esa fiestecita que habían organizado.

¿Para qué tenían que hacer una fiesta en su honor si todo el sistema de drenaje lo tendrían que pagar con la próxima cosecha?, pensó enojado porque le habían arruinado la noche.

En ese momento debería estar entrando al establo. Elisa estaría dándole la manzana a Diablo y luego... ¡Cuánto deseaba tenerla en sus brazos! Toda una vida negando lo evidente, luchando contra la corriente e intentando apartarla de sus pensamientos para no dar el brazo a torcer frente a las burlas de los vecinos. Pero ya tenía treinta años y no podía seguir comportándose con la terquedad de la juventud. Los dos sentían lo mismo, esa conexión y esa debilidad por el otro que se había dado el día que nació Elisa.

Cerró los ojos y se dijo que no todo estaba perdido. Haría acto de presencia, conversaría un rato, reiría de los comentarios, y cuando dejaran de concentrarse en su presencia buscaría a Elisa y la arrastraría hasta el establo. La amaba, siempre la había amado y ya era hora de que esas dos palabras, que tanto le costaban pronunciar, salieran de sus labios. Había llegado el momento de dejar de maldecir por los errores y comenzar a subsanarlos. Y que mejor forma que dejando a la vista sus sentimientos frente a ella, la persona más importante de su vida, la que le movía los cimientos y la única capaz de sacarle una lágrima.

Por años se había esmerado en negar lo que sentía por ella, pero allí estaba su amor tan vivo como el día que hizo su promesa de casamiento. Elisa era su debilidad y cuando la sacara de la fiesta le diría todas sus verdades, se dijo mientras salía de la casa con ánimo renovado.

Llegó al club y se quedó parado en la puerta observando todo de lejos. En una gran mesa había bandejas con bocaditos dulces y salados mientras los camareros iban y venían llevando las bebidas. No era una cena sino un copetún, y suspiró aliviado.

El galpón estaba lleno de gente y el murmullo de las conversaciones le arrancó una sonrisa. Cuando vivía en Nueva York había extrañado las fiestas pueblerinas, pero en ese momento donde menos quería estar era allí.

Recorrió el salón con la mirada para saber quiénes habían venido. Divisó a su madre conversando animadamente con Ofelia y un grupo de mujeres. Quino estaba apoyado en la pared comiendo unos canapés, y sonrió. A su abuelo no le gustaban las fiestas y siempre decía que solo iba para comer los manjares que preparaban las mujeres. Dorita estaba de gran conversación con un grupo de hombres, y supuso que allí estaría Eduardo, ya que ella se las ingeniaba para estar donde estaba él, pero Eduardo no estaba y al parecer su hija tampoco. Se preocupó.

¿Dónde estaba Elisa? Traspasó la puerta, y a los pocos metros la vio. Ella reía y conversaba animadamente con un grupo de jóvenes. Estaba disfrutando de la fiesta y Alan se indignó.

Debería estar frustrada como él por haber tenido que dejar de lado la cita de los dos, pero al parecer la estaba pasando de maravillas. Parecía otra Elisa.

A esa indignación tuvo que sumarle la bronca al ver que se había puesto una falda vaquera muy corta, y una camisa celeste entallada al cuerpo con dos botones desprendidos que dejaba a la vista el nacimiento de sus pechos. Ni hablar de los tacos de infarto a los que se había subido, muy al estilo de los de Marian. Era la primera vez que la veía vestida de forma tan atrevida con esa falda que apenas si le tapaba las nalgas. No era exuberante como las mujeres con las que él solía salir, ella era de una belleza discreta, aunque su rostro de ojos rasgados y labios gruesos le daban el toque exótico que dejaba a todos los hombres embobados. Se indignó de que todos estuvieran atentos a su escasa vestimenta, apretó los puños y avanzó a zancadas hacia ella para sacarla de esa fiestecita sin sentido. Era su prometida, maldición.

Nunca había sido un hombre celoso de ella, pero en ese momento tenía ganas de sacarse el Armani para cubrir ese cuerpo de los idiotas que la miraban como si ella fuera su cena. Lamentablemente, él era el agasajado y su avance se vio interrumpido en varias ocasiones. Habló con unos y otros, saludó a algunas mujeres que lo tomaron del brazo, besó a un par de ancianitas y tuvo que acompañar a otra hasta una silla, pero en ningún momento apartó los ojos de Elisa, que seguía conversando y riendo como si la agasajada fuera ella, no él. Y mientras todos los pueblerinos estaban pendientes de él, ella ni se había percatado de su presencia. O tal vez sí, y estaba decidida a ignorarlo.

Ya se habían acercado a él varios camareros con bandejas con sándwich, arrollados, una larga variedad de entrantes; vino, cerveza y champán, y Alan, para no ser descortés, se había comido y bebido todo. Ya estaba algo achispado con la mezcla de alcohol, pero en lugar de detener la ingesta siguió aceptando cualquier líquido que hubiera en la bandeja.

Pasada una hora asentía y sonreía como un robot, su mente estaba dispersa, la vista por momentos se le nublaba, pero aún tenía algo de conciencia para enfurecerse al ver a Elisa bailar muy apretada con Daniel, uno de los hombres más atrevidos del pueblo, que en ese momento subía y bajaba las manos por su espalda con demasiada intimidad.

Alan comenzó a sudar, por momentos se tambaleaba, pero el alcohol no había eliminado sus celos y su furia por el desparpajo con que Elisa se dejaba manosear por ese sinvergüenza. No tenía por qué estar tolerando eso, ella era su prometida, lo había dejado muy en claro apenas llegó al pueblo, se dijo y comenzó a caminar hacia la pista de baile para arrancarla de los brazos de ese mal nacido de Daniel. La música se interrumpió, alguien subió a la improvisada tarima que había al fondo del salón y lo llamó con un maldito altavoz.

—¡Alan! ¡Alan! Ven muchacho, que queremos que todo el pueblo se entere de tu generosidad.

Él solo quería sentar de una trompada a Daniel, agarrar a Elisa del brazo y salir de allí. Pero impostó su sonrisa ladeada, más ebria que irónica, y caminó como el desfachatado que era cuando tenía que hacer cosas que no le apetecían. Elisa se giró a mirarlo y le sonrió, como si lo alentara a avanzar. No le había prestado atención en toda la noche, y ahora le daba órdenes con su sonrisita de niña buena. ¿Qué pretendía? Que se comportara como era debido cuando ella se había dejado tocar por un imbécil. Acaso ella no sabía de sobra que él siempre se había comportado como se le daba la gana, y en ese momento quería armar un escándalo para que todos supieran que el único que podía tocarla era él. Maldita mujer que intentaba convertirlo en quién no era, se dijo Alan y detuvo el avance dispuesto a dar plantón a todos los que querían

agasajarlo. Él era un demonio, no un ángel caído del cielo. Nunca hacía lo que la gente esperaba, y mucho menos cuando estaba enojado. Estaba más cabreado que cuando tenía siete años y se defendía a insultos y patadas de su promesa de casamiento.

En lugar de avanzar hacia la tarima improvisada, se acercó a ella y la tomó del brazo con brusquedad.

–Aléjate de ella Dani, y nunca más le pongas una mano encima –dijo Alan al compañero de baile de Elisa, que arqueó las cejas y con una reverencia burlona se despidió. Alan miró a Elisa y le dijo–. O me sigues como la niña buena que siempre fuiste o te saco a rastras de esta fiesta que no me interesa.

Los vecinos los miraban asombrados. Alan, desde su regreso al pueblo se había cansado de nombrar a Elisa como su prometida, pero nunca los habían visto juntos en una actitud tan íntima. Todos habían creído que solo era una farsa para alejar a ciertas mujeres que lo acosaban. Pero allí estaban los dos mirándose con una confianza que era extraña para todos.

Ella, ajena a la mirada de la gente, arqueó las cejas. El insolente que se fue a los veinte años del pueblo había regresado, con su saco de Armani, su vaquero desteñido, sus zapatillas blancas y su extraordinaria arrogancia. Desde que había regresado, él no era el mismo jovencito de veinte años que un día partió a Estados Unidos, pero esa noche había tirado todas las buenas lecciones aprendidas, y estaba decidido a que dejaran de endiosarlo por su generosidad. Elisa le sonrió, ese hombre insoportable y rompe reglas era el que ella amaba. Se estaba comportando así porque se había bebido hasta la última gota de alcohol que le habían ofrecido. Ella lo conocía como la palma de su mano. Él no quería estar allí, por eso había bebido y por eso se había vestido de esa forma. Era su manera de demostrar que no quería estar allí. Y qué bien le quedaba esa extraña combinación de ropa. Pero no podía seguirlo. No en ese momento.

–Esta es tu noche. Ellos han preparado con mucho entusiasmo esta fiesta para agradecerte lo que has hecho por el pueblo –explicó Elisa con dulzura.

–No hice nada por el pueblo. Ellos lo hicieron, yo solo organicé el trabajo –dijo Alan furioso.

–Sin ti no lo habrían hecho. El dinero no estaba y nadie hubiera podido organizar tan bien el trabajo. Eres su ídolo, su salvación.

Alan lanzó una carcajada llena de ironía. El ídolo, el salvador. Pobre Elisa, confiaba demasiado en él.

–Ingenua –dijo Alan, y negó con la cabeza antes de caminar solo a la tarima donde lo esperaba un grupo de hombres.

Marian miraba a su hijo con una amplia sonrisa. Por fin se había animado a actuar como era él, un adorable desvergonzado rompe reglas. Supuso que mandaría el agasajo al diablo y luego arrastraría a su princesa a un lugar donde nadie los encontrara.

Pero Alan era impredecible, y cuando subió a la tarima todos se quedaron helados.

–Esta fiesta debería ser de mi madre. Si bien la idea fue mía, el dinero lo puso Marian –los murmullos llenaron el salón del club, y Alan elevó la voz para que lo escucharan–. Mi madre no es una mujer a la que le guste alardear de su generosidad, y cuando da algo no espera que le palmeen la espalda, ella lo da porque lo siente o porque quiere. Ha dejado la mayor parte de su fortuna en Estados Unidos para el hogar que fundó para mujeres maltratadas, y me ha dado el dinero para solucionar el problema de los campos. Podría haberlo puesto yo, pero ella insistió. No ha venido con una gran fortuna, solo unos dólares para volver a empezar, y si bien sé que me

estará odiando por contar temas que prefiere mantener en reserva, lo hago porque quiero que dejen de burlarse de su poca capacidad para los negocios. Marian es una excelente empresaria, y creo que con mi prometida –dijo mirando a Elisa–, en poco tiempo nos van a dejar con la boca abierta.

Marian miraba el piso, no podía creer que Alan estuviera contando temas de su vida que ella creía que desconocía, como el asuntito de que su fortuna había quedado para mantener un hogar de mujeres maltratadas. Tenía ganas de desaparecer, hacerse polvo o que un terremoto abriera la tierra y se la tragara. ¿Qué derecho tenía Alan de contar que la mayor parte de su dinero había quedado para mantener el hogar de mujeres maltratadas? ¿Qué derecho tenía de decir que el dinero para la obra de drenaje lo había puesto ella? ¿Y qué maldito derecho tenía para dejar a la vista que se había quedado con un puñado de dólares para volver a empezar?

–Esta fiesta es de Marian. Sin ella no habríamos realizado esa gran obra porque mi dinero no daba para tanto. Además, ya saben que soy egoísta y lo primero que hice fue mi casa –aclaró Alan para que dejaran de idolatrarlo.

El problema era que por reivindicar a Marian, la había dejado desnuda y expuesta, cosa que a ella la tenía indignada. Marian no había querido contarle a Eduardo su problema, se había esmerado en esconder su pasado para que nadie se compadeciera de ella; y su hijo, que la había llenado de regocijo al llamarla madre delante de todos, la acababa de aniquilar de la misma forma que había aniquilado su empresa cuando vendió todas las acciones.

Todos los pueblerinos sabían que tenía un hogar para mujeres maltratadas, y todos, incluido Eduardo, aunque esa noche no había venido, estarían sacando la acertada conclusión que ella en otra época habría sido una de esas mujeres.

Marian sin levantar la vista del piso, se giró y caminó hacia la salida. Solo vio piernas de hombres y mujeres que la rodeaban. No podía mirar a nadie a los ojos y ver la compasión y la lástima reflejada en sus rostros. No podía quedarse en el pueblo, se dijo. Su hijo adorado, que la había querido reivindicar delante de todos, la acababa de alejar de su lado. Se iría, se dijo y siguió avanzando a pesar de todas las personas que comenzaron a rodearla.

–¡Mamá, ni se te ocurra dejarme de nuevo! –gritó Alan, y Marian se giró y elevó sus ojos llenos de lágrimas hacia él–. No lo hagas. No me dejes –volvió a decir.

–¡Tienes treinta años! ¡No me necesitas! –respondió Marian llena de dolor.

–Siempre te necesité, siempre –dijo Alan, y se acercó a ella–. Ahora sé que no podías estar.

–¿Quién te lo dijo? –dijo Marian en un susurro.

–Tú, con ese amor incondicional que me regalabas todos los días en Estados Unidos. Tú, que me amabas tanto que tuviste la valentía de entregarme a la abuela para que fuera libre, mientras tú te quedaste en la cárcel y vaya a saber lo que tuviste que soportar por haber regresado sin mí. Me diste alas, pero como no sabía volar me andaba dando porrazos por todos lados porque no podía entender que me hubieras regalado a los abuelos. Tengo la mejor madre del mundo, y por querer contárselo a todo el mundo la estoy perdiendo de nuevo. No me dejes, Marian, no otra vez y por algo que es mejor gritarlo a los cuatro vientos que guardarlo.

–¿Qué sabes tú lo que me conviene? –dijo Marian enojada.

–Lo mismo que sabías tú cuando no tuviste otra opción que alejarme de ti –dijo Alan, los ojos de los dos estaban llenos de lágrimas.

Eran ajenos al murmullo que se había adueñado del salón. Todos hablaban a la vez, pero

Marian solo tenía ojos para Alan, que tenía la mirada cristalina como si le dejara ver el amor y la admiración que sentía por ella. Quiso abrazarlo, pero hombres y mujeres comenzaron a rodearla y Alan se alejó, como si estuviera sacándose de encima el peso de la fiesta.

Elisa no paraba de llorar, y Alan quiso correr hacia ella para abrazarla. Pero la fiesta tenía una sorpresa para él, ya se lo habían dicho, y su vida se vino abajo cuando una mujer de belleza angelical subió a la tarima improvisada y le dedicó la más tierna de las sonrisas.

Alan miró a Elisa, y supo el momento exacto en el que ella dejó de llorar, por sus palabras sensibleras hacia Marian, y entrecerró los hermosos ojos al ver a Emily descender por la tarima, pararse a su lado y dedicarle una mirada llena de amor.

–La sorpresa que te tenían preparada era yo, mi Alan. En realidad todos se sorprendieron al verme llegar por la mañana. No querían que viniera a tu fiesta, pero cedieron cuando les dije que te pondrías feliz al verme. Imagínate mi desconcierto cuando te fuiste sin dejarme la dirección – dijo la chica todo en inglés, aunque su idioma madre era el español.

Alan supuso que Elisa no habría entendido mucho de lo que decía Emily, pero no hacía falta entender el idioma cuando la mujer lo abrazaba de forma posesiva por la cintura, y esperaba el mismo gesto de él.

Esto era el maldito destino que quería hacerle pagar todos sus errores, se dijo Alan. No sabía qué hacer, cómo reaccionar. Allí estaba la copia de Elisa, que era solo una sombra mal perfilada de la verdadera, con ese rostro de falso ángel y esa sonrisa llena de amor que tan bien actuada le salía, tratando de dejar a la vista de los pueblerinos que ella era la mujer de su vida. Debería haber ganado un Óscar a mejor actriz por el papel que estaba representando.

Cuando Emily subió a la tarima, Marian se olvidó de todas las confesiones de su hijo, inclusive apartó a un lado la humillación y la vergüenza que le había hecho pasar. Su hijo estaba en un gran problema, y ella tenía que ayudarlo aunque no supiera cómo sacarlo del embrollo. Elisa, la hermosa Elisa, con su bonito cabello castaño, sus ojos almendrados de un cálido color pardo y esos labios sensuales, tan parecida a Emily por fuera y tan distinta por dentro, había dejado de llorar y miraba la escena desconcertada. Marian daría la poca fortuna que le quedaba para saber lo que estaba pensando, pero sobre todo lo que estaba sintiendo.

Alan, por su parte, seguía sin reaccionar, estupefacto y alarmado al tener allí a la dulce acosadora que lo había perseguido hasta los confines del mundo.

Cuando todo parecía encausarse, cuando él aceptaba sus errores, sus sentimientos, y estaba decidido a cambiar su vida, el universo le decía: es hora de pagar, de recibir lo que diste, pensó Alan. Miró a Emily y se sintió derrotado.

–Dijo que tenían una relación hermosa. Mostró fotos de los dos sonriendo y abrazados. Pero por tu cara... –aclaró Alfredo al ver que Alan estaba blanco como un papel–. Le dijimos que no era el momento, que se llegara a tu casa, pero ella contó tantos detalles de la vida que habían compartido que nos hizo dudar a todos de que hubieras vuelto por Elisa.

–Teníamos, en pasado –aclaró Alan–. En el presente esta señorita ya no forma parte de mi vida. Y no volví por Elisa. Volví porque quería sacar a Marian de Estados Unidos –mintió Alan–. Todos saben que me fui para huir del acoso de Elisa, pero allá encontré otra acosadora – dijo Alan de forma despectiva. Estaba siendo cruel con Elisa, pero no quería que Emily supiera que Elisa era importante para él. Emily era de reacciones exageradas, y Alan quería que se fuera del pueblo sin enterarse de sus sentimientos por Elisa. Tomó las manos de Emily para sacarlas de



su cuerpo. La miró con desprecio, ella no acusó el golpe. Era una descarada como lo había sido él con Elisa, pero Emily era de reacciones impredecibles y estaba seguro de que si se enteraba que había una tercera en discordia, como llamaría a Elisa, le arrancaría los bellos ojos y le destrozaría los adorables labios—. Querida Emily, mi peor pesadilla. Si hubiera querido que estuvieras acá, ¿no crees que te habría dado mi dirección?

—Sé que con tantos preparativos te olvidaste de dejarme tu domicilio. Menos mal que te pude localizar —dijo Emily con su sonrisa de ángel. Alan no soportaba tratar con ella, que hacía oído sordo a sus palabras. La estaba echando y ella seguía obsesionada en no ver la realidad.

—No, Emily. Tuve todo el tiempo del mundo para darte el domicilio, pero no quise. No te quiero acá.

—Alan, los dos somos parecidos. Sabes de sobra que soy la mujer que te conviene. Tú no tienes prejuicios, y eso no me asusta porque somos iguales.

Esto era demasiado, pensó Elisa y comenzó a caminar hacia la salida. Por suerte nadie le prestaba atención. Estaba acostumbrada a quedar en segundo plano cuando Alan estaba en el pueblo, y su huida pasó desapercibida, como si nunca hubiera llegado a ese festejo.

Marian sí la vio, estaba pendiente de ella desde que había aparecido Emily, y no pensaba permitir que esto arruinara los sentimientos de los dos. Se acercó a zancadas, empujando a los pueblerinos para que la dejaran avanzar, y como si fuera una madre acostumbrada a manejar a su hijo de las narices, gritó.

—Hijo, ya sabes cómo soy de estricta. La mujer que elijas tiene que pasar por mi aprobación para que puedas conservar lo que tienes. Si esta mujer va a ser mi nuera, desde ya te aviso que te voy a quitar la casa que te has hecho, y a desheredar. No me vengas a pedir dinero para la leche de tus hijos, porque a pesar de que serán mis nietos los voy a repudiar —dijo Marian indignada.

Alan arqueó las cejas y tuvo ganas de largar una carcajada. Su madre haciendo de arpía, y que bien le salía aunque nadie en su sano juicio podía creer esas ridículas palabras, pero Emily no estaba en su sano juicio, recordó Alan y esbozó una tenue sonrisa.

Él no sabía cómo echar a Emily del pueblo, y su madre, perspicaz, sabía que sin dinero y nombrando hijos que Emily no tenía intención de tener, la podía sacar corriendo del pueblo.

—¿De qué hijos habla tu madre? —preguntó Emily confundida. Ella no quería hijos, solo quería para ella el hijo de esa mujer.

—De los cinco hijos que tengo que tener con mi esposa para poder recibir el dinero de la venta de las acciones, que Marian me quitó cuando le vendí todo. Ya debes haber escuchado que ella donó todo al hogar de mujeres golpeadas que fundó hace varios años. Y, como te imaginarás, no confía en mi capacidad para llevar negocios, por lo que el poco dinero que quedó lo administra ella, y lo tiene bien guardado hasta que cumpla con el pacto que hicimos antes de regresar.

—¿El pacto? —preguntó Emily. Se le había borrado la cándida sonrisa y tenía el rostro tenso de bronca.

—Tengo que casarme con alguien del pueblo y darle cinco nietos —dijo Alan, como si estuviera resignado a esa situación.

—¡Cinco nietos! —exclamaron algunos vecinos. Otros rieron, otros aplaudieron. El murmullo llenó el salón y Alan miró por primera vez a la gente. Elisa no estaba por ningún lado. Se había ido. Una lástima que no hubiera escuchado la mejor parte, se dijo Alan. Se giró para mirar el rostro desenchajado de Emily, pero ella no estaba. Tampoco estaba Marian a unos metros de él.

–Tu madre salió tras ella, supongo que no va a regresar hasta estar segura de que subió a un avión –dijo Miguel con una radiante sonrisa–. ¡Cinco hijos! –admiró, y Lali, que estaba abrazada a su novio, largó una carcajada.

–No te imagino con cinco hijos –dijo Lali.

–Tampoco yo –pero su imaginación se despertó, y sonrió al suponer en el griterío que sería su casa con cinco hijos, y a Elisa intentando conformarlos a todos, inclusive a él. No, no sería así. Él estaría a su lado, cocinarían juntos con sus hijos revoloteando o prendidos a sus pantalones, y luego de contarles un cuento y darles el beso de buenas noches ella sería suya por unas horas, solo suya. En ese momento lo único que quería era estar con Elisa–. Creo que la agasajada no va a volver por un par de días, por lo que será mejor que festejemos, no los trabajos sino que en unos días comenzará la siembra –dijo Alan, y todos estuvieron de acuerdo.

–Se parece a Elisa –dijo Lali.

–No, no se parece –dijo Alan, y se acercó a sus amigos.

–Aunque lo niegues tienen rasgos similares –insistió Lali.

–En eso sí –convino Alan–. Pero le falta la belleza interior de Elisa –aclaró–. Si me disculpan –se alejó.

Lali se quedó mirando como desaparecía de la fiesta.

–¿Crees que ha ido a buscarla? –preguntó Lali a Miguel.

–Cariño, si ha prometido cinco hijos es mejor que empiece a afinar la puntería.

Los dos estallaron en carcajadas.

–Yo quiero tres –dijo Lali, y Miguel cerró los ojos.

–Entonces nosotros también vamos a tener que ponernos a la labor –le robó un beso, y ella se colgó de su cuello.

## CAPÍTULO 16

–Creí que no estarías –dijo Alan desde la puerta del establo de Quino.

Elisa seguía de espalda concentrada en Diablo, y se encogió de hombros. Su cuerpo no reflejó el temblor que la atacó al escuchar el ruido de la camioneta. Ella lo había estado esperando, pero no creyó que vendría después de la sorpresita que le tenían preparada. Todo el pueblo dispuesto a complacerlo con esa tal Emily, sin importarles que ella estuviera allí. Tantos años soportando las bromas de los pueblerinos, y se olvidaban de la fastidiosa promesa, que le hizo tan difícil la vida en el pueblo, apenas aparecía una nueva mujer para Alan.

–Te fuiste antes del espectáculo de Marian –dijo Alan, se acercó a ella y apoyó los brazos en la valla de madera que los separaba del caballo.

Ella seguía sin responderle, solo tenía ojos para Diablo y sus manos pasaban suavemente por el pelaje del animal.

–Se parece a mí –dijo por fin Elisa. No daba muestras de enojo, pero Alan suponía que su serenidad solo era una máscara.

–No.

Ella se giró a mirarlo, y él pudo ver la pregunta en sus ojos.

–¿Por qué la buscaste parecida a mí? Te escapaste de mi insoportable acoso, y fuiste a buscar una igual. La verdad, Alan, no te entiendo. Siempre te gustaron las mujeres llamativas, pero la que vino hoy no tiene mucho encanto.

–No, no lo tiene –dijo Alan con ternura, era como si Elisa hablara de ella en lugar de hablar de Emily.

Elisa se giró y siguió adorando al caballo, y él tenía ganas de rebuznar para recibir la misma atención.

–¿Por qué regresaste, Alan? –dijo Elisa, y cuando Alan fue a decir: por ti, ella le lanzó una pregunta que silenció su confesión–. ¿Por qué no te quedaste allá? Todo era más fácil cuando no estabas. Hubiera preferido que te quedaras.

–No es cierto. Eso no es cierto –dijo Alan, y la giró para que ella lo mirara–. Dímelo en la cara, dime que no querías que regresara.

Como si le costara, pensó Elisa. Eso era lo más fácil de decir. Ya no quería sufrir más por Alan, y pronunciar esas palabras le producía alivio a su corazón. Si él no estaba ella no esperaba nada.

–Hubiera preferido que te quedaras –el desafío en sus ojos lo puso furioso.

–Eso no es cierto. Simulas una indiferencia que no sientes. Tú me amas.

–En pasado, Alan –dijo Elisa.

–Cuando te saque esa ropita provocativa y te tenga desnuda y jadeando veremos si eres capaz de seguir negando lo que sientes.

–Pues adelante. Soy toda tuya... en cuerpo –aclaró Elisa con una sonrisa cínica.

–Querida, tu alma se la diste a este diablo el día que naciste y sellaste esa promesa con tu pequeña manito agarrada de mi dedo –dijo Alan.

–Si así fuera estaría prometida con medio pueblo –dijo Elisa desafiante.

Las manos de Alan acariciaron sus piernas desnudas. Elisa sintió un escalofrío cuando él comenzó un recorrido ascendente y se internó dentro de la falda. Era una tarea medida, controlada, para excitarla mientras cumplía su promesa de desnudarla.

Las dos palmas se posaron sobre sus nalgas cubriéndolas por completo, Elisa se tragó el suspiro. Un dedo enganchó el elástico de la tanga y ella se sintió ansiosa cuando él comenzó a bajarla en cámara lenta. Hubiera preferido que se la arrancara de un tirón, pero Alan estaba decidido a seducir, a romperle las barreras.

Se miraban a los ojos. Ella con terquedad y él con deseo.

Elisa había dejado de pensar, solo sentía la brisa fresca deslizarse dentro de la minúscula falda. Se la había puesto para darle celos y lo había logrado, hasta que apareció Emily y toda su felicidad se fue al tacho. Era muy parecida a ella, el mismo color de cabellos y ojos, los mismos labios, y una sonrisa muy parecida. ¿Por qué?, se había preguntado muchas veces. No lo sabía. El dolor la había abrazado y salió huyendo de la fiesta.

Pero Alan no estaba con Emily sino con ella, ahora desprendiendo los botones de la camisa celeste, deslizándola al piso y desenganchando los corchetes del corpiño. En algún momento desapareció la falda, ella ya había dejado de prestar atención a los detalles. Estaba de tacos y desnuda, a la vista de él y Diablo. Una mujer fatal, pensó y tuvo ganas de lanzar una carcajada por el ridículo pensamiento.

Alan no apartaba la vista de ese cuerpo hermoso, la tenía totalmente desnuda, solo vestida con esos tacos de vértigo. Dos años atrás la unión había sido torpe, impulsiva, ansiosa. Todo a los apurones, con enojo, miedo, ansiedad y deseo; una mezcla rara que había acabado con revolcones en la paja del establo. Pero esa noche, él la veía por primera vez en su plenitud. Allí parada y expuesta.

Se acercó unos pasos y sus manos recorrieron de forma lenta el camino de su cuerpo. Pura crema suave y deliciosa. Ella era especial, mágica.

Pero la dulce niña de antaño le demostró que hasta la crema se podía poner agria cuando dijo. –Desnúdate, Alan Martín –dijo Elisa, y Alan se asombró de su descaro.

Ella no era así..., antes no era así. Era tímida, ingenua y pudorosa. Pero allí estaba con solo unos tacones pidiéndole que se desnudara. Alan lo hizo, no con la lentitud con que la despojó a ella sino con la celeridad de un hombre que está dispuesto a atacar sin detenerse en cortejos. Si ella lo quería así, sin vueltas, así se haría. Cuando la última prenda salió de su cuerpo la alzó y caminó con ella hasta el fondo del establo.

El beso los encontró a mitad de camino, y cuando cayeron sobre el montón de paja las manos de los dos se movían con destreza sobre los cuerpos desnudos. Los jadeos se confundían, las leguas se peleaban por entrar en la boca del otro. Alan acarició la humedad de su sexo y cuando encontró su punto débil lo atacó. Ella movió las caderas, un movimiento lento y cadencioso, y él intensificó las caricias hasta que la sintió tensarse y gritar su nombre dentro de su boca.

Alan estaba extasiado. Dos años atrás lo habían hecho con torpeza, ella era tímida e inexperta y él un desesperado, pero en ese momento la sensualidad de Elisa lo tenía al límite. ¿Cuánto había cambiado?, se preguntó. Mucho, corroboró cuando ella lo empujó para que quedara de espaldas en la paja y comenzó un lento descenso sobre su pene.

Alan estaba desesperado, pero cómo disfrutaba de verla tomar el control de la situación. La

tomó de las caderas y la bajó con un solo impulso. Ella gritó, se arqueó y se movió al ritmo de la necesidad. Alan la tomó de la cintura y la acostó sobre su pecho. Los rostros enfrentados, se miraron. Él la estaba adorando con sus ojos celestes cristalinos, y el placer se intensificó. Los labios de los dos apenas se rozaban, y Alan al saber que la tenía a su merced, dijo:

–Dime que me vaya. Dime que me prefieres lejos –jadeó Alan. Ella por respuesta lo besó. El jadeo de Elisa cayó de lleno dentro de su boca–. Dime que no me soportas.

–No te soporto –dijo Elisa, y se abrazó a él.

Él la besó con hambre y desesperación. Ella se movió y Alan adoptó su ritmo. Necesitaba estar arriba y la giró para tomar el control. Elisa enroscó las piernas en sus caderas buscando que la penetrara más profundo, y él le dio el gusto.

Eran el uno para el otro, los movimientos de los dos llevaban la sincronía de un pas de deux, una danza perfecta de cuerpos acoplados que se movían al compás como si una orquesta tocara para ellos. Jadeaba uno en los labios del otro. Se tocaban, acariciaban, besaban, y aún así seguían manteniendo la armonía. Elisa se tensó en el mismo instante en que Alan gritó mientras se derramaba en su interior. Otra vez sin protección, pensó Alan, pero en lugar de preocuparse se llenó de gozo al imaginar una pequeña semillita creciendo en el vientre de Elisa.

Alan le enmarcó el rostro y ella lo miró con ese amor que tanto se empeñaba en negar.

–No me soportas –dijo Alan con dulzura, ella lo besó. Que otra respuesta necesitaba a su incondicional entrega–. Pero no puedes estar sin mí –dijo Alan interrumpiendo el beso–. No te das cuenta que hemos nacido para estar juntos –y la abrazó de forma posesiva–. Cásate conmigo.

–No, Alan. Estamos hechos para ser amantes –dijo la dulce Elisa, que estaba empecinada en ser sarcástica.

–¡Amantes! Nunca sería tu amante. Tú serás mi esposa.

Elisa estalló en carcajadas. Luego se levantó, se puso la falda y la camisa anudada a la cintura, y le dijo:

–Eso, no entra en mis planes.

–Podrías estar embarazada de mi hijo –gritó Alan mientras se levantaba y se ponía los pantalones a los trompicones para seguirla.

–Nada me haría más feliz. No tengas miedo que te lo dejaré ver todas las veces que quieras. Serás su padre, con cama afuera.

Vaya modernismo de la descarada, pensó Alan. Si la hubiera tenido cerca la habría zamarreado para que se rectificara, pero ella iba andando hacia la camioneta.

–¿Por eso me citaste?, porque estabas en tus días fértiles –gritó Alan indignado.

–Por qué otra cosa sino –dijo Elisa lo más campante–. Alan, tú me has enseñado a burlarme de los sentimientos. ¿No pretenderás que te tome en serio? –dijo Elisa mientras subía a su destartalada camioneta.

Alan no podía creer lo que escuchaba. Desde cuando él era usado como semental por una mujer, sobre todo si esa mujer era la adorable Elisa, que se había convertido en una mujer despiadada desde que había perdido a su hijo dos años atrás.

–Estás loca si crees que me voy a quedar de brazos cruzados mientras me usas de reproductor. Maldición, vuelve acá –pero ella ya se había ido.

Maldita mujer de mente perversa. Lo había usado de la forma más vil. ¿Qué diferencia había entre ella y la acosadora de Emily?, si parecían fabricadas por el mismo molde. Maldición,

maldición y maldición, se repetía Alan mientras pateaba la camioneta como si de esa forma pudiera olvidarse de la noche de mierda que había pasado.

Lo había engañado, estafado de la forma más traicionera. Todavía no lo podía creer. Ella era ingenua, era pura, era... Una bruja, se dijo. Bien, con lo que le había hecho esa noche, ya se consideraba libre de culpas hacia esa zorra despiadada. Un hijo, le había hecho un hijo, y mientras él pensaba emocionado en la idea, ella, la muy desalmada lo había preparado todo. Nunca, nunca se lo iba a perdonar.

¡Bruja! ¡Perversa!

¿Ingenua?, él era el único ingenuo en esa situación. Él se había sentido pleno de felicidad por la entrega de Elisa, inclusive creyó que ella había pasado por alto el temita de Emily. Pero no, ella estaba dispuesta a lograr su maldito objetivo, que era usar su cuerpo como si fuera un toro reproductor.

¡Cuánto odio tenía encima! Si se lo hubiera pedido... si lo hubieran hablado... él le habría dicho que quería ese hijo. Pero qué iba a hablar si ella solo quería pegarle una patada al padre y quedarse con el hijo. Así no deberían haber sido las cosas. Él era el desvergonzado, el caradura, el prepotente; y una ingenua lo había pasado por encima con un camión con acoplado. Le había aplastado la arrogancia, el maldito orgullo, y ya no sabía cuáles eran sus sentimientos hacia ella. Lo que menos quería era estar casado con una zorra traicionera que estuviera con el almanaque calculando los días fértiles para dejarlo entrar a su cama. Zorra, víbora desalmada. Traidora.

Muchos imbéciles habían caído en la cárcel del matrimonio con mujeres como ella. Pero Elisa ni siquiera lo quería de marido. Lo de ella era peor, era una estafa, una burla... Una venganza. Eso era, se estaba vengando, y que bien lo había hecho, porque en su vida se sintió tan usado y humillado.

Cuando llegó a su casa encontró a Eduardo sentado en las escaleras del ingreso.

–Te perdiste la fiesta. Fue todo un circo –dijo Alan furioso. Subió las escaleras y entró a la sala. Eduardo lo siguió.

–Me llamó Dorita, le gusta llevar y traer cotilleos –dijo Eduardo–. ¿Cuéntame?

–¿Qué quieres saber? ¿Cómo me enojé con la ropa provocativa de tu hija y me bebí hasta el agua de los floreros? ¿Cómo me la quise llevar de allá y no quiso? ¿Cómo expuse a Marian hasta que la dejé humillada frente a todos? ¿O prefieres que te cuente el momento en el que apareció Emily?, una loca que me acosaba en Estados Unidos y no sé cómo mierda logró dar con mi paradero. No, mejor te cuento cómo tu hija me usó de semental para tener un hijo mío, pero sin casarse conmigo, como me aclaró antes de irse.

Alan estaba tan indignado que no vio cómo se iban transformando del asombro a la furia desmedida los gestos de Eduardo. Tampoco vio venir la trompada que recibió y lo dejó tendido en el suelo, el labio le sangraba a chorros y las lágrimas por fin escaparon sin control de ese hombre duro por fuera y blando por dentro.

–¡Dios mío! ¡Qué hice! –dijo Eduardo a modo de disculpa a pesar de que seguía furioso con las palabras de Alan. Hablaba de Marian y Elisa como si no le importara lo que había pasado. Pero allí estaba desprovisto de su arrogancia y dejándole ver su debilidad–. Lo siento.

–No lo sientas. Era lo que me faltaba para terminar una noche de mierda –dijo Alan, de un manotazo se secó las lágrimas, luego sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la sangre–. Lo que más me dolió fue la venganza de Elisa. Ella quiere un hijo mío, pero no me quiere a su lado. Le

dije que quería casarme con ella, y se me rió en la cara.

–No puede ser. Elisa no haría algo así. Además, para qué quiere un hijo sin padre. No lo entiendo.

Claro que no lo entendía. Solo Alan y Elisa, sin olvidar a la otra víbora de Carla, sabían que dos años atrás, cuando él salió huyendo, Elisa había perdido a su hijo. Pero no se lo podía decir a Eduardo. Eso no, era un secreto que ella se había cuidado de mantener, y él, por más odio que sintiera en ese momento no lo pensaba sacar a la luz.

–Tampoco yo –mintió Alan–. Sé que le hice mucho daño, pero pagarme de esa forma. Citarme en el establo de mi abuelo para quedar embarazada y darme flor de patada... no lo entiendo. En este momento la odio. Lo siento, es tu hija, pero no puedo olvidar que le pedí que se casara conmigo y ella me rechazó con una carcajada irónica.

–La culpa es de Marian. Le está llenando la cabeza porque no cree en el compromiso.

–Marian no tiene nada que ver. Ella me está haciendo pagar cada uno de mis errores. Ha dado un solo golpe, y te aseguro que me ha quitado todas las culpas que cargaba. Es una bruja.

Eduardo arrugó el ceño, pero no dijo nada. Él conocía a su hija y ella no era capaz de hacer algo tan vil. Seguro que tramaba algo, y ese algo no se llamaba venganza como creía Alan. Elisa no sabía vengarse, ella era buena, demasiado buena, pensó Eduardo, pero no tenía idea lo que se proponía. Le había dado una trompada a Alan por haber estado con su hija, pero en ese momento, al pensar en un nieto, sonrió. Un nieto de Marian y suyo, un hijo de Elisa y Alan.

–Un nieto –dijo Eduardo mirando a Alan–. Sería hermoso tener un nieto.

–Mi hijo no va a nacer fuera del matrimonio, Eduardo. Se va a casar conmigo por las buenas o por las malas. Y no será solo un nieto, pretendo por lo menos tener cinco hijos.

–Estás loco –dijo Eduardo, y cometió el error de sonreír.

–Puede ser. No quiero un solo hijo. Quiero la casa llena de ruidos –aclaró.

–Espero que no se parezcan a ti porque nos vamos a volver locos –dijo Eduardo.

Alan arqueó las cejas.

–Te lo has tomado bien. Estaba furioso y me descargué contigo. No te lo debería haber contado, es un tema muy nuestro –dijo Alan refiriéndose a Elisa. Se acercó al mini bar y sacó dos latas de cerveza, le tendió una a Eduardo.

–Al menos no saliste indignado a gritarlo por el pueblo –dijo Eduardo, recibió la cerveza y bebió un trago, Alan se bebió más de media lata. El muchacho la había pasado de todos los colores y necesitaba un sueño reparador que solo el alcohol podía darle–. Voy a mantener el secreto hasta que sepamos que pretende mi hija.

Alan se lo agradeció con un gesto.

–Marian se fue –dijo Alan. Creía necesario hablar el tema con Eduardo, ya que entre ellos había algo más fuerte que un recuerdo.

–¿Cómo? –preguntó Eduardo alarmado.

–Salió tras Emily. Creo que quería asegurarse que tomaba un avión para Estados Unidos. Pero no estoy seguro de que regrese. La dejé expuesta frente a todo el pueblo.

–¿De qué forma la dejaste expuesta? –preguntó Eduardo.

–Les conté que la fiesta debía ser para agradecerle a Marian el dinero que había aportado. Ella pagó todo el sistema de drenaje, pero prefirió mantenerse en segundo plano.

–¿Ella pagó todo? ¿Por qué no nos fregó en la cara que era la salvadora del pueblo? –dijo

Eduardo más dolido que enojado. Él también la había menospreciado, y mientras le decía que no se metiera en temas que desconocía, ella era la que estaba pagando los drenajes de sus campos. No la habían dejado participar en nada, y ella había seguido guardando en secreto su generosidad hacia el pueblo.

–Marian no da para que le agradezcan. Pero no dije solo eso. La dejé expuesta cuando dije que había donado casi toda su fortuna para el hogar de mujeres maltratadas que fundó hace varios años en Nueva York. Eso fue lo que la dejó expuesta.

–¿Fundó un hogar para mujeres maltratadas?

–Me enteré hace unos días. Me llegó un correo electrónico de nuestro abogado donde me comentaba que logró solucionar el tema que le preocupaba a mi madre. Parece que ha comprado un veinte por ciento de las acciones de Alea–Lan y las ha puesto a nombre La Esperanza, el hogar que fundó para mujeres maltratadas. Ahora entiendo por qué no quiso hacerse una casa. No tenía dinero. Está invirtiendo lo único que tiene en esos campos, y en lugar de ayudarla todos la estamos hundiendo, Eduardo. Está gastando lo que no tiene en peones porque no le damos una mano.

–Demasiada mujer para este pueblo de envidiosos –demasiada mujer para él, un machista de mente cerrada y nada de generosidad, pensó Eduardo, no hacía falta expresarlo en voz alta cuando Alan ya lo sabía–. Mañana me ofrezco de peón –dijo Eduardo, Alan sonrió–. Ahora dime donde la puedo encontrar. No vuelvo sin ella.



## CAPÍTULO 17

Cinco horas lo separaban del destino incierto que había tomado Marian. Eduardo se subió a la camioneta y puso rumbo a su casa. No tenía gasolina y necesitaba la billetera para llenar el tanque antes de salir a rastrear a Marian. En ese momento ella podría estar en un avión rumbo a Nueva York si había conseguido una cancelación de vuelo de algún pasajero. Pero eso era lo más improbable, se dijo para convencerse.

Sabía que no regresaría. Marian había guardado su secreto bajo tierra, enterrado por años, y su hijo lo había contado a la ligera en una reunión delante de todos los pueblerinos. Marian no se quedaría en el pueblo luego de esa confesión. Entre la compasión y el odio, ya había demostrado que prefería el odio. Había soportado el odio de su propio hijo antes de dejar a la vista su pasado.

Si la encontraba no sabía cómo encararla para que regresara. Ella se había convertido en una persona infranqueable, un muro de granito que no se desmorona ni con un terremoto con epicentro en su corazón. Era una mujer compleja, muy compleja, con secretos, con miedos, con traumas que no quería dar a conocer. Andaba por la vida regalando sonrisas y calidez para esconder su triste verdad, y él tendría que escarbar la tierra para desenterrar todo lo que tanto le costaba sacar a la luz.

Marian era una mujer exitosa en los negocios pero no podía ser feliz si no enfrentaba lo que le había sucedido, y él estaba decidido a hacerla feliz. Un gran reto teniendo en cuenta que era el único logro que ella rechazaba.

Estacionó frente a la casa, el Mini Cooper de Marian estaba a escasos metros y Eduardo se asombró. Se bajó, metió las manos en los bolsillos del vaquero y caminó despacio hasta su coche.

Podía ver a Marian tras el vidrio de la ventanilla, recostada en el asiento del conductor con los ojos cerrados. Eduardo soltó el aire que había estado conteniendo. No tuvo necesidad de rastrearla, ella había venido a él, y se sintió dichoso.

Marian había estado tentada de marcharse, pero no podía huir de su pasado, este siempre estaría cargado a sus espaldas por más distancia que quisiera poner. Quizá, si lo enfrentaba se podría marchar sin la carga a cuesta. Pero ¿a quién le importaba de verdad su pasado? El único que tenía derecho a conocerlo era Eduardo, por eso estaba allí.

Su hijo también, pero no quería cargarlo con la culpa por haber caído en el error de creer que ella no lo quería. Alan ya tenía suficiente con los errores que había cometido con Elisa, y su hijo no era culpable de culparla. La única culpable era la vida que le tocó llevar.

Sintió el ruido de la puerta al abrirse y se encontró con los hermosos ojos grises de Eduardo, que la miraba preocupado. Ya estaba enterado. Pueblo chico. Si eso hubiera pasado en Nueva York no se habría enterado nunca.

Marian le sonrió con tristeza. Eduardo tendió su mano y ella la aceptó. Cuando salió del automóvil, él la jaló y ella aterrizó en sus brazos dejando que la envolviera como si pudiera borrar cicatrices y cambiar el destino que treinta años atrás los había separado.

—Suéltalo, Marian. Esto es algo que algún día tienes que dejar salir —dijo Eduardo—. No por

mí, sino por ti.

Ella elevó el rostro y lo miró. Eduardo vio una mezcla de furia y tristeza en sus ojos.

–Ya lo sabe todo el pueblo. Mi hijo lo dijo como si estuviera hablando de mi adicción a los zapatos –gritó Marian perdiendo la calidez.

–Tu adicción a los zapatos no es secreto para nadie –dijo Eduardo con ternura, intentando bromear.

Marian frunció el entrecejo.

–¿Tienes algún problema por mi fascinación por los zapatos? –se estaba escapando del tema que tenían que tratar. Después de guardarlo treinta años, qué importaban unos minutos más para encontrar el coraje.

–Estoy pensando en incrementar mis ingresos para poder solventar tu antojo –dijo Eduardo con una sonrisa.

–Puedo pagar mis zapatos.

–¿Eres autosuficiente, Marian? ¿No necesitas de nadie? –dijo Eduardo ante su comentario.

Necesitaba tantas cosas que nunca había tenido. Un abrazo protector, una mano amiga extendida, una palabra que le dijera que el pasado no importaba, un gesto de aceptación. Sobre todo el amor de ese hombre luego de escuchar lo que había sido su vida. Pero eso ya era pedir demasiado, se dijo.

–Lo era hasta que llegué al pueblo –dijo Marian con melancolía–. Se me está derrumbando el castillo y estoy quedando desnuda.

–Lo hiciste de arena, Marian. Yo te ofrezco uno de piedra, capaz de soportar vientos huracanados y terremotos –dijo Eduardo.

–No ofrezcas antes de saber.

–No necesito saber para ofrecerme a ti, pero creo que a los dos nos vendría bien hablar del pasado ya que fue el culpable de nuestra separación. ¿Cómo desapareciste, Marian? Me he cansado de preguntarle a Rosario y a Quino dónde te habías metido, pero ellos nunca quisieron hablar. Apenas te fuiste Quino solía decir, crías a tu hija en el bien y ella se va por el mal camino. Algo que no me servía para entender, pero sí para odiarte.

–No podía permitir que me buscaran y les mentí. La hija díscola tomó una mochila y se fue a recorrer el mundo. ¿Quién podía dudar?, nadie teniendo en cuenta que a los diecisiete años me había ido quince días para escapar de las reglas de mi padre. Esa noche discutí con mi padre porque no me dejaba ir a la discoteca. Tomaron mi huida por una rebeldía. De vez en cuando los llamaba por teléfono para tranquilizarlos. Mi madre lloraba y mi padre me insultaba.

Eduardo recordaba las épocas de rebeldía de Marian. Quino había sido muy estricto. No más bailes, no más salidas de noche, no más fines de semana con amigos, no más noviecitos, solo estudios; y Marian aprendió a romper las reglas. Él la ayudaba a descolgarse por la ventana del primer piso, corrían por los campos de la mano y hacían el amor bajo el árbol que había dejado en pie. Ella era dulce y especial, pero tenía su carácter y no soportaba ningún límite. Rosario la apañaba, pero Quino en aquella época le ponía demasiados límites. Pero toda la educación rígida se fue al tacho cuando ella desapareció y llegó Alan decidido a no acatar ninguna norma. Quino se ablandó, o quizá entendió su error, y dejó que Alan se criara como un salvaje.

–No entiendo nada. Nunca entendí que te fueras sin decir una palabra. Solo habíamos tenido una pelea tonta, que ni recuerdo el motivo–dijo Eduardo.

–El motivo está gravado a fuego en mi memoria. Ese motivo cambió mi vida. Siempre estabas haciéndote el galán con alguna mujer, y cuando te vi riendo en la plaza con Lorena te hice un escándalo. Te pusiste furioso y me dijiste, voy a darte motivos para tus celos, y saliste con ella y con Lina, tus actuales amantes por lo que me he enterado. Te dije que no quería verte más y te fuiste, no peleaste por mí. Era tal mi bronca que decidí vengarme, quería que sintieras lo mismo que yo, que te remordieras de celos. Lamentablemente no estuve para verlo, pero aprendí que la venganza no era buena –dijo Marian con tristeza.

–¡Marian! –dijo Eduardo con la voz entrecortada.

–El hombre que serviría para mi propósito era un motoquero, muy apuesto por cierto. Me dije: Marian con este ejemplar lo vas a dejar loco. La única que casi se volvió loca fui yo cuando en lugar de detenerse en la discoteca siguió de largo.

Eduardo cerró los ojos, y Marian pudo ver como se le tensaba el cuerpo.

–Algún día iba a aprender eso de aceptar las reglas, ¿no? –dijo Marian intentando bromear para quitar la tensión.

–No así. No así... –repitió Eduardo en un susurro–. Todo fue por una estupidez mía.

–¡No! –gritó Marian–. Nadie tiene la culpa del pasado.

–¡Nadie! –el grito fue de Eduardo–. ¿Tampoco Amanda?

–¿Cómo sabes que fue ella? –preguntó Marian sorprendida–. ¿Acaso lo sabes todo? ¿Sabes todo lo que viví?

–Solo sé lo poco que sabe Ofelia. Te fuiste con un amigo que te presentó Amanda, y nunca más te volvimos a ver –dijo Eduardo con la voz cargada de furia, no por Marian sino por nombrar a Amanda, la mujer más maldita que había conocido.

Marian se alejó unos pasos. Había dejado de odiarla porque Ofelia no pudo mantener la boca cerrada. Se giró, miró a Eduardo con tristeza y él interpretó su gesto.

–Pobre Marian, habrás dicho –dijo Marian en un susurro–. Y el odio se convirtió en compasión.

–No... no es cierto. El odio se convirtió en furia –dijo Eduardo con más convicción de la que había sentido cuando se enteró–. Me culpé, mil veces me culpé. Me emborraché hasta que perdí el sentido, y luego quemé todo lo que tenía de esa bruja maldita que nos separó –dijo Eduardo, y Marian le dedicó una sonrisa que era apenas una mueca.

Marian admiró su esfuerzo por no demostrarle lástima. Aunque sabía que la había sentido. Era lógico, ella misma se había compadecido hasta que comprendió que esa no era la forma de salir adelante, que solo luchando podía avanzar.

Ofelia era la prueba viviente de que no se podía vivir del pasado, no era un buen aliado, y su pobre y fiel amiga se había estancado por sentirse culpable de algo que no había hecho. La única culpa de Ofelia había sido no animarse a contar la verdad por miedo a correr su suerte, o pesadilla. Ella no la culpaba por eso, también había ocultado la verdad.

–Bueno ya estás enterado de que no me fui porque quise. Eso era lo único que te quería decir antes de irme.

–¿Te vas? Otra vez te vas. La primera no fue tu decisión, pero ahora que eres libre de decidir, prefieres la cárcel –gritó Eduardo, y agitó las manos con furia.

–¿De qué cárcel hablas? ¿Qué sabes tú? –gritó Marian.

Ella había venido a hablar pero no se animaba. Eduardo supo que tendría que presionarla,

ponerla furiosa, borrarle esa sonrisa de “todo está bien” si quería que Marian dejara salir todo el dolor que la paralizaba. Algo en su interior le decía que la cura de Marian estaba en hacerla hablar del pasado, y la incordió aunque sabía que ella lo odiaría por eso.

–Querida mía, tu vida debe haber sido un infierno, de eso no tengo dudas. Ahora eres libre y sigues atada al infierno de tu pasado. Tu cárcel, Marian –aclaró Eduardo–. Nunca te escapaste de ese infierno.

–¡Cállate! Cómo te atreves a suponer lo que fue mi vida. No tienes ni idea.

–¿Te golpearon, Marian? ¿Cuántos usaron tu cuerpo? ¿Te encerraron cuando quisiste escapar? ¿Cuál de todos era el padre de Alan? eran tantos que no sabes quién era el padre –todo junto, así, sin delicadeza, una pregunta hiriente tras otra.

Marian lo miró con la boca abierta.

–¡Cómo puedes ser tan cruel, tan frío, tan despiadado! Te burlas de mi pasado. No sabes lo que fue, no tienes ni idea.

–Claro que no sé, pero es tan grande tu esfuerzo por esconderlo que me imagino lo peor.

–Pues has acertado, macho, como siempre. ¡Bravo, bravo! Diez años de mi vida resumida en dos renglones. Eres peor que ellos, eres... –Marian se alejó buscando la protección del Mini Cooper. Quería huir, alejarse de sus palabras, de la frialdad con la que describía su triste historia. Cuando alcanzó la manija de la puerta, él la tomó del brazo y la giró. Marian no lo miró, mantuvo sus ojos en el césped del jardín.

–No me gusta la cobardía. Tienes miedo de que me compadezca, y solo tú te compadesces de ti misma. ¿Dónde está tu valentía? ¿En tu sonrisa?, ¿en tu calidez?, ¿en el éxito en los negocios? Mentira –gritó Eduardo–. Una vida de mentira, de fingimiento, de huida.

Ya está, ya lo había hecho, ya había desatado los demonios de Marian, se dijo Eduardo al ver la furia y el dolor en esos ojos que siempre eran cálidos.

–¡Sí! ¡Sí! Mi vida es una mentira –dijo Marian, y lo miró a los ojos. Eduardo quiso abrazarla, protegerla, decirle que siempre estaría para ayudarla a vencer sus miedos, pero eso la haría huir más rápido. Su forma de hablar despiadada había abierto la puerta de los secretos de Marian–. No siempre quiero sonreír. Hay días que no me levantaré de la cama. A veces no tengo ganas de hablar. Pero sigo, y sigo, y sigo... porque solo yo sé que si me detengo no me voy a levantar más.

–Me quedaría contigo en la cama para hacerte compañía. Sonreiría para recordarte que hay que seguir, y hablaría hasta por los codos cuando te embargara el silencio hasta que comprendieras que aquello terminó. Te abrazaría hasta sacar todo tu dolor, pero nunca te podría tener lástima, porque lo que me acabas de decir solo lo logran los valientes.

–No lo soy. Fui una cobarde que se dejó vencer. No luché para salir de aquello. Me resigné –dijo Marian vencida.

–Sin embargo lograste sacar a tu hijo de allí.

–¡Qué sabes tú! –gritó Marian.

–Alan vino de la mano de Rosario. ¿Cómo conseguiste la libertad para tu hijo?

–A cambio de mi sumisión –dijo Marian en un susurro–. Juré hacer lo que me pedían si me dejaban alejar a mi hijo. Me convertí en una buena amante, la mejor, solían decir –dijo Marian con ironía–. Por suerte la mujer pierde la belleza con los años. Y cuando se acaba la belleza puedes recuperar la libertad. Me había escapado apenas me llevaron, pero las palizas me llevaron

a conocer, más veces de las que deseaba, el reino del olvido. Desistí de la idea cuando quedé embarazada de mi niño. Él era la esperanza, el amor, la libertad –dijo Marian con la voz quebrada–. Soñaba con un mundo mágico para Alan, libre y feliz.

–Alea–Lan –dijo Eduardo con la voz rota.

–Cuando se lo entregué a mi madre me consolaba repitiendo: Alea–Lan, mi dulce niño. Siglas que se convirtieron en mi mantra. Cuando sentía que me hundía me repetía Alea–Lan, mi niño. El día que se lo di a mi madre Alan lloraba desesperado. Tenía cinco años y me gritó: Siempre te voy a odiar por no quererme, te lo prometo. Él cumple sus promesas, Eduardo.

–¿Le mentiste, Marian?

–¡Qué otra cosa podía hacer! No podía decirle que su padre era un bruto que curaba las rebeldías a golpes. Le dije que iría de vacaciones a la casa de los abuelos y que cuando pudiera lo iría a buscar. No era una mentira, pero yo sabía que las vacaciones podían ser indefinidas. Alan era inteligente, y supo que lo estaba abandonando.

–Sabes quién es su padre –no era una pregunta, sino una afirmación.

–Aquel hombre guapo con el que pretendía despertar tus celos –dijo Marian en un susurro.

–No eras la mujer de todos, eras su mujer –dijo Eduardo, y Marian sonrió con ironía.

–No Eduardo, era su posesión. Al principio solo suya, pero como no le correspondía... –no pudo decirlo y lo ejemplificó–. Si un amigo te pide una herramienta se la prestas –dijo Marian para explicar de forma sutil lo que era ella para ese bruto.

Eduardo cerró los ojos y se alejó dos pasos. No podía mirarla a la cara después de lo que ella había pasado por una tonta pelea. Se sentía culpable de la vida de mierda de Marian. Un joven impetuoso que disfrutaba de las atenciones de las mujeres. Ella había sido su amor, pero él se seguía pavoneando con el resto. La vida de Marian había sido un calvario por su estúpida arrogancia, su machismo y ese ego inflado al saber que varias lo querían. Él se había reído de los celos de Marian. Estúpido insensible prepotente, se dijo a sí mismo.

Marian interpretó su distanciamiento como un rechazo. Ya lo sabía. Qué hombre podía soportar que su mujer hubiera sido usada como un objeto de placer. Eduardo el macho, no. Bien, faltaba el golpe de gracia para que el desprecio fuera mayor, y Marian sintió la necesidad de acabar con esa tortura.

–Me fui cuando se encandiló con una jovencita. Tenían muchas peleas porque la chica no me quería ocupando un lugar que quería para ella. Le pedí que me dejara ir, pero se negaba, al final las riñas eran tantas que accedió. “Vete Marian, pero no te acerques a tu hijo porque te lo voy a quitar”. Sabía que no había sido feliz a su lado, y no quería que lo fuera lejos de él. Estaba muy deteriorada. Muchos hombres, mucho uso. Qué podía hacer. Regresar al pueblo para tratar de recuperar a mi hijo no era una opción. No solo por la amenaza, sino por mi mal estado. Tenía la cara ajada de tantos años de vagabunda, el cuerpo consumido por la amargura y el rostro de una muerta en vida. Nunca habría permitido que mi hijo me viera tan vencida. Hablé con mi madre para saber de Alan. Mi niño ya tenía quince años, era un jovencito desvergonzado, y me odiaba como había prometido –Eduardo le daba la espalda. Marian se estremeció. Él la estaba despreciando, pero se dio cuenta que no podía ni quería parar. Era como si las palabras salieran por voluntad propia, y siguió su relato–. Trabajé de camarera en un bar. Me daban habitación, comida, y lograba buenas propinas. Lo primero que hice con el dinero que ganaba fue comprarme un par de mudas de ropa y quemar todo lo que me recordaba mi pasado. Era pobre,

pero empecé a recuperarme por fuera. Cada centavo que ganaba lo guardaba, y un día tenía lo suficiente para comprarme un pasaje a Estados Unidos. Conseguí otro trabajo de camarera y con mis pocos ingresos compraba carteras, las pintaba y las vendía en las playas de Miami. Allí conocí a un hombre mayor que me dijo que tenía talento para llegar lejos con mis carteras. Se ofreció a ayudarme. De solo verlo supe que quería algo más de mí. ¿Por qué no?, me pregunté. Después de todo había sido prostituta durante quince años sin cobrar un centavo.

–¡Basta Marian! No es necesario que me cuentes todo –dijo Eduardo sin mirarla.

–Ese hombre tenía la edad de mi padre. Era bueno. Quince años sintiéndome un objeto, y me encontré con un hombre que me adoraba. Me ofreció dinero y lo rechacé, solo necesitaba sentirme querida. Lo único que acepté fue pinturas y cuero para mis carteras. Él era un empresario poderoso, y mis carteras se empezaron a vender gracias a sus contactos. Monté un negocio, y luego una empresa pequeña con varias chicas que cosían, y yo me dediqué a pintar. Me enseñó a ser empresaria y a valorarme. Me visitaba dos veces a la semana. Cenábamos y le daba lo que quería a cambio de su ayuda en mi pequeño emprendimiento.

–¡No sigas, Marian!

–Cuando comencé a tener fama, se fue. Me dejó. Me dijo, lo lograste jovencita, ahora puedes seguir sola. Algunas veces nos cruzábamos en fiestas, él me miraba con amor y yo con admiración, pero nunca más me pidió que fuera su amante –dijo Marian con los ojos llenos de lágrimas–. Sabía que no lo amaba. El resto no tiene importancia, fama, fortuna, muchas fiestas... y algún hombre ocasional. Esa es mi vida... completa –dijo Marian.

Eduardo seguía de espaldas, y Marian lo interpretó como un rechazo. Ella siempre había sospechado que Eduardo no podría tolerar su pasado. Sentía que se desgarraba por dentro, y en ese momento comprendió que habría preferido su compasión al desprecio que le mostraba él.

Las lágrimas que no se permitía derramar eligieron ese momento para salir como cataratas, silenciosas pero constantes. Subió al Mini Cooper y se marchó. Ya lo había hecho. Él lo sabía todo, y lo había perdido.

A pesar del dolor por la reacción, o falta de reacción de Eduardo, una extraña paz se apoderó de ella. La liberación llegó con una risa llena de sarcasmo mientras conducía hacia su departamento. Se había liberado de su secreto, lo había dejado salir y sintió que el aire entraba a borbotones por su garganta, como si se hubiera soltado algún tapón que durante treinta años había estado bloqueando su libertad. El pasado no le pesaba. Contar su vida en voz alta le dio la famosa libertad que tanto había cuidado.

En ese momento se sentía libre de pensamientos, miedos, culpas y remordimientos. Ya no importaba el pasado. Con su confesión, su vida acababa de empezar como si los quince años negros y los otros quince de recuerdos negros no le pesaran. Eduardo no la había entendido, no había tolerado su pasado, pero la había devuelto a la vida. La risa sincera acalló el ruido del motor, y las lágrimas no dejaron de brotar de sus ojos.

Eduardo se quedó mirando como el Mini Cooper se alejaba por el camino. Cerró los ojos, respiró el aire puro del campo, caminó hasta la camioneta y se marchó.

## CAPÍTULO 18

La noche era estrellada. En el campo todo se magnificaba. Los ruidos, las luces y sombras que proyectaba la luna, la inmensidad de los campos y la soledad.

Marian llegó al pueblo y sintió alivio. Sentía recelo por los lugares poco habitados. Había elegido vivir en Nueva York porque era una ciudad que no dormía nunca. Pero en el pueblo todo era quietud y se sentía insegura, acosada por esas sombras invisibles, como si alguien pudiera hacerla desaparecer de nuevo.

Se relajó al ver las farolas de luces viejas que iluminaban el pueblo. Anduvo unas pocas cuadras y al llegar a su departamento esbozó una sonrisa. Elisa estaba parada en el dintel de la puerta de rejas, esperándola.

–¿Una noche complicada? –preguntó Marian cuando se acercó a ella.

–¿La tuya? –devolvió Elisa la pregunta.

Marian asintió.

–Nos podríamos emborrachar en el balcón del departamento –sugirió Marian.

–Sería mi última borrachera –dijo Elisa sin dar explicación.

Marian arqueó las cejas de forma interrogativa.

–¿Y eso a qué se debe? –preguntó Marian mientras subían las escaleras. Abrió la puerta de ingreso y pasó directo a la cocina para sacar dos latas de cerveza. Elisa la siguió y extendió la mano para recibir la bebida.

–Brindemos Marian –sugirió Elisa–. Por tu nieto que viene en camino.

Marian ante el impacto de sus palabras dejó escapar la lata al suelo, se agachó para recogerla y cuando la abrió la mitad del contenido se le derramó en el brazo.

–¡Mierda! Podrías haberme dado la noticia de forma más sutil –sugirió Marian–. ¿Te has acostado con mi hijo? –el asombro aún seguía en sus ojos agrandados–. ¡Un nieto! –dijo, y sonrió cuando asimiló la confesión de Elisa–. ¿Para cuándo mi nieto?

–Para dentro de ocho meses y medio, días más días menos –mintió Elisa. No se atrevió a decirle que lo había concebido esa noche, y le dedicó una radiante sonrisa como para reafirmar su mentira.

Marian se atragantó con la poca cerveza que le quedaba en la lata, se acercó al fregadero y escupió.

–Debo ser la primera en saberlo. ¡Dios mío! Ha sido hace poco.

Elisa asintió.

–Sí, fue hace muy poco –aclaró.

–¿Alan lo sabe?

–Mmm... digamos que se enteró y no le gustó mucho que lo usara de semental, como me aclaró a gritos cuando le dije que no me casaría pero le dejaría ver a su hijo –dijo Elisa. Había ido a ver a Marian porque necesitaba un consejo de madre, el problema era que ella era la madre de Alan y su confesión la dejó aturdida.

–Eres un demonio –dijo Marian, Elisa se tensó, pero Marian estalló en una carcajada–. Alan

debe estar trepándose a las paredes. Ninguna mujer lo ha usado de semental. ¿Por qué me lo cuentas a mí?

–Somos socias, amigas y... ¿A quién se lo voy a contar, Marian? ¿A mí tía Ofelia? ¿A mí padre? –negó con la cabeza–. Nos contamos todo –aclaró Elisa, y Marian cerró los ojos. Ella no le había contado la peor parte de su vida–. Perdí un hijo de Alan hace dos años, él no se enteró porque se fue sin despedirse, como siempre. Tuve que afrontar sola el embarazo y la pérdida. Mi padre no lo sabe. Pero ahora estás tú –dijo Elisa, y sonrió.

Marian había venido a su departamento para armar una maleta y marcharse luego de haberle confesado a Eduardo su pasado. Ya no tenía sentido quedarse allí. Eduardo la despreciaba; y su hijo haría lo mismo si se llegaba a enterar. Ella no podría soportar que la repudiaran las personas que amaba. Lo mejor era estar lejos de los afectos, donde el rechazo no existía o no importaba. Pero allí estaba la hija de Eduardo dándole la más bella de las noticias, solo a ella. Elisa estaba rodeada de gente, pero tan sola como ella en sus secretos. “Ahora estás tú”.

–Ahora estoy yo –dijo Marian, y se acercó a abrazarla–. Siempre voy a estar, Elisa. Siempre –aclaró para dejarla tranquila. Qué importaba el rechazo de Eduardo y su hijo si esa hermosa joven la necesitaba a su lado. Además, tendría un nieto y sintió que la vida la estaba recompensando de la manera más bella.

–Lo sé –afirmó Elisa.

–Cuando regresé pensé que no duraría una semana, y esta noche venía decidida a marcharme por un tiempo –confesó Marian–. Pero estabas tú, como un ángel de la guarda, dándome un motivo para quedarme.

–Un nieto, Marian –dijo Elisa con una sonrisa.

–Un nieto es lo más grande que me has podido dar. Pero el motivo es dejar de huir, luchar en el lugar al que uno pertenece. Y yo pertenezco a este pueblo porque ustedes están aquí –dijo Marian–. Tú estás luchando por lo que amas, y me has dado una gran lección. Te enfrentaste sola a la pérdida de un hijo y en vez de huir te quedaste, y le estás dando batalla a mi hijo con las armas que tienes –no pudo evitar la risa al pensar en la furia de Alan–. Me imagino como debe estar mi hijo –comentó.

–Furioso. Indignado. Me debe estar maldiciendo en todos los idiomas.

\*\*\*\*\*

Alan la estaba maldiciendo en todos los idiomas. También a Marian. Dos mujeres que le habían desquiciado la vida. Una desde que nació, y la otra desde que lo abandonó.

¿Por qué tenían que existir las mujeres? Solo para romper la armonía de su vida. No había armonía teniendo a esas dos rompe... rompe... Mejor no decirlo en voz alta, se dijo.

Llegó al centro, eran las tres de la madrugada. La fiesta ya había llegado a su fin, gracias al cielo, y no había movimiento en el pueblo. El vehículo de su madre estaba estacionado frente al departamento. Él estacionó detrás y tuvo ganas de abollarlo con la camioneta. ¿Y por qué no hacerlo?, después de todo Marian soportaba con sonrisas sus malas acciones. Él era el niño abandonado y podía hacer lo que quisiera. ¡Pum! Ahí fue a darle el golpe de chico malcriado, el que ella esperaba de él. Podía patearle el trasero, insultarla y hasta venderle la empresa de su vida que Marian no se enojaba. Bien, una más, ahora el Mini Cooper. Si se le antojaba quemarle el



departamento ella lo aplaudiría. ¡Bravo Alan, bravo!, no te hagas problema que ya llamo a los bomberos, eso le diría.

La reja de ingreso estaba abierta y subió las escaleras de dos en dos. Abrió la puerta y con un ruido seco la estrelló contra la pared. Marian y Elisa estaban relajadas en unos sillones, cada una con una lata de cerveza. Elisa abrió los ojos asombrada, y Marian impostó su sonrisa de princesita que no se altera con nada.

–Te choqué tu bonito Cooper, Marian –dijo Alan con voz alterada.

–¿Se rompió mucho?

–Imagínate que le di con mi camioneta. Está irreconocible –dijo Alan con los dientes apretados.

–Son cosas que pasan –dijo Marian, que seguía siendo condescendiente.

–¡Marian! Te chocó a propósito –dijo Elisa que se había levantado del sillón para mirar por la ventana–. Te rompió los focos y la chapa está abollada. ¿Acaso no te fijas por dónde vas? –lo retó Elisa. Alan le sonrió de lado. Se estaba burlando, pero Elisa suponía que la burla no era para ella, sino para él mismo.

–A mi madre no le importa lo que haga. Todo, por más cruel y dañino que sea, siempre está bien. Soporta todos mis desprecios, mi indiferencia. Podría quemarle la porquería de vehículo y ella estaría a mi lado justificando mi accionar y aplaudiendo.

–¡Alan! –dijo Marian, que por fin se estaba alterando.

–¿Por qué me dejaste? –gritó Alan.

Marian se tensó. Eduardo no le había dicho nada, pero el muy traicionero había salido corriendo a contarle su vida miserable a su hijo.

–Han pasado muchos años –dijo Marian en un susurro–. Vete.

–No, no me voy a ir. Tú hiciste un trueque. Mi libertad por tu cárcel, ¿cierto?

–No, no fue así, Alan.

–¿De qué estás hablando, Alan? –preguntó Elisa.

Alan entrecerró los ojos. Si hubiera sabido que Elisa estaba allí no habría venido. Pero las palabras emotivas de Eduardo lo habían regresado a los cinco años, y en ese momento veía todo claro, todo lo que no había podido entender a tan corta edad. Ella había logrado su libertad a cambio de la sumisión a unos animales que la usaron a su antojo.

–¡Y te vendí Alea–Lan!, tu sueño. Me dejaste hacer cualquier cosa –dijo Alan con la voz quebrada–. ¿Por qué no me lo dijiste?

–¡Voy a matar a Eduardo! –dijo Marian con los puños apretados.

–¿Por qué? Porque tuvo la valentía de venir a contarme el motivo por el que me dejaste a los cinco años. Porque cree que debo saber qué clase de madre me tuvo. Porque es el único que considera que tengo derecho a saber lo que pasó. Hace treinta y un años querías darle celos a Eduardo con un motoquero. Nunca llegaste a esa discoteca que pensabas ir. Te llevaron con ellos y no te dejaron volver.

–¡Marian! –dijo Elisa, y se acercó a ella.

Elisa había escuchado que todos en el pueblo decían que Marian se había encandilado con un motoquero, pero ahora se enteraba que ella no había elegido esa vida. Elisa la miró a los ojos, pero Marian tenía la mirada perdida en algún lugar escondido en su interior. Elisa la abrazó y Marian, ante ese gesto que tanto necesitaba se aferró a ella y lloró.

Cuántos años hacía que no lloraba por aquella vida, y esa noche había estallado en un llanto descontrolado dos veces. Elisa le acariciaba la espalda y luego de interminables minutos Marian se calmó. Cuando encontró las fuerzas para separarse de ella enfrentó el rostro dolido de su hijo.

–Sí, fue así. Conseguí tu libertad. La mía no estaba disponible en ese momento, solo dejé de luchar contra la corriente. Eras muy rebelde y temía que te hiciera daño. Juré no intentar escapar y aceptar sus reglas. No era mucho lo que cedí, ya lo había perdido todo y lo único que me importaba era sacarte de allí. Si no lo hubiera hecho serías uno de ellos. Un delincuente.

–¿Y dónde está el mal nacido?

–Murió hace diez años, unos meses antes de que llegaras a Estados Unidos. Ya no estaba con él, pero como no quería que fuera feliz me sugirió que no me acercara a ti –dijo Marian. Alan no tuvo dudas que más que sugerir la habría amenazado.

–Por eso no regresaste antes a buscarme –dedujo Alan.

–No fue solo por eso. No estaba en condiciones de regresar.

–Me amabas tanto que me dejaste ir –dijo Alan con los ojos llenos de lágrimas.

–El amor no es egoísta, Alan. Ya lo vas a comprender cuando nazca tu hijo –dijo Marian intentando acabar el tema, y lo logró.

Alan y Elisa la miraron asombrados. Elisa no se había esperado el brusco cambio de tema de Marian. Pero Alan sí, y lo aceptó porque conocía lo suficiente a su madre para saber que no pensaba seguir hablando del pasado, de sus miserias, sus luchas y sus pérdidas. Hasta ahí llegaba su confesión. Ella era una luchadora, y él la admiraba por eso.

Miró a la pequeña caprichosa que le había contado a su madre lo que le había hecho, y tuvo ganas de zamarrearla. Maldición.

–¿Se lo contaste? –dijo Alan asombrado.

–Necesitaba regocijarme de lo que te hice –dijo Elisa, y Alan la miró furioso.

–No te durará mucho esa alegría al usarme de semental, malcriada –dijo Alan.

–¡Alan! discúlpate. Cómo puedes hablarle así a la madre de tu hijo –dijo Marian indignada ante la prepotencia de su hijo.

–Ni siquiera sabe si está embarazada y lo anda gritando a los cuatro vientos para hacerme quedar como un idiota –dijo Alan.

Marian la miró llena de sorpresa, y Elisa agachó la cabeza

–Bueno, pero en unos días ya lo voy a poder confirmar –dijo Elisa.

–¿De cuánto tiempo estás, Elisa? –dijo Marian.

–Déjame sacar cálculos –y se puso a sumar con los dedos.

Alan no pudo evitar la sonrisa.

–Debe estar de tres o cuatro horas –dijo Alan. Elisa frunció el entrecejo y Marian estalló en una carcajada.

–No me crees, Marian. Esta es mi época más fértil –aclaró.

–Claro que te creo. Pero no vamos a comprar ropita hasta que lo confirmemos –dijo Marian, y Elisa la abrazó.

Durante una hora las dos hablaron de baberos, biberones, chupetes, ositos de peluches, cochecito, silla para comer la papilla... y otra vez chupetes, biberones y baberos.

Alan escuchaba el entusiasmo de las dos y sintió que su mundo tenía sentido. Sus dos mujeres estaban allí haciendo planes para un hijo concebido hacía unas escasas horas. Una

locura, la más linda de las locuras. Acá estaba su vida, aunque ellas la convirtieran en un infierno.

El problema era que ninguna de las dos le prestaba atención. Como si no hubiera sido su esperma el que había logrado el milagro, si es que las suposiciones de Elisa se confirmaban. Se sentía invisible al ver cómo disfrutaban hablando de tejer escaarpines, comprar zapatitos y hacer batitas de tela suave, en blanco porque no sabían si sería varón o niña. Durante años había sido indiferente con Elisa, y en Estados Unidos lo había sido con Marian. Ahora sabía lo que se sentía.

Se bebió un café en la cocina. Hizo ruido con la taza, y nada, no le dedicaron ni una mirada. Salió por la puerta y ellas seguían enfrascadas en cómo sería la cuna. Se fue, y mientras bajaba las escaleras sintió la risa cantarina de Elisa. Se estaban burlando de él, pensó, pero no por mucho tiempo.

## CAPÍTULO 19

Marian llevaba quince días fuera del pueblo. Elisa había logrado que desistiera de regresar a Nueva York, pero eso no impedía que se tomara unas cortas vacaciones para aceptar el impacto que le produjo quedar expuesta ante Eduardo, Alan y Elisa.

Alan se había mostrado dolido, indignado y sin una pizca de compasión. La bronca era más grande que la lástima, y eso a Marian le gustó. Elisa tampoco había sentido compasión, y a pesar de su juventud, le había dado ese abrazo que había esperado inútilmente de Eduardo.

Eduardo era otro cantar. Ese macho arrogante no se había girado a mirarla. Sabía de sobra que ella no quería la lástima que estaría reflejada en sus ojos, y se había cuidado de no mirarla. Solo le había dado la espalda, los anchos hombros encorvados y su cabello de trigo inclinado hacia el suelo, la típica pose del derrotado.

Luego de hablar hasta el amanecer del bebé que supuestamente vendría en nueve meses, Marian le había comentado a Elisa que necesitaba tomarse unos días de vacaciones. Elisa, con su poca experiencia de vida, le había dicho que era la mejor decisión y le había asegurado que ella se ocuparía de que las tareas del campo no se detuvieran. Marian le habló de su destino y Elisa, a pesar de dedicarle una sonrisa de burla que Marian no entendió, se ofreció a llevarla en su destartalada camioneta, y le sacó la promesa de mandarle un mensaje de texto para ir a recogerla cuando estuviera lista para regresar.

Hablaban a diario, y Elisa le había comentado en la última conversación que estaban sembrando las pasturas. Lo más importante era que tenía dos días de retraso. El embarazo ya era más firme que ese deseo de Elisa por tener un hijo, y Marian estaba enloquecida de felicidad contando las horas del atraso que se iban haciendo días.

Su hijo también la llamaba a diario. Quería saber dónde estaba, cómo estaba y cuándo pensaba regresar. La palabra mamá, que tantos años deseo escuchar de sus labios, había estado presente en cada pregunta de Alan. Tantos años esmerándose en ocultar su pasado, y ese pasado era lo que le había devuelto a Alan. Eduardo, a pesar de su silencio, había obrado el milagro. Su pobre hijo no sabía cómo decirle que la quería, por eso usaba la palabra mamá. Marian suponía que Alan la llamaba más para saber de Elisa que para averiguar dónde estaba. Estaba desesperado por saber si estaba embarazada, y Marian supo, sin necesidad de preguntar, que Elisa lo estaba ignorando del mismo modo que él la había ignorado a ella.

Eduardo también la había llamado a diario, pero a él no lo había atendido. ¿Qué se iban a decir?, nada, no había nada que decir. Él no había soportado su confesión. “Basta Marian. No hace falta que sigas”, le había suplicado al no soportar su pasado, o el dolor de su pasado, o la culpa por su pasado, o la lástima por lo que había pasado, o quizá el desprecio a la vida que había llevado en el pasado.

Los primeros mensajes de texto habían sido a su estilo macho áspero. “Maldición, vuelve”. “Qué locura te dio para irte”. “Ni se te ocurra desaparecer de nuevo”. En el último mensaje se había calmado. “Tenemos una personita en común, pero parece que no te has enterado. La vida nos une”. Marian se había asombrado, había sonreído, pero no le respondió el mensaje.

Si Eduardo estaba enterado del bebe era por Alan. Elisa no le había contado la pérdida de su bebé dos años atrás, por lo que estaba segura de que tampoco había confiado a su padre su segundo embarazo. No tenía dudas que Alan lo habría contado en un momento de pasión. Su hijo era reservado, pero también impulsivo y largaba todo en los momentos de ira, al igual que Eduardo.

Marian estaba muy cerca. A escasos kilómetros del pueblo. En una cabaña de troncos que había visto el día que Eduardo le hizo el amor en el mirador. En realidad ella había visto el arroyo cristalino, la cabaña la conoció a los pocos días, cuando subió con el Mini Cooper dispuesta a llegar hasta ese paraíso, y se había quedado maravillada con el entorno y la pequeña casita.

Una mujer de sesenta años la recibió con una cálida sonrisa desdentada. Le comentó que el dueño la alquilaba en algunas épocas del verano, y Marian consiguió alquilarla para toda la temporada baja a un precio ridículo. Una ganga, el mejor negocio de su vida.

Ese sería un refugio donde esconderse cuando se sintiera agobiada.

El miedo al silencio y a los extraños seguía allí, pero tenía que vencerlo, por eso la había alquilado, para seguir luchando con sus demonios en un lugar aislado. Ya había vencido las peores batallas, y tenía que seguir hasta acabar su guerra interna. Nadie, absolutamente nadie volvería a arrebatarse su libertad.

El arroyo cristalino estaba a pocos metros de la cabaña, y se formaba por vertientes que bajaban de las montañas. Allí estaba ella en ese momento, disfrutando de los días cálidos que le regalaba el otoño. El suelo verde se estaba cubriendo de amarillo y de los árboles caía una lluvia de hojas. Un paisaje de ensueño.

Tras ella sintió el crujir de las hojas secas. Se giró y la señora Aida, que le había alquilado la cabaña, caminaba hacia ella.

–Marian, mi nieto se ofrece a llevarla de regreso al pueblo para que no tenga que pedir un taxi –dijo la mujer.

–Es muy amable de su parte Aida, pero iré a pie –dijo Marian, la mujer frunció el ceño.

–¡Son diez kilómetros! ¡Y en subida!

–Estoy acostumbrada a caminar –dijo Marian con seguridad. En la Quinta Avenida y en el Central Park de día y con ropa de deporte, no entre medio de matorrales y cargando un bolso de mano en la trepada, pensó, y le sonrió a la anciana para tranquilizarla. Cuanto más demorara el regreso, mejor. En realidad no tenía ganas de regresar, pero no podía dilatarlo más teniendo en cuenta que Elisa estaba sola con el campo y la tienda. No iba a permitir que pusiera en riesgo el bebé con tareas pesadas. Ella se pondría a cargo aunque no supiera mucho de campos.

–Tendrá que salir temprano para que no le agarre la noche. Si se esconde la luna no va a ver ni su sombra.

–Pienso subir por la montaña para acortar el trayecto.

–Señora Marian, se puede perder, y en la zona hay serpientes. Las montañas son traicioneras.

Eso lo sabía. Ella había nacido en la zona. Había decidido regresar caminando para dilatar un poco el encuentro con los pueblerinos, y con Eduardo, sobre todo con él. Si llegaba de noche mejor, así pasaba desapercibida.

–No te preocupes. Si me desorienta llamaré a mi hijo –aclaró Marian.

–Busque un lugar alto porque en los pozos se pierde la señal del móvil. Está noche la llamó

para asegurarme de que llegó bien.

–Sí, eso haré. Gracias por preocuparte por mí –dijo Marian.

Pocos minutos después de que la mujer desapareciera, se puso de pie, echó unas piedras chatas al arroyo para hacer sapitos, extendió las manos al cielo, aspiró el aire limpio, y se decidió a regresar. Ya estaba en condiciones de enfrentar la vida, y a Eduardo.

Si Alan no le hubiera destrozado el Mini Cooper no tendría que regresar caminando, se dijo. Lo bueno era que en unos días tendría su coche reparado y podría venir a la cabaña cuando se le antojara, sería su refugio durante la mayor parte del año.

Hacía apenas cuarenta minutos que avanzaba por senderos inexistentes y tenía ganas de regresar para que el nieto de Aida la llevara al pueblo. Pero no pensaba subir al auto de un extraño por más que fuera el más adorable nietecito de una mujer bondadosa. Ella no subía a vehículos de desconocidos, y eso no pensaba cambiarlo. Más que miedo era precaución.

No recordaba haber sudado tanto. Se había puesto las alpargatas que Elisa se empeñó en agregar en su bolso, pero ya se estaban desflecando. Eso era un sendero de mierda, tapado de yuyos espinosos.

La peor idea había sido ponerse un pantalón corto. Se había lastimado todas las piernas, y para colmo de males se había doblado el tobillo derecho por lo que avanzaba a pata coja.

Por suerte entre los yuyos raquíuticos siempre había alguna piedra grande para tirarse a descansar, se dijo mientras se dejaba caer en una roca plana y bastante amplia como para recostarse a recuperar las fuerzas.

Sacó la cantimplora y bebió como si hubiera atravesado el desierto de Gobi. ¡Vacía!, la cantimplora le quedó vacía y le faltaban más de nueve kilómetros para llegar. ¿Dónde estaba el Oasis de la Media Luna que daba agua a los comerciantes de la Ruta de la Seda miles de años atrás? Esto era el maldito siglo veintiuno, ¿Acaso los pueblerinos no podían poner una maldita canilla a mitad de la trepada para las mujeres ciudadinas como ella?

–Maldición –gritó Marian, sabiendo que nadie la podía escuchar. Pensó en regresar al arroyo para aprovisionarse, pero si bajaba no tendría fuerzas para volver a trepar y se volvería a quedar sin agua en el mismo lugar. No podía subir cargando un maldito bidón de cinco litros, era demasiado peso para una mujer que no estaba acostumbrada a esas travesías de muerte.

Miró hacia arriba, le quedaba un largo trecho por subir. Tan bonito que se veía todo desde el mirador, y tan achaparrado y seco que era al tenerlo cerca.

Le pareció que alguien se había echado hacia atrás, inclusive escuchó una especie de risa, pero podía ser un espejismo, se dijo a pesar de que la risa no entraba en la categoría de espejismo. Ya estaba delirando y solo había recorrido medio kilómetro.

Miró el reloj. Las cinco de la tarde. Mierda, había demorado una hora para subir un trecho. Estaba más cerca de la cabaña que del maldito camino que la llevaría de regreso al pueblo. A ese paso de tortuga tendría que llamar a Elisa para que la viniera a rescatar, porque ni en sueños llamaría a Alan para que le largara un sermón.

Se levantó de la piedra y sintió el agotamiento. Una cosa era caminar hasta el arroyo y recostarse bajo la sombra de un árbol de hojas amarillas, y otra muy distinta era esa aventura a la que se había lanzado. Ella no era una campesina, de eso no había dudas.

–Al final ese macho engreído tenía razón. El campo no es lo mío –dijo mientras sorteaba otra de esas plantas espinosas que crecían por todos lados, incluso algunas se habían hecho un

espacio en las piedras.

–Nunca más, nunca más regreso sin el Cooper –gruñó mientras trastabillaba en una roca puntiaguda.

Le llegó una carcajada. Eso no era una alucinación. El sonido ronco y bien macho le era conocido. Levantó la vista y el sol le cegó los ojos.

–No te veo, maldito machista, pero sé que eres tú, Eduardo –gritó Marian.

–¿Estás bien, Marian? –gritó Eduardo desde arriba.

–Nunca estuve mejor –dijo Marian con los dientes apretados. Se sentía una estúpida. No le había pedido a Elisa que la viniera a recoger para alargar el tiempo de ver a Eduardo, y el maldito se había enterado de alguna manera que ella estaba allí. Alguien se lo había contado, no tenía dudas–. Quién te dijo que estaba aquí y que regresaba hoy.

–Mi traicionera hija, no –aclaró Eduardo, pero evitó decirle quién era el traicionero.

–Seguro que fue mi traicionero hijo –dijo Marian jadeando.

–¿Quieres que baje y te traiga en andas?

Marian hizo visera con la mano y lo miró con furia. Eduardo estaba tomando una coca cola y tuvo ganas de correr el trecho que le faltaba para sacársela de las manos. Se pasó la lengua por los labios y gruñó un “no”.

–Como quieras –dijo Eduardo, y se apoyó contra un árbol raquítico–. Esta gaseosa está recién sacada de la heladera –aclaró, y bebió otro trago.

–Espero que te dé una angina y tirites de frío durante tres días –jadeó Marian, la risa burlona la indignó.

Otra roca plana, bendita sea, pensó mientras se acercaba para descansar otro rato, y se dio cuenta que la demora se debía a que descansaba más de lo que avanzaba. Ya le faltaba poco para llegar al camino, pero también para llegar a Eduardo. Lo mejor era detenerse y pensar. El problema era que no le quedaban fuerzas ni para pensar.

Se acostó sobre la roca, jadeando y maldiciendo su mala suerte. Tanto querer demorar el regreso para no ver a Eduardo y tendría que ir al pueblo con el machista, se dijo.

Una sombra le tapó el sol, y Marian se quedó paralizada. Sentía el perfume de su colonia y supo que si abría los ojos lo tendría a un palmo de distancia. Debería haber sabido que Eduardo bajaría a buscarla, lo que no entendía era cómo mierda había llegado tan rápido.

–Dios Marian, estás deliciosa toda sudada, de alpargatas y con esa ropita deportiva hecha girones –dijo Eduardo, y le posó la gaseosa sobre los labios.

Marian se sentó, no lo miró, no podía hacerlo después de su confesión, pero le arrebató la gaseosa de las manos. Siciaría su maldita sed aunque él hubiera puesto su tentadora boca sobre el pico. Era como si besara lo que él había besado. Hubiera preferido no hacerlo, por una cuestión de principios, pero no valían los principios en el desierto de Gobi. Se la bebió de un tirón y le lanzó al pecho la botella vacía. Eduardo sonrió de lado.

–¡Oh, sí! Soy la mujer más sensual en varios kilómetros a la redonda, sobre todo cuando no hay otra para comparar en este desierto –dijo Marian con burla, le dio un empujón que lo sentó en la piedra y se levantó para seguir subiendo.

–Podría tener una mujer vestida de encaje y seda parada en cada piedra de estos campos, y siempre te elegiría a ti –dijo Eduardo mientras se levantaba para seguirla.

Ella estaba agotada y enojada. Él no la culpaba. Su silencio la había indignado y la había

alejado del pueblo.

–Deja de adularme que me produce repulsión viniendo de ti –dijo Marian–. Todavía me pregunto cómo mierda te enteraste de mi paradero.

–Aida me informa de todas las personas que alquilan mi cabaña –dijo Eduardo.

Cientos de cabañas debían de existir en las sierras, y ella venía y alquilaba la del macho. Negó con la cabeza cuando recordó la sonrisa burlona de Elisa. La muy caradura no le había dicho que la cabaña era de ellos, pero sabía que su padre se enteraría apenas pusiera los dólares en las manos de Aida.

–No puedes decir que he abusado de ti, puesto que te la he alquilado a un precio ridículo –aclaró Eduardo.

–Podrías habérmela prestado –dijo Marian, y se detuvo a tomar aire.

–Y quitarte las ganas de pagar. No, eso habría sido muy injusto. Además, pienso hacer algunas mejoras con tus dólares.

–¡Solo pagué trescientos dólares! –exageró Marian, estaba en cuclillas intentando recuperarse del agotamiento de la trepada y de los nervios al tener a Eduardo hablando con tanto desparpajo.

–Servirán para tapar unos agujeros del techo –dijo Eduardo con una sonrisa. Se acercó a ella que estaba acuclillada en el suelo y se la cargó al hombro–. Si seguimos a tu paso lento nos va a agarrar la noche antes de llegar al camino.

–¡Cómo te atreves! ¡Suéltame! No tienes derecho a cargarme –gritó, y le dio una patada en las costillas que lo hizo gruñir.

–Estás hecha una piltrafa, Marian. Si te dejo subir temo que te dé una taquicardia.

Taquicardia le estaba dando al sentir el aroma de la colonia de Eduardo, su cara pegada a la espalda de él y las piernas golpeándole el abdomen duro. Un ataque directo al centro del corazón, y esta vez no era por el esfuerzo de la trepada. Ese hombre, maldito hombre, era una tragedia del destino, se dijo recordando que cuando se quiso alejar de él, fue derecho a alquilar nada menos que su cabaña de pescador. No, si ella las tenía a todas en su contra.

Sintió la mano de Eduardo sobre sus muslos y estuvo a punto de lanzar un chillido, pero en lugar de eso le aplicó una buena patada en su entrepierna. Él gruñó algo que no se entendió y detuvo su rítmica caminata, pero nada más que un pequeño espacio de tiempo para recuperarse del golpe, luego siguió avanzando con algo de dificultad, y Marian sonrió. Un punto a su favor.

En esa posición desventajosa, Marian solo podía mirar cómo iba quedando atrás el arroyo cristalino, que apenas era un hilo plateado en la lejanía.

Luego de unas cuantas zancadas, él la bajó. Marian se giró para darle la espalda porque no podía ni quería mirarlo, y para su sorpresa se encontró parada al borde del camino.

¡Vaya! Le había parecido infinito y Eduardo lo había subido sin dificultad con ella colgada de uno de sus hombros y el bolso en el otro. Ese hombre era una especie de superhéroe. ¿Cuánto había demorado?, cinco, diez minutos como máximo. ¡Superhéroe!, qué comparación ridícula, se dijo. Un superhéroe tenía muchas más virtudes que cargar a una mujer al hombro. Eso lo hacía cualquier bruto, se dijo para convencerse.

–¡Marian! –susurró Eduardo a sus espaldas.

Acá venía la disculpa a su silencio, pensó Marian, y se tensó. El momento ya había pasado, se dijo, y caminó hasta la camioneta. Eduardo la siguió a escasos pasos, pero ella abrió de un tirón la puerta, se sentó y se la cerró en la cara. Luego apoyó la cabeza contra el vidrio de la



ventanilla y cerró los ojos.

Sintió que él entraba por el lado del conductor, luego el motor al encenderse y por fin el movimiento. Ya estaba camino a su departamento, se dijo Marian. La presencia de Eduardo la ponía nerviosa, estaba inquieta, la piel le hormigueaba y el corazón le galopaba en el pecho.

Un bache del camino hizo que su cabeza se golpeará contra el vidrio. Sin abrir los ojos le dijo.

–¡Acaso no puedes manejar con más cuidado! –sabía que se estaba comportando mal, pero quería dejarle claro que estaba indignada con él. Sintió la frenada, pero su mayor impacto se produjo cuando el cuerpo de Eduardo invadió el suyo.

–Abre los ojos, maldita sea, y mírame a la cara como no lo hice yo cuando tuve que hacerlo – dijo Eduardo de forma autoritaria.

Marian lo miró, dos pozos fríos dentro del cálido ámbar que se escondían tras su enojo. Él le tomó las mejillas entre las manos y como si la rozara una pluma se adueñó de su boca, pero pasado unos segundos la suavidad desapareció y Marian se sintió invadida por un terremoto con epicentro en sus labios. Por instinto abrió la boca, y fue su perdición. La lengua de Eduardo derrumbó todas las estructuras de treinta años, más las débiles que había armado en esos quince días, y Marian se colgó de su cuello para no caer al abismo de su perdición, sin darse cuenta que su perdición estaba en rodearle el cuello con los brazos. Pero no había pasado en ese beso, solo un presente glorioso y un futuro paradisiaco.

Marian quiso creer, quiso creer que se podía volver en el tiempo y que podían amarse en el árbol prometido y de promesas. “Te amaré siempre. Te lo prometo”. Promesas llenas de significado. Ella era como su hijo, no por darle valor a la promesa, sino porque la promesa estaba hecha sobre bases firmes, tenía el valor de los sentimientos que estaban tan vivos como el día que dijo aquellas palabras.

Dejó que su lengua usurpara el lugar que Eduardo no cedía, y lo sintió gemir como si estuviera cosechando su triunfo. Se separó de él, no lo empujó, solo se apartó para mirarlo a los ojos, y se enfrentó a la cristalina mirada de Eduardo llena de palabras no dichas. Una mirada que hablaba desde el corazón, tierna pero pasional, comprensiva pero avasalladora, dolorosa pero llena de esperanzas. Él era la cura para su pasado, su remedio, su cable a tierra, su esperanza, y le sonrió con apenas una mueca tímida.

–Mi silencio y mi supuesta indiferencia al darte la espalda fueron para que no vieras lo que no querías ver. Había tanto que mostrar, y no quise hacerlo Marian. Bronca, odio, culpa, dolor, tristeza, más odio, más culpa y... esa maldita compasión que no querías ver –dijo Eduardo a escasos milímetros de ella–. También fue porque no tenía una palabra que abarcara lo que necesitabas escuchar. La he buscado y no la tengo, Marian. No hay una maldita palabra que explique lo que sentí con tu confesión. Me dije que mi silencio te llevaría a sacar las peores conclusiones, y traté de convencerme de que lo importante era que al contarle todo, te sacarías el peso del pasado. Ahora lo cargo yo, como una mochila llena de piedras –en ningún momento apartó los ojos de ella, y Marian le acarició el rostro y le sonrió, esa sonrisa que había traído de Estados Unidos, llena de calidez y sin una pizca de rencor, pura y noble.

–No seas tonto. No me saqué mi mochila para ponértela a ti –dijo Marian, sus dos manos le rodearon las mejillas y le dio un corto pico en los labios. Recién en ese momento vio las ojeras de Eduardo. Supuso que llevaba quince días atormentándose con su pasado, y sintió ternura–. Tú

silencio me hizo huir, y gracias a eso tú saliste corriendo a contarle a mi hijo la verdad que desconocía. Me lo devolviste, Eduardo. Él siempre ha admirado mi capacidad para los negocios, ahora intenta demostrar que ama a su madre –otra vez los besó sin que él se le lanzara encima.

–Y parece que vamos a tener un nieto –dijo Eduardo con una sonrisa–. ¿Qué más nos hace falta para ser una familia feliz, Marian? Solo que seas mía.

–Nunca sería tuya ni de nadie –dijo Marian, y de un empujón lo devolvió a su asiento. Con esas palabras Eduardo comprendió la lección. Ella era libre, y él tenía que encontrar la forma de tenerla sin poseerla. Un amor sin jaulas, esa era la única forma que ella lo podría aceptar–. Maneja campesino, que tengo mucho trabajo que hacer en los campos –dijo Marian.

–Creí que luego de esta deprimente demostración en la que tardaste una hora en trepar lo que sería el equivalente a dos cuadras, ibas a comprender que no naciste para campesina –dijo Eduardo, arrancó la camioneta y el ruido del motor se confundió con la risa de Marian.

–El que no nace se hace –dijo Marian, y Eduardo no tuvo dudas de que ella lo lograría.

El corto trayecto lo hicieron hablando de Alan y Elisa.

–Mi hija no me ha dicho que tal vez esté embarazada. En vez de recurrir a su padre, salió corriendo a contártelo a ti. Me enteré solo porque Alan estaba furioso con el engaño. Todavía no me entra en la cabeza que Elisa haya engañado a Alan de una forma tan vil.

–¿Estás celoso porque que recurrió a mí? –Marian lo miró con esa sonrisa de suficiencia.

Eduardo siguió manejando como si no hubiera visto su regocijo.

–Por supuesto. Soy el padre.

–Los hijos a veces no recurren a los padres, sino a una persona que no le va a echar un sermón.

–¿Cómo tú? –dijo Eduardo con ironía.

–Como yo –afirmó.

–Marian, la comprensiva que le palmeó el hombro aunque haya obrado mal.

–La verdad es que me dejé tan sorprendida que se me resbaló la lata de cerveza que tenía en la mano. Cuando la levanté y la abrí se me volcó la mitad en el brazo y en lugar de palmearle el hombro me puse a maldecir. Regresaba de tu casa y Elisa me esperaba en el portón. No me había recuperado del golpe de mi confesión, y ella decidió brindar porque iba a ser abuela –dijo Marian–. Estuve a punto de regresar a los Estados Unidos, pero Elisa me hizo desistir.

Eduardo dejó escapar la risa.

–Habrías sido una madre estupenda para Elisa.

–Si hubiera sido su madre, Elisa no estaría esperando un bebé de mi hijo –comentó Marian–. Él la ama, Eduardo, solo falta que lo reconozca.

–Ha cambiado, pero no creo que lo de ellos funcione. Él siempre se ha esmerado en demostrar que Elisa no es más que una espina en la planta del pie. ¿Cuántas mujeres ha tenido, Marian? ¿Quién puede asegurar que le será fiel a mi hija?

–Claro, una espina que le dice: ¡eh, tú, por más que te hagas el duro y lo niegues, ella es tu debilidad! Y por eso la quería lejos de él. Alan ha sufrido mucho por mi abandono, por eso prefiere las relaciones pasajeras.

–Elisa es incondicional, Marian. Siempre lo ha adorado.

–Adorar y amar no es lo mismo, Eduardo. Elisa tiene que dejar ir al niño atrevido que la conquistó de niña, y mirar a Alan como el adulto que la ama.

Llegaron al pueblo y Eduardo la invitó a cenar a su casa. Marian lo rechazó con la excusa de que tenía que tratar unos temas con Elisa.

–Tal vez pueda ayudarte en los temas que quieres tratar con mi hija –dijo Eduardo.

–Lo dudo. Son temas de nuestra empresa –aclaró Marian.

–Entiendo –dijo Eduardo sin agregar más. Si no quería tratar temas de su empresa con él, ya se enteraría de las novedades con el correr de los días. Marian intentaba mantenerse alejada de él. Ya descubriría que ese distanciamiento que se esforzaba por mantener no duraría mucho. Los sentimientos estaban allí, y en algún momento aprendería a confiar.

## CAPÍTULO 20

–No entiendo cómo has podido irte quince días y dejar a ese pobre hombre lidiando con el acoso –dijo Ofelia.

Marian arqueó las cejas. Elisa, que no encontraba divertida la escena, hizo añicos el plato que estaba lavando. Ya sabía de lo que hablaba su tía, había visto cada noche como las mujeres revoloteaban alrededor de Eduardo como si su padre fuera un toro en celos. ¡Era su padre, y ya tenía más de cincuenta años!

–¿Dé qué hablas? –preguntó Marian.

–Lo has dejado abandonado como a un perro, y hay un montón de cachorras en celo –dijo Ofelia.

–Por mí se lo pueden quedar –dijo Marian.

Otro plato se rompió en la pileta de lavar, y Elisa maldijo.

–Por dios, Elisa, deja de romper los platos que no vamos a tener donde comer –dijo Marian con una sonrisa.

–No le gusta que hablemos de Eduardo como un hombre. Para ella es asexuado –aclaró Ofelia.

Elisa gruñó, pero siguió lavando los platos.

–Es su padre –dijo Marian como si eso lo explicara todo.

–Mira, Marian, ya deja de hacerte la dura. Ese hombre tiene mujeres para elegir y tú te vas quince días como si no corrieras el riesgo de perderlo –dijo Ofelia.

Marian arqueó nuevamente las cejas. Elisa esta vez se giró con las manos en las caderas y la mirada amenazante.

–¡Tía! Estás hablando de mi padre. Desde que te fuiste a vivir con el ermitaño te has descocado –dijo Elisa ofendida.

–Se llama Santiago –aclaró Ofelia–. Y no me he descocado, solo he aprendido a cuidar lo mío.

–¿Tuyo? –preguntó Marian–. Queda mejor decir mi pareja –aclaró.

–Si te gusta mi pareja, digo mi pareja. El tema es que al hombre hay que cuidarlo, Marian.

–¡No me digas! –dijo Marian, le sonrió a Ofelia y apoyó los codos sobre la mesa.

Ofelia no prestó atención al sarcasmo. Ella había aprendido una lección y se las daría a esas dos mujeres estúpidas que estaban ignorando a los hombres que querían. Los pobres andaban desesperados y en algún momento iban a perder el recato y se iban a dejar llevar tras un paredón para conseguir lo que esas dos tontas no les daban, y siguió hablando.

–Te fuiste quince días. Lo dejaste solo. Ni siquiera le dejaste comidas preparadas, y el pobre anda comiendo cualquier porquería en el bar.

–No tengo por qué dejarle comida preparada –aclaró Marian. Elisa sonrió, su tía era un caso especial de mujer.

–Pues deberías. Esas escapadas a cenar al bar atrajeron una bandada de moscardones –aclaró Ofelia.

–Pensé que eran cachorras –dijo Marian.

Ofelia la ignoró.

–Dorita suele hacerle compañía. Esa desvergonzada está tratando de llevarlo a pasar la noche en algún hotelito de mala muerte. Tú no le das importancia a las indirectas de Dorita, pero esa mujer está empecinada, Marian.

Marian recordó el día que encontraron a Dorita con Alfredo en el mirador. ¿Había sido casualidad o sabía adónde habían ido? La mujer era agradable, pero estaba empecinada, como decía Ofelia. Luego de esa conclusión a Marian se le borró la sonrisa sarcástica. Ella no quería atarse a un hombre, pero ¿y si eso la llevaba a perder a Eduardo?

Elisa miró a Rosario, que apoyada en la mesada observaba a una y otra. Era extraño que la abuela no hiciera alguno de sus comentarios, pensó, y supo que estaba esperando su oportunidad para lanzar el dardo que se clavaría directo en el corazón de Marian.

–Lo peor fue el caso de Lina, que aprovechando que no estabas se fue a la casa de Eduardo con la cena, y vaya uno a saber lo que habrán estado haciendo –aclaró Rosario.

–Mamá, mejor no hables que te conozco. Sé que me quieres poner celosa para que salga corriendo a buscarlo.

–De ninguna manera, hija. Pero ustedes dos, con esa actitud de mujeres fatales están mandando a sus hombres a la boca del lobo –dijo Rosario, y esta vez miró a Elisa.

–¡Qué tengo que ver yo! –gritó Elisa.

–Alan sale todas las noches. Quino me dijo que a veces llega con ojeras a trabajar al campo. Ese muchacho se pasa la noche de fiestecitas y no está durmiendo bien. No quiero influir, pero ustedes son expertas en mandar a los hombres a cometer infidelidades.

–No podía esperar menos de ti, abuela, después de ver tus logros con mi tía Ofelia. Alan no tiene que serme fiel. Entre nosotros no hay nada –mintió Elisa, y se tocó el vientre. Luego se giró y siguió fregando los platos.

–Ustedes son unas cotillas –dijo Marian mirando a Ofelia y a su madre–. Y no solo eso, sino que intentan poner el dedo en la llaga para que salgamos con Elisa a cazar a los hombres. Pues yo no cazo a nadie –dijo Marian.

Lejos de ofenderse Rosario siguió hurgando en la herida.

–Lorena, que no es de venir a cenar al pueblo, viene todas las noches, se sienta en una mesa apartada y espera. Ella no es como Lina, tiene la paciencia de un santo y sabe que en algún momento se lo ganará –dijo Rosario.

Marian dejó la copa de vino con estruendo. Elisa se asombró al ver la furia en la mirada de Marian. La sonrisa que había traído de Estados Unidos ya no estaba. Los celos se la habían borrado. Ella amaba a su padre, se lo había dicho apenas se conocieron. Pero era un tema que tenían que resolver ellos, y cambió el rumbo de la conversación.

–¿Sabían que Adriana está saliendo con Adrián, el dueño de la fábrica de zapatos? Hace poco perseguía a Alan, pero parece que ha encontrado su media naranja en ese hombre que no aceptaba empleadas descaradas. Dicen que se enamoró perdidamente de la descarada –dijo Elisa, como si con ese comentario pudiera acallar a Ofelia y Rosario.

Marian sonrió por el intento de Elisa de silenciar a las arpías, aunque sabía que no sería algo fácil de lograr.

–¿Sabían que fue Carla quién logró localizar a la yanqui que vino por Alan? Me enteré en la

farmacia –retrucó Ofelia, y Rosario asintió complacida.

¡Crash! Otro plato, pero este no se resbaló de las manos de Elisa, sino que lo estampó deliberadamente contra los azulejos que tenía frente a ella.

Marian pegó un brinco. Ofelia y Rosario no se inmutaron, por el contrario, siguieron presionando.

–Parece que Alan estuvo hablando en privado con ella –dijo Rosario–. No hemos podido averiguar que le dijo. ¿Cierto Ofelia?

–Cierto –confirmó Ofelia–. He tratado de averiguar en la farmacia, pero Marta no ha podido enterarse de nada. Si Marta no logró averiguarlo, nadie lo sabe. Lo que se dice es que fue una reunión larga.

Elisa no quería imaginar cuántas cosas podían pasar en una reunión larga entre Alan y Carla. Carla era una mujer sin principios, y Alan... no tenía idea que pensar de Alan. A los veinte años Alan había sucumbido a los enormes encantos de cualquier mujer que tuviera delante de sus ojos, incluso si esa mujer era Carla, ahora no lo sabía. Marian le interrumpió los pensamientos con un grito.

–Basta –dijo Marian alterada–. Se están comportando como unas chismosas arpías. Mamá, debería darte vergüenza a tu edad.

–Por qué habría de tener vergüenza cuando lo único que quiero es empujarlas a los brazos del amor. Si Ofelia y yo no andamos averiguando, ustedes dos pierden a esos hombres tan valiosos.

Marian abrió la boca para retrucar, y la cerró. Qué podía decir. Cambió el tema de conversación.

–Cuéntame de los campos, Elisa –dijo Marian. Hacía dos horas que Eduardo la había dejado en el departamento, y luego de ducharse se llegó a la tienda cuando cerraban para poder conversar con Elisa sin interrupciones, pero estaban Ofelia y Rosario dispuestas a ponerlas furiosas.

–No he hecho casi nada, Marian. No me han dejado –aclaró Elisa.

–Eduardo está al mando –siguió Rosario. Ahora le tocaba el turno a las bondades de Eduardo, pensó Elisa–. El pobre está agotado, pero no hay forma de sacarlo de tus campos –dijo Rosario, y Marian frunció el ceño.

–¿Qué hace él allí?

–Trabaja a la par del más joven de los peones –dijo Ofelia.

Marian buscó la confirmación de Elisa, y ella asintió. Marian había visto ojeras en los ojos de Eduardo, pero creyó que eran por su confesión. Él había encontrado una forma productiva de descargar sus culpas mientras ella se escondía en la cabaña. Ofelia siguió su relato–. Por las noches viene al pueblo a cenar, ya te lo dije. Siempre se lo ve agotado. Lo sé porque Santiago ya no es tan ermitaño y salimos a pasear. Eduardo cena y se va, a pesar de que los moscardones lo revolotean. Diría que por educación soporta a Dorita acompañándolo en la mesa. Deberías estar tú, Marian.

–Bueno, me has dejado sorprendida –dijo Marian–. ¿Y mi hijo también está en nuestros campos? –preguntó Marian a Elisa.

–Está más abocado a los campos de Quino y a la sociedad con mi padre, pero colabora algunas horas. Están recibiendo muchos granos para guardar en los silos. Él se ocupa de eso –aclaró Elisa–. No nos hablamos, pero cuando me ve en los campos me echa a gritos.

–Linda forma de conquistarte y cuidarte –dijo Marian con una sonrisa.

–No es a mí a quien cuida, es al bebé –aclaró Elisa sin percatarse de la presencia de Ofelia y Rosario.

Marian entrecerró los ojos. Un grave error, pensó. Elisa las miró, y la sorpresa se la llevó ella al descubrir que no se asombraron. Ya lo sabían.

–¡Maldición! ¿Ya lo sabe todo el pueblo? –gritó Elisa–. ¿Qué está diciendo Alan?

–No te va a gustar –dijo Rosario.

Ofelia la miró asustada porque Rosario era de temer cuando de formar parejas se trataba.

–Lo sabe todo el pueblo –dijo Elisa, no era una pregunta sino una afirmación.

Rosario asintió con un gesto, y Ofelia se tensó, una cosa era dar un empujoncito y otra...

–¿Qué dijo? –gritó Elisa.

Marian vio venir la tormenta, e intervino.

–Seguramente dijo que acertó con un solo tiro –dijo Marian intentando bromear.

Elisa arqueó las cejas, y Marian sonrió. Solo quería sacarle el enfado, pero su madre lo arruinó todo.

–No sé cómo acertaste. Es evidente que conoces muy bien a tu hijo –comentó Rosario.

–¡Oh, maldito! Arrogarse un mérito que no le corresponde –dijo Elisa, se secó las manos con un repasador y salió del departamento dando un portazo.

–¿Está embarazada? –preguntó Ofelia asombrada.

–Eso parece –dijo Rosario con una sonrisa de triunfo–. Menos mal que no le demostramos sorpresa, Ofelia. Qué lindo será tener un bebé en la familia –dijo con voz soñadora.

–Rosario, creo que te has excedido –comentó Ofelia sacándola del sueño.

Marian sonrió.

–Quizá, le hacía falta un golpe de efecto –dijo Marian.

–A ti también te vendría bien, querida –dijo Rosario.

–¿Te parecen pocos los que has dado, mamá? –Marian arqueó las cejas.

–No, si han servido para algo. Ese pobre hombre está agotado, y encima tiene que estar soportando a las moscas que revolotean cuando viene a cenar de noche. ¿Sabes por qué viene a cenar?, porque ha trabajado tanto en tus campos que no le quedan fuerzas para prepararse la cena.

–Otro golpe más –dijo Marian y rió–. A ti no te para nadie, ¿eh?

–Te quiero feliz –dijo Rosario.

–Soy libre, y eso me hace feliz.

–¡Libertad! No me hagas reír, Marian. Tú estás atada a tus convicciones. Serás libre cuando hagas lo que decida tu corazón –dijo Rosario.

Por primera vez Marian dudo de sus convicciones. Se levantó para asomarse al ventanal. El aire fresco del otoño le dio en la cara. Desde allí se veían las mesas del bar. La camioneta de Eduardo no estaba, y ella lo imaginó comiendo un plato mal preparado luego de una agotadora jornada en sus campos.

“Tal vez pueda ayudarte en los temas que quieres tratar con mi hija” le había dicho Eduardo. Qué tonta, él sabía más que nadie sobre sus campos porque en esos quince días se había puesto a cargo de las tareas. “Serás libre cuando hagas lo que dicta tu corazón”, que razón tenía su madre, se dijo Marian, y esta vez su sonrisa fue radiante, no impostada.

A lo lejos vio a Elisa. Estaba parada a cierta distancia de las mesas que había en la vereda del bar, lástima que no se podía ver quiénes estaban, y Marian supuso que solo habría unos pocos trasnochadores.

¿Qué estaría intentando hacer Elisa?, se preguntó Marian, y no tuvo dudas que estaría tratando de cambiar el discurso de Alan sobre un tiro certero.



## CAPÍTULO 21

Era sábado por la noche, una variable que Marian no había tenido en cuenta cuando imaginó a unos pocos pueblerinos trasnochadores. Era una noche fantástica de otoño, con una brisa fresca que invitaba a quedarse. La plaza estaba concurrida y el bar trabajaba a pleno.

Las reuniones siempre empezaban en una pequeña mesa en donde un par de amigos conversaban con una cerveza de por medio. Con el correr de las horas se agregaba una mesa, y luego otra, y otra, y otra. Las conversaciones de dos se convertían en murmullos de muchos. Algo típico del pueblo, se dijo Elisa que miraba la larga mesa que habían armado en el bar.

El que estaba en una de las puntas no sabía lo que se hablaba en la otra, pero igual se apiñaban todos en el mismo lugar. Las mujeres hablaban entre ellas de cotilleos de pueblo, adornos para la casa y ropa; mientras los hombres empezaban hablando del rinde del girasol o la soja y terminaban divagando sobre noches de sexo ardiente. Palabrerío que generaba la ira e intervención de sus esposas.

Elisa había visto de todo en esas mesas, desde ligues de una noche, hasta noviazgos sólidos que acababan en el altar de la capilla de Los Remedios. Alguna cana al aire que había ocasionado más de un divorcio, un desliz que había salido a la luz. Discusiones de matrimonios, novias ofendidas que habían acabado una relación. Insinuaciones que no habían pasado de las palabras. Hombres débiles que cedían a algún antojo. Todo pasaba allí.

Su vida, por lógica, también había estado en boca de todos desde que nació y selló con un dedo una promesa de matrimonio, aunque por esa época solo se hubiera aferrado a la protección de una mano extendida, la de ese chiquillo rebelde que tenía a la mitad de los pueblerinos aterrados con sus travesuras.

Allí, en esa mesa llena de gente, estaba el chiquillo, convertido en un hombre de treinta años. En sus ojos seguía chispeando el descarado, y de sus labios salía esa mueca burlona que nunca era una sonrisa sincera. No importaba el tema de conversación, él siempre estaba echado en la silla con las piernas estiradas, aunque las piernas de los otros estuvieran encogidas para dejarle el lugar que reclamaba. “Yo, solo yo importo”, parecía gritar con su gesto descarado y su cuerpo.

No había límites para Alan Martín. No había reglas, salvo las que lo beneficiaban. Ella, la inocente y fea niña de antaño, lo había dejado en ridículo frente a la familia íntima, y Alan se había vengado contando al que quisiera escuchar que había embocado de un tiro.

¡Qué se creía para hablar de esa forma de un acto tan emotivo y lleno de amor como era engendrar un hijo! ¡Un tiro! La única que había sentido emoción cuando él se derramó dentro de su cuerpo había sido ella. Bueno, tampoco podía esperar que Alan se emocionara cuando no sabía lo que estaba pasando, lo había engañado. Pero eso no le daba derecho a decir que había embocado de un tiro. ¿Era el hijo de los dos solo un tiro era para él?

También tenía que reconocer que lo estaba ignorando. Pero nada justificaba sus palabras, y mucho menos arrogarse un triunfo que no le pertenecía. Si había acertado de un tiro, como quería llamar a la concepción de su amado bebé, era porque ella lo había tentado en su día más fértil. Si

no fuera por ese detalle, el descarado podría haber errado cada uno de sus tiros.

De solo pensar en varios tiros junto a él, en las caricias, los besos y el amor que se entregarían aunque no acertara ni un tiro, se estremeció. De solo pensar en dormir en sus brazos y al despertar ver su desvergonzado rostro, se emocionó.

Una vida a su lado, eso era lo que siempre había querido.

Él explicaba con entusiasmo lo bien que les iba con los silos, sacaba cálculos de beneficios, hacía proyectos, y los pueblerinos lo escuchaban atentos. Los estaba convenciendo para entrar al negocio, pensó Elisa.

Ella no podía apartar sus ojos de él. Alan estaba con las botas llenas de barro, un vaquero gastado y una remera que le marcaba los músculos. El cabello largo y esos ojos cristalinos como el cielo de la mañana, chispeantes de entusiasmo. Ese encanto de sinvergüenza era lo que atraía a las mujeres.

Varias estaban allí. Adriana estaba abrazada a Adrián, su jefe, que le cuchicheaba palabras al oído que la hacían ruborizar. Una menos, pensó Elisa, y su alma generosa se alegró de que hubiera encausado su vida.

En una mesa algo apartada de la gran reunión, observó a esas noviecitas de la adolescencia, mayores que ella, que lo seguían añorando con su mirada. Alan no las atraía por sus músculos o sus bellos ojos, él conquistaba con sus fanfarronerías y su descarado. Ella misma había caído en las garras de ese desfachatado.

Dos años atrás, ningún desprecio o indiferencia de Alan le habría quitado el arrobamiento. Pero ahora era más madura, más sensata, y ese encanto no le causaba la misma sensación. Había aprendido la lección. Ella no tenía el cuerpo perfecto de Adriana ni el rostro impactante de Carla, pero tenía valores.

Miró a Carla, sentada sola en una mesa alejada de todos. Al menos no había tenido el descarado de sentarse con él, pensó. Verla siempre al acecho le causaba escalofríos. Era como estar esperando, impotente, que una víbora escondida entre las piedras se le prendiera de los tobillos para envenenarla. Mil veces prefería el descarado de Adriana al sutil ataque de Carla, ya que de Adriana lo esperaba, no de la que había sido su amiga del alma. La muy perversa había traído a la yanqui al pueblo como si le dijera sin abrir la boca, “no eres nadie para Alan”.

Y el veneno que Carla había ido inyectando de a poco bullía dentro de Elisa, corría como un río caudaloso a punto de desbordar. Elisa se estaba dejando llevar por la ira que le provocaban sus propios pensamientos, y sabía que lo mejor era pegar la vuelta y esconderse en su departamento. Pero el veneno le decía: “Vamos cobarde, arremete como las topadoras que limpiaron los campos de Marian”.

Ya nadie hablaba, todos estaban pendientes de ella desde que Alan había dejado de explicar los beneficios de almacenar granos en los silos para mirarla a ella, solo a ella. Tenía las manos tras la nuca, esa postura de indiferencia que solía impostar de niño.

Lo que Elisa no sabía era que tras esa pose indolente Alan estaba nervioso al ver la expresión decidida de Elisa, que siempre la hacía meter la pata en el barro. ¿Qué estaba intentando la caprichosa?, se preguntó Alan. Ella lo miraba como si lo acusara de algo, solo que él no sabía de qué podía acusarlo. Era ella la que lo había engañado con sus cálculos de días fértiles, y la que lo podía convertir en el idiota del pueblo si contaba que lo había usado de semental para su traicionero propósito. Pero allí estaba sintiéndose herida por algo de lo que él no tenía idea,

pensó Alan.

Por su parte, Elisa estaba indignada con la pose de “a mí qué me importa” de Alan. Se la arrancaría con sus palabras, se dijo. Por una vez quería ser ella la que se relajara en esa silla con las manos tras la nuca. Quería borrarle la sonrisa burlona y ver como desaparecía su desfachatez cuando contara la realidad de los hechos.

Y con esa ira bullendo en su interior se acercó con pasos apurados hasta la cabecera de la gran mesa del bar.

–Un tiro certero –gritó Elisa mirando a Alan.

–No sé a qué te refieres –dijo Alan con el ceño fruncido–. Si hablas de los silos, ha sido un tiro certero.

–No te hagas el estúpido. Rosario me lo contó –dijo Elisa.

Alan tembló de solo escuchar el nombre de su abuela. Rosario no tenía escrúpulos si de formar parejas se trataba.

–No creerás los cuentos de mi abuela –dijo Alan, echó atrás la silla y salió de la mesa para intentar frenar lo que fuera que había dicho Rosario.

Pero fue demasiado lento.

–Mi hijo no es un tiro certero. Y si quieres convencer a todos los pueblerinos de que eres un machista arrogante que hace lo que quiere, es mejor que se vayan enterando que la que programó ese tiro certero, como has decidido llamar a nuestro hijo, fui yo.

¡Ah! La había hecho redondita, pensó Alan. Un tiro certero a los cotilleos del pueblo. Él no había hablado del hijo, y allí estaba ella dejando a la vista de los vecinos la más vil de las traiciones. El arrogante de Alan Martín había sido engañado como un chico por la buena y generosa de Elisa Parker.

Ella, al ver que Alan entrecerraba los ojos comprendió el error.

Había quedado expuesta y la vergüenza se reflejaba en el rosado de sus mejillas. Alan tuvo ganas de largar una carcajada, pero la frenó al escuchar los lapidarios comentarios de los vecinos. “Cada vez están más descaradas”. “Tienen la sartén por el mango en eso de engancharnos con hijos”. “En nuestra época éramos más respetuosas, nunca nos entregábamos antes del matrimonio”. “Además, respetábamos al hombre”. “Él llevaba los pantalones”. “¡Cómo están las mujeres!”. “Este es un pueblo de costumbres antiguas”. “Si mi hija hace algo así, la mato”. “Pobre Eduardo, le dio todo y miren como le paga”. “Qué forma traicionera de enganchar a un prometido, es cierto que él se escurría, pero ¿vale la pena usar el ardid para pescar a un hombre que no te quiere?”. “Prefiero quedarme solterona antes de atrapar a un hombre de esa forma”. “Las mosquitas muertas son las más traicioneras”.

Todos hablaban a la vez. La mayoría la criticaba y juzgaba de forma cruel. Alan también estaba recibiendo su parte, pero no había crueldad sino comprensión y compasión por el engaño que había sufrido.

Alan solo estaba preocupado por ella, que se retorció las manos con nerviosismo y seguía con las mejillas rojas. Se había metido solita en la boca del lobo, o mejor sería decir que su abuela la había mandado directo allí. ¿Qué tenía en la cabeza Rosario?, ¿acaso no midió las consecuencias de su engaño?, se preguntó Alan.

Elisa no sabía qué decir, lo único que quería era salir corriendo para asesinar a Rosario. ¿Cómo podía la abuela Rosario meterla en semejante lío? Todos la estaban juzgando como si

fuera una estafadora.

Dos años atrás él la había tomado como a una más de sus conquistas, había quedado embarazada por falta de cuidados. Su hijo había sido concebido desde la inocencia, y lo había perdido sin más apoyo que el de la pobre Rita que se la llevó a su casa hasta que se recuperó del mal trance, pero no tenía a nadie que la ayudara a recuperarse de la tristeza.

En ese momento, el héroe era él y ella la villana porque nadie conocía el dolor de aquella pérdida. Sentía que las piernas no le respondían. No sabía cómo defenderse de los injustos ataques. Era cierto que lo había engañado, y se arrepentía de eso, pero no del hijo que esperaba. Todo el entusiasmo por el bebé estaba siendo manoseado por esa gente que se creía con derecho a juzgarla.

Dio dos pasos hacia atrás, decidida a marcharse, alejarse de esa mugre en la que estaban convirtiendo su vida. Unos momentos antes ella se había considerado una persona de valores, y en ese momento esos valores estaban siendo pisoteados por la gente.

No importan tus grandes virtudes, todos te recordarán por tu único error, se dijo y siguió retrocediendo.

–Deja de atribuirte los méritos que fue un desliz de los dos. Acaso pensaste que alguien iba a creerte, cariño. Ya sé que intentas reivindicarme. Pero es inútil, todos me consideran un hombre sin escrúpulos –dijo Alan–. He tenido más mujeres de las que se puedan imaginar, pero siempre me he cuidado de no dejarlas embarazadas. Tú eres la única capaz de hacerme perder la cabeza, ya sabes lo débil que soy a tus encantos –explicó Alan intentando enmendar el error. Estaba indignado al escuchar la crueldad con que la juzgaban, y tenía ganas de trenzarse en una lucha muy parecida a las patadas e insultos que daba en la infancia cuando lo cargaban con aquella promesa de matrimonio. Antes había dado patadas para negar la promesa, ahora Elisa le acababa de dar la excusa perfecta para llevarla derecho al altar, se dijo y siguió hablando antes de que ella reaccionara y le arruinara los planes–. Estamos enloquecidos con el bebé y los dos estamos de acuerdo en que nuestro hijo no nacerá fuera del matrimonio –dijo Alan, Elisa abrió la boca, pero él se apresuró a continuar antes de que le arruinara los planes–. Ya tenemos fecha para dentro de quince días. Todos saben que Elisa está decorando nuestra casa. No sé por qué se sorprenden de que estemos esperando un hijo.

La sorpresa estaba impresa en los ojos de su prometida. Ella lo miraba aterrada, como si casarse con él fuera peor que ir a la guerra.

Los murmullos de los vecinos no se hicieron esperar. Algunas mujeres se acercaron a Elisa, otras murmuraban entre ellas. La felicitaban, la abrazaban, inclusive, una de ellas recordó que Alan le había comprado los zapatos blancos para la ceremonia, pero Elisa no reaccionaba.

Alan soportó las burlas sin demostrar enojo, solo tenía ojos para ella que lo miraba seria.

El mundo, o mejor dicho los pueblerinos habían desaparecido para los dos. Una promesa hecha veintitrés años atrás se hacía realidad en ese momento.

Alan le sonrió, ella no, seguía seria, quizá buscando una forma de salir del atolladero. La había manipulado y no se arrepentía. El juego lo había comenzado ella, primero decorando su casa, luego tentándolo en el establo para quedar embarazada. Ella siempre había demostrado que lo amaba. Alan se había cansado de negar el compromiso, pero muy dentro de él sabía que solo existía ella. Era su debilidad y no quería seguir nadando contra la corriente.

Caminó hacia ella con esa desfachatez que lo caracterizaba, a pesar de que estaba lleno de

inseguridades. Ella podía rechazarlo delante de todos, pero no le importó.

Un desfachatado de sonrisa triunfal, se dijo Elisa, y no encontró las fuerzas para rechazarlo.

Él la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo. Era menuda, exótica, radiante, hermosa. Su mujer, la única que por años le había ablandado el corazón. La única capaz de hacerlo huir para no reconocer delante de nadie sus enormes sentimientos hacia ella.

–Lo siento –dijo Alan a la gente–. Murmuren toda la noche. Nosotros tenemos que resolver varios temas antes de la boda –el más importante era sacarla de allí antes de que reaccionara, y luego convencerla en la soledad de su casa de que era lo mejor para los dos, no, para los tres. La tomó de la mano y prácticamente la arrastró hasta la camioneta.

Elisa se sentó en el asiento del acompañante. Todavía estaba tratando de asimilar lo que había hecho, tampoco le caía la ficha del anuncio de casamiento que Alan había hecho en la plaza. Lo único que le causaba placer de toda aquella debacle era que Carla estaría a punto de ebullición con los acontecimientos. Se asomó por la ventanilla para ver si Carla seguía en su mesa aislada, pero la mesa ya estaba vacía. A lo lejos vio que se alejaba por la calle, la furia solo se percibía en el taconeo de sus zapatos.

–Dios mío, en que lío me metí –dijo Elisa

–La única forma de salir del lío que armaste es que nos casemos lo antes posible –dijo Alan mientras se alejaba del pueblo.

–Ni en tus mejores sueños –dijo Elisa como respuesta.

–Deberías estar feliz –dijo Alan con los dientes apretados.

–¡Pero qué creído eres! –ironizó Elisa, se giró para mirar por la ventanilla.

–Sabes lo que será tu vida si insistes en quedarte a vestir santos –dijo Alan furioso. Se estaba pasando de la raya, pero cómo podía aceptar que ella, nada menos que ella que siempre lo había adorado, lo rechazara como si apartara a una mosca molesta.

–Quién te dijo que voy a vestir santos. Alan, deja de hacer sacrificios. No te queda bien el título de mártir.

–Para mí no sería un sacrificio. Pero parece que para ti sí –dijo Alan enojado.

Claro que sería un sacrificio, no en el sentido que él le daba, sino porque ella no era el tipo de mujer que a él le gustaba. Demasiado sacrificio intentar ser quien no era para retenerlo a su lado.

–Mejor déjame en mi departamento –Elisa quería acabar con discusiones bizantinas. Se quería bajar, llegar a la seguridad de su pequeño departamento para analizar en soledad la barbaridad que había hecho y la forma de salir de aquel embrollo.

Pero Alan pasó de largo y se internó en la calle que lo llevaba a su casa. Elisa apretó los puños.

La casa de Alan estaba a escasos kilómetros del pueblo, por lo que el silencioso trayecto fue corto.

Elisa se bajó dando un portazo. La noche era fresca para caminar por el parque, pero era más seguro que estar a solas con Alan en la casa. Había tanto que hablar, pero con Alan las palabras se acababan con el primer contacto, y ella no estaba dispuesta a hablar con su cuerpo.

Sabía que estaba a pocos pasos de ella y se estremeció.

–Vamos adentro. Te vas a enfermar y no es bueno para el bebé –dijo Alan con un tono autoritario que a Elisa le desagradó.

–Sé cuidar del bebé. No voy a entrar –dijo Elisa, y siguió caminando por el parque.

–Y se puede saber por qué no quieres entrar. Por lo que sé, vives entrando cuando no estoy – dijo Alan, se había detenido a unos metros de distancia para no cargársela al hombro y meterla a la fuerza.

–Tú lo has dicho, solo entro cuando no estás –dijo Elisa.

Alan rió, y ella comprendió el error.

–Tienes miedo de estar a solas conmigo –conjeturó.

–Por favor, eso es ridículo. Ahora mismo estamos solos en el parque.

–Prometo no ponerte un dedo encima –dijo Alan para que cediera.

–No me recuerdes la palabra promesa. Me da escalofríos –aclaró Elisa.

–Justamente de eso tenemos que hablar –dijo Alan.

Elisa se giró y le sonrió.

–El valor de tu promesa. ¿Sabes lo que puedes hacer con tu promesa?

–Cumplirla –dijo Alan.

Elisa lo miró seria.

–¿Por qué quieres cumplirla? Acaso no te das cuenta que tú y yo no podemos estar juntos. O es que piensas casarte para desaparecer cuando te canses de nosotros.

–¿De qué estás hablando? –Alan entrecerró los ojos. ¿Qué esperaba?, que Elisa creyera en su palabra. Esa es la imagen que te has esmerado en mostrarle, idiota, se dijo Alan, pero igual insistió–. No te das cuenta que has quedado expuesta. Este es un pueblo que no olvida, los dos lo sabemos, Elisa.

Claro que se daba cuenta. Rosario y Ofelia la habían mandado para que la devoraran las leonas. Se había dejado llevar por la ira, sin darse cuenta que era una de las trampas de Rosario.

Solita y con toda la inocencia se había dejado embaucar. Había dado el golpe certero, el que le quitaría a Alan su fachada despreocupada, y lo había logrado, el problema era que ella había caído en la trampa de sus propias palabras. No le importaba lo que dijeran, ya estaba acostumbrada a soportar los comentarios de las cotillas del pueblo.

Lo único que le importaba a Elisa era que ella misma había arruinado el fin que se había propuesto al quedar embarazada. Este no era el método para lograrlo. Este era un matrimonio para tapar un error de palabras.

–Sabes Alan, antes soñaba con casarme. Pero no así, nunca fue así. Mis sueños eran más románticos –dijo Elisa, y le dio la espalda para que él no viera su dolor.

–La carroza se te hizo calabaza antes de la hora, y el príncipe encantado no alcanzó a llegar porque el mismísimo demonio ocupó su lugar –dijo Alan resumiendo el derrumbe de su sueño romántico–. Y bueno, cariñito, esto es lo que hay –se señaló cuando ella se dio vuelta para mirarlo.

Elisa le sonrió con sarcasmo. Maldito caradura que siempre encontraba las palabras justas. Lo que él no sabía era que en su sueño romántico estaba el mismísimo demonio, pero ese demonio no iba empujado a un matrimonio para salvar su honor, sino que se casaba con ella porque la amaba. La rotura del sueño era por la forma de conseguir al demonio. Prácticamente lo había casado con su embarazo.

–¿Te clavé el anzuelo, Alan Martín? –dijo Elisa seria.

–Así parece, Elisa Parker –contestó Alan, su sonrisa amplia dejaba ver que no se sentía atrapado, pero Elisa no se convenció. Alan tenía una rara forma de afrontar los problemas. Él

siempre parecía despreocupado, ella sabía que la procesión iba por dentro.

–Bien, si no hay más remedio...

–Vaya entusiasmo el tuyo, querida. Me estás haciendo emocionar hasta las lágrimas – comentó Alan–. Me imagino que no tendrás problema de entrar a la casa para que nos pongamos de acuerdo con los detalles del incordio –la ironía estaba impresa en cada una de sus palabras. Elisa abrió la boca asombrada por la forma de referirse al matrimonio, pero la cerró. Qué podía esperar después de sus palabras. Él estaba contra atacando, y ¡cuánto dolía!

Asintió y caminó apresurada hacia la casa, él le hizo una ridícula reverencia cuando pasó a su lado y avanzó tras ella. Tenía ganas de tumbarla en la alfombra crema, que tenía más tierra que el jardín, para arrancarle a besos y caricias el sarcasmo, pero él estaba tan furioso como ella. Ella por tener que casarse y él por su maldita reacción.

¿Qué se creía para rechazarlo de esa forma? ¿Acaso no se daba cuenta que le estaba haciendo un favor? Ante esa silenciosa pregunta comprendió donde radicaba el problema. “Mis sueños eran más románticos”. Pues ella los había destruido, no él, con sus palabras en el bar del pueblo, se dijo.

–Bien, acabemos con esta farsa. Fecha –dijo Elisa parada sobre la alfombra arruinada de la sala.

Alan arqueó las cejas. No le iba a dar con el gusto de convertir el matrimonio en una mera solemnidad. Esto no era un contrato de Alea–Lan, esto era sus vidas.

–Has visto en el estado que quedó la alfombra crema –comentó Alan y señaló los pies de Elisa–. Podríamos poner una en tonos tierra así no se nota la mugre.

Elisa quedó desconcertada. Miró la alfombra llena de barro y sonrió.

–Dijiste quince días. A mí me parece bien –dijo refiriéndose a la fecha que había dado en el bar–. Después de todo es puro formalismo, ya que luego de un tiempo diremos que la convivencia no se nos dio bien, y cada uno a lo suyo –aclaró Elisa con frialdad.

–¿Y si se nos da bien? –preguntó Alan, sentía la bronca bullir dentro de él, estaba a punto de explotar, pero no le daría ese gusto. ¿Dónde estaba la dulce jovencita que lo adoraba a pesar de que él la tratara mal?

–Lo dudo. Pero como ya te dije, te dejaré ver a nuestro hijo todas las veces que quieras –su sueño se había convertido en un contrato, pensó Elisa, y se felicitó por su actuación. Alan estaba quedando desconcertado con la indiferencia que le estaba mostrando. Solo rogaba que él no se le acercara y rompiera a pedazos su frialdad. Ella no era así, pero eso no importaba en ese momento.

¿A qué juego sucio estaba jugando su prometida?, se preguntó Alan. Por lo que dejaba ver la arpía, no pensaba convivir con él por mucho tiempo. Loca estaba si creía que le daría el divorcio, y más loca si creía que se iba a deshacer de él a los pocos días de casarse. Ella era suya, solo suya y él se lo haría entender. Caminó varios pasos y se paró a escasos centímetros de ella. Elisa lo miró seria, pero él pudo ver el temblor de su tentador labio inferior.

–Detente ahí, Alan. No te acerques ni un paso más –dijo Elisa alterada, y para peor de males cometió el error de retroceder e interponer una mano para evitar el acercamiento.

Nada más que eso le hizo falta a Alan para comprender lo que estaba pasando. Sonrió con descaro, y le dijo.

–Nos casamos en una semana. Para qué esperar si solo es un formalismo. Cuanto más rápido

lo hagamos, más rápido acallaremos los rumores.

–¿Una se... semana? –tartamudeó–. Es demasiado pronto, no voy a tener tiempo de conseguir mi vestido y... además, aún no sé si estoy embarazada y...

–Una semana. Si no estás embarazada podrás deshacerte de mí más rápido –dijo Alan, y sonrió.

Elisa frunció el entrecejo. ¿Se estaba casando con ella antes de confirmar si estaba embarazada? Solo tenía un atraso de unos días, ¿y él se pensaba casar igual?

–Si esperamos podríamos evitar el mal trance –dijo Elisa.

–Voy a pasar por el mal trance, luego veremos –respondió Alan, se acercó al mueble bar que ella había comprado para la pared del fondo de la sala y se sirvió un whisky–. Brinda conmigo –dijo Alan, y le entregó una medida de whisky.

–No gracias. Ya no bebo –aclaró Elisa, y salió de la sala dispuesta a regresar caminando a su departamento.

Alan se acercó a la galería con el vaso de whisky en la mano, la sonrisa impresa en su rostro. Ella se estaba haciendo la dura, y si no hubiera sido por el temblor de su labio él le habría creído, lo había tratado de convencer de que no estaba embarazada, hasta que se le escapó el: “Ya no bebo”.

–Llévate la camioneta, Elisa, después de todo en una semana la podrás usar cuando se te antoje. Todo lo mío es tuyo –aclaró Alan.

Ella lo miró asombrada. No supo que decir y solo asintió. Quería marcharse para analizar lo que había pasado, pero era tanto y había pasado tan rápido que ya ni recordaba lo que había dicho ella y lo que había retrucado él.

Se subió a la camioneta de Alan y sintió el aroma de su colonia revoloteando en la cabina. En una semana sería su esposa. Un sueño convertido en realidad. Pero no era así, nunca había sido así. Ella soñaba con el amor y la entrega, no con el contrato que habían acordado para que los vecinos no la difamaran.

Lo había arruinado todo, desde que él regresó al pueblo nada le salía bien. Estaba actuando como ella no era, le estaba haciendo daño al hombre que amaba, se dijo, y lloró todo el trayecto hasta el pueblo.

Alan era un hombre sincero y ella se había comportado como una estafadora. Debería odiarla por haberlo atrapado con un hijo, pero en vez de odiarla le daba lo que siempre había deseado. No te hagas ilusiones, se dijo, él solo está cumpliendo con la palabra empeñada. La palabra de un niño de siete años. Si de algo no podía dudar era que Alan era un hombre que cumplía sus promesas.

Llegó a su departamento, se desnudó y se acostó bajo las sábanas tomando en sus manos el vientre plano donde crecía su hijo. Su presencia no se hacía notar, pero estaba allí, lo había comprobado con un test de embarazo. Qué injusta, no se lo había dicho a Alan.

Su plan había dado resultados pero no de la forma en que ella esperaba. Alan estaba obligado a casarse con ella por culpa de su boca atolondrada. Él nunca se lo perdonaría, ella tampoco se lo podía perdonar. No servía para vengarse y tenía ganas de correr a su casa para decirle que estaba arrepentida de todo lo que había dicho. Ella lo amaba, a pesar de todo lo que había pasado entre ellos, lo amaba y no podía atarlo a su vida con un niño. Eso era cruel, despiadado.

Había sentido desprecio por Carla, y en ese momento se preguntaba qué diferencia había



entre Carla y ella. Ella era peor que Carla, los vecinos del pueblo tenían razón cuando le dijeron aquellas palabras que tanto le dolieron, no porque la juzgaran, sino porque eran ciertas.

Se levantó de la cama, se vistió con ropa cómoda, escribió una carta y la dejó cerrada sobre la mesa de la cocina junto a las llaves de la camioneta de Alan, y salió del departamento. No sabía qué hacer o adónde ir, solo sabía que tenía que arreglar el desastre que había hecho, y se marchó en su destartada camioneta.

La ruta desierta y silenciosa de las cinco de la mañana le daría la respuesta que no podría hallar en el pueblo con toda la gente pendiente de un casamiento que no se haría.

## CAPÍTULO 22

Marian estaba desesperada. Esa chica la iba a matar de un susto. Cómo se le había ocurrido salir sola a las cinco de la mañana para pensar. Acaso no sabía los peligros que había en las rutas desiertas. No, no los sabía. No sabía de bandoleros, ladrones y vividores que se hacían pasar por motoqueros. Ella era inocente, y a pesar de conocer un pantallazo de su vida no tenía idea del peligro que corría. Por suerte se había comunicado con ella a las nueve de la mañana para contarle que estaría de regreso en unos días, y Marian había podido alertarla para que no viajara sola de noche.

A su lado estaba Alan con la nota hecha un bollo en sus manos. Su hijo estaba desesperado, la carta lo había llenado de tristeza. La leía y la arrugaba, la volvía a leer y a arrugar. Ya llevaba un buen rato en la tarea. Ella se mantenía callada porque sabía que lo mejor era dejarlo asimilar el golpe que le habían ocasionado las palabras de Elisa. Todo en la vida se aprendía a base de aciertos y errores, y ella no podía inmiscuirse en su vida si él no le pedía un consejo.

Alan no le prestaba atención, solo leía y se quedaba pensando, pero ella estaba, por primera vez, cumpliendo su papel de madre, esperando por si él la necesitaba. Y Marian vio con dolor como Alan enderezaba la hoja arrugada para volver a leer.

*Alan, en cuanto encuentres esta carta no estaré allí. Solo quería decirte que lo siento. Me he comportado mal, pésimo, en realidad ninguna palabra abarca lo que he hecho. Ya sé, dirás que te lo merecías, pero estás equivocado. Nadie merece un golpe tan bajo, y menos tú. Sí, dije bien, menos tú. ¿Sabes por qué?, porque no eres lo que dejas ver, tú eres sensible y débil. Me estarás odiando por lo que digo, pero solo te estoy contando que sé lo que no quieres dejar ver. ¿Quién podría haberse prometido con Elisa Parker el día que nació? No me quería ni mi madre; y allí estabas tú, diría mi padre, cargándome y tratando de consolarme de la peor forma posible para que no llorara. Eso demuestra que tienes más sensibilidad de la que quieres que veamos.*

*Si te sirve de consuelo, te cuento que mi intención nunca fue obligarte a cumplir tu promesa. La verdad es que siempre me hizo ilusión saber que estaba prometida al hombre más atorrante y guapo del pueblo, pero nunca estuvo en mis planes obligarte a cumplir aquella promesa para darle un apellido a nuestro hijo. No soy para ti, Alan, estoy lejos de ser la mujer de tu vida.*

*Creo que los dos llevamos veintitrés años limitados por una promesa. Nuestras vidas se han detenido a causa de esa promesa. Es como una ilusión, una especie de trampa que no nos ha dejado ser libres. Hemos vivido en función de unas pocas palabras, al menos yo he vivido así. ¿Sabías que nunca me permití tener un novio para no faltarte el respeto? En realidad, si hubiera querido tener un novio tampoco lo habría tenido porque nunca tenía citas. Nadie invitaba a salir a Elisa Parker porque era la prometida de Alan.*

*Tenía trece años cuando te fuiste, y luego de un tiempo pensé que era lo mejor, que por fin podría tener una vida igual a la de mis amigas. Pero no, mis amigas me envidiaban porque era la prometida de Alan, y los chicos no se molestaban en invitarme a un mísero helado porque estaba prometida a Alan. La gente grande decía: No comprometan a Elisa, que ella se reserva para Alan, lo esperará toda la vida.*

*Todos bromeaban, y mi vida se convirtió en una broma y una espera. Las pocas veces que venías de visita te seguía a todos lados, te espiaba, te adoraba y te amaba a pesar de que me ignorabas. Cuando regresabas a Estados Unidos me quedaba vacía, sola, sin citas, sin amigas y sin lo poco que tenía de ti. Nada era real. Mi vida era una fantasía, el cuento que se inventaron los pueblerinos después de esa promesa.*

*Ahora la fantasía se hace realidad, y yo no sé distinguir lo real del cuento. Lo único real es mi hijo, y no voy a permitir que se haga un cuento de él. No quiero un padre para mi hijo, ni un prometido haciéndose cargo de sus obligaciones. Quiero un hombre para mí, que quiera tener hijos conmigo.*

*Lo siento, fui cruel, pero no tuve intención de engancharte con un hijo como dijo la gente. Solo quise sacarte las culpas que estás cargando por lo que pasó dos años atrás. Pensé, si te doy un hijo vas a dejar de culparte y de sufrir por el hijo que perdimos. Un gran error, Alan, aquel hijo ya no está y el que viene en camino no viene a cubrir una ausencia. Es otro niño, no el que perdimos dos años atrás, hoy lo comprendí cuando vi la manipulación que se haría del cuento que es nuestra vida en el pueblo, y dije basta. No quiero cuentos, solo quiero amar y que me amen.*

*Eres libre Alan, y yo también. No hay promesa entre nosotros, ya no más cuentos para Elisa Parker y Alan Martín. Cuando vuelva seremos solo un hombre y una mujer que se pueden sentar a conversar en la gran mesa del bar como si no tuvieran un pasado que los limita y los presiona, un hombre y una mujer que tendrán un hijo en común, nada más que eso.*

–¿Nada más que eso, Marian? –dijo Alan con tristeza.

–Está enojada y tiene razón, Alan. Ella es una mujer, no una promesa –dijo Marian abrazando a su hijo por detrás.

–Ya sé que es una mujer. Lo he comprobado. Pero quiero cumplir mi promesa. Es importante para mí –dijo Alan.

–¿Por qué tiene tanta importancia? –preguntó Marian.

–Porque de niño vivía enojado contigo. Habías faltado a tu palabra, y cuando ella nació... era tan especial, tan expresiva... tan chiquita y tan inteligente... y me sentí débil frente a ella. Ella me llenó de ternura, una ternura que yo no aceptaba. La odiaba por lo que me había hecho.

–¿Qué te hizo, Alan? –preguntó Marian con los ojos llenos de lágrimas.

–Me devolvió el amor, ese que tú me habías arrancado. Con apenas siete años supe que sería mía. Cuando dije aquellas palabras y ella me agarró el dedo, estuve a punto de llorar. Me había aceptado, alguien que me importaba más que mi propia vida, me había aceptado.

Marian dejó de abrazarlo y lo miró a los ojos. Él estaba tan emocionado como ella. Los ojos cristalinos de su hijo la miraban con todo el amor que siempre ocultaba. El brillo de su mirada dejaba ver las lágrimas que al rato comenzaron a caer de sus ojos.

–Digamos que la promesa es por cumplir tu palabra, y el deseo de cumplirla es porque esa palabra estuvo envuelta en un sentimiento muy profundo –dijo Marian con una sonrisa–. Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer, hijo.

–Nunca te dije cuánto te quiero, mamá. Ya te adoraba en Estados Unidos, solo me hacía el duro –dijo Alan, y Marian estalló en una carcajada antes de abrazarlo.

–Ya lo sabía, ya lo sabía. Te encanta dar la contra cuando algo no te gusta, y me encanta como te queda el Armani con los vaqueros rotos –comentó Marian–. Te aclaro que a ella también

le gusta la combinación del Armani, los vaqueros y las zapatillas, tiene una foto tuya en el cajón donde guarda su ropa interior. Le gusta el desfachatado que hay en ti.

–Un buen dato por si la encuentro.

–Se ha tomado unos días porque en el pueblo tiene mucha presión, pero ella va a volver. No es de las que huyen como tú y yo –dijo Marian, y sonrió ante el arqueado de cejas de su hijo–. Es una mujer que enfrenta los problemas. Sería incapaz de privarnos del bebé. La adoro, Alan. Ella es como una hija para mí.

Habían pasado dos días desde la ausencia de Elisa. Alan no había salido a buscarla, ella necesitaba su espacio, su soledad, y como se comunicaba con Marian decidió no intervenir en su decisión de alejarse. Él se había ido diez años, no podía reprocharle que ella necesitara unos días. En ese tiempo hizo varias cosas, la más importante fue dar a conocer en las reuniones del bar parte de la carta de Elisa, no la intimidad de ellos, sino como le afectó a Elisa la vida de cuento que tuvo que vivir por esa promesa. Eduardo no había aparecido por el pueblo. Seguía trabajando de sol a sol en los campos de Marian. Alan no entendía su alejamiento. Su hija se había marchado y él actuaba como si estuviera todos los días trabajando en la tienda de regalos. Bueno, no lo sabía porque había estado ocupado en arreglar algunos asuntos pendientes y no se habían encontrado desde que Elisa se había marchado.

Lo que Alan no sabía era que Eduardo había estado apoyado en el marco de la puerta del departamento de Elisa el día que encontraron la carta de su hija, escuchando emocionado el amor que Marian y Alan le tenían a Elisa. Eduardo se había ido sin que ninguno de los dos se hubiera percatado de su presencia. ¿Quién era él para romper los lazos familiares entre madre e hijo? Los primeros que se daban desde que ella lo había dejado con sus abuelos. Alan estaba asustado y preocupado, y Marian estaba allí para darle el apoyo y el amor que él siempre había rechazado.

Escuchar a Alan decirle a su madre que siempre la había querido le dejó un nudo en la garganta. El mayor anhelo de Marian hecho realidad. Su hija, sin saberlo, los estaba uniendo con su ausencia.

Eduardo no estaba preocupado, sabía que su hija era una mujer sensata y mucho más madura de lo que todos suponían. Con solo veintitrés años había dado a todos, inclusive a los pueblerinos, una gran lección con esa carta que había corrido por el pueblo como reguero de pólvora desde que Alan había contado parte de su contenido en una reunión de bar. No había contado la parte íntima, sino lo referido a aquella promesa que tanto los había condicionado desde que los pueblerinos comenzaron a bromear sobre el asunto.

Ni siquiera él, que era el padre de Elisa, había comprendido el daño que aquella promesa había provocado en su hija, socavando su autoestima y eliminando todas las posibilidades de una vida normal como habían tenido sus amigas.

Marian lo había llamado por teléfono para contarle en detalle aquella carta. Quería que conociera a su hija a través de esa carta. Un gran regalo, y una gran tristeza, porque él no sabía ciertos detalles de la carta. Ella, su hija, nunca había confiado en él. No sabía de sus limitaciones y no sabía de la pérdida de un hijo dos años atrás. Ahora podía entender el motivo por el que ella, en los últimos dos años, se iba del pueblo cuando Alan venía a visitar a sus abuelos. Alan la había aniquilado y cualquiera que no la conociera podía creer que ella se había vengado. Eduardo sabía que Elisa no conocía lo que era la venganza, y en la carta lo dejaba claro, su generosa hija

le había querido devolver el hijo que habían perdido.

Estaba agotado de trabajar a la par de peones de veinte años. Al menos eso lo sacaba de los pensamientos nocivos, de la ausencia de su hija y de la indiferencia de Marian. Llevaba dos días sin ir a cenar al pueblo. No quería escuchar ningún comentario sobre la famosa promesa de Alan, y comía lo poco que le quedaba en la heladera. Lamentablemente, su cuñada se había enloquecido con el ermitaño, y no había vuelto más para prepararle esos sabrosos platos de comida que solía guardar en la heladera para que él los calentara en el microondas.

Otra vez tendría que cenar pan y queso, pensó mientras revisaba los canales para la siembra de las hectáreas vírgenes. Estaba tan sucio y agotado que tenía ganas de tirarse en la tierra arada a descansar, como se había tirado la citadina de Marian cuando se le ocurrió la loca idea de regresar caminando de la cabaña. Sonrió al recordarla. ¿Qué estaría haciendo la yanqui? Escondiéndose de él, no tenía dudas, ya que no había aparecido por los campos desde que había regresado de la cabaña. Solo una llamada de teléfono para contarle sobre la carta de Elisa, y nada más.

\*\*\*\*\*

La yanqui llevaba dos días de ir y venir con los encargos de Alan, y no había tenido un segundo para llegarse a ver el enorme trabajo que Eduardo estaba haciendo en sus campos. Su hijo la tenía absorbida con sus exigencias, y ella había esperado tanto por ese momento que le estaba dedicando todas las horas del día. Por suerte, cuando llamó a Ofelia para pedirle que se hiciera cargo de la tienda de Elisa hasta que regresara, su amiga aceptó encantada.

Lo más cómico era que se había traído con ella a Santiago Coronel, y el hombre se hacía cargo de envolver los objetos con tanto papel que las clientas salían con cajas enormes que no les entraban en las manos. Ninguna se quejaba y todas se iban sonriendo por la galantería de Santiago. Marian no dejaba de sonreír al ver el cambio que Ofelia había obrado en Coronel, que se mostraba como un hombre encantador.

Un minuto en el bar, se dijo Marian mientras corría por la calle antes de que su hijo le hiciera otro encargo. Estaba fascinada con Alan, que la llamaba mamá a cada rato, pero necesitaba un respiro.

–Un café rápido, Lorenzo, antes de que mi hijo me saque corriendo con otro de sus encargos –gritó Marian, y le sonrió al hombre.

–Con una masa de Lilita –dijo el hombre refiriéndose a las masas que preparaba su esposa y eran la debilidad de Marian.

–Por supuesto, la masa de Lilita no hace falta que te la pida.

Cuando Marian empezó a disfrutar de la masa y el café llegó Dorita y se sentó en su mesa. Se saludaron con cordialidad, a pesar de que Marian tenía cierto recelo hacia Dorita. No era una mala mujer, pero era competitiva, y estaba empeñada en conseguir la atención de Eduardo. Lina había dejado de molestar, y Dorita creía que podía ganarse el lugar de amante que había quedado vacante en la vida de Eduardo. A Lorena no la tenía en cuenta, era una mujer de aguardar con paciencia, y Eduardo no se acercaba a ella. Pero Dorita... era más peligrosa que Lina, porque se movía con indirectas e iba por la retaguardia, y Marian se estaba cansando.

–Café, Lorenzo, con dos masas de Lilita –dijo Dorita, Lorenzo asintió con la cabeza–. ¿Has

visto a Eduardo?

–He estado ocupada y no me he podido acercar a los campos.

–Fui a verlo porque hace dos días que no viene a cenar al bar. Está trabajando en tus campos, querida.

–Lo sé.

–Está agotado. Me ofrecí a prepararle la cena, pero me dijo que no hacía falta, que Ofelia ya se había encargado de eso. Le pregunté a Ofelia, y ella se alarmó al saber que no tenía comida.

–Supongo que esta noche le llevarás la cena –dijo Marian con los dientes apretados.

–Puede ser. Sabes, a mí me gusta Eduardo, pero no quiero nada serio.

–Ese es un asunto que deberías discutirlo con él –dijo Marian, y bebió su café mientras dejaba la mirada perdida en algún punto de la calle.

–Es cierto, pero Eduardo no tiene interés en mí. Tampoco le importa Lorena, que espera paciente que él regrese a su cama.

–No sé para qué me cuentas esto. No me interesa, Dorita. Es su vida –dijo Marian y la miró seria, sin la sonrisa cordial que siempre mostraba a la gente.

–¿Te acuerdas cuando nos encontramos en el mirador? –preguntó Dorita en un susurro. Marian agachó la cabeza–. Tú y él... ya sabes. Alfredo es mi amante. Nadie lo sabe en el pueblo. Nos encontramos y hacemos travesuras, disfrutamos de una cena fuera del pueblo, de una salida loca a las montañas, de una conversación sobre arte. Tenemos cosas en común, y ninguno de los dos quiere ataduras. Los dos somos viudos.

–No voy a contar que te vi. ¿Por qué fuiste al mismo lugar que nosotros?

–Porque quería saber. Soy muy curiosa, ya lo sabes.

Marian la miró a los ojos, y Dorita le sonrió con calidez, todo vestigio de la chismosa había desaparecido.

–¿Qué quieres saber?

–Cuánto más lo vas a hacer sufrir –dijo Dorita con sinceridad–. Él no se va a cansar de esperarte. Está apostando todo por ti. Me encanta poner nervioso a Eduardo, provocarlo, irritarlo, hacerle propuestas escandalosas delante de otras mujeres. Me hubiera encantado tener una aventura con él, pero él solo te quiere a ti, Marian. Cuando no estabas se conformaba con lo que tenía, pero ya no.

–¿Y tú? Esto no te beneficia –dijo Marian con sinceridad.

–Pero lo beneficia a él, Marian, eso es lo que importa –dijo Dorita, y Marian no entendió el alcance de sus palabras.

–¿Estás enamorada de él? –preguntó Marian.

–No, pero lo quiero y me gustaría verlo feliz –dijo Dorita–. Ha tenido mala suerte con las mujeres. ¿Sabes por qué tantas lo quieren enganchar? –Marian negó con la cabeza–. Porque saben que es un reto, y a las mujeres nos encantan los retos –aclaró Dorita, dejó sobre la mesa el dinero de su consumición y se marchó.

Marian todavía estaba analizando las palabras de Dorita cuando su hijo se sentó a su lado. Ella no lo vio, y Alan movió la mano en el rostro de su madre para sacarla de sus pensamientos.

–¡Vaya, Marian! Te perdiste –dijo Alan con una sonrisa.

–Perdón. ¿Qué tarea me tienes para hoy? –preguntó Marian.

–Ninguna. Te dejo libre. Ahora sigo solo –aclaró–. He abusado de tu tiempo.

–Tonterías, me encanta estar contigo –comentó Marian.

–Te he sacado de tus trabajos en los campos en plena siembra. Eduardo está agotado. Le he dicho que pare un poco, pero no me hace caso. Quizá si vas tú...

Todos la mandaban a los brazos de Eduardo. Dorita, su hijo, su madre, Ofelia, solo faltaba que el pueblo se movilizara para venir a contarle lo cansado que estaba Eduardo, el único ausente desde que Elisa se había ido.

Ella lo había llamado por teléfono para contarle sobre la carta de Elisa, y él solo había dicho que se sentía orgulloso de su hija. Marian no supo que más decir y se terminó despidiendo, sin hablar una palabra de ellos o de los campos que él estaba sembrando.

Llevaba dos días corriendo con Alan de acá para allá, y ni un solo minuto había dejado de pensar en Eduardo. ¿Qué estaba haciendo en sus campos? ¿Por qué estaba trabajando tanto en un proyecto en el que no creía? Se levantó de la silla y besó a su hijo.

–Si me necesitas, estaré en los campos –dijo Marian, y Alan sonrió cuando ella se subió al Mini Cooper y se alejó por el camino que la llevaba a los campos de Eduardo. Iba tan elegante que supuso que no pensaba colaborar con la siembra de las hectáreas que faltaban. Ella iba para otra cosa. Ni loco pensaba aparecer por la casa de Eduardo.

## CAPÍTULO 23

–Eduardo, dejemos para mañana la carga –dijo uno de los peones que ayudaba con la siembra.

–No queda mucho, mejor la dejo caer. Vete que lo termino yo –dijo Eduardo. Prefería estar allí y no en su casa o cenando en el bar en compañía de una mujer que no era la que él quería. Si se agotaba lo suficiente caería rendido en la cama sin pensar que Marian no había aparecido ni siquiera a echar un vistazo por los campos. La había esperado inútilmente desde que regresó de la cabaña, pero ella estaba en terca. Al diablo con Marian, pensó y subió al tractor para descargar las semillas en otro poco de tierra–. Mañana ocúpate del riego antes que el sol raje la tierra, no creo que venga temprano. ¿O será mejor hacerlo por la tarde? –preguntó Eduardo al capataz antes de poner el motor en marcha.

–Mejor por la mañana –aclaró el hombre.

Eduardo asintió. Estaba destruido. Nunca había trabajado a contra reloj como lo estaba haciendo en ese momento. Marian había comprado mil hectáreas y llevaba tiempo la siembra por más maquinarias de alta resistencia que estuvieran usando. Ella había puesto todo su dinero en esa empresa, y él estaba empeinado en hacerla rendir lo antes posible. Las pasturas permitían varios cortes en el año, y con tantas hectáreas y tan pocos peones el trabajo para sembrar toda la tierra era constante y agotador.

Esto no era Alea–Lan, se dijo y se arrepintió de ese pensamiento. ¿Qué sabía él de Alea–Lan para menospreciar los esfuerzos de Marian? estaba seguro de que ella habría trabajado más en su empresa de lo que él estaba haciéndolo en el campo, pensó y siguió con el trabajo hasta que toda la semilla quedó esparcida sobre la tierra.

Marian llegó al campo y no vio a Eduardo por ningún lado. Tal vez ya había dejado de trabajar y estaba en su casa tomando una ducha, pensó. Al ver los campos sembrados sintió una enorme emoción. Apenas unos hilitos verdes salían de algunas zonas que ya tenían quince días de siembra. Y mientras ella se había escondido en la cabaña, Eduardo, muy al estilo de su hija, se había puesto a la labor. Los Parker no se detenían a pensar, ellos arremetían con acciones.

Se sacó las sandalias y caminó descalza hacia el galpón donde guardaban las dos máquinas enfardadoras que había comprado con los dólares que le habían quedado. Ya no había más dinero para hacer producir el campo, pero ella estaba acostumbrada a correr riesgos, el dinero siempre aparecía cuando lo necesitaba. Así había montado su empresa en Estados Unidos, y así pensaba llevar los campos.

Estaba parada en el ingreso del galpón sin poder creer lo que veía. Su asombro no era por las dos enfardadoras, sino por las tres sembradoras y dos cosechadoras en V que ella no habría podido comprar, ya que su dinero solo le había permitido alquilar una sembradora por dos meses.

¿De dónde habrían salido?, ¿y los tres tractores? Ella solo tenía uno obsoleto con el que pensaba arreglarse para sembrar algunas hectáreas, que serían las que le darían el dinero para seguir avanzando en la siembra del resto de las tierras.

Una mezcla de emoción y rabia se apoderó de ella. Eduardo, pensó. Él era el responsable de



que su pequeño emprendimiento se hubiera convertido en una gran empresa antes de tiempo. Lo estaba arriesgando todo, dando todo por su proyecto, y no sabía si sentirse feliz o irritada.

Le costaba entender el cambio de Eduardo. Se había cansado de decirle que no servía para campesina, y ahora le sembraba todas las tierras como si siempre hubiera estado participando en su proyecto.

Un arrogante, un machista que cuando veía con sus propios ojos lo que nunca había querido escuchar de los labios de ella, se lanzaba a hacerlo suyo.

En realidad no sabía si esa era la conclusión correcta, esa era la que le provocaba la ira. La otra, la que la llenaba de felicidad era que él había cedido a su machismo y le estaba tratando de demostrar con lo que había hecho que había decidido ayudarla.

El atardecer se llevaba la poca luz que se esparcía por esas soledades y Marian se asustó. No había nadie, solo ella rodeada de semillas que intentaban salir de la tierra y los montes esparcidos por el terreno. Sus viejos miedos hicieron acto de presencia y se puso a correr por los campos para alejarse de la inmensa soledad. Cuando llegó a la seguridad del Mini Cooper soltó el aire. Algún día dejaría de tener miedo, pensó, encendió el motor y se alejó por el camino.

No podía dejar de llorar. No sabía con precisión el motivo del llanto. Tal vez por el miedo que siempre tenía a los lugares solitarios. En realidad, ella tenía que reconocer que desde que había llegado al pueblo no paraba de llorar.

En Estado Unidos el miedo la había fortalecido, pero allí... allí todo era diferente. Tal vez lloraba porque Eduardo la estaba manipulando, o porque había trabajado hasta la extenuación para ayudarlas, o porque todos la empujaban a sus brazos; y con ese pensamiento el llanto se incrementó.

Esos brazos le arrancarían la seguridad, la independencia y la libertad, y ella no sabía si estaba dispuesta a ceder todo lo que había conseguido durante años de rearmarse.

Estacionó en la puerta de la casa de Eduardo y salió del vehículo dando un portazo. Había perdido la serenidad, sentía que estaba parada sobre arena movediza y sus pies se hundían arrastrando toda su vida ordenada a un pozo ciego.

Eduardo al escuchar el ruido de un vehículo salió de la casa y sonrió al ver a Marian de pie en el jardín delantero, pero se le borró el gesto al observar el pánico en su rostro.

Marian se quedó parada junto al Cooper, observando a Eduardo. Él estaba con un vaquero limpio, sin remera ni zapatillas y el cabello mojado. Se lo veía cansado, las ojeras eran lo que más resaltaba de su rostro.

–¿De dónde han salido esas maquinarias? –dijo alterada.

–Algunas son préstamos de campesinos. Pero una sembradora y una cosechadora son mías –dijo Eduardo descendiendo los escalones. Al parecer no venía a agradecerle sino a reprocharle la ayuda, pensó.

–¿Las tenías? –preguntó sin moverse, sin alejarse de él, que seguía avanzando hacia ella.

–No, las compré a un buen precio.

–¿No estabas sin un centavo? –preguntó Marian con el ceño fruncido.

–No demasiado –comentó Eduardo, y se paró a escasos centímetros de Marian. Se miraban, ella con reproche y él con serenidad porque sabía que estaba sorteando una lucha interna. La conocía como la palma de su mano. La mujercita libre e independiente no estaba acostumbrada a recibir apoyo, porque eso le daba la sensación de dependencia-. A mí hija le hacía ilusión pagar

mis gastos del bar y la boleta de la luz, y no quise ponerla triste –dijo Eduardo, y Marian arqueó las cejas perdiendo por un instante ese enojo que le provocaba la incertidumbre. Estaba sorprendida al descubrir que el macho se había dejado humillar para que su hija se sintiera importante. Este macho era bastante falso, se dijo. Él le interrumpió los pensamientos cuando siguió hablando–. Tampoco puedo tirar manteca al techo, pero tengo algo de dinero para permitirme hacer una inversión –aclaró Eduardo.

–¿Mi padre también tiene algo por ahí?

–Debe tener algo bajo el colchón –dijo Eduardo.

–Ustedes no estaban tan mal económicamente –fue una afirmación que la llevó a una conclusión que no le gustó. Ellos la habían manipulado para que regresara.

–Sí, lo estábamos. Lo que uno logra guardar hay que invertirlo en algo que rinda. La naturaleza nos da y nos quita, y lo que hay se cuida –dijo Eduardo sacándola del error.

Igual ella estaba desconcertada. Él había gastado lo que cuidaba en maquinarias para hacer producir sus tierras, y había dejado que los pueblerinos creyeran que estaba en la ruina para darle importancia a los ingresos de su hija, para elevar su autoestima. No quería a Elisa en los campos, pero tampoco quería que se sintiera menospreciada.

–¿Y tú has gastado lo que tanto cuidaste en maquinaria para mis campos?

–Aún no las he pagado. Solo he dado una parte de su valor, en cuanto tenga el resto voy cancelando lo que salen –aclaró Eduardo.

–¿Por qué lo hiciste? Siempre me dijiste que estas tierras no servían para nada. Has arriesgado tu escaso dinero. ¿Y si me va mal?, ¿y si lo pierdo todo? –preguntó Marian con preocupación.

–Te dije que servían para pasturas. Pensé que las querías para otra cosa, y nunca me sacaste del error.

Seguían muy cerca, muy juntos, como si Marian respirara el aire que él soltaba y viceversa, pero no se tocaban. Ella seguía enojada y tratando de entender el porqué de la actitud de Eduardo, mientras él trataba de descubrir el porqué de su enojo. Debería estar contenta con el esfuerzo que estaba haciendo, pero no había mucha alegría en el ceño fruncido o en sus palabras interrogativas, como si no le hubiera gustado su intromisión.

–Y por qué iba a sacarte del error si siempre me decías que no sabía nada de campos –dijo Marian enojada.

–Tampoco sacaste del error a todos los idiotas que se burlaban de ti al haberte estafado con sus tierras inútiles –aclaró Eduardo–. Has hecho una gran inversión, y mientras ellos se reían tú sabías que tu empresa sería un éxito.

–¿Cómo sabes que será un éxito? –preguntó Marian asombrada por su afirmación.

–Porque lo tienes gravado en la mirada –dijo Eduardo.

–¿Confías en una mirada, Eduardo?

–Solo en la tuya.

Eso la sorprendió. No la creía capaz de desenvolverse en los campos, pero ¿confiaba en su mirada? Él confiaba en su capacidad empresarial porque su hijo vivía alardeando de sus grandes dotes de empresaria. ¿Alan lo habría convencido de que ella lograba lo que quería?

–Siempre logro lo que quiero, sea o no campesina –aclaró Marian, y Eduardo sonrió satisfecho–. Pero sé los riesgos que corro, por eso pensaba ir despacio –comentó Marian, pero

Eduardo no pareció asustarse con sus palabras—. Todo esto —señaló los campos allá a lo lejos—, ha sido gracias a los consejos de Elisa. Somos socias al cincuenta por ciento, aunque ella aún no lo sabe.

—Confiaste a ciegas en mi hija —dijo Eduardo con ternura.

—A ciegas no. Pero la escuché con detenimiento y me gustó todo lo que me dijo y su entusiasmo. Investigamos juntas, viajamos a conocer campos que se dedican a la siembra de pasturas y exportan los fardos. Entramos al negocio de ellos de forma indirecta ya que no pertenecemos a la sociedad pero cuentan con nuestros fardos en la medida que logremos la calidad que nos exigen. Ellos nos están brindando asesoramiento y también harán el control de calidad de las pasturas. Es complicado, por eso estamos produciendo para ellos. Nos hace falta aprender y ellos son buenos maestros. Con el tiempo pensamos hacer nuestra propia empresa o unirnos a la de esta gente.

El contacto se hizo presente cuando Eduardo le envolvió el rostro en sus manos para que ella lo mirara a los ojos. Ella vio que la adoraba con su mirada gris y tembló de miedo y emoción. Estaba por venir algo que a ella la debilitaría y se asustó.

—No sabes cuánto te admiro. Me has demostrado que con las sedas y los tacos de diez centímetros eres la mejor campesina de esta zona —dijo Eduardo, y le dio un delicado beso en los labios, un beso para nada posesivo. Ella no aceptaba pertenecer a nadie, pero él sí, y con un beso largo y delicado siguió entregándose a esa mujer llena de virtudes, la que lo amaba a pesar de sus miedos, la que entraba y salía de su vida, la que él quería retener con rienda suelta para que no perdiera la libertad que tanto se esmeraba en proteger. Se apartó de sus labios, ella tenía los ojos entrecerrados, como si soñara el momento—. Acá tienes un peón para las tareas —dijo Eduardo, y se señaló—, y trescientas hectáreas desmontadas para agregar a la empresa.

Todo el machismo tirado por la borda, y en su lugar había un hombre con la humildad de los grandes reconociendo su error, ofreciéndose de peón y dándole los campos que le había negado.

Todos sus miedos y sus conclusiones estaban cayendo por el peso de la generosidad de ese hombre que siempre había sido el amor de su vida. Adorable, él era adorable, y Marian dejó ver la emoción en sus ojos llenos de lágrimas.

—Me estás manipulando —dijo Marian con la voz quebrada—. Toda tu ayuda ha sido para que ceda a tus antojos.

—Sí, tengo antojo de ti desde hace treinta largos años. Te estoy manipulando, pero no te voy a obligar a nada. Eres libre Marian, libre como el viento para salir volando a donde quieras y volver cuando quieras, que siempre te estaré esperando, porque acá —se señaló el corazón—, solo estás tú —dijo Eduardo, y Marian abrió la boca asombrada.

Esa era la más dulce y libre declaración de amor. La quería tanto que la dejaba en libertad de irse, aclarando que siempre estaría allí, esperándola por si se le antojaba regresar.

—Sí que eres lo mejor que me ha pasado —dijo Marian, y Eduardo tembló—. Estás agotado, cansado, con ojeras, muerto de hambre por lo que me he enterado, y sigues dándome lo que resta de tu resistencia para tener sembrados mis campos, para hacerme saber que me valoras y me respetas. Es tan grande tu amor por mí, que me dejas en libertad —dijo Marian con la voz entrecortada—. El proyecto comenzaba con cien hectáreas, y tú no lo sabías y te has matado trabajando por sembrar las mil —se le escapó una lágrima, y Eduardo la sacó con su dedo áspero por el trabajo, el segundo contacto que tenían hasta el momento.

Ella se alejó dos pasos, y Eduardo la miró asustado. Ella estaba agradecida, le había dicho que era lo mejor que le había pasado, pero al rechazar su contacto estaba eligiendo la libertad que le había ofrecido, y él ya no tenía forma de retenerla.

–¿Te vas? –dijo Eduardo en un susurro. Ella vio el dolor en su mirada.

–No. No puedo irme sabiendo que todas esas viudas y solteras están tratando de quedarse con mi hombre –dijo Marian simulando un enojo que estaba lejos de sentir, Eduardo sonrió–, Ya me he enterado que Dorita cena en tu mesa del bar, y que Lorena espera en otra mesa las migajas, y que Lina ha venido a hacerte la cena.

–Romántica –aclaró Eduardo.

–¿Cómo? –preguntó ella mirándolo a los ojos.

–La cena de Lina era con velas y flores. Una cena romántica –aclaró.

–Bueno, ya va siendo hora de que todas se enteren que tú eres mío.

–¿Soy tu posesión, Marian? –dijo Eduardo divertido. Ella que amaba su libertad lo trataba como un objeto de su propiedad, esto era para dejar escapar una carcajada, pero no lo hizo.

–Sí, eres mi posesión. Y desde esta noche solo cenarás conmigo en ese bar de chismosos –aclaró Marian, y Eduardo la tomó de la cintura para pegarla a su cuerpo.

–¿Las vas a correr a todas? –susurró la pregunta en su oído.

Marian se estremeció, tembló y se habría deslizado al suelo si Eduardo no estuviera sosteniéndola.

–No... yo... no creo... solo voy a ocupar el lugar que...

–Te pertenece –dijo Eduardo sobre sus labios–. Que siempre te perteneció. ¿Y qué esperamos para ir? –su voz ronca dejaba ver que donde menos quería estar era en el bar.

Marian le acarició el rostro, y al mirarlo descubrió la pasión en los ojos de Eduardo. Los cuerpos pegados eran la mejor evidencia de las pocas ganas que Eduardo tenía de ir a cenar al bar. Marian se acercó y le robó un beso lleno de ternura.

–Debes estar muerto de hambre luego de tanto trabajo –susurró Marian.

–No te imaginas cuanto –dijo Eduardo, y el beso le demostró de qué hambre estaba hablando–. Pero me gusta empezar por el postre –la apretó contra él y se movió llenándola de sensaciones con el roce atrevido de su pene en la ardiente entrepiernas de Marian.

–Acá no –dijo jadeando sobre sus labios.

–¿Dónde, Marian? –no detuvo la fricción de sus cuerpos, los dos al límite a pesar de tener la ropa puesta–. ¿En nuestro lugar? ¿El que lleva treinta años esperándonos?

Ella se mordió el labio con inseguridad. Eduardo se separó para mirarla, sabía de sus dudas y sus inseguridades, y en ese momento Marian estaba batallando con sus propias palabras. Acababa de decirle que él era suyo, pero cuando le sugería llevar a la práctica sus dichos, ella se echaba atrás.

Marian sabía que ir con Eduardo a ese árbol significaba un cambio de vida. Él había prometido no hacerle el amor allí, salvo que ella además del cuerpo le entregara el alma. Ese lugar hablaba de promesas que ella había desterrado muchos años atrás. Le pedía que dejara de lado la seguridad que le daba el saber que no estaba atada a nadie, le pedía que dejara de ser libre, pensó Marian mientras las palabras de su madre se entrometían en sus rígidos pensamientos. “¡Libertad! No me hagas reír, Marian. Tú estás atada a tus convicciones. Serás libre cuando hagas lo que decida tu corazón”. Y su corazón latía desbocado para decirle que ese

hombre era la libertad que ella llevaba quince años defendiendo.

Extendió la mano buscando la de Eduardo. Él se la tomó, suave, apenas un roce, como si le quisiera dejar en claro que con él no había cadenas, que estarían juntos sin que ella perdiera su tan preciada libertad; y fue ella quién dio el apretón que Eduardo estaba esperando para llevarla al lugar donde se habían amado cuando eran dos jóvenes arrogantes e ingenuos que creían que el mundo giraba para ellos.

Y corrió, arrastrándola como cuando eran jóvenes y las horas se les escurrían demasiado rápido para su necesidad infinita de estar juntos. Los dos descalzos sorteando las irregularidades del terreno. Ella lanzó una maldición cuando pisó una piedra, y Eduardo dejó escapar una carcajada, ella le golpeó el hombro y siguieron corriendo a trompicones.

–No has cambiado nada –dijo Eduardo.

–Y tú tampoco, macho –dijo ella para provocarlo.

El árbol estaba allí, solitario, como aguardando a los amantes durante toda la eternidad. Marian se detuvo y se soltó de su mano. Él se giró y la miró con cierto recelo, pero ella le sonrió mientras se despojaba una a una de las prendas, hasta que quedó frente a él tan desnuda como lo había estado aquella tarde tormentosa en el mirador de montaña. Toda bella y sin pudor entregándole lo máspreciado, que no era su amor, eso no estaba en discusión, siempre había sido de él, sino la libertad que con tanto esfuerzo guardaba bajo llave.

Eduardo se acercó y sus manos comenzaron un suave y lento recorrido por el cuerpo de Marian. Lo idolatraba con sus caricias como si ella le estuviera entregando su mayor tesoro. Rozó sus tobillos, rodillas, acarició sus muslos y abarcó sus glúteos con las manos; palpó las caderas y subió para aprender sus curvas, la estrechez de su cintura, el bultito de su vientre y el valle entre sus senos antes de subir la cuesta hasta donde lo aguardaban sus rosados pezones. Rozó sus hombros y se deslizó por el cuello, la acariciaba no solo con sus manos sino con la mirada, y Marian se sintió la mujer más sensual de la tierra a los ojos de Eduardo.

Él la estaba adorando, y ella se sentía al límite.

Eduardo la tendió en el suelo y comenzó nuevamente el recorrido, pero esta vez usó sus labios, y Marian supo que estaba llevándola a recorrer lugares desconocidos, porque nadie le había dado tanto placer. Se arqueó ante el arrebato de sensaciones que comenzaron a envolverla. Las manos de Eduardo, que se habían mantenido quietas, se unieron al recorrido, y Marian creyó perder la cordura al sentir el roce suave que comenzaba en sus piernas y seguía un camino ascendente hasta la unión de sus muslos, sin tocar su hermoso capullo, y mientras las manos ascendían hasta el centro de su sexo los labios de Eduardo descendían como una suave llovizna sobre su vientre, su ombligo hasta el mismo borde del nacimiento de su vello púbico.

Era un ataque suave y brutal, porque Marian sentía cada contacto como si fueran terremotos que amagaban pero no se desataban. Ella llevó sus manos a los vaqueros de Eduardo y los desprendió con premura, como si ya no soportara más la tortura de sus caricias.

–¿Apurada, mi amor? –susurró Eduardo que abrió el pimpollo de su feminidad para encontrar el lugar en el que ella necesitaba sus caricias.

Ella no le respondió, pero abrió las piernas y elevó las caderas en una insinuante invitación.

–¿Qué quieres? ¿Qué te bese ahí? –apenas un roce de su dedo pulgar sobre el lugar que gritaba por una caricia, y Marian creyó estallar.

–Sí, por favor, sí –gruñó mientras su mano se internaba dentro del vaquero para torturarlo

como lo estaba haciendo él. Estaba tan excitado, que Marian no tuvo dudas que estaba sufriendo igual que ella con ese aplazamiento del orgasmo. Y en el momento en que ella envolvió su pene, él se apartó para no derramarse en su mano y arremetió sobre su sexo comiendo el postre que prefería a la cena en el bar de Lorenzo.

Las caricias como suave llovizna quedaron atrás y la tormenta estalló en todo su esplendor cuando Eduardo dejó de paladear y saboreó hambriento el sexo húmedo de Marian. Ella se arqueó y él entró más profundo, succionando y lamiendo los lugares más vulnerables hasta que nubes grises convirtieron el atardecer en una noche que la devoró y la hizo gritar acallando cualquier sonido. Ni un grillo se atrevió a romper el hechizo de lo que estaba aconteciendo entre ellos.

En algún momento de la pérdida de su razón, Eduardo se había sacado los vaqueros y estaba desnudo sobre ella, entrando con arremetidas rápidas dentro de su cuerpo. Ella enroscó las piernas en sus caderas y la tormenta los siguió sacudiendo. Marian abrió los ojos y se encontró con la mirada gris de Eduardo, llena de pasión, emoción y ese inmenso amor que le había demostrado tantas veces. Cuando él le devoró la boca el orgasmo se los llevó, y como un remolino los elevó del suelo para lanzarlos a lugares desconocidos. Eduardo se desplomó sobre ella, los dos agitados, y ella lo abrazó posesivamente.

–Te amo –dijo Marian con un jadeo.

–Y yo a ti, siempre, siempre y con total libertad, Marian. Eres libre a mi lado, mi amor – aclaró Eduardo.

–Lo sé, ahora lo sé. “¡Libertad! No me hagas reír, Marian. Tú estás atada a tus convicciones. Serás libre cuando hagas lo que decida tu corazón”, eso me dijo mi madre hace unos días –aclaró Marian.

–Bendita sea mi adorada Rosario por lanzarte a mis brazos –dijo Eduardo con una carcajada, y la besó como si quisiera repetir otra porción de postre.

No cenaron en el bar. Eduardo no quería compartirla con nadie, y a Marian le pareció delicioso comer pan, queso y un huevo duro, que era todo lo que tenían en la casa. Al no tener muebles se vieron en la obligación de tenderse en la gloriosa cama de Eduardo, aunque para ninguno fue una gran obligación. Ella estaba desnuda sobre él, haciendo círculos sobre su pecho mientras discutían la decoración de la casa para los distintos ambientes.

–La mesa rosa, entonces –dijo Marian escondiendo la sonrisa.

–Prefiero la cama de cuatro postes pero con el dosel en verde oscuro o bordó.

–Eso no es negociable, la cama ya estaba decidida –dijo Marian, y Eduardo la distrajo metiendo mano entre sus piernas para convencerla de desistir de la mesa rosa.

–¿No podría ser blanca? –preguntó, los circulitos que hacía sobre su clítoris le hacían mover las caderas y perder la voluntad de pelar-. Con almohadones rosa, claro –comentó. Un dedo travieso se internó en su cavidad y a ella se le escapó un grito.

–Eso es trampa –jadeó, y se apoderó de su pene que había recuperado el vigor. Eduardo jadeó y se movió bajo ella-. La mesa será rosa –dijo Marian casi a punto de estallar.

–Blanca –jadeó Eduardo-. Con las patas rosas –intensificó el toqueteo y Marian se olvidó del color de la mesa cuando asintió a lo que fuera que había dicho mientras lo besaba para que él recibiera el poderoso orgasmo en su boca.

Y así fueron definiendo los muebles, y Eduardo fue ganando terreno en algunas habitaciones

y perdiendo en otras. La decoración fue algo especial. Patas rosas por acá, mesas rústicas por allá, cortinas de voladitos en una ventana, y de tono tierra en otra.

Nadie sabía cómo se definían los muebles, era un juego de dos amantes cuando hacían el amor. Era algo tan especial y mágico que solo se jugaban un pequeño detalle por cada acto de amor que compartían. Peleaban por horas, bajo una pasión arrolladora, por una insignificante alfombra de baño o un repasador floreado o a cuadros para la cocina. Luego se dormían abrazados y por la mañana se miraban a los ojos como si les costaba creer que la vida les había dado la posibilidad de cumplir un sueño que quedó truncado más de treinta años atrás.

Marian descubrió que la tan peleada libertad estaba en despertar cada día en los brazos de Eduardo. Y que ese tan temido desayuno que hablaba de una intimidad que le había parecido una cárcel, era uno de los momentos más delicioso que compartían los dos. Eduardo se tomaba el trabajo de ir al pueblo a comprar las famosas masas de Lilita que tanto le gustaban a Marian, y entraba al dormitorio con la bandeja con el desayuno. Se miraban a los ojos mientras cada uno bebía el café que él había preparado, y la pasión y el amor estaba allí como si no hubieran pasado treinta y un años.

Junto a Eduardo no había miedos, sino el más encantador de los placeres. Él era adorable, y ella era la mujer más libre del mundo, porque el pasado siempre estaría, pero se había quedado dormido en un sueño lejano que ya no le molestaba.

Había pasado un mes desde que vivían juntos, y Marian estaba, como todas las madrugadas, recostada sobre su pecho. Tantos años evitando atarse a un hombre y ahora se sentía libre desde que se animó a atar su vida a la de Eduardo, su recompensa después de tantos sufrimientos.

“Te amaré siempre. Te lo prometo”, le susurró Marian a Eduardo, que dormía relajado junto a ella. Siempre había sido él. Una historia inconclusa que se hacía realidad después de luchar miles de batallas.

## CAPÍTULO 24

Unos días, se había ido por unos días que pronto se convirtieron en semanas, y más tarde en meses. Elisa había amado el pueblo porque no conocía otros lugares, como las playas de arena blanca con las olas rompiendo muy cerca de la ventana de su cabaña.

En ese lugar no había pasado, no había promesas. Ella era una mujer como el resto. Su vida pasaba desapercibida y nadie hacía comentarios sobre la espera eterna de un prometido que se había dado a la fuga durante diez años.

Por Marian sabía que Alan estaba pasando una etapa difícil. Claro, él no estaba acostumbrado a que lo dejaran. Él era el que daba la patada.

Su padre, según Marian, hablaba de su sensatez. Pobre Eduardo, eso era puro amor después de la insensatez que ella había cometido, una tras otra desde que Alan regresó al pueblo. Lo bueno era que no la juzgaba a pesar de que ya sabía que había tenido dos embarazos, uno nacido desde la inocencia y el otro desde el ardid.

Ofelia lloraba todos los días y se culpaba por haberla manipulado. En realidad la que la había manipulado era Rosario, y según Marian, su madre no se culpaba, sino que estaba feliz de que se tomara unas cortas vacaciones en un lugar paradisíaco, como era esa playa caribeña a la que había arribado luego de dos semanas de pensar si volvía o no al pueblo.

El cartel de la agencia de viaje la había tentado. Mostraba palmeras inclinadas y unas cabañas rústicas cerca de un mar tan cristalino como los ojos de Alan. Era una belleza con un único problema, el color del mar. Ese celeste no la dejaba en paz. Se había ido para alejarse de las presiones y Alan parecía mirarla cada vez que ella observaba el mar.

Solo por la noche parecía que el mar perdía el color. El problema era que cuando ella cerraba los ojos Alan estaba en su imaginación regalándole miradas más intensas que el mar, porque ella veía ira en sus ojos. Cómo no iba a estar furioso si lo había engañado de la forma más traicionera, y mientras él aceptaba su engaño, ella desaparecía privándolo de su hijo.

Apenas se bajó del avión, sintió que amaba ese lugar donde podía ser solo Elisa Parker, una mujer libre de promesas que caminaba por las playas o el pequeño pueblo sin despertar comentarios burlones. Pero pasado dos meses la sensación de ser solo Elisa Parker no la llenaba, y comenzó a extrañar a tía Ofelia. Recordaba los batones que se había comprado para ser digna de atender su tienda, y esa ayuda incondicional que siempre le brindaba cuando ella le pedía algún favor. Extrañaba a Rita, la serenidad y prudencia con que había llevado su vida y lo buena que había sido con ella en su momento más difícil. La lengua afilada de la abuela Rosario y la sonrisa tierna que le dedicaba Quino. Extrañaba a Eduardo, ese amor incondicional que le daba aun cuando ella cometía errores. Y a Marian, que era la mejor madre, socia y amiga que había tenido en toda la vida. La había dejado sola con los campos, y Marian se reía de su huida.

Pero sobre todo extrañaba a Alan, que era un arrogante testarudo que no iba a cejar en su intento por cumplir esa maldita promesa, como le había dicho Marian: “Se mantiene en sus treces. La promesa se cumple”, le había escrito en el último mensaje a modo telegrama.

Era un mensaje recurrente entre ellas, ya que Elisa le había dicho a Marian que no volvería



mientras él no renunciara a la promesa. Y Alan había renunciado públicamente, frente a todos los pueblerinos, pero en privado seguía tan terco como cuando ella se marchó. Veintitrés años negándola y ahora estaba empacado en cumplirla.

Alfredo, su médico de cabecera, el que la había visto nacer, le había pedido que regresara para seguir con los controles. “Ya perdiste un niño. Vuelve maldición”. Ese era el motivo por el que estaba caminando por última vez por las playas de arena blanca, mirando antes de regresar los ojos de Alan que ese día parecían olas embravecidas, como si la odiara a más no poder.

Dentro de su cabaña estaba su maleta con la poca ropa que había comprado con la tarjeta de crédito, y en la mano tenía el pasaje de avión.

Tenía ganas de regresar, pero también tenía terror de hacerlo porque no se sentía preparada para enfrentar verdades, para enfrentar a Alan.

Los dos meses en soledad le habían permitido comprender lo grande que era el amor que sentía por Alan, él estaba todos los días en sus pensamientos y todas las noches en sus sueños.

El de ella era un amor grande que había nacido mucho tiempo atrás y había crecido con los años, y si él no sentía lo mismo y solo quería cumplir con la palabra empeñada, igual de grande sería su decepción. Tendría que enfrentarlo para poder descubrir en sus ojos el valor real de aquella promesa, si es que Alan no la echaba a patadas de su vida luego de todos sus errores.

No se arrepentía de nada de lo que había hecho. La decisión de alejarse había sido la correcta por más que él no las entendiera, porque en ese lugar, apartada de todos, supo que Alan era el único hombre que quería a su lado.

El pueblo no cambiaba en nada. Había estado dos meses ausente y parecía que solo se había echado a dormir una siesta. Las mesas del bar estaban ocupadas por los clientes de siempre, las mujeres caminaban con sus bolsas de compras, algunos comerciantes estaban parados en la puerta de su negocio conversando con los vecinos que pasaban, y en la tienda había unas clientas hablando de algún cotilleo, como siempre.

—Sí. Marian ha comprado una cortina marrón para una de las ventanas de la sala, que no combina con la de volados rosas que llevó el día anterior para la otra ventana. Creía que ella tenía buen gusto, ya han visto lo hermosa que es su ropa —dijo una de sus clientas que coleccionaba muñecas rusas.

Elisa sonrió mientras dejaba la maleta al lado de la puerta. No la habían visto, y disfrutó de ese cotilleo que antes le solía molestar.

—¡Elisa! ¡Has vuelto! —gritó Rita cuando la vio, y salió de detrás del mostrador para abrazarla.

—¡Dios mío! —el grito ahora fue de Ofelia, que empujó a Rita para ocupar su lugar—. Mira lo tostada que estás. ¡Estás preciosa! ¡Mi hermosa sobrina! —le apretaba los cachetes, y Elisa le sonrió.

—Tía, no sabes cuánto te he extrañado. Me preocupaba al haberte dejado tanto tiempo a cargo de la tienda.

—Todo ha ido bien. Rita es la que está más tiempo. Deberías ascenderla, esta mujer te ha reemplazado de maravillas —aclaró Ofelia. Elisa miró el tenue rubor de Rita.

—No es para tanto, solo hice lo que solías hacer tú.

—Hasta me consiguió una hermosa porcelana de Tuscan —dijo Dorita levantando una tetera.

—¿Y eso cómo fue? —preguntó Elisa. Todavía no se había olvidado de la que había roto

cuando se enteró que Alan regresaba para formar una sociedad con su padre, y sonrió ante el recuerdo.

–Entré en una subasta por internet, y la ganamos –dijo Rita entusiasmada–. No era tan difícil, solo oferté yo –aclaró, y Elisa rió.

–Eso suele pasar. Son caras y nadie es tan fanática como Dorita en este tipo de colecciones.

–¡Vaya, vaya! Mi adorada Elisa ha vuelto a casa –dijo Marian apoyada en la puerta de ingreso. Su voz tenía ese tono cálido que encantaba a todos, pero su sonrisa era más amplia de la habitual. Era radiante, y Elisa sabía el porqué.

–Feliz de saber que mi padre y tú están juntos –dijo Elisa acercándose a Marian–. Eres la única mujer para él.

Marian la abrazó con ternura.

–Y él el único hombre al que le podía entregar mi libertad –aclaró Marian.

–¿Cómo es eso de cortinas de volados combinadas con cortinas tostadas? –preguntó Elisa.

–¡Cómo vuelan las noticias por acá! –dijo Marian arqueando las cejas–. Peleamos, y a veces gano yo... y otras gana él, por eso la casa está quedando algo excéntrica –dijo Marian, y no aclaró dónde y cómo peleaban, solo sonrió–. Hay que ceder un poco con los hombres para tenerlos contentos.

–Mi padre suele ser algo terco –sonrió ante la mirada tierna de Marian al nombrar a Eduardo–. ¿Cómo están nuestras pasturas? –preguntó Elisa con interés.

–Eso hay que preguntarle a tu padre, que se ha empeñado en tratar con los agricultores para conseguir un mejor precio al tener todas las hectáreas sembradas.

–¿Ha sembrado todo?

–Sí, y está por sembrar las trescientas hectáreas de sus campos. Inclusive hay algunos campesinos que quieren entrar al negocio. Uno de ellos es Julián Pastrana, pero tu padre lo ha corrido. Ese macho se ha disculpado con nosotras, aunque tú no estabas, pero Eduardo sigue encaprichado en dejarlo afuera.

Elisa estalló en una carcajada.

–Te has hecho respetar, Marian.

–Y no te imaginas el respeto que te tienen a ti. No te olvides que la empresa fue tu idea –aclaró Marian–. Eduardo y Alan se la pasan aclarando a los futuros socios que las dueñas somos nosotras, por lo que solo tú y yo somos las que podemos aceptarlos en nuestra la empresa.

–¿Nuestra empresa? Solo te he dado ideas, Marian.

–Sin tus ideas no habría sabido que hacer en el campo. Te guste o no somos socias.

Elisa sonrió, y la abrazó.

–Me gusta. Me encanta. No voy a decepcionarte, Marian. Trabajaré a la par de los peones –aclaró eufórica. Ese era el proyecto por el que tanto había luchado. Se había cansado de intentar explicarle a Eduardo sus ideas, pero su padre nunca le había prestado atención. Marian sí, y gracias a su interés y su paciencia ya era una realidad. Elisa estaba convencida que la empresa sería un éxito.

–No. Trabajarás a la par mía. Estás embarazada y Alfredo está preocupado por ti –dijo Marian–. En un rato me gustaría que las dos fuéramos a verlo para que te haga un examen de rutina –aclaró, y Elisa asintió.

Ella también estaba preocupada. Se sentía bien, pero los miedos a perder el bebé no habían

desaparecido y quería asegurarse de que su niño estaba perfecto. No se había descuidado, ella había hecho dos visitas a un obstetra que visitaba cada quince días el pequeño pueblito de pescadores, y le había asegurado que su embarazo era perfecto, pero ella confiaba en Alfredo y necesitaba que se lo confirmara.

–Si voy a trabajar a la par tuya, voy a necesitar una socia en la tienda –dijo Elisa y miró a Ofelia.

–¡Ah, no! No cuenten conmigo, puedo ayudar pero no me voy a atar con un negocio. No pienso descuidar a Santiago –aclaró Ofelia.

Elisa sonrió, ya sabía que su tía no aceptaría, pero ella necesitaba que la decisión saliera de los labios de Ofelia para ofrecerle la sociedad a quién realmente se la merecía. Miró a Rita con una sonrisa.

–¿Te animarías a ser mi socia, Rita?

–Soy tu empleada –balbuceó Rita–. No creo que... sea correcto...

–Eres mi más fiel amiga –dijo Elisa, y vio el brillo en los ojos de Rita–. Por favor, no podría confiar en nadie más.

Para sorpresa de todos Rita estalló en llanto. Elisa se acercó a su empleada y la abrazó.

–No puedo aceptar, es demasiado –dijo Rita sobre su hombro.

–Nunca voy a terminar de pagarte lo que hiciste por mí dos años atrás. Por favor, Rita. Siempre te quise a ti de socia, pero no podía ofender a mi tía. Ella te está dejando el lugar que es tuyo –dijo Elisa en un susurro que solo escucharon las dos.

–Sí, sí, claro que sí. Voy a ser la mejor socia. Voy a conseguir las mejores piezas para Dorita y....

–Y las mejores matrioskas, y las mejores lechuzas –dijo Elisa con una sonrisa.

–Claro que lo haré. Y voy a estar pendiente de todo.

–Yo voy a ayudarte, y tía Ofelia también –dijo Elisa, y la abrazó al ver la emoción de Rita ante su decisión.

–Gracias. No sabes lo feliz que soy.

–Lo sé. Siempre supe de tu entusiasmo con la tienda.

–Bueno, bueno, tantas emociones me van a hacer llorar –dijo Dorita, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Basta de lágrimas –dijo Ofelia, y se secó los ojos.

En una hora le contaron todas las novedades del pueblo. No eran muchas, pero una en particular la dejó sorprendida. Carla, su traicionera amiga de la infancia se había ido del pueblo, y todas suponían que no regresaría más que para alguna corta visita a sus padres. Se fue entre gallos y media noche, le habían dicho, y por lo que se habían enterado en la farmacia de Marta, otro que había desaparecido esa misma noche era Ramiro, hombre de moral intachable y muy aferrado a las costumbres moralistas que le inculcaba la madre. Y Elisa supuso que tras esa apariencia se escondía un hombre desconocido, ya que ningún hombre decente habría huido con la descarada y traicionera de Carla. Y pensó en Alan, que tenía muchos defectos a la vista y todas sus virtudes ocultas. El más puro y transparente de los hombres, se dijo Elisa emocionada.

Desde su llegada al pueblo no había visto a Alan, que según Marian estaba ocupado con el tema de los silos y con la siembra de los campos de Quino. “Todavía no debe saber que has llegado”, le había dicho Marian, pero Elisa no le creyó. Las noticias en el pueblo corrían como

reguero de pólvora, y él debía estar furioso, o quizás esperaba que ella fuera a su encuentro.

Era lógico, después de todo era ella la que le debía una explicación. Se había dado a la fuga y había demorado dos meses en regresar con la sola explicación de una carta.

Por la tarde Alfredo le hizo la revisión de rigor, y su niño crecía sano y sin riesgos dentro de su vientre. No se le notaba, solo eran dos meses pero ella se sentía diferente. Todas las mañanas sufría de náuseas y siempre estaba con sueño.

Su padre había venido con Marian, y les había aclarado que él no pensaba perderse la primera ecografía de su nieto o nieta. Elisa se sorprendió, ella siempre pensaba en su hijo como un niño, y la idea de una niña le encantó.

Marian y ella habían derramado algunas lágrimas al ver el porotito que era el bebé, y su adorado padre las abrazaba a las dos mientras les decía con voz ronca que eran las mujeres de su vida.

Elisa no solo lloraba al ver a su hijo, sino que lloraba porque Alan no había venido. Él debía estar enterado que iría a su primer control, no podía ignorarlo en ese pueblo, y Elisa se dijo con dolor que la promesa para él no era más que cumplir con la palabra empeñada. Ese era el único valor que tenía, y por eso su llanto se hizo desgarrador cuando salió de la consulta con las fotos de su bebé dentro de un sobre.

–¿Por qué lloras si el bebé está perfecto? –preguntó Eduardo.

–De emoción –dijo Elisa, y era cierto porque esta vez su hijo estaba creciendo sin problema dentro de su vientre, pero también lloraba de dolor porque el padre no había estado para presenciar el momento.

–No se animó a venir –dijo Marian en un susurro que solo escuchó Elisa–. Se moría de ganas por estar, pero como no lo invitaste, no se animó a venir. No quería arruinarte el momento.

Elisa la miró asombrada. ¿Sería eso cierto, o Marian la estaba impulsando a buscarlo? No lo sabía, tampoco quiso preguntar porque si la respuesta no era la que ella esperaba se arrepentiría de ir a su encuentro. Ya demasiadas idas y venidas había entre ellos para agregar una más.

–Por qué no cenas con nosotros y nos cuentas de tus imprevistas y aventureras vacaciones –dijo Eduardo atrayendo a su hija a sus brazos–. No sabes lo que te hemos extrañado.

–Esta noche no puedo. Tengo algo importante que hacer –dijo Elisa

Marian sonrió emocionada. Sabía que su hijo se pondría furioso, pero también confiaba en que todo se podía arreglar entre ellos a pesar de la terquedad de Alan en lo referido a la famosa promesa.

## CAPÍTULO 25

El sol caía sobre los campos y el viento fresco anunciaba la llegada del invierno. Los pajonales se recostaban sobre la tierra y Elisa tembló. Podría ser de frío pero ella sabía que era porque se enfrentaría a Alan sin saber qué decirle. La mente le había quedado en blanco, y lo único que tenía para empezar una conversación que no los llevara a una guerra eran las fotos de la ecografía del bebé.

Había dejado su camioneta destartalada bastante lejos para que Alan no escuchara el ruido del motor. Ella quería caminar un rato por el jardín de su casa, aspirar el aire del campo para serenarse y encontrar las fuerzas para enfrentarlo. Nunca había tenido ese problema porque siempre era él quien cometía todos los errores, tan pequeños e insignificantes frente a los suyos, se dijo, y paseó la vista por el parque. Era grande, le había agregado varias plantas perennes y el verde camuflaba las ramas desnudas de los árboles de la zona.

Rodeó la casa y la gran pileta le dio la bienvenida. La había cercado con una reja perimetral y se sorprendió. Alan era un descarado que solo pensaba en él, pero había cercado la pileta, y no tuvo dudas de que ese gesto de responsabilidad era por el bebé.

El agua parecía cristalina, como si Alan se dedicara con constancia a mantenerla limpia. Le llamó la atención algo que flotaba de forma serena sobre la superficie, se acercó a curiosear y vio un patito amarillo que se movía con el vaivén que producía el viento. Un patito para el bebé, pensó llena de ternura. Era solo un muñequito de agua, pero Elisa sintió un nudo en la garganta al ver lo solito que estaba. Así estaba Alan, se dijo, solo en la inmensa casa que había construido.

Regresó sobre sus pasos y se detuvo al ver un columpio improvisado en la rama torcida de un árbol. Estaba construido con dos cadenas y una especie de sillita de madera con barreras protectoras. Ese hombre desvergonzado la estaba haciendo emocionar con los pequeños detalles que estaba haciendo para el hijo que tendrían.

Solo es por el bebé, Elisa, no seas tonta, se dijo. Sí, era por el bebé, pero que especial se sentía cada uno de los pequeños detalles que estaba poniendo en la casa, como si quisiera tenerlo presente por todos los rincones, y se llenó de amor por él.

¿Qué habría puesto en la casa?, se preguntó mientras avanzaba intrigada hacia la puerta de ingreso. Tal vez, la sucia alfombra crema tenía juguetes desparramados, o había algún osito de peluche sentado en los sillones, pensó mientras subía las escaleras de la galería.

No entendía como Alan no había aparecido, la camioneta estaba estacionada bajo un árbol pero él brillaba por su ausencia. Según Marian estaba muy ocupado con el trabajo, quizás se había ido a caballo y aún no había regresado.

Abrió la puerta de doble hoja y el silencio le confirmó que él no estaba allí. Todo seguía como ella lo había decorado, los adornos sobre el mármol de la chimenea, las macetas de plantas junto a la ventana y los sillones floreados. Solo que junto a los sillones había un pequeñito sillón mecedor con almohadones del mismo floreado que los grandes.

Elisa sonrió mientras se acercaba al silloncito. Parecía tallado por un artesano, la madera lijada con esmero para que ni una astilla lastimara la manito del bebé. Era un trabajo precioso, y

se imaginó a su niño sentado allí junto al fuego del hogar con un libro de cuentos en las manos. Lo que no podía imaginarse era a Alan pensando en cada pequeño detalle de la infancia de su hijo, él era un hombre sin escrúpulos, y ella nunca pensó en Alan como un padre amoroso.

La sala tenía forma de ele y avanzó hacia la curva para ver si en ese lugar escondido, que aún no había decorado, había puesto algo para el bebé. Lo que vio la dejó helada.

Ese sector estaba decorado con detalles muy masculinos, pero no se asombró del sillón de cuero negro o del escritorio de madera oscura, sino de la repisa llena de matrioskas que había en la pared del fondo. Se le cortó la respiración y no pudo contener las lágrimas mientras recordaba la muñeca rusa que le había dejado sobre el asiento de la camioneta. “Se la dejó olvidada una novia”, le había dicho. Ella no le había creído, y allí estaba la prueba de su mentira. Él había comprado para ella una colección de matrioskas dignas de una reina.

Se acercó temblando y su mirada iba arriba y abajo, a derecha e izquierda, mientras se maravillaba con el toque femenino que daban las muñecas a ese ambiente tan masculino. Levantó una y vio el antiguo sello en la base. Era una reliquia. No tenía dudas que le habría salido una barbaridad, y la había comprado para ella, a todas las había comprado porque sabía que adoraba su pequeña colección. No estaba emocionada por las muñecas, sino por el tiempo que habría dedicado para conseguirlas.

Salió corriendo de la sala y subió las escaleras observando con la boca abierta las pinturas que ella había vendido antes de tener la tienda. Allí estaban sus pocos paisajes de campo rodeados de unos marcos hechos de troncos de árbol, ocupando la pared que se elevaba hacia el primer piso. Ella los había vendido a buen precio, y gracias a esas ventas había logrado poner su tienda de regalos. Marta, la madre de Lisandro había comprado la mayoría de sus pinturas.

“Para qué los quieres si no los pones en las paredes”, le había dicho Elisa. “Un día voy a darte una enorme sorpresa con ellos”, le había contestado Marta.

Allí estaba la enorme sorpresa. Era Alan el comprador de todos sus cuadros, y sus ingresos le habían dado el puntapié para iniciarse en su negocio de regalos, se dijo asustada por el impacto de lo que tenía frente a sus ojos.

Parpadeó varias veces para apartar las lágrimas, y cuando abrió los ojos observó una mesita pequeña en el descanso de la escalera, pero no fue la mesa lo que le llamó la atención, sino el jarrón de cristal con una rama de potus puesta en agua. La rama que él había dejado caer en los campos arados de su padre cuando ella le contó que dos años atrás habían perdido un hijo.

Ella había recogido el potus y lo había cuidado con esmero hasta que se fue del pueblo. Al parecer, Alan ponía el mismo esmero en su cuidado porque la rama había crecido bastante en esos dos meses, y se resignó a que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

Él no estaba y no habían hablado una palabra, pero no hacía falta cuando allí estaba la muestra del amor que Alan sentía por ella desde...

Bajó corriendo las escaleras porque se sentía una porquería. Quería salir de allí, huir muy lejos porque el malo no era él, sino ella. Él estaba demostrando que era un hombre especial y ella lo había engañado con un hijo, y a pesar de la traición Alan le había propuesto matrimonio, y ella... ella lo había abandonado.

Mientras disfrutaba de una playa de arena blanca y mar celeste, Alan se había ocupado de los más pequeños e importantes detalles para que la casa que ella había decorado se convirtiera en un hogar.

Salió al fresco aire del campo y descendió a tropezones las escaleras de la galería. Mientras atravesaba el jardín se maldijo por haber dejado tan lejos la camioneta. No sabía qué hacía allí, se sentía indigna de él.

¡Ella indigna de él! Se le escapó una risa irónica por sus propios pensamientos.

Cuántos años Alan había cargado con las culpas de la indiferencia y el desprecio que le demostraba, y mientras simulaba ser un cínico, a escondidas de todos había vivido en función de sus cosas. Nunca, ni en sus mejores sueños, se imaginó que él había vivido pensando en ella.

Detuvo la carrera. Estaba huyendo como un cobarde luego de descubrir la más hermosa y tierna muestra de amor del hombre que quería más que a su propia vida.

Se giró y miró a su alrededor, el parque impecable, la enorme casa... y la camioneta dejada al descuido bajo un árbol. Él estaba en algún lugar, solo que no se había dejado ver, y Elisa regresó sobre sus pasos.

A varios metros de la casa había una amplia cochera de la piedra gris que abundaba en la zona. El portón levadizo estaba recostado sobre el techo. Ella caminó hacia el lugar y el suave sonido de una lija sobre la madera se asemejaba a una dulce melodía. Sonrió emocionada, el artesano era él. No lo podía creer del inquieto y caradura de Alan.

Se apoyó en el marco y quedó fascinada observándolo. Él estaba con unos vaqueros rotos y una camisa blanca con el Dior grabado en el bolsillo. La llevaba arremangada, desprendida en el pecho, fuera de los vaqueros y tapada de aserrín. Elisa contuvo la risa. Nunca había parecido tan desfachatado como en ese momento y a la vez tan concentrado en una tarea. Él era muy activo, pero allí estaba con el cabello largo que le caía sobre el rostro, la frente surcada de sudor, los músculos de los brazos marcados por el esfuerzo, e inclinado lijando una cuna con la paciencia del amor. Adorable, estaba adorable, se dijo y caminó hasta pararse frente a él.

Alan siguió con la tarea como si ella no hubiera entrado. Ya sabía que estaba allí, la había visto acercarse a la pileta, mirar el columpio y correr a la casa. Sabía que había estado mirando algunos pequeños detalles que Marian le había ayudado a colocar cuando ella se marchó. Pero de eso hacía dos meses. La había esperado ansioso los primeros días, pero como ella no daba señales de volver si él no rompía su promesa, supuso que no regresaría.

–Perdón –dijo Elisa en un susurro. Esa no era una buena forma de empezar, pero ella estaba bloqueada.

Alan no levantó la vista de la cuna, pero alcanzó a ver de reojo que ella se mordía el labio inferior. Estaba nerviosa y hermosa con ese tostado que había ganado en la playa, y que le daba un aire más exótico del que tenía cuando su piel era pálida.

–Yo... no sabía... no sabía...

Él siguió lijando los barrotes de la cuna. Ya estaban lijados, pero tenía que entretenerse en algo mientras ella se esforzaba por armar una pequeña oración de disculpas. Que tonta, era él quien tendría que pedir perdón.

–He encontrado algunas cosas muy bonitas recorriendo el parque y la casa –dijo Elisa, que por fin podía decir un par de palabras sin esas horribles pausas–. La sillita mecedora es preciosa, Alan, y...

Él seguía lijando lo lijado, como si ella no hubiera entrado a la cochera, y Elisa se enfureció.

–¡Eres el hombre más cruel que he conocido en mi vida!

Eso llamó la atención de Alan, levantó el rostro y arqueó las cejas, pero no dijo nada, y ella

se envenenó peor.

–¡Toda la vida haciéndome sentir que no era nada! –gritó histérica–. ¡Y llegó y me encuentro con un museo donde me has adorado en secreto. Hay ciento de muñecas rusas... además de mis cuadros colgados en las paredes! –siguió gritando mientras rodeaba la cuna para pararse junto a él.

–¿Te gustaron los marcos que hice para tus cuadros? –preguntó Alan con interés.

¿Los había hecho él?, se asombró Elisa. Claro que le habían gustado los marcos, pero ese no era el momento de preguntarle desde cuando era artesano ni de hablar de los marcos de los cuadros. Ellos tenían una vida entera de mentiras, él tenía una vida entera de mentira. Cómo podía preguntarle por los marcos de los cuadros.

–¿Crees que he venido a discutir por los marcos de los cuadros?

–Los artistas suelen ser algo egocéntricos con sus obras, y por lo que sé son bastante jodidos con los marcos que rodean sus cuadros. Si no te gustan los podemos cambiar –aclaró Alan.

–¿Y los coleccionistas también son jodidos cuando alguien les regala una colección completa de muñecas? –preguntó Elisa con un arqueó de cejas al comprender que él estaba relajando el ambiente. Siempre un paso por delante de ella, y lo adoró.

–No. Un coleccionista que recibe matrioskas de todas las épocas y hechas por distintos artesanos compensaría de una manera agradable a quien se las regaló –dijo Alan.

–Ya veo –dijo Elisa con una sonrisa–. ¿Y qué recompensa le tendría que dar al padre de mi hijo por cercar una pileta y dejar un patito nadando allí, o por hacerle el más bonito de los columpios, o por fabricarle una mecedora... y esta cuna que está quedando preciosa? –preguntó Elisa acercándose a él.

–Solo déjalo ser parte de sus días y sus noches, permitiendo que él cumpla la promesa que le hizo a su madre –dijo Alan serio.

–No quiero ser solo una promesa. ¿No lo entiendes? Una promesa es cumplir con la palabra dada. Es una obligación que me ata a ti por algo que fue dicho en un momento de debilidad.

–Así es, fue un momento de debilidad –dijo Alan sin apartar los ojos de ella.

–¡Tenías siete años, maldición! ¡Ni siquiera sabías lo que decías, Alan! –gritó Elisa.

–El mayor embrollo de mi vida –aclaró Alan en respuesta.

–Tú lo has dicho. Solo fue un embrollo, un error.

–No dije un error, eso lo dices tú –dijo Alan y se acercó a ella, que retrocedió asustada. La estaba envolviendo con la precisión del lenguaje, y Elisa se indignó porque allí siempre ganaba él.

–Da igual, es casi lo mismo –dijo Elisa aún sabiendo que le iba a retrucar, pero ella quería escuchar su réplica. Dio otro paso atrás al ver que él se le adelantó uno.

–Un error es una equivocación, y definitivamente mi promesa no fue un error. Un embrollo vendría a ser algo así como que compliqué nuestras vidas cuando me quedé encandilado contigo –dijo Alan, y Elisa estalló en una carcajada.

–Por favor, no me hagas reír, Alan, que se me revuelve el estómago.

–¿Tienes náuseas? –preguntó con interés.

–Sí. Pero estás cambiando el tema.

–Es que nunca fui padre y me gustaría saber todo lo que sientes para poder hacer algo para aliviarlos a los dos –comentó Alan.



Eso era muy tierno, lo más dulce que él había dicho en su vida, y Elisa lo miró emocionada.

–Bueno, estamos pasando la etapa de los vómitos y las náuseas. No tolero el olor a fritura y algunos perfumes, sobre todo por la mañana –comentó Elisa, y vio que Alan la escuchaba con interés.

–Eso lo podemos solucionar. No haremos frituras y al primero que se ponga perfume lo saco corriendo de tu lado –dijo Alan serio.

Elisa lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–Tan duro por fuera y tan blando por dentro –dijo a modo de cumplido, y Alan arqueó las cejas.

–No te confundas, Elisa. Solo hay una persona capaz de sacar lo bueno de mí, y esa eres tú –dijo Alan, y volvió a acortar la distancia.

Ella no retrocedió, pero se apuró a preguntar antes de que él la tuviera a su alcance.

–¿Por qué quieres cumplir tu promesa, Alan Martín? Dame un motivo que me convenza para aceptarla –dijo Elisa, y Alan le dedicó una sonrisa de triunfo.

–Elisa Parker, fuiste la cosita más desastrosa que tuve en mis brazos. Toda pelos parados, ojos enormes y boca desproporcionada, pero allí estabas sonriéndole a la vida, como diciendo “por fin llegué a este maravilloso mundo”. Y yo solo quería decirte que era una porquería, inclusive fui al hospital para pellizcarte así ibas aprendiendo a no meterte conmigo. Pero cuando te vi tan risueña... y cuando te dije que eras fea y dejaste escapar unas lágrimas... me sentí impotente, débil, y lo único que quería era que dejaras de llorar y me sonrieras. Y lo hiciste y... En ese momento para mí no había nadie a nuestro alrededor. Colmaste de amor mi mundo con solo una sonrisa. Sentía que solo éramos tú y yo, y estaba tan compenetrado en ti que me olvidé de las travesuras, del pellizco que te iba a dar y de que la mitad de los pueblerinos estaban escuchando... Te hice la promesa y tú me apretaste el dedo... y yo me llené de amor.

A pesar de las lágrimas, Elisa le preguntó.

–¿Y luego estuviste media vida tratando de librarte de mí? –dijo Elisa.

Alan sonrió.

–Y cómo ves, no pude hacerlo –dijo Alan acercándose a ella-. Toda una vida negando lo que quería para que aquel niño desvergonzado no fuera considerado un estúpido. Creía que tenía una imagen que cuidar, y me costó muchos años de sufrimiento, porque cada desprecio y cada comentario mordaz que te dedicaba, me dejaba llorando a escondidas. ¡Qué le has hecho, animal!, me decía una y otra vez.

–¿Por eso te fuiste? ¿Para no seguir haciéndome daño?

–Me fui para olvidarte. Pero me pasaba el día pensando qué estarías haciendo, o recorriendo tiendas en busca de matrioskas para ti. Entraba a las tiendas y preguntaba ¿cuántas tiene adentro? Descubrí que había familias enteras dentro de las muñecas, madre, padre, hijos, abuelos, y algunas hasta tenían mascotas. Me gustaban las de familias numerosas, y pensaba que tal vez tú las coleccionabas porque deseabas una familia grande.

Elisa se acercó a Alan y le acarició el rostro.

–Sí que eres pura fachada de macho por fuera y un adorable bombón relleno de crema por dentro –le sonrió cuando Alan frunció el entrecejo-. Toma, un regalo para ti –y le entregó las fotos de la ecografía.

Alan las sacó del sobre y se quedó mirando sin entender.

–La verdad es que no sé dónde está –aclaró, pero en sus ojos había tal emoción que su color cielo se había empañado.

–Nuestro hijito –dijo Elisa, y le señaló una manchita rodeada de negro. Alan rió.

–Dios mío, me parece que nuestra hija ya tiene los pelos parados –dijo Alan.

–Dónde le ves los pelos parados. Además, no sabemos si es niña –dijo Elisa con una sonrisa.

Alan señaló unas rayas que rodeaban la ecografía, y Elisa rió.

–Esas rayas no son pelos –dijo ella.

–Eso dices tú. Yo sé que son pelos, y sé lo que voy a hacer para que ningún niño descarado se filtre cuando nazca y le haga una estúpida promesa de matrimonio.

–¿Y qué vas a hacer? –dijo Elisa rodeándolo con sus brazos.

–Eso mi amor, lo sabrás cuando nazca –la besó, y la recostó sobre el suelo lleno de viruta–. Dime que podemos amarnos, que ese caradura de Alfredo no te lo ha prohibido.

–No me lo ha prohibido. Te amo, Alan, ¿te lo dije alguna vez?

–Claro, me lo has dicho con cada mirada, con cada persecución a escondida y con cada lágrima que derramabas por mi culpa. Pero yo lo sabía desde que te aferraste a mi dedo y sellaste con esa radiante sonrisa la promesa de amor más importante de nuestras vidas. Mi promesa fue hecha por amor, por eso no podía dejar de cumplirla.

Y se lo demostró día tras día y noche tras noche antes de casarse.

Unas semanas después se prometieron amor eterno frente al párroco de la capilla de Los Remedios. Y delante de todos los pueblerinos que se habían inmiscuido en sus vidas Alan dijo: “te has hecho grande mi amor, y no hay nadie que se quiera casar contigo porque me he encargado de correr a cualquier pretendiente molesto que ha intentado arrebatarme a la mujer que amo. Yo soy el único que va a casarse contigo”. Al ver que Elisa no dejaba de derramar lágrimas, repitió aquellas palabras que le dijo a los siete años: “¿Está claro?, ¿así vas a dejar de llorar?”, y ella rompiendo todas las reglas se lanzó a sus brazos y entre risas selló el matrimonio con un beso que hizo carraspear al párroco mientras decía: “Los declaro marido y mujer”.

El cuento que había sido sus vidas se hizo realidad.

## EPÍLOGO

–Maldición, Alan, dónde diablo te has metido –gritó Elisa que se retorció de dolor con las contracciones que venían una tras otra.

–Ya voy mi amor, en un segundo salimos.

–Nunca más me vas a tocar –gritó Elisa cuando logró recuperarse de la contracción.

–Y vas a perderte las vacaciones al cielo que suelo darte cuando te hago estallar de puro gozo.

–Sí –dijo con los dientes apretados.

En ese momento Alan bajaba los escalones de dos en dos cargando un osito de peluche rosa.

–No puedo creer que hayas demorado buscando un osito, y encima rosa. Ya te dije que creo que es niño. Maldición –dijo cuando otra contracción la dobló en dos.

–Ni en tus mejores sueños, mi amor, este bebé es una niña –aclaró mientras la alzaba en sus brazos y se cargaba el bolso en el hombro sin soltar el osito.

Cuando pasó por la puerta, Elisa vio que cargaba una escopeta. A pesar de los dolores que le quitaban las ganas de hablar, preguntó.

–No estarás pensando ir de caza justo en este momento. Mierda –dijo cuando otra contracción la alcanzó–. Alan, creo que no vamos a llegar.

–Por supuesto que vamos a llegar, las primerizas suelen demorar un poco. Respira, respira –y él respiraba con ella mientras salía de la casa, metía el bolso y la escopeta en la cabina, y dejaba a Elisa con el osito rosa en el asiento.

Arrancó, y mientras manejaba llamó a Eduardo.

–Ya viene, Eduardo. Carga, por favor, la pistola y dile a Quino que no se demore, que nuestra niña está apurada –dijo Alan y cortó.

–Hace una semana que tengo la pistola lista. Ya salimos para la clínica, y Marian ya está llamando a Quino y a Rosario –aclaró Eduardo, miró a Marian que estaba a su lado y sonrió con ternura al ver las lágrimas de emoción en sus ojos.

–No llamaste a Alfredo –lo retó Elisa.

–Ahora lo llamo –dijo Alan, y marcó el número del médico–. Vamos en camino Alfredo, prepárate para recibir a mi hija.

Alfredo en lugar de contestarle, gritó: Avisen a todos que el bebé de Alan y Elisa ya está por nacer. Alan sonrió, podían pasar siglos que en ese pueblo que todo seguiría igual.

–Puede ser hijo –dijo Elisa furiosa–. ¡Hay Dios mío! –gritó cuando otra contracción la dobló en dos en el asiento.

–Respira, mi amor, respira que nuestra hermosa niña en un rato estará con nosotros.

–Eso es fácil decirlo, maldito hombre –dijo Elisa que jadeaba de dolor.

–Tienes razón, mi amor –dijo Alan sin prestarle atención.

El día era radiante, el sol del verano resquebrajaba la tierra, y Alan se emocionó. Sus amores, pensó mientras estacionaba en la puerta de la clínica.

Bajó de la camioneta y cargó en brazos a su adorada esposa. Ella, a pesar de los dolores le

acarició el rostro.

–¿Te dije cuánto te amo?

–Desde que naciste. Y yo más, ya sabes que me gusta ganar en todo –le dio un beso, que tuvo que detener cuando la sintió tensarse en sus brazos.

La clínica estaba llena, y Alan oteó los alrededores buscando a Eduardo y a Quino. Los dos ya estaban allí, y Marian se adelantó para seguirlo a la sala de partos.

–Marian, no me dejes sola –dijo Elisa mientras otra contracción le quitaba el aliento.

–No, cariño, no. Acá voy a estar teniendo tu mano.

–No, la mano se la voy a dar yo –aclaró Alan a su madre, y Marian sonrió complacida.

–Siempre tan prepotente –dijo Elisa, pero cometió el error de sonreír emocionada.

–Esa es su mayor virtud –dijo Marian mientras le secaba el sudor.

Una, dos, tres contracciones más, y la enfermera llamó a Alfredo, que llegó corriendo a los pocos minutos.

El dolor era insoportable, pero Elisa estaba tan emocionada al ver a Alan intentando calmarla que todo parecía más fácil. Le sonrió antes de pujar nuevamente.

–Esa es mi chica –dijo Alan cuando Alfredo les dijo que tenía la cabecita del bebé en sus manos–. Solo una vez más, mi amor, un solo esfuerzo más –la alentó, ya no sentía la mano que Elisa le apretaba para mitigar el dolor.

Unos cuantos empujes más, y el médico anunció la llegada de Sol Martín Parker. Elisa miró a Alan. Él tenía lágrimas en los ojos al saber que habían tenido una niña sana, y fue por ella para traerla a los brazos de la madre.

–Hay, Elisa, cuando la veas te vas a enamorar, mi amor –dijo Alan que tenía una sonrisa radiante en su rostro, las lágrimas corrían por sus mejillas y Marian se acercó a abrazarlo mientras miraba a su nieta con ese amor que prometía ser la mejor abuela del mundo.

Alan la puso en el pecho de Elisa, y cuando ella la miró no pudo más que sonreír emocionada. Su hija tenía los pelos parados como un puercoespín, los ojos demasiado grandes y la boca no dejaba espacio para otras facciones, estaba arrugadita y sonreía en lugar de llorar. Miró a Alan y los dos lloraban emocionados.

–¿Así era yo? –preguntó Elisa mientras acariciaba a su hija.

–Igualita. Nuestra hija es tan hermosa como su mamá –dijo Alan, y le dio un beso en los labios–. Por eso vine armado –aclaró antes de salir de la sala.

Elisa miró a Marian sin entender. Marian, con toda su calidez se acercó para acariciar a su nieta, y en un susurro dijo:

–Tu papá, tu abuelo y tu bisabuelo están locos, mi niña hermosa, pero te aman –dijo Marian.

Elisa no la entendió hasta que escuchó los gritos de su marido fuera de la sala de partos.

–Eduardo, ha sido una niña, y es calcada a Elisa cuando nació –aclaró Alan a gritos–. Dile a Quino que se quede apostado con el palo en la puerta de ingreso. Tú cuida pistola en mano el ingreso de la sala de espera, que si se te filtra alguno yo me encargo de correrlo a escopetazos. Ningún niño caradura va a entrar a tratar de congraciarse con mi hija para arrancarle promesas de matrimonio.

Elisa enarcó las cejas, y Marian sonrió, ya sabía de las intenciones de Alan. Eduardo le había dicho muy serio: “No quiere que sufra lo que sufrió Elisa”.

–Nuestra Sol no va a vivir un cuento. Allí hay tres machos dispuestos a impedirlo –dijo

Marian, y las dos estallaron en carcajadas.

*Mensaje de Elisa para Alan.*

*Para mi querido esposo:*

*Sabes que te amo, Alan, pero no te parece que las niñas se están encaprichando con esa idea tuya de darles con todos los gustos para evitar los noviecitos oportunistas. A Sol se le ha declarado un niño del jardín, y ella dice que le va a dar la patada si le compras un traje de princesa. Y por si eso no bastara, nuestra pequeña Pilar me acaba de decir que un niño de la guardería le ha ofrecido su merienda si acepta ser su novia, ella dice que si le fabricas una casita de muñecas lo manda a freír espárragos. Te aclaro que esas expresiones, tan poco femeninas de nuestros tesoros, se la enseñaste tú desde que aprendieron a balbucear. Por cierto, el próximo bebé viene en camino, y gracias al cielo será varón, lo he comprobado porque no tengo náuseas. Espero que no sea un oportunista como tú, que me quitaste la posibilidad de tener novios con esa promesa que hiciste el día que nací. Esta noche te toca cocinar.*

*Mensaje de Alan para Elisa.*

*Para mi querida esposa:*

*Sabes cuánto te amo, Elisa, pero déjame disentir contigo. Las niñas no se están encaprichando. Todo es válido si logro apartar a los oportunistas que están desesperados por arrancarles promesas. Son unas niñas muy chiquitas, y quiero a todos los vivillos lejos de ellas. Dile a Sol que tendrá su traje de princesa, y a Pilarcita que le haré la casita de muñecas para el fin de semana. Acepto que no son palabras muy educadas para las niñas, pero quiero que aprendan a defenderse de los hombres. ¡Otro hijo, mi amor! ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! ¿Varón? mmm, déjame pensarlo un minuto, ya sabes que llevo más aciertos que tú en el sexo de nuestros hijos. Dos a cero, ¿lo recuerdas? Ya estoy en la casa de Marian preguntando si acepta a dos niñas descarriadas por un par de días. Como siempre están enloquecidos de tenerlas con ellos, Marian ya se puso a prepararles el postre preferido y Eduardo salió a buscarlas. Voy a prepararte la mejor cena, y luego te serviré el más exquisito de los postres, uno que te dejará jadeando y rogando más, y como me gusta complacerte te daré todas las porciones que quieras.*

*PD: Es niña, mi amor, el varón será nuestro quinto hijo, y será igualito a su padre, es decir, a mí. Tal vez el cuento se repita con nuestro desfachatado hijo. Bendito niño pródigo que será. Estoy convencido que va a elegir a la mujer más fascinante aún antes de que ella aprenda a decir la primera palabra. Igualito a como lo hizo su padre. No te enojas, amorcito, que nadie te habría amado más que tu Alan, y todo gracias a la promesa de un niño desfachatado de siete años que supo ver lo que nadie veía en ti.*

Arrogante, prepotente y desvergonzado, se dijo Elisa y largó una carcajada. Su marido era el más fascinante de los hombres... y siempre cumplía sus promesas. Elisa no tuvo dudas de que llevaría al niño a cada nacimiento hasta que encontrara a su prometida.

## AGRADECIMIENTOS

A mi amiga Cecilia Lista por su incondicional y desinteresada ayuda en la revisión del manuscrito. Ella ve lo que yo no veo. Gracias por tus acertadas sugerencias. Cuando mis ojos ya están nublados, allí están los tuyos para que la novela salga lo más prolija posible.

A mi amiga Anabella Franco, que siempre está dispuesta a echarme una mano cuando la necesito.

A mi esposo Juan Antonio por su ayuda con la contraportada y por revisar la maquetación buscando algún desliz de mi parte. Siempre encuentra algo que se me ha escapado.

A mis lectoras. Gracias por esperar mis novelas y por los comentarios que me hacen llegar. Escribo porque me gusta y publico para ustedes.

## SINOPSIS

Una promesa de matrimonio.

*“Mira, para que no llores más, te digo, que si cuando te hagas grande no hay nadie que se quiera casar contigo, que seguro no va a haber nadie ya que eres tan fea que no se te puede ni mirar, yo voy a casarme contigo. ¿Está claro?, ¿así vas a dejar de llorar?”* Elisa lo miró, le sonrió de oreja a oreja y con su manito pequeña se apoderó del dedo pulgar de Alan sellando la promesa que él le acababa de hacer.

Una promesa de amor eterno.

*“Te prometo que te amaré siempre”, le dijo Marian a Eduardo.*

*Marian había sido la mujer más falsa que había conocido, y Eduardo tenía ganas de gritarle en la cara que si fuera la única mujer sobre la tierra preferiría mantenerse célibe antes de caer en sus garras.*

Dos mujeres batallando por lograr el respeto en un pueblo lleno de hombres machistas. Una lucha que están decididas a ganar. Y en medio de esa lucha, cargan sobre sus espaldas el peso de promesas realizadas mucho tiempo atrás.

Luego de veintitrés años, ¿qué valor puede tener la promesa de matrimonio que hizo Alan Martín a los siete años a Elisa Parker el día que nació?

¿Qué valor tiene el “te amaré siempre” de una novia que se dio a la fuga y regresó treinta y un años después?

Elisa y Alan, Marian y Eduardo, serán los encargados de averiguarlo en esta historia llena de situaciones divertidas y momentos emotivos.

## BIOGRAFÍA

Susana Oro nació en Córdoba, Argentina. Se graduó de abogada en la Facultad de Derecho de la UNC y ejerció su carrera los primeros años. Vive en Córdoba, Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Su pasión por el romance y los finales felices se remonta a su juventud.

En el año 2009 comenzó a escribir novelas románticas contemporáneas y en 2012 publicó “Ríndete a mí” bajo el sello Amor y Aventura de Vergara. En la actualidad todas sus novelas están publicadas en Amazon.

Mail: [susananick@hotmail.com](mailto:susananick@hotmail.com)

Facebook: <https://www.facebook.com/susana.oro.1>

Página de Facebook: [https://www.facebook.com/pages/Susana-Oro/1474444802850242?ref=aymt\\_homepage\\_panel](https://www.facebook.com/pages/Susana-Oro/1474444802850242?ref=aymt_homepage_panel)

Otros libros de la autora:

Ríndete a mí

Todos los caminos me conducen a ti

Más allá de las estrellas

Cuando él me amó

Y llegaste a mí